

Anne Tyler

El turista accidental

Título original: *The Accidental tourist*

Anne Tyler, 1985

Traducción: Gema Vives Rofes

Habían pensado estar en la playa una semana, pero ninguno de los dos tuvo ánimos para ello y decidieron regresar antes. Macon conducía. Sarah iba sentada a su lado, con la cabeza apoyada en la ventanilla lateral. A través de sus enmarañados rizos castaños se veían pedacitos de cielo nuboso. Macon llevaba puesto un traje de verano, su traje de viaje, mucho más práctico para viajar que los tejanos, decía él siempre. Los tejanos tenían esas costuras duras, acartonadas, y esos remaches. Sarah llevaba un albornoz playero, sin tirantes. Hubieran podido estar regresando de dos viajes completamente distintos. Sarah estaba bronceada; Macon no. Era un hombre alto, pálido, de ojos grises, de pelo rubio y liso que llevaba muy corto, y tenía ese tipo de piel delicada que se quema con facilidad. Durante las horas del mediodía se había resguardado del sol.

Justo después de entrar en la autopista, el cielo se puso casi negro y varios goterones salpicaron el parabrisas. Sarah se irguió en su asiento.

—Esperemos que no llueva —dijo.

—No me importa que llueva un poco —dijo Macon.

Sarah volvió a apoyarse en el respaldo pero mantuvo los ojos fijos en la carretera.

Era un jueves por la mañana. No había mucho tráfico. Adelantaron a una camioneta, luego a un camión todo cubierto de pegatinas y fotos de paisajes. En el parabrisas, los goterones menudearon. Macon hizo funcionar los limpiaparabrisas. Hacían tic—sush... Un sonido que adormecía; y en el techo se oía un tamborileo suave. De vez en cuando soplaba una ráfaga de viento. La lluvia aplanaba las hierbas altas y descoloridas del borde de la carretera. Caía al sesgo delante de embarcaderos, almacenes de madera y establecimientos de mobiliario rebajado, que ya tenían un aspecto sombrío, como si aquí hubiese estado lloviendo desde hacía rato.

—¿Ves bien? —preguntó Sarah.

—Claro —dijo Macon—. Esto no es nada. Se situaron detrás de un camión con remolque cuyas ruedas traseras despedían arcos de agua. Macon viró hacia la izquierda y lo adelantó. Hubo un momento de acuática ceguera hasta que el camión quedó atrás. Sarah agarró el tablero de instrumentos con una mano.

—No sé cómo puedes ver para conducir —dijo.

—Quizá deberías ponerte las gafas.

—¿Ponerme yo las gafas te haría ver mejor?

—A mí no; a ti —dijo Macon—. Estás mirando el parabrisas en vez de la carretera.

Sarah continuó agarrando el tablero. Tenía un rostro ancho y liso que daba una impresión de calma, pero si uno miraba de cerca se notaba la tensión en las comisuras de los ojos.

El coche se empequeñeció en torno a ellos, como una habitación. Sus alientos empañaron las ventanas. Hasta poco antes el aire acondicionado había estado funcionando y ahora quedaba algo de frío artificial, que rápidamente iba volviéndose húmedo y cargándose de olor a moho. Atravesaron un paso inferior. La lluvia paró completamente durante un sorprendente segundo de vacío. Sarah dio un pequeño grito sofocado de alivio, pero aun antes de haberlo proferido el martilleo en el techo comenzó de nuevo. Se volvió y contempló anhelante el paso inferior. Macon seguía adelante a gran velocidad, las manos relajadas sobre el volante.

—¿Te has fijado en ese chico de la motocicleta? —preguntó Sarah. Tuvo que levantar la voz; un estruendo insistente y uniforme los rodeaba.

—¿Qué chico?

—Estaba aparcado debajo del paso.

—Es de locos ir en moto un día como hoy —dijo Macon—. Ya es de locos ir en moto un día cualquiera... estás completamente expuesto a la intemperie.

—Podríamos hacer lo mismo —dijo Sarah—. Pararnos y esperar.

—Sarah, si tuviese la impresión de que estamos corriendo el menor peligro, me hubiese parado hace rato.

—Bueno, no sé si lo hubieras hecho.

Pasaron un campo donde la lluvia parecía caer en cortinas, capas y capas de lluvia acamando los tallos del maíz, inundando la tierra estriada. El agua azotaba el parabrisas a rachas. Macon puso los limpiaparabrisas al máximo.

—No sé si realmente te importa demasiado —dijo Sarah—. ¿Te importa?

—¿Importarme? —preguntó Macon.

—El otro día te dije: «Macon, ahora que Ethan ha muerto, a veces me pregunto si la vida tiene algún sentido». ¿Te acuerdas de lo que contestaste?

—Así de improviso, no.

—Dijiste: «Cariño, para ser franco, a mí nunca me ha parecido que tuviese mucho sentido, para empezar». Ésas fueron tus mismas palabras.

—Mmmm...

—Y ni siquiera sabes lo que hay de malo en eso.

—No, me temo que no —dijo Macon.

Rebasó una hilera de coches que habían aparcado al lado de la carretera; las ventanas estaban opacas y las relucientes carrocerías hacían rebotar la lluvia en pequeñas explosiones. Un coche estaba ligeramente inclinado, como a punto de caer dentro del turbio torrente que se agitaba y corría en el arroyo. Macon mantenía una velocidad uniforme.

—No eres un consuelo, Macon —dijo Sarah.

—Cariño, intento serlo.

—Sigues exactamente igual que antes, con tus pequeños ritos y rutinas, tus deprimentes hábitos, día tras día. No eres ningún consuelo.

—¿Y no necesito consuelo yo también? No eres la única, Sarah. No sé por qué tienes la sensación de que es una pérdida sólo tuya.

—Pues la tengo, a veces.

Guardaron silencio unos momentos. Lo que parecía un ancho lago en medio de la carretera se estrelló contra el panel inferior del coche y lo bandeó hacia la derecha.

Macon pisó el pedal del freno en un repetido movimiento de bombeo y siguió adelante.

—Esta lluvia, por ejemplo —dijo Sarah—. Sabes que me pone nerviosa. ¿Qué habría de malo en esperar a que pase? Sería una atención por tu parte. Sería una forma de decirme que estamos juntos en esto.

Para ver mejor, Macon acercó la cabeza al parabrisas, que chorreaba agua de manera que parecía jaspeado.

—Tengo un sistema, Sarah —dijo—. Sabes que conduzco siguiendo un sistema.

—¡Tú y tus sistemas!

—Además —dijo él—, si no le ves ningún sentido a la vida, no entiendo por qué una tormenta te pone nerviosa.

Sarah se hundió en el asiento.

—¡Mira eso! —dijo él—. En ese aparcamiento de roulottes el agua ha arrastrado a una de una punta a otra.

—Macon, quiero el divorcio —le dijo Sarah.

Macon frenó y le dirigió una mirada. «¿Qué?», dijo. El coche se desvió bruscamente. Tuvo que mirar de nuevo hacia adelante.

—¿Qué he dicho? —preguntó—. ¿Qué he dicho exactamente?

—No puedo seguir viviendo contigo —dijo Sarah.

Macon siguió mirando la carretera, pero su nariz parecía más afilada y más blanca, como si le hubiesen estirado la piel de la cara. Carraspeó.

—Cariño, escucha. Ha sido un año difícil. Lo hemos pasado mal. Los que pierden un niño se sienten así a menudo; todo el mundo lo dice, todo el mundo dice que el matrimonio se resiente...

—Quisiera buscarme un piso en cuanto lleguemos —dijo Sarah.

—Buscarte un piso —repitió Macon, pero habló tan bajo y la lluvia caía con tal estrépito sobre el techo, que pareció que sólo movía los labios—. Bueno —dijo—. Está bien. Si es lo que realmente quieres.

—Tú puedes quedarte con la casa —dijo Sarah—. Nunca te han gustado los traslados.

Por alguna razón, fue esto lo que finalmente la hizo romper en llanto. Se apartó bruscamente de él. Macon puso en intermitente derecho. Se metió en una gasolinera de la Texaco, aparcó bajo el alero y paró el motor. Entonces empezó a frotarse las rodillas con las palmas de las manos. Sarah se acurrucaba en su rincón. Sólo se oía el tamborileo de la lluvia sobre el alero, muy por encima de sus cabezas.

Cuando su mujer se hubo marchado, Macon pensó que la casa le parecería más grande. Ocurrió lo contrario. Las ventanas se encogieron. Los techos bajaron. Había algo de insistente en los muebles, como si le estuvieran hostigando.

Desde luego las pertenencias personales de Sarah ya no estaban, las pequeñas cosas como ropa y joyas. Pero resultó que algunos de los objetos grandes eran más personales de lo que él hubiese podido pensar.

Estaba el escritorio extensible de la sala de estar, con sus casillas atestadas desordenadamente con sobres rasgados y cartas sin contestar. Estaba la radio de la cocina, puesta en la sintonía de Rock 98. (Le gustaba estar al día para mantener el contacto con sus alumnos, solía decir en los viejos tiempos, mientras canturreaba y se afanaba preparando el desayuno).

En la parte de atrás estaba la tumbona donde se bronceaba, colocada en el único sitio donde daba el sol. Miró los almohadones floreados y le maravilló hasta qué punto un espacio vacío podía estar lleno de una persona: su tenue perfume de aceite de coco, que a él siempre le hacía desear tomarse una piña colada; su rostro ancho y reluciente, inescrutable detrás de las gafas de sol; su cuerpo compacto en el traje de baño con falda que, con lágrimas en los ojos, había insistido en comprarse después de su cuarenta cumpleaños.

Encontró hebras de su abundante cabellera al fondo del lavabo. En el botiquín casero, su estante, vacío, estaba salpicado con gotas de carmín líquido de una particular tonalidad pastosa que hizo a Macon representársela al instante. Siempre le había molestado su desaliño, pero ahora aquellas manchas le resultaban conmovedoras, como los juguetes de colores que quedan por el suelo cuando un niño se ha ido a dormir.

La casa en sí era mediana de tamaño, nada fuera de lo corriente en su aspecto, una más en una calle de casas similares en una parte antigua de Baltimore. Unos tupidos robles se cernían sobre ella, resguardándola del caluroso sol del verano pero también obstruyendo las brisas.

Dentro, las habitaciones eran cuadradas y más bien oscuras. Lo único que quedaba en el armario de Sarah era un cinturón marrón de seda colgando de un gancho; en sus cajones de la cómoda, bolitas de tamo y frascos de perfume vacíos. La antigua habitación del hijo estaba arreglada con esmero, tan pulcra como la habitación de un «Holiday Inn».

En algunos sitios, las paredes resonaban con una especie de eco. Así y todo, Macon observó que tendía a mantener los brazos cerca del cuerpo, a andar de lado al pasar junto a un mueble, como si imaginara que la casa apenas podía darle cabida. Se sentía demasiado alto. Sus pies, largos y torpes, parecían insólitamente lejanos. En los umbrales de las puertas agachaba la cabeza.

* * *

Ahora tenía la oportunidad de reorganizarse, se dijo a sí mismo. Se sorprendió al sentir una pequeña sacudida de interés. El hecho era que para llevar una casa se requería algún tipo de sistema, y eso Sarah nunca lo había entendido. Era el tipo de mujer que apilaba juntos platos y bandejas de distintos tamaños. Ponía en marcha el lavavajillas con sólo un manajo de tenedores en su interior sin pensárselo dos veces. Eso Macon lo encontraba penoso. Estaba en contra de los lavavajillas en general; los creía un despilfarro de energía. Ahorrar energía era para él como una afición, por así decirlo.

Empezó a tener el fregadero lleno continuamente, añadiéndole al agua un poco de cloro para desinfectar. A medida que acababa de usar cada utensilio, lo dejaba caer dentro. En días alternos destapaba el fregadero y rociaba todo lo que contenía con agua muy caliente. Después iba metiendo los utensilios aclarados en el vacío lavavajillas que, en su nuevo sistema, quedaba convertido en una gigantesca área de almacenaje.

Cuando se encorvaba sobre el fregadero para abrir el grifo del atomizador, tenía muchas veces la sensación de que Sarah lo estaba mirando. Tenía la impresión de que, si deslizase la vista sólo un poco hacia la izquierda, la encontraría allí con los brazos cruzados, la cabeza ladeada, y sus gruesos y bien dibujados labios fruncidos en gesto de reflexión.

A primera vista estaba simplemente observando su procedimiento; pero en el fondo (lo sabía) se estaba riendo de él. Había un secreto destello en sus

ojos que conocía demasiado bien. «Ya entiendo», diría ella, asintiendo con la cabeza al escuchar alguna larga explicación suya; entonces él levantaba la vista y captaba la chispa en los ojos y el pliegue revelador en una comisura de la boca. En esta visión —si podía llamársela visión, teniendo en cuenta que nunca llegó a lanzarle una ojeada— ella llevaba un vestido azul vivo de los primeros tiempos de casada. No tenía idea de cuándo había dejado de ponérselo, pero ciertamente hacía años y años. Casi le parecía que Sarah era un fantasma, que estaba muerta. En cierto sentido —pensó, cerrando el grifo—, sí estaba muerta, aquella Sarah joven y vivaz de los tiempos de entusiasmo en el primer apartamento de Cold Spring Lane.

Cuando intentó recordar aquellos días, cualquier imagen de Sarah se le presentaba alterada por el hecho de que le había dejado. Cuando se acordó del momento en que les presentaron —apenas salidos de la niñez—, no le pareció sino el comienzo de su separación. Cuando ella había levantado los ojos para mirarle aquella primera noche, y había agitado los cubitos de hielo en su vaso de papel, ya habían empezado a moverse hacia el último, desdichado año de estar juntos, hacia aquellos meses en que cualquier cosa que dijese cualquiera de los dos estaba mal, hacia aquella sensación de conexiones erradas por un poco. Eran como personas que corren a encontrarse con los brazos tendidos pero que han apuntado mal; se cruzan y siguen corriendo. Al final, todo había resultado en vano. Miró al fregadero y el calor que despedían los platos le dio suavemente en la cara.

Bueno, hay que seguir tirando. Hay que seguir tirando. Decidió cambiar la hora de ducharse y hacerlo por la noche en vez de por la mañana. Pensó que eso mostraba capacidad de adaptación, cierta frescura de espíritu. Mientras se duchaba dejaba que el agua fuese llenando el fondo de la bañera, donde había puesto la ropa sucia del día, y la pisoteaba, chapoteando en ruidosos círculos. Más tarde escurría la ropa y la ponía a secar colgada en perchas. Después se ponía la ropa interior del día siguiente para no tener que lavar pijamas. En realidad, lo único que así tenía que lavar era un montón de toallas y sábanas una vez a la semana: sólo dos toallas, pero en cambio muchas sábanas. La razón era que había ideado un sistema que le permitía dormir todas las noches con sábanas limpias sin tener la molestia de hacer y deshacer la cama.

Durante años le había estado proponiendo el sistema a Sarah, pero ella estaba tan apegada a sus costumbres... Lo que hacía era quitar todas las sábanas de la cama, sustituyéndolas por una especie de sobre gigante compuesto por una de las siete sábanas que había doblado y pespunteado con

la máquina de coser. Para sus adentros llamaba a este invento el Saco de Dormir Macon Leary. Un saco de dormir no requería hacer la cama, no se desarreglaba, se cambiaba fácilmente y pesaba lo justo para las noches de verano. En invierno tendría que idear algo que abrigase más, pero aún no podía pensar en el invierno. De momento ya tenía bastante con ir pasando de un día a otro.

En algunos momentos —mientras patinaba sobre sus machacadas ropas en la bañera o se metía esforzadamente en su saco sobre el desnudo colchón manchado de herrumbre— se daba cuenta de que quizás estuviese llevando las cosas demasiado lejos. Y tampoco hubiera podido explicar por qué. Siempre había tenido afición por lo sistemático, pero sin llegar a lo que podría llamarse manía. Al pensar entonces en la falta de método de Sarah, se preguntó si también eso se le habría ido de las manos, ahora. Quizá durante todos estos años se habían mantenido el uno al otro en una senda razonable. Separados, de alguna manera inoperante ya el magnetismo, se salían frenéticamente de trayectoria. Se imaginó el nuevo apartamento de Sarah, que nunca había visto, caótico hasta la locura, con zapatillas en el horno y la vajilla amontonada en el sofá. El solo hecho de pensarlo le alteró. Miró con agradecimiento su propio entorno.

* * *

La mayor parte de su trabajo lo hacía en casa; de otro modo quizá no le hubiese importando tanto la organización hogareña. Tenía un pequeño estudio en la habitación que quedaba libre, al lado de la cocina. Sentado en una silla giratoria, tecleando la misma máquina de escribir que había utilizado durante los cuatro años de universidad, escribía una serie de guías para personas que se veían obligadas a viajar por negocios.

Bien pensado, era ridículo: Macon detestaba viajar. Se movía por los territorios extranjeros dando tumbos a la desesperada, como inmerso en un bombardeo —con los ojos cerrados, conteniendo la respiración y agarrándose a la vida, imaginaba él a veces— y luego, de vuelta en casa, daba un suspiro de alivio y, cómodamente instalado, se disponía a producir sus abultados libros de bolsillo del tamaño de un pasaporte. *El turista accidental en Francia. El turista accidental en Alemania. En Bélgica.* Sin el nombre del autor, sólo un logo: una butaca con alas en la cubierta.

En estas guías sólo daba cuenta de las ciudades, porque los que viajaban por negocios llegaban en avión a las ciudades, se marchaban del mismo modo, y el campo no lo veían en absoluto. De hecho, tampoco es que viesen las ciudades. Lo que les interesaba era cómo fingir que no se habían ido de casa. ¿Qué hoteles de Madrid disponían de colchones Beautyrest de tamaño extra? ¿Qué restaurantes de Tokio podían ofrecer Sweet'n'Low? ¿Había un McDonald en Amsterdam? ¿Había un Taco Bell en Ciudad de México? ¿Servían en algún sitio de Roma raviolis Chef Boyardee? Otros viajeros tenían la esperanza de descubrir los vinos característicos de un lugar; los lectores de Macon buscaban leche pasteurizada y homogeneizada.

Lo de escribir las guías le gustaba tanto como detestaba el tener que viajar. Sentía un virtuoso deleite en organizar un país desorganizado, podando todo lo accesorio y mediocre, y clasificando lo que quedaba en párrafos concisos y elegantes. Plagiaba cosas de otras guías, tomando los meollos de valor y desechando el resto. Pasaba horas agradables vacilando sobre cuestiones de puntuación. A conciencia y sin piedad se aplicaba a la tarea de suprimir la voz pasiva. El esfuerzo de escribir a máquina hacía que las comisuras de la boca se le doblasen hacia abajo, de modo que nadie hubiese podido adivinar cuánto estaba disfrutando.

Me satisface decir, escribía, pero su rostro permanecía melancólico y reconcentrado. *Me satisface decir que ahora puede comprarse pollo al estilo de Kentucky Fried Chicken en Estocolmo. Y también pan de yuca*, añadió, al pensar en ello. No sabía cómo había sido, pero últimamente la yuca parecía tan americana como los perros calientes.

* * *

—Pues claro que te las arreglas —le dijo su hermana por teléfono—. ¿He dicho yo que no? Pero al menos podías habérmelo dicho. ¡Tres semanas, nada menos! Sarah se fue hace tres semanas y yo no me entero hasta hoy. Y por pura casualidad, además. Si no llego a preguntar por ella, ¿nos habrías dicho alguna vez que te había dejado?

—No me ha *dejado* —dijo Macon—. Quiero decir que no es eso exactamente. Lo hablamos como personas adultas y decidimos separarnos, eso es todo. Lo último que me hace falta es que mi familia se congrege a mi alrededor diciendo: «Oh, pobre Macon, cómo ha podido hacerte eso Sarah...».

—¿Por qué iba yo a decir eso? —preguntó Rose—. Todo el mundo sabe que no es fácil convivir con los hombres de la familia Leary.

—Ah —dijo Macon.

—Y, ¿dónde está?

—Ha alquilado un piso en el centro —dijo él—. Y oye —añadió— tampoco tienes que irte al otro extremo y empezar a invitarla a cenar o algo así. Ella tiene una familia propia. Se supone que vosotros estáis de mi parte.

—Creía que no querías que estuviéramos de parte de nadie —dijo Rose.

—No, no, claro. Lo que quiero decir es que no habéis de poneros de su parte, esto es lo que quiero decir.

—Cuando la mujer de Charles obtuvo el divorcio seguimos invitándola a cenar en Navidad, como siempre. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo cansadamente Macon. Charles era su hermano mayor.

—Supongo que aún seguiría viniendo, si no hubiese vuelto a casarse con alguien que vive tan lejos.

—¿Qué? ¿Si su marido hubiese sido de Baltimore habríais seguido invitándolos a los dos?

—Ella y la mujer de Porter y Sarah solían sentarse en la cocina (esto era antes de que la mujer de Porter se divorciase ella también) y empezaban a hablar del tema de los hombres de la familia Leary y no acababan. Los Leary esto, los Leary lo otro: cómo siempre tenían que tenerlo todo exactamente de tal manera, siempre todo tan bien pensado de antemano, siempre leyéndole al mundo entero la cartilla, como si así lo fuesen a obligar a ir por buen camino.

¡Los hombres de la familia Leary! Aún me parece oírlas. Una vez no pude por menos que reírme: un día de Acción de Gracias, Porter y June estaban preparándose para irse, cuando los niños aún eran pequeños, y June ya iba hacia la puerta con el bebé en brazos y Danny agarrado a su abrigo y cargada de juguetes y provisiones, cuando de pronto Porter dice «¡Alto!» y empieza a leer un papel de esos de caja registradora donde él siempre escribe

las listas:

batas, biberones, bolsa de pañales, fórmula de la nevera... June miró simplemente a las otras dos y puso los ojos en blanco.

—Pues lo de la lista no era tan mala idea —dijo Macon—, teniendo en cuenta cómo es June.

—No, y fíjate que además estaba en orden alfabético. Y eso siempre ayuda a ordenar un poco las cosas.

Rose tenía una cocina donde todo estaba hasta tal punto en orden alfabético, que uno encontraba la hierbabuena al lado del insecticida. Menuda era ella para andar criticando a los hombres de la familia Leary.

—En cualquier caso... —dijo Rose—. ¿Has sabido algo de Sarah desde que se fue?

—Ha venido por aquí una o dos veces. Una vez, para ser exactos —dijo Macon—. A buscar cosas que le hacían falta.

—¿Qué clase de cosas?

—Pues... la olla para hervir al vapor. Cosas así.

—Entonces era un pretexto —dijo Rose, rápida—. Podía haber comprado una en cualquier cacharrería.

—Dijo que le gustaba la nuestra.

—Quería ver cómo te va. Aún le importas. ¿Hablastéis?

—No —dijo Macon—. Sólo le di la olla. Y el chisme ese que sirve para descapsular botellas.

—Oh, Macon. Podías haberla invitado a pasar.

—Tenía miedo de que dijese que no.

Hubo un silencio.

—Bueno. En fin —dijo Rose al final.

—¡Pero me las arreglo!

—Pues claro que sí.

Luego dijo que tenía algo en el horno y colgó.

Macon fue a la ventana de su estudio. Era un día caluroso de primeros de julio, de un cielo tan azul que los ojos le dolieron. Apoyó la frente contra el cristal y se quedó mirando el patio, manteniendo las manos bien hundidas en los bolsillos traseros de sus pantalones de caqui.

En uno de los robles, un pájaro cantaba lo que parecían las tres primeras notas de *My Little Gypsy Sweetheart*. «*Slum... ber... on*», cantaba. Macon se preguntó si incluso este momento se convertiría, algún día, en algo que evocaría con melancolía. No se lo podía imaginar; no recordaba una época más vacua que ésta en toda su vida, pero había observado que el paso del tiempo parecía conferir un aura a las cosas. Ese pájaro, por ejemplo, tenía una voz tan pura, tan dulce y penetrante.

Se apartó de la ventana, le puso la funda a la máquina de escribir y salió de la habitación.

* * *

Ya nunca tomaba comidas de verdad. Cuando tenía hambre bebía un vaso de leche o comía unas cucharadas de helado directamente del envase. Después del tentempié más frugal se sentía lleno y pesado, pero al vestirse por las mañanas notó que parecía estar perdiendo peso. El cuello de la camisa ya no se ajustaba alrededor del cuello. El surco subnasal se había hecho más hondo y le era difícil afeitárselo. El cabello, que Sarah solía cortarle, le sobresalía por encima de la frente como una visera. Y por alguna razón los párpados inferiores le borseaban. Antes tenía por ojos dos estrechas hendiduras grises; ahora los tenía anchos y alarmados. ¿Podía ser esto un síntoma de desnutrición?

El desayuno: el desayuno es la comida más importante. Acoplaba la cafetera filtradora y la cacerola eléctrica al radio-reloj que tenía en el alféizar de la ventana del dormitorio. Claro que dejar dos huevos crudos toda la noche a la temperatura ambiente era arriesgarse a una intoxicación alimentaria, pero

en cuanto cambió el menú ya no hubo problema. Había que ser flexible en estas cosas. Ahora lo despertaba el olor a café recién hecho y a palomitas de maíz con mantequilla calientes, y podía servirse ambas cosas sin levantarse de la cama. Oh, bien pensado, se las arreglaba bien, muy bien.

Pero las noches eran terribles. No es que le costase trabajo quedarse dormido. Eso era fácil. Miraba la televisión hasta que los ojos le ardían; luego subía escaleras arriba. Abría el grifo de la ducha y esparcía su ropa en la bañera. Algunas veces pensó en saltarse esta parte, pero era peligroso rezagarse con estos sistemas. Así que llevaba a cabo cada paso: colgar la ropa lavada, preparar lo del desayuno, limpiarse los dientes con hilo de seda.

No podía irse a la cama sin limpiarse los dientes con hilo de seda. Por alguna razón, esto irritaba a Sarah. Si Macon estuviese condenado a muerte, dijo una vez, y le comunicasen que iba a ser fusilado al amanecer, sin duda se empeñaría en limpiarse los dientes con hilo dental la noche antes. Macon, después de pensarlo, había estado de acuerdo. Sí, claro que lo haría. ¿No se había limpiado los dientes en plena pulmonía? ¿Cuando estuvo en el hospital con cálculos biliares? ¿En un motel la noche que mataron a su hijo? Se miró los dientes en el espejo. A pesar de todos sus cuidados, nunca estaban completamente blancos. Y ahora parecía que también la piel se le iba poniendo amarillenta.

Apagó las luces, movió a la gata de sitio, ayudó al perro a subirse a la cama. El perro era un pastor galés. Tenías las patas muy cortas pero le encantaba dormir en una cama, así que cada noche se ponía muy derecho, apuntalaba los codos en el colchón y miraba expectante a Macon hasta que éste lo aupaba. Entonces se instalaban los tres. Macon se deslizaba dentro de su sobre, la gata encajaba su forma en el lugar cálido debajo de su brazo, y el perro se desplomaba a sus pies. Entonces Macon cerraba los ojos y se dejaba vencer por la somnolencia.

Pero a la larga se percataba de que era consciente de sus sueños: en vez de ser arrastrado por ellos los iba construyendo tediosamente, sutilizando los detalles. Cuando caía en la cuenta de que estaba despierto, abría los ojos y echaba un vistazo al radio-reloj. Pero sólo era la una. Lo más tarde, las dos. Aún había que pasar todas aquellas horas.

El cerebro le bullía con pequeñas preocupaciones. ¿Había cerrado con llave la puerta de atrás? ¿Se había olvidado de guardar la leche? ¿Había

rellenado un talón con la cifra de su estado de cuentas en lugar de la de la factura del gas? De repente se acordó de que había abierto una lata de zumo V-8 y luego la había metido en la nevera. ¡Las juntas de metal se oxidarían! ¡Se envenenaría con el plomo!

Las preocupaciones cambiaban, se hacían más hondas. Se preguntaba qué había fallado en su matrimonio. Sarah había sido su primera y única novia; ahora pensaba que debería haber practicado antes con otra persona. Durante los veinte años de su matrimonio había habido momentos —había habido meses— en los que él no tenía la sensación de que formasen una unidad como se supone que las parejas han de formarlas. No, se habían mantenido dos personas distintas, y ni siquiera siempre amigas. A veces más parecían rivales, dándose codazos y empujones, haciéndose la competencia para ver cuál de los dos era la mejor clase de persona. ¿Lo era Sarah, era Macon, metódico e imperturbable?

Cuando nació Ethan, el niño recaló aún más sus diferencias. Cosas que habían aprendido a pasar por alto el uno en el otro volvieron a salir a la luz. Sarah nunca hizo seguir a su hijo ningún tipo de horario ni de plan; se mostraba poco exigente y despreocupada. Y Macon (sí, lo sabía, lo reconocía) se había empeñado tanto en prepararlo para cualquier eventualidad que no había tenido tiempo de disfrutarlo.

Ethan a los dos años, a los cuatro años, apareció ante su campo de visión con la misma claridad que una película en color proyectada en el techo del dormitorio. Un niño alegre y reidor, así había sido, y Macon una figura encorvada sobre él, retorciéndose las manos. Macon había sido implacable enseñándole, a los seis años, a manejar un bate de baseball; le hubiese partido el alma ver que a Ethan lo elegían el último en un equipo. «¿Por qué?», había preguntado Sarah. «Si lo eligen el último, lo eligen el último. Déjalo estar, será lo que será». ¡Déjalo estar! La vida ya estaba tan llena de cosas sobre las que uno no podía hacer nada... Había que prevenir lo que se pudiese.

Ella rió cuando Macon se pasó todo un otoño coleccionando Wacky Packs, porque llevaban dentro unas pegatinas humorísticas que a Ethan le gustaba pegar en la puerta de su cuarto. Tendría más que ningún otro niño en todo el tercer grado, se juró Macon. Mucho después de que Ethan perdiese el interés, Macon seguía trayéndolas tenazmente a casa. Sabía que era absurdo, pero es que había una última pegatina que aún no habían logrado conseguir...

Ethan se fue de campamento cuando tenía doce años; hacía de esto casi exactamente un año. La mayoría de los chicos empezaban antes, pero Macon lo había ido aplazando. ¿Por qué tener un niño, le preguntó a Sarah, si lo ibas a facturar a algún rincón perdido de Virginia?

Cuando al final cedió, Ethan ya estaba en el grupo de los mayores, ya era un espigado chicarrón rubio con un rostro de expresión abierta y amistosa, y el simpático hábito de rebotar sobre las plantas de los pies cuando estaba nervioso.

No pienses en ello.

Lo asesinaron en una hamburguesería Bonanza la segunda noche de estancia en el campamento. Fue una de esas muertes sin sentido: el atracador ha recogido el dinero y es libre de marcharse pero decide, primero, pegar un tiro en la cabeza a cada uno de los presentes.

Ethan ni siquiera tenía que estarlo. Se había escabullido del campamento con un compañero de tienda, que se quedó fuera haciendo de vigía.

Échale la culpa al campamento por no supervisar. Échale la culpa a la hamburguesería por falta de protección. Échasela al compañero por no entrar él también y cambiar, quizá, lo que ocurrió. (¿Para qué hacer de vigía, por Dios santo?). Échasela a Sarah por dejar marcharse a Ethan; échase a Macon por estar conforme; échase incluso (demonios, sí) a Ethan. Échale la culpa a Ethan por querer ir a ese campamento y por escaparse de él, y por entrar en la hamburguesería Bonanza como un tonto cabezota mientras se desarrollaba un atraco. Échale la culpa por trasladarse tan sumisamente a la cocina con los otros, por poner las manos planas contra la pared como le ordenaban, mientras sin duda rebotaba ligeramente sobre las plantas de los pies...

No pienses en ello.

El director del campamento no había querido darles la noticia por teléfono y viajó en su coche a Baltimore para hacerlo en persona. Después les había llevado de vuelta a Virginia. Macon se acordaba a menudo de aquel director. Jim, se llamaba, Jim Robinson o quizá Robertson; un hombre fornido, de bigote blanco y pelo cortado al rape, que llevaba una americana, como en señal de respeto, encima de una camiseta delos Redskins.

Parecía sentirse incómodo en silencio, y había hecho lo posible por

llenarlo con repentinos fragmentos de charla intrascendente. Macon no había escuchado, o eso había creído; pero ahora todos los fragmentos le volvían a la memoria. Que si la madre de Jim era también de Baltimore, nacida el año que Babe Ruth jugó con los Orioles. Que si las tomateras de Jim hacían cosas raras últimamente, pues no daban más que unas bolitas verdes que se caían del tallo antes de madurar. Que si a la esposa de Jim le daba pánico conducir dando marcha atrás y evitaba cualquier situación que lo requiriese.

Ahora Macon, tendido en su cama en plena noche, pensó en aquello detenidamente. ¿Podía realmente conducirse sin poner nunca la marcha atrás? ¿Y en un cruce, cuando el conductor de un autobús saca la cabeza por la ventana y te pide que te retires unos pocos metros para poder girar? ¿Se negaría aquella mujer? Macon se la imaginó, firme y desafiante, con la vista clavada al frente y fingiendo no enterarse. El conductor empezaba a enfurecerse y a blasfemar, las bocinas sonaban, otros conductores gritaban: «¡Venga, señora!». Era una bonita imagen. La mantuvo en mente con firmeza.

Al final se sentaba y salía culebreando de la sábana. El perro, con un suspiro, se despertaba y saltaba de la cama para seguirle escaleras abajo. Las tablas del suelo se notaban frescas bajo los pies, el linóleo de la cocina más fresco aún; la nevera irradiaba su luz al servirse Macon un vaso de leche. Iba a la sala de estar y ponía la televisión. Generalmente pasaban alguna película en blanco y negro: los hombres trajeados y con sombrero de fieltro, las mujeres con hombreras. No intentaba seguir el hilo del argumento.

Se bebía la leche a sorbitos, sintiendo viajar el calcio hacia los huesos. ¿No había leído que el calcio cura el insomnio? Acariciaba distraídamente a la gata, que de un modo u otro se había instalado en su regazo. Hacía demasiado calor para tener un gato en el regazo, especialmente éste: una calmosa hembra de color gris que parecía hecha de alguna sustancia particularmente densa. Y el perro, las más de las veces, se habría echado sobre sus pies. «Aquí estamos, solitos, vosotros y yo», les diría Macon. La gata formaba una coma de sudor sobre sus muslos desnudos.

Por fin se escurría de debajo de los animales y apagaba el televisor. Iba a poner el vaso en la solución clórica del fregadero. Subía las escaleras. De pie junto a la ventana del dormitorio, extendía la vista por la vecindad: ramas negras dibujándose sobre un morado firmamento nocturno, aquí y allá el tenue brillo de un listón blanco, alguna vez una luz. A Macon siempre lo consolaba encontrar una luz. Alguna otra persona tampoco podía dormir, suponía él. No

le gustaba tener en cuenta ninguna otra posibilidad; una fiesta, por ejemplo, o una charla íntima entre viejos amigos. Prefería pensar que alguien más estaba solo, desvelado, ocupado en apartar de sí sus pensamientos. Eso le hacía sentirse mucho mejor. Volvía a la cama. Se acostaba. Cerraba los ojos y, sin intentarlo siquiera, cruzaba el umbral que lo separaba del sueño.

Sarah llamó por teléfono a Macon y le preguntó si podía pasar a buscar la alfombra azul marino del comedor.

—La alfombra azul marino —repitió Macon—. (Quería ganar tiempo).

—No te la pediría, pero a ti nunca te gustó —le dijo Sarah—. Dijiste que era un error tener una alfombra donde come la gente.

Sí, eso había dicho. Un nido de migas, había dicho. Poco higiénico.

¿Entonces por qué sentía este súbito e imperioso afán de quedarse con la alfombra?

—Macon, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Entonces, ¿te importa si voy a buscarla?

—No, supongo que no.

—Estupendo. Este piso tiene los suelos desnudos y no tienes idea de cómo...

Pasaría a por la alfombra y él la invitaría a entrar. Le ofrecería un poco de jerez. Se sentarían en el sofá con las copas y él diría: «Sarah, ¿me has echado de menos?». O no, mejor: «Te he echado de menos, Sarah».

Ella diría...

—Había pensado pasar el sábado por la mañana, si te va bien —dijo ella.

Pero la gente no toma jerez por las mañanas. Y además: él ni siquiera iba a estar aquí ese día.

—Me voy a Inglaterra mañana por la tarde —dijo.

—Ah, ¿le toca otra vez el turno a Inglaterra?

—Quizá podrías venir esta tarde.

—No, tengo el coche en el taller.

—¿En el taller? ¿Qué le pasa?

—Pues, iba conduciendo y... ¿sabes esa lucecita roja que hay a la izquierda del tablero?

—¿La de la presión del aceite?

—Sí, así que pensé: «Si me paro ahora a ver qué pasa llegaré tarde al dentista, y de todas formas el coche parece que va bien, así que...».

—Espera. ¿Estás diciendo que la luz se encendió? ¿Y tú seguiste conduciendo?

—Bueno, no se oía nada raro y todo funcionaba como siempre, así que supuse...

—Caray, Sarah.

—¿Qué hay de grave en eso?

—Probablemente has estropeado el motor.

—Pues no, te diré que no he estropeado el motor. Sólo hay que hacer una reparación muy sencilla, pero por desgracia tardarán unos días en hacerla. Bueno, es igual. Tengo una llave de la casa. Pasaré el sábado.

—Puedo llevarte yo la alfombra.

—Esperaré hasta el sábado.

—Así vería tu apartamento —dijo Macon—. Por dentro nunca lo he visto.

—No, todavía no está arreglado.

—No me importa que no lo esté.

—Está hecho un desastre. Está todo por hacer.

—¿Cómo puede estar todo por hacer? Llevas viviendo en él un mes largo.

—Bueno, no soy tan maravillosamente eficiente como tú, Macon.

—No hay que ser eficiente para...

—Hay días —dijo Sarah—, en los que ni siquiera logro vestirme.

Macon calló.

—Hubiese tenido que acceder a dar los cursos de verano —dijo Sarah—. Algo que me obligase un poco. Abro los ojos por la mañana y pienso, ¿para qué levantarse?

—Yo también —dijo Macon.

—¿Para qué comer? ¿Para qué respirar?

—Yo también, mi amor.

—Macon, ¿tú crees que esa persona tiene la más mínima idea? Quiero ir a verlo a la cárcel, Macon. Quiero sentarme al otro lado de la reja o de la pantalla o lo que sea que haya, y decirle: «Míreme. Mire. Mire lo que ha hecho. Usted no mató sólo a la gente a la que disparó; mató a otros, además. Lo que hizo sigue y sigue para siempre. Usted no mató sólo a mi hijo; me mató a mí, mató a mi marido. Quiero decir que ni siquiera soy capaz de colgar las cortinas; ¿entiende lo que hizo?». Entonces cuanto esté segura de que lo entiende de verdad, de que se da cuenta, de que se siente horriblemente mal, abriré el bolso y sacaré una pistola y le dispararé entre las cejas.

—Venga, venga, mi amor.

—Crees que desvarío, ¿verdad? Pero Macon, te juro que noto esa pequeña sacudida contra la palma de la mano al disparar la pistola. No he disparado una pistola en mi vida... es más, no creo haber visto una siquiera. ¿No es extraño? Ethan ha visto una; Ethan ha tenido una experiencia de la que

tú y yo no tenemos idea. Pero a veces extendiendo la mano con el pulgar levantado como cuando los niños juegan a cowboys, y doblo el dedo índice y noto el gusto que me daría hacerlo.

—Sarah, no te conviene hablar así.

—Ah, ¿no? ¿Cómo se supone que debo hablar?

—Quiero decir que si te dejas llevar por la ira te vas a... consumir. Te quemarás. No es productivo.

—¡Ah, productivo! Cielos, no, no perdamos el tiempo con cosas improductivas.

Macon se frotó la frente.

—Sarah, simplemente tengo la sensación de que no podemos permitirnos el lujo de pensar estas cosas.

—Para ti es fácil decirlo.

—No, para mí no es fácil decirlo, maldita sea.

—Tú dale la espalda, Macon. Aléjate de ello. Finge que no sucedió nunca. Ponte a ordenar tus herramientas; alinea las llaves inglesas de grande a pequeña en vez de de pequeña a grande. Eso siempre es divertido.

—Cristo, Sarah...

—¡A mí no me digas palabrotas, Macon Leary!

Hubo un silencio.

—Bueno —dijo Macon.

—Bueno, en fin —dijo Sarah.

—Así que pasarás mientras yo esté fuera —dijo él.

—Si no te importa.

—No, claro que no.

Aunque sintió una curiosa inquietud cuando colgó, como si dejase venir a una extraña. Como si quizá fuese a llevarse algo más que la alfombra del comedor.

* * *

Para su viaje a Inglaterra se puso el traje más cómodo que tenía. *Un traje es suficiente*, aconsejaba en sus guías, *si lleva consigo algunos tubos de quitamanchas de tamaño de viaje*. (Macon conocía todos los artículos que venían en tamaño de viaje, desde desodorantes hasta betún). *El traje será de un gris no demasiado oscuro. El gris no sólo disimula la suciedad; viene bien para un entierro imprevisto u otras ceremonias. Al mismo tiempo, no es demasiado sombrío para llevarlo a diario.*

Metía en una bolsa un mínimo de ropa y los avíos de afeitarse. Un ejemplar de su más reciente guía de Inglaterra. Una novela para leer en el avión.

Lleve sólo lo que quepa en una bolsa de viaje. Facturar el equipaje es buscarse problemas. No olvide algunos paquetes de detergente de tamaño de viaje para no caer en manos de las lavanderías extranjeras.

Cuando hubo terminado de hacer el equipaje se sentó en el sofá a descansar. O no exactamente a descansar, sino a recogerse, como un hombre que respira hondo varias veces antes de zambullirse en el río.

El mobiliario era todo líneas rectas y curvas tranquilizadoras. En un rayo oblicuo de luz solar bailaban las motas de polvo. ¡Qué vida tan tranquila la que llevaba aquí! Si éste fuese un día cualquiera se estaría haciendo un café. Dejaría caer la cucharilla en el fregadero y bebería a sorbos de la taza mientras la gata se le trenzaba por los pies. Luego quizás abriría el correo. Esos actos le parecían ahora amables y apacibles. ¿Cómo podía haberse quejado de aburrimiento? En casa lo tenía todo dispuesto en torno suyo de manera que apenas necesitaba pensar. En los viajes, hasta la tarea más insignificante exigía un esfuerzo y tomar decisiones.

Cuando faltaban dos horas para que saliese el avión, se levantó. El aeropuerto estaba a media hora en coche como máximo pero no le gustaba nada ir con prisas. Dio una última vuelta por la casa e hizo una parada en el

cuarto de baño de abajo: el último cuarto de baño *de verdad* (eso pensaba de él) que vería durante una semana. Silbó llamando al perro. Recogió su bolsa y salió por la puerta delantera. El calor le golpeó de pleno, como si fuese algo sólido.

El perro iba con él sólo hasta la clínica veterinaria. Si lo hubiese sabido, no habría saltado al interior del coche. Se sentó al lado de Macon jadeando con entusiasmo, su cuerpo en forma de cuñete alerta con la expectación. Macon le habló en un tono que procuró no fuese alarmante. «Calor, ¿verdad, Edward? ¿Quieres el aire acondicionado?». Ajustó los mandos. «Ya. ¿Estás más fresco?». Oyó algo un poco afectado en su voz. Quizás Edward lo oyó también, porque dejó de jadear y le dirigió una repentina mirada recelosa. Macon decidió no decir más.

Siguieron su marcha a través de la vecindad por calles techadas de árboles. Giraron hacia una zona más soleada, llena de tiendas y estaciones de servicio. Al acercarse a la avenida Murray, Edward empezó a gimotear. En el aparcamiento de la clínica veterinaria, pareció convertirse en un animal mucho más pequeño.

Macon salió del coche y dio la vuelta para abrir la puerta. Cuando tomó el collar de Edward, éste hincó las uñas en la tapicería. Tuvo que arrastrarlo hasta el edificio, chirriando sobre el hormigón caliente.

La sala de espera estaba vacía. En un rincón había una pecera; encima de ella, un póster a todo color ilustraba el ciclo vital del gusano de sangre roja. Detrás del mostrador, en un taburete, había una chica menuda que llevaba un body con tirantes.

—Traigo a mi perro para hospedarlo —dijo Macon. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima de los gemidos de Edward.

Sin dejar de mascar el chicle que tenía en la boca, la chica le tendió un impreso y un lápiz.

—¿Ha venido otras veces? —preguntó.

—Sí, a menudo.

—¿Qué nombre?

—Leary.

—Leary. Leary —dijo ella, buscando en un fichero.

Macon empezó a rellenar el impreso. Edward se había puesto en pie sobre sus patas traseras y se arrimaba a las rodillas de Macon, como un párvulo con miedo a la guardería.

—Vaya —dijo la chica.

Miraba con el ceño fruncido la ficha que tenía en la mano.

—¿Edward? —preguntó—. ¿De la calle Rayford?

—Eso es.

—No podemos admitirle.

—¿Qué?

—Aquí dice que mordió a un empleado. Dice: «Mordió a Barry en el tobillo, no se le vuelva a admitir».

—Nadie me lo dijo.

—Pues tendrían que habérselo dicho.

—¡Nadie me dijo ni una palabra! Lo dejé aquí en junio cuando fuimos a la playa. Volví a por él y me lo entregaron sin más.

La chica pestañeó, mirándole inexpresiva.

—Mire —dijo Macon—. En este momento voy de camino al aeropuerto. He de coger un avión.

—Yo sólo cumplo órdenes —dijo la chica.

—Y a todo esto, ¿por qué lo hizo? ¿Se les ha ocurrido preguntarse eso?

¡Quizá Edward tuvo una buena razón!

La chica volvió a pestañear. Ahora Edward estaba ya de cuatro patas y

miraba hacia arriba con interés, como siguiendo la conversación.

—Ahhh, al diablo —dijo Macon—. Vamos, Edward.

No tuvo que coger el collar de Edward al marcharse. Edward corrió al galope delante de él hasta la zona de aparcamiento.

En aquel corto espacio de tiempo, el coche se había convertido en un horno. Macon abrió la ventanilla y se quedó allí con el motor parado. ¿Y ahora qué? Pensó en ir a casa de su hermana, pero probablemente ella tampoco querría al perro. A decir verdad, ésta no era la primera vez que había habido quejas. La semana pasada, por ejemplo, su hermano Charles había pasado por su casa para pedirle prestada la máquina de barrenar, y Edward, saliendo disparado hacia él, había dado una vuelta completa alrededor de sus pies, mordisqueando con furia el borde de sus pantalones.

Charles se quedó tan pasmado que sólo giró la cabeza despacio, y miró hacia abajo boquiabierto. «¿Qué le pasa?» preguntó. «Antes nunca hacía esto». Entonces, cuando Macon lo agarró por el collar, Edward gruñó. Había fruncido el labio superior y había gruñido. ¿Podía tener un perro un colapso nervioso?

Macon no estaba demasiado familiarizado con los perros. Prefería los gatos. Le gustaba el modo que tenían de guardar silencio. Sólo últimamente se estaba fijando en Edward. Ahora que estaba solo tanto tiempo había empezado a hablarle en voz alta, o a veces, sentado, lo miraba, estudiándolo. Admiraba sus inteligentes ojos marrones y su astuta carita. Apreciaba la perfección de las espirales color miel que irradiaban tan simétricamente desde el puente de su hocico. ¡Y qué andares tenía! Ethan solía decir que Edward andaba como si tuviera arena en el traje de baño. Su parte trasera anadeaba afanosamente; sus achaparradas patas parecían moverse sobre unos goznes más primitivos que los de las patas de perros más altos.

A falta de otra idea mejor, Macon estaba ahora conduciendo en dirección a su casa. Se preguntó qué pasaría si dejaba a Edward en la casa del mismo modo que dejaba a la gata, con comida y agua abundantes. No. ¿O podría Sarah pasar a verlo dos o tres veces al día? Descartó la idea; suponía tener que pedirselo. Suponía marcar aquel número que aún no había usado y pedirle un favor.

Al otro lado de la calle un rótulo rezaba: CLÍNICA DE ANIMALES

MIAU-GUAU. Macon frenó y Edward dio un bandazo. «Perdona», le dijo Macon. Giró a la izquierda para entrar en el aparcamiento. La sala de espera del Miau-Guau olía mucho a desinfectante. De pie tras el mostrador había una mujer joven, delgada, que llevaba una blusa de volantes de estilo campesino. Tenía un pelo negro muy rizado que iba ensanchándose hasta llegarle a los hombros, como la toca de un árabe.

—Hola —le dijo a Macon.

—¿Hospedan perros? —preguntó Macon.

—Desde luego.

—Me gustaría dejar a mi perro, Edward.

Se inclinó sobre el mostrador para mirar a Edward. Edward la miró jadeando bienhumoradamente. Estaba claro que aún no se había dado cuenta de qué clase de lugar era aquél.

—¿Ha hecho una reserva? —preguntó la mujer a Macon.

—¡Reserva! No.

—La mayoría de la gente la hace.

—Bueno, yo no lo sabía.

—Sobre todo en verano.

—¿No podría hacer una excepción?

Ella pareció considerar la cuestión, mirando a Edward con el ceño fruncido. Tenía unos ojos muy pequeños, como semillas de alcaravea, y un rostro afilado y sin color.

—Por favor —dijo Macon—. Estoy a punto de coger un avión. Estaré fuera una semana y no tengo a nadie que pueda encargarse de él. Estoy desesperado, en serio.

Por la mirada que ella le lanzó, tuvo la sensación de que la había sorprendido en algún sentido.

—¿No puede dejarlo en casa con su mujer? —preguntó ella.

Se preguntó cómo demonios funcionaba la mente de aquella mujer.

—Si pudiera hacerlo —dijo él—, ¿por qué iba a estar ahora aquí?

—Ah. ¿No está casado?

—Pues sí, lo estoy, pero ella... vive en otra parte. No admiten perros.

—Ah.

Salió de detrás del mostrador. Llevaba unos pantalones cortos rojos. Tenía unas piernas como palos.

—Yo también estoy divorciada —dijo—. Sé lo que está pasando.

—Y verá —dijo Macon—, normalmente lo llevo a un establecimiento, pero ahora de pronto me dicen que muerde. Según ellos mordió a un empleado y no pueden volver a admitirlo.

—Edward, ¿tú muerdes? —dijo la mujer.

Macon se dio cuenta de que no debiera haber mencionado el asunto, pero ella pareció tomárselo bien.

—¿Cómo has podido hacer tal cosa? —le preguntó a Edward.

Edward la miró sonriente y dobló las orejas hacia atrás, pidiendo una palmadita. Ella se inclinó y le acarició la cabeza.

—Entonces, ¿lo acepta? —dijo Macon.

—Sí, supongo —dijo ella, enderezándose—. Si está desesperado.

Puso énfasis en esta palabra —clavando en Macon aquellos ojos pequeños y marrones—, como dándole más peso del que él le había querido dar.

—Rellene esto —le dijo, cogiendo un impreso de un montón que había en el mostrador y entregandoselo—. Su nombre y dirección y cuándo volverá. No se olvide de poner cuándo volverá.

Macon asintió con la cabeza al tiempo que destapaba su estilográfica.

—Seguramente le volveré a ver cuando venga a recogerlo —dijo ella—. Quiero decir si pone la hora, para saber cuándo esperarle. Yo me llamo Muriel.

—¿Tienen abierto por las tardes? —preguntó Macon.

—Todas las tardes menos el domingo. Hasta las ocho.

—Ah, muy bien.

—Muriel Pritchett —dijo ella.

Macon rellenó el impreso mientras la mujer se arrodillaba para desabrochar el collar de Edward. Edward le lamió el pómulos; debió de pensar que el gesto de ella era simplemente amistoso. De modo que, cuando Macon hubo terminado, no se despidió. Dejó el impreso sobre el mostrador y salió con pasos rápidos, una mano en el bolsillo para acallar sus llaves.

* * *

Durante el vuelo a Nueva York estuvo sentado al lado de un hombre con bigote, de aspecto extranjero. Encajados en las orejas llevaba los auriculares de uno de esos magnetófonos diminutos. Perfecto: no había peligro de conversación. Macon se reclinó satisfecho en su asiento.

Los aviones merecían su aprobación. Cuando el tiempo era tranquilo, ni siquiera parecía que te movías. Podías simular que estabas seguro en casa. La vista desde la ventanilla era siempre la misma —aire y más aire— y el interior de un avión era prácticamente intercambiable con el interior de cualquier otro.

No aceptó nada del carrito de bebidas, pero el que estaba a su lado se quitó los auriculares para pedir un Bloody Mary. Una intrincada melodía del Medio Oriente salió de los rosados tapones de esponja en un murmullo cascado. Macon se quedó mirando la maquinita y se preguntó si debería comprarse una. No para escuchar música, por descontado —ya había demasiado ruido en el mundo—, sino para aislarse. Enchufaría el aparato y nadie le molestaría. Podía ponerse una cinta virgen: media hora larga de

silencio. Después darle la vuelta y media hora más.

Aterrizaron en el aeropuerto Kennedy y tomó un autocar para hacer la conexión con su vuelo, que debía despegar al atardecer. Una vez en la terminal, empezó a hacer un crucigrama que se había guardado para esta ocasión del *New York Times* del domingo anterior. Estaba sentado en el interior de una especie de barricada; su bolsa en una silla, su americana en otra. La gente circulaba en torno suyo, pero él mantuvo los ojos fijos en la página y avanzó a ritmo uniforme hasta el acróstico en cuanto tuvo hecho el crucigrama. Para cuando hubo resuelto ambos pasatiempos, los pasajeros ya empezaban a embarcarse.

Su compañera de asiento era una mujer canosa, con gafas. Se había traído su manteleta de punto. No era una buena señal, pensó Macon, pero podía manejar la situación. Primero se removió en el asiento, aflojándose la corbata, quitándose los zapatos, sacando un libro de su bolsa. Luego abrió el libro y ostentadamente empezó a leer.

El título del libro era *Miss MacIntosh, cariño mío*, y tenía mil ciento noventa y ocho páginas. (*Para protegerse de los extraños, lleve siempre consigo un libro. Las revistas no duran mucho. Los periódicos de casa le darán nostalgia y los de otras partes le recordarán que usted es un forastero. Ya sabe qué aspecto tan extranjero tiene la tipografía de otro periódico*).

Hacía años que iba arrastrando *Miss MacIntosh* por ahí. Tenía la ventaja de no tener argumento y de ser, sin embargo, siempre interesante, de manera que podía sumergirse en él al azar. Siempre que alzaba los ojos, tenía buen cuidado de señalar un párrafo con el dedo y de mantener una expresión abstraída en el rostro.

Del altavoz salió el acostumbrado murmullo melifluo acerca de cinturones de seguridad, salidas de emergencia, máscaras de oxígeno. Se preguntó por qué las azafatas acentuaban unas sílabas tan inverosímiles. «*Esta noche, durante el vuelo, les ofreceremos...*». La mujer sentada a su lado le preguntó si quería un caramelo. «No, gracias», contestó Macon, y continuó leyendo. Se oyó crujir un papelito y, a poco, le llegó el olor a menta.

Rehusó un cóctel y rehusó la bandeja con la cena, aunque sí aceptó la leche que daban con ésta. Comió una manzana y una cajita de pasas de Corinto que llevaba en la bolsa, se bebió la leche, y fue al lavabo a limpiarse los dientes. Cuando regresó, el avión estaba más oscuro, punteado aquí y allá

con las luces para leer. Algunos de los pasajeros ya dormían. Su vecina de asiento tenía la cabeza llena de mechones en forma de pequeñas oes, que se había sujetado con clips. A Macon le dejaba pasmado que la gente fuese capaz de actuar con tal naturalidad en los aviones. Había visto hombres en pijama, las dos piezas; había visto mujeres con la cara embadurnada de crema. Realmente parecía como si no sintiesen la necesidad de estar en guardia.

Colocó el libro bajo un delgado rayo de luz y volvió una página. Los motores hacían un ruido cansino y obstinado. Aquél era el período que para sus adentros llamaba el tramo largo: el intervalo entre cena y desayuno cuando, suspendidos sobre el océano, esperaban aquella iluminación del firmamento que se suponía que era la mañana aunque, claro, en casa todavía faltaba mucho para que amaneciese. En opinión de Macon, la mañana en los otros husos horarios era como algo representado: una cortina pintada con un sol naciente, superpuesta a la verdadera oscuridad.

Dejó caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el asiento y cerró los ojos. La voz de una azafata, procedente de la parte delantera del avión, se entretejía en el zumbido de los motores. «Y ahí estuvimos sentado, sin nada que hacer y con sólo el periódico del miércoles, y ya sabes que los miércoles nunca pasa nada...».

Macon oyó a un hombre que le hablaba al oído. «Macon». Pero ni siquiera volvió la cabeza. Ahora ya conocía estas jugarretas del sonido en los aviones, de noche. Detrás de sus párpados vio la jabonera del lavabo de su casa; esta nitidez en la visión era otra jugarreta. Era una jabonera ovalada de porcelana, pintada con rosas amarillas, y contenía un trocito de jabón y los anillos de Sarah, su alianza y su anillo de prometida, tal como los había dejado cuando se marchó.

—Ya tengo las entradas —oyó decir a Ethan—. Y abrirán las puertas dentro de cinco minutos.

—Muy bien —le dijo Macon—. Vamos a planear nuestra estrategia.

—¿Estrategia?

—Dónde vamos a sentarnos.

—¿Y por qué necesitamos una estrategia para eso?

—Tú eres el que quería ver esta película, Ethan. Supongo que algo de interés tendrás en dónde te sientas. Bueno, mi plan es el siguiente. Tú acércate a esa cola de la izquierda. Cuenta los niños que hay. Yo contaré la cola de la derecha.

—Papá...

—¿Quieres estar al lado de algún niño pequeño que arme escándalo?

—Bueno... no.

—Y qué prefieres: ¿un asiento de pasillo?

—Me da igual.

—¿Pasillo, Ethan? ¿O en medio de la fila? Alguna opinión tendrás.

—Pues no.

—¿En medio de la fila?

—Da lo mismo.

—Ethan. No da lo mismo en absoluto. En el pasillo puedes salir más aprisa.

De modo que si piensas comprarte algo en el bar o ir al servicio te interesa sentarte en el pasillo. Pero por otra parte, allí todos pasan por delante de ti. Así que, si te parece que vas a quedarte en tu sitio, entonces propongo...

—¡Jo, papá, por el amor de Dios!

—Bueno, si ése es el tono que vas a adoptar —dijo Macon—, nos sentaremos en el primer maldito sitio donde vayamos a parar.

—Vale —dijo Ethan.

—Vale —dijo Macon.

Ahora sí volvió la cabeza; la balanceó de un lado a otro. Pero mantuvo los ojos bien cerrados y al cabo de un rato las voces dejaron de oírse, y se encontró en ese inquieto estado crepuscular que sustituye al sueño cuando uno

viaja.

* * *

Al amanecer aceptó una taza de café y tomó una pastilla vitamínica que llevaba en la bolsa. Los otros pasajeros tenían un aspecto pálido y desaliñado. Su vecina de asiento fue al lavabo llevándose todo un maletín y volvió muy repeinada, pero tenía la cara hinchada. Macon opinaba que el viajar produce retención de los líquidos. Al ponerse los zapatos, se los encontró estrechos, y cuando fue a afeitarse se vio unas bolsas de carne bajo los ojos que nunca se había visto antes. Sin embargo, estaba en mejor forma que la mayoría porque no había tocado comida con sal ni había bebido alcohol. El alcohol se retenía seguro. Bebe alcohol en un avión y te encontrarás aturdido durante días enteros, creía Macon.

La azafata anunció la llegada a Londres y hubo un pequeño revuelo mientras la gente reajustaba sus relojes. Macon cambió la hora del reloj despertador digital de su estuche de afeitado. El reloj que llevaba en la muñeca —que no era digital sino esférico, con manecillas— lo dejó tal cual.

El aterrizaje fue brusco. Era como ser devueltos a la cruda realidad: todo aquel rozamiento súbito, la pista arenisca, el estruendo, la frenada. El altavoz empezó a susurrar recomendaciones corteses. La vecina de Macon dobló su manteleta. «Estoy muy ilusionada» dijo. «He venido para conocer a mi nieta». Macon sonrió y expresó su deseo de que todo fuese bien. Ahora que ya no temía sentirse atrapado, la encontraba bastante agradable. Además, tenía un aspecto tan americano.

En Heathrow, como de costumbre, reinaba una sensación de catástrofe reciente. La gente se apresuraba inexpresiva de un lado a otro; otras gentes, de pie y rodeadas de baúles y paquetes, parecían refugiados, y personas uniformadas intentaban hacer frente a un clamor de preguntas. Como no tenía equipaje que recuperar, Macon acabó con los trámites burocráticos mucho antes que los otros. Entonces cambió su dinero y se metió en el metro. *Recomiendo el metro a todos menos a los que temen las alturas, e incluso a éstos mientras no vayan a las siguientes estaciones, que tienen escaleras mecánicas particularmente empinadas...*

Mientras el tren avanzaba con estrépito, se dedicó a clasificar el dinero

metiéndolo en unos sobres que se había traído de casa, cada uno de los cuales llevaba claramente señalado un valor distinto. (*Si separa y clasifica de antemano la moneda extranjera, se evitará titubeos y confusiones*). Delante de él, una hilera de rostros le observaban.

Aquí la gente tenía un aspecto distinto, aunque no hubiera sabido decir en qué sentido. Pensó que eran al mismo tiempo más guapos y más enfermizos. Una mujer que llevaba una criatura quejosa, iba diciendo: «Calla, mi vida. Calla, mi vida», con aquella voz inglesa clara y ligera, que parecía salir sin esfuerzo alguno. Hacía calor, y tenía un brillo pálido en la frente. La de Macon también, sin duda. Se metió los sobres en el bolsillo interior de la americana. El tren se detuvo y entró más gente. En pie delante de él, se agarraban no a correas sino a unas bombillas que pendían de unos palos flexibles. En su primera visita, Macon las había tomado por una especie de micrófonos.

Tenía su base en Londres, como siempre. Desde allí haría breves incursiones en otras ciudades, sin citar nunca más que un puñado de hoteles y un puñado de restaurantes situados en un radio pequeño y fácilmente accesible; porque sus guías eran cualquier cosa menos completas. («Ya hay muchos otros libros que explican cómo ver lo máximo de una ciudad», le había dicho su jefe. «Tú tendrías que explicar cómo ver lo mínimo.»).

El hotel donde se alojaba Macon se llamaba Jones Terrace. Él hubiese preferido uno de alguna cadena hotelera americana, pero eran demasiado caros. De todas formas, el Jones Terrace no estaba mal; era pequeño y estaba bien cuidado. En seguida se puso manos a la obra para hacer la habitación más suya, quitando la fea colcha y metiéndola en un armario, sacando sus pertenencias de la bolsa y guardando ésta. Se cambió de ropa, aclaró la que había llevado puesta y la colgó de la barra de la ducha. Luego, tras echarle una mirada nostálgica a la cama, salió a desayunar.

En casa aún faltaba mucho para que amaneciese, pero como el desayuno era, de todas las comidas, la que los hombres de negocios generalmente tenían que procurarse ellos mismo, no dejaba de someterla a concienzudas investigaciones en todos sus viajes.

Caminó hasta el Yankee Delight, donde pidió huevos revueltos y café. Aquí el servicio era excelente. Le sirvieron el café en seguida y su taza estuvo continuamente llena. Los huevos no sabían como los huevos de casa, pero eso

era normal. ¿Qué tenían los huevos de restaurante? Les faltaba carácter, fuerza. De todas maneras, abrió su guía y puso una señal al lado del Yankee Delight. Al cabo de una semana, estas páginas estarían casi ilegibles. Habría tachado algunos nombres, habría añadido otros y garrapateado notas en los márgenes. Siempre volvía a visitar las entradas anteriores: cada hotel y cada restaurante. Era tedioso, pero su jefe insistía en ello. «Imagínate lo mal que quedaría», decía Julian, «que un lector fuese a algún café recomendado por ti y lo encontrase convertido en un vegetariano».

Cuando hubo pagado la cuenta, se fue calle abajo hasta el New America, donde pidió más huevos y más café. «Descafeinado», añadió. (Ahora ya estaba hecho un manojo de nervios). El camarero dijo que no tenían descafeinado. «Ah, no tienen», dijo Macon. Cuando el camarero se alejó, Macon hizo un apunte en su guía.

Su tercera parada fue un restaurante llamado el U.S. Open, donde las salchichas estaban tan duras que parecían cocidas encima del tejado. Lógico: el U.S. Open lo había recomendado un lector. ¡Los lugares que los lectores les recomendaban por escrito! Una vez (cuando aún era novato), Macon había hecho una reserva en un motel sin tener más referencia que una recomendación tal; fue en Detroit, o quizá Pittsburgh, para *El turista accidental en América*. Se marchó sólo de ver las sábanas y huyó a un Hilton de la acera de enfrente, cuyo portero salió a su encuentro y le tomó la bolsa con un gemido compasivo, como si Macon llegase tambaleante del desierto. Nunca más, se había dicho Macon. Dejó las salchichas en el plato y pidió la cuenta.

La tarde (por así llamarla) la dedicó a visitar hoteles. Habló con varios gerentes e inspeccionó habitaciones de muestra donde probó las camas, vació las cisternas, echó un vistazo a las alcachofas de las duchas. La mayoría mantenían su nivel, más o menos, pero algo le había pasado al Royal Prince.

El hecho era que parecía... bueno, extranjero. Hombres morenos y apuestos vestidos con trajes de seda hablaban en murmullos en el vestíbulo mientras unos niños morenitos se perseguían alrededor de las escupideras. Macon tuvo la sensación de haberse perdido aún más inextricablemente que de costumbre y haber ido a parar a El Cairo. Señoras en forma de cono, que llevaban largos velos negros, abarrotaban las puertas giratorias; entraban de la calle con bolsas de compras llenas de... ¿qué? Intentó imaginar los shorts de dril de algodón y las botas hasta los muslos de malla rosa: las mercancías que

había visto en la mayoría de escaparates.

«Mmmm...», le dijo al gerente. ¿Cómo plantear la cuestión? No le gustaba nada dar la impresión de ser estrecho de miras, pero el caso era que sus lectores eludían lo exótico. «¿Ha cambiado el hotel... de propietario?», preguntó. El gerente mostró una susceptibilidad poco habitual. Se irguió y dijo que el Royal Prince pertenecía a una sociedad anónima, que así había sido siempre y así sería en adelante, siempre la misma sociedad anónima. «Entiendo», dijo Macon. Se marchó sintiéndose confuso.

A la hora de cenar, hubiera debido ir a un restaurante elegante. Tenía que citar como mínimo uno de categoría en cada ciudad, un sitio donde pudiese llevarse a los clientes. Pero esta noche no tenía ánimos para ello. Fue a un café llamado Mi Primo Americano, que le gustaba. Allí los comensales hablaban con acento americano, como también algunos de los empleados, y la dueña repartía en la puerta unas entradas con número. Si anunciaban tu número por el altavoz podías obtener un televisor gratis, o al menos un grabado en color del restaurante, enmarcado.

Macon pidió una cena sencilla y reconfortante: verduras hervidas y dos chuletas de cordero servidas con escarpines de papel, todo ello acompañado de un vaso de leche. El hombre de la mesa de al lado también estaba solo. Comía un pastel de carne de cerdo que tenía buen aspecto y, cuando la camarera le ofreció los postres, dijo: «Bueno, veamos, quizá sí pruebe algo», con aquella habla lenta y arrastrada, satisfecha de hacerse de rogar, de alguien a quien toda su vida las mujeres de su familia le han animado a comer más. Macon, por su parte, escogió el pan de jengibre. Llevaba nata, igual que el de casa de su abuela.

A las ocho, según su reloj de muñeca, ya estaba en la cama. Era demasiado pronto, desde luego, pero no quería alargar más el día; para los ingleses era medianoche. Mañana empezaría sus viajes relámpago a otras ciudades. Escogería unos cuantos hoteles de muestra, probaría unos cuantos desayunos de muestra. Café con cafeína y café descafeinado. Tocino poco hecho y muy hecho. Zumo de naranja natural, enlatado y congelado. Más alcachofas de ducha, más colchones. ¿Se facilitan secadores de mano? ¿Enchufes de 110 voltios para máquinas de afeitar eléctricas?

Cuando se quedó dormido, pensó que cuartos anónimos pasaban dando vueltas en un tiovivo. Pensó que maleteros de tela de arpillera, aspersores

automáticos de techo y listas acristaladas de normas en caso de incendios se acercaban y se alejaban y volvían a acercarse, una y otra vez, durante el resto de sus días. Pensó que Ethan iba montado en un camello de cartón y le gritaba: «¡Cógeme!», y caía, pero Macon no llegaba a tiempo y, cuando extendía los brazos, Ethan ya no estaba.

* * *

Uno de los malos hábitos de Macon consistía en empezar a impacientarse demasiado pronto por volver a casa. No importaba lo corta que fuese la estancia planeada; antes de concluida, decidía que tenía que regresar, que se había concedido demasiados días, que todo lo realmente necesario estaba ya hecho... o casi todo, casi hecho.

Luego el resto de su estancia se lo pasaba haciendo llamadas telefónicas a agencias de viaje o visitas infructuosas a las oficinas de líneas aéreas y en listas de espera que no llegaban a nada, de manera que se veía obligado a volver al hotel del que acababa de marcharse. Siempre se prometía a sí mismo que esto no volvería a ocurrir, pero de algún modo ocurría de nuevo. En Inglaterra, ocurrió a la cuarta tarde. ¿Qué más había que hacer?, empezó a preguntarse. ¿No había captado ya lo esencial de este lugar?

Bueno, seamos francos: era sábado. Al escribir la fecha en su libro de gastos, se percató de que en casa era sábado por la mañana. Sarah pasaría a buscar la alfombra.

Abriría la puerta y olería la casa. Atravesaría las habitaciones donde había sido tan feliz todos estos años. (¿No había sido feliz?). Se encontraría a la gata tendida en el sofá, perezosa y lánguida, y ella se acomodaría en el almohadón de al lado y pensaría: *¿Cómo he podido marcharme?*

Por desgracia era verano, y los aviones estaban completos. Se pasó dos días rastreando posibilidades remotas que se esfumaban en el instante en que se acercaba a ellas. «¡Lo que sea! ¡Dénme lo que sea! No tengo por qué ir a Nueva York; puedo ir a Dulles. ¡Puedo ir a Montreal! ¡Chicago! Díganme, quizá podría ir a París o a Berlín y ver si hay vuelos desde allí. ¿Hay barcos? ¿Cuánto tardan los barcos actualmente? ¿Y si esto fuese un caso de urgencia? Quiero decir, mi madre en su lecho de muerte o algo así. ¿Me están diciendo que no se puede salir de este sitio?».

Las personas que le atendieron lo hicieron en todo momento con cortesía y buen humor —de verdad que a no ser por la tensión del viajar, creía que los ingleses le hubiesen podido llegar a gustar— pero no podían solucionarle el problema. Al final tuvo que continuar su estancia. Pasó el resto de la semana acurrucado en su habitación viendo la tele, mordiéndose los puños, alimentándose de comestibles enlatados y de refrescos tibios porque no se veía con ánimo de ir a otro restaurante más.

De manera que fue el primero de la cola, naturalmente, en el mostrador del aeropuerto, el día del regreso. Pudo elegir asiento: ventana, no fumadores. A su lado había una pareja de jóvenes totalmente absorbidos el uno en el otro, así que no necesitó *Miss MacIntosh*, sino que estuvo mirando las nubes durante toda la tarde, larga y aburrida.

La tarde nunca fue su hora favorita; eso era lo peor de estos vuelos hacia casa. Era por la tarde durante horas y horas, mientras servían bebidas, una comida, bebidas otra vez... todo lo cual declinaba con un gesto de la mano. Era por la tarde cuando pasaron la película; los pasajeros tuvieron que bajar la persiana de las ventanillas. Una luz naranja llenó el avión, espesa y pesada.

Una vez, volviendo de un viaje más difícil de lo habitual —al Japón, donde uno no podía siquiera aprenderse los signos de memoria para encontrar el camino de vuelta a un sitio—, Sarah había ido a esperarle a Nueva York. Era su decimoquinto aniversario de casados y había querido darle una sorpresa.

Llamó a Becky, de la agencia de viajes, para preguntar el número de su vuelo, y luego dejó a Ethan con su madre y cogió un avión hasta Kennedy, llevando consigo un cesto de picnic con vino y quesos que compartieron en la terminal mientras esperaban la salida del vuelo que los llevaría a casa. Cada detalle de aquella comida se le había quedado a Macon en la memoria: los quesos dispuestos sobre una tablilla de mármol, el vino en unas copas de cristal que por milagro habían sobrevivido al viaje. Aún recordaba el gusto del lustroso Brie. Aún podía ver la mano pequeña y bien proporcionada de Sarah cortando resuelta el pan en rebanadas.

Pero hoy no iría a esperarle a Nueva York. Hoy ni siquiera le esperaba en Baltimore.

Recogió su coche del aparcamiento y se adentró en la ciudad a través de un crepúsculo ceñudo que parecía presagiar algo: una tormenta o relámpagos

de verano, algo dramático. ¿Estaría ella esperándole en casa? ¿Con aquella túnica a rayas que a él le gustaba tanto? ¿Y una cena fría dispuesta en la mesa del patio?

Con cuidado de no dar nada por sentado, se detuvo a comprar leche en un Seven-Eleven. Después se dirigió a la clínica veterinaria para recoger a Edward. Llegó al Miau-Guau minutos antes de la hora de cerrar; de algún modo, había conseguido perderse por el camino. En el mostrador no había nadie. Tuvo que tocar la campanilla de servicio. Una chica peinada con cola de caballo asomó la cabeza por una puerta, por la que se oyó una confusión de voces animales alzadas en distintos tonos, como una orquesta afinándose. «¿Sí?», preguntó.

—He venido a recoger a mi perro.

Se adelantó para abrir una carpeta que había encima del mostrador.

—¿Su nombre?

—Leary.

—Ah —dijo ella—. Un momento.

Macon se preguntó qué habría hecho Edward esta vez.

La chica desapareció, y un momento más tarde salió otra, la del pelo encrespado. Esta tarde llevaba un vestido negro con grandes flores rosas, que tenía un escote en uve, hombreras y una falda demasiado corta; y calzaba sandalias de tacón exageradamente alto.

—¡Vaya, hola! —dijo alegremente—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Ah, ha ido... ¿Dónde está Edward? ¿No está bien?

—Sí, claro que sí. ¡Ha sido de un bueno y de un cariñoso...!

—Vaya, qué bien —dijo Macon.

—Nos hemos llevado pero que muy bien. Por lo visto me cogió cariño, no sé por qué.

—Estupendo —dijo Macon, y carraspeó—: Entonces, ¿pueden entregármelo, por favor?

—Caroline lo traerá.

—Ah.

Hubo un silencio. La mujer, de cara a él y sonriendo con desenvoltura, esperaba con los dedos entrelazados encima del mostrador. Macon vio que se había pintado las uñas de rojo oscuro, y los labios de un color negruzco que resaltaba la forma de la boca, una forma de rara complicación: angular, como algunas clases de manzanas.

—Mmmm... —dijo él por fin—. Quizá podría ir pagando.

—Oh, sí.

Dejó de sonreír y echó un vistazo a la carpeta abierta.

—Serán cuarenta y dos dólares.

Macon le dio una tarjeta de crédito. Ella tuvo dificultades manejando la máquina grabadora; lo tenía que hacer todo con las partes planas de las manos para no estropearse las uñas. Rellenó los espacios en blanco con unos garabatos desiguales y luego volvió la factura hacia Macon.

—Firma y número de teléfono —dijo, y se inclinó sobre el mostrador para mirar lo que escribía—. ¿Es el teléfono de tu casa o el del trabajo?

—Ambos. ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Era sólo por curiosidad —dijo ella. Arrancó la copia para él, con aquel estilo suyo de dedos extendidos, y metió el resto de la factura en un cajón—. No sé si ya te lo he dicho, pero el caso es que adiestro perros.

—No me digas —dijo Macon.

Miró hacia la puerta por donde había desaparecido la primera chica. Siempre se ponía nervioso cuando tardaban demasiado en traer a Edward. ¿Qué estaban haciendo ahí detrás... deshaciéndose de algunas pruebas?

—Mi especialización son los perros que muerden —dijo la mujer.

—Especialidad.

—¿Cómo?

—Webster prefiere «especialidad».

Ella le miró sin comprender.

—Debe de ser un trabajo peligroso —dijo cortésmente Macon.

—¡Ah, para mí no! Yo no le tengo miedo a nada.

En la puerta tras ella, se oyó un sonido como de refriega. Edward salió disparado, seguido de la chica con cola de caballo. Edward, dando unos gañidos agudos, se lanzaba a un lado y a otro con tal regocijo que cuando Macon se inclinó para darle una palmada, no acabó de conseguirlo.

—Bueno, para ya —le dijo la chica a Edward. Estaba intentando atarle el collar. Mientras tanto, la mujer del mostrador iba diciendo: «Mordedores, ladradores, perros sordos, perros apocados, perros que han sufrido maltrato, perros que han aprendido malos hábitos, perros que han crecido en la tienda y no confían en las personas... yo sé tratarlos a todos».

—Vaya, muy bien —dijo Macon.

—Y no es que me vaya a morder a mí, claro. Como te estaba diciendo hace un momento, se enamoró de mí.

—Me alegro —dijo Macon.

—Pero podría adiestrarle en muy poco tiempo para que no mordiese a otra gente. Te lo piensas y me llamas. Muriel, ¿recuerdas?, Muriel Pritchett. Te daré mi tarjeta.

Le alargó una tarjeta profesional color salmón que no parecía haber sacado de ningún sitio. Macon tuvo que abrirse paso alrededor de Edward para cogerla.

—Estudié con un hombre que se dedicaba a adiestrar perros de asalto

—dijo ella—. No estás hablando con una aficionada.

—Lo tendré en cuenta —dijo Macon—. Muchas gracias.

—¡O llama sin razón alguna! Llama para hablar.

—¿Hablar?

—¡Sí! Para hablar de Edward y sus problemas, para hablar de... ¡lo que sea! Coger el teléfono y simplemente hablar. ¿No tienes a veces ganas de hacer eso?

—La verdad es que no —dijo Macon.

Entonces Edward lanzó un gáñido especialmente penetrante, y los dos salieron precipitadamente hacia casa.

Por supuesto que ella no estaba. Lo supo en el instante en que entró en la casa, al oler aquel aire caliente y viciado y al oír la apagada densidad de un lugar donde todas las ventanas están cerradas. En el fondo, lo había sabido todo el tiempo. Se había estado engañando a sí mismo. Había construido castillos en el aire.

La gata pasó por su lado como un rayo y escapó por la puerta, aullando acusadoramente. El perro iba lanzado en dirección al comedor para revolcarse sobre la alfombra y quitarse el olor de la perrera. Pero no había alfombra... sólo el suelo desnudo y polvoriento, y Edward se paró en seco, como un tonto. Macon entendió perfectamente cómo se sentía.

Guardó la leche y subió a deshacer su equipaje. Se duchó, pisoteando la ropa sucia del día, y se preparó para acostarse. Cuando apagó la luz del cuarto de baño, la vista de su colada goteando encima de la bañera le recordó el viajar. ¿Qué diferencia había, en realidad? *El turista accidental en casa*, pensó, y se deslizó cansadamente dentro de su saco de dormir.

Cuando sonó el teléfono, Macon soñó que era Ethan. Soñó que Ethan llamaba desde el campamento para preguntar por qué no habían ido nunca a buscarlo. «Pero es que pensábamos que te habías muerto», dijo Macon, y Ethan —con aquella voz clara, que se le cascaba en los agudos— dijo: «¿Y por qué pensábais eso?». El teléfono volvió a sonar y Macon se despertó. Notó un vuelco de decepción dentro de su caja torácica. Comprendió por qué se hablaba de «caérsele a uno el alma a los pies».

Con movimientos lentos, extendió la mano para descolgar el auricular. «Sí», dijo.

—¡Macon! ¡Bienvenido a casa!

Era Julian Edge, el jefe de Macon, enérgico y animado como siempre incluso a esta hora temprana de la mañana. «Ah», dijo Macon.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Ha ido bien.

—¿Llegaste anoche?

—Sí.

—¿Has descubierto más sitios estupendos?

—Bueno, tampoco hay que exagerar.

—Así que ahora toca ponerse a escribir.

Macon no dijo nada.

—¿Cuándo te parece que podrás traerme el manuscrito? —preguntó Julian.

—No lo sé —dijo Macon.

—¿Te parece que será pronto?

—No lo sé.

Hubo una pausa.

—Me parece que te he despertado —dijo Julian.

—Sí.

—Macon Leary en la cama —dijo Julian. Lo hizo sonar como el título de algo.

Julian era más joven que Macon y más jovial, más impetuoso, no un hombre serio. Parecía divertirse el fingir que Macon era algún tipo de personaje.

—Bueno, así que: ¿puedo contar con que me lo des para finales de mes?

—No —dijo Macon.

—¿Por qué no?

—No estoy organizado.

—¡Organizado! ¿Qué hay que organizar? Lo único que tienes que hacer, en el fondo, es volver a pasar a máquina el viejo.

—Es bastante más complicado que eso.

—Oye. Mira. Ahora estamos... —La voz de Julian se apagó un tanto. Debía de estar echándose hacia atrás para mirar su llamativo reloj-calendario de oro con cenefa de cuero perforado—. Ahora estamos a tres de agosto. Quiero que esto esté en los quioscos en octubre. Eso quiere decir que has de darme el manuscrito antes del treinta y uno de agosto.

—No estará —dijo Macon.

De hecho, le asombraba hallarse con energías suficientes para proseguir esta conversación.

—Treinta y uno de agosto, Macon. Faltan cuatro semanas enteras.

—No es suficiente —dijo Macon.

—No es suficiente... —repitió Julian—. Bueno. Pues entonces a mediados de septiembre. Me va a descalabrar bastantes cosas, pero te daré hasta mediados de septiembre. ¿Qué tal?

—No sé —dijo Macon.

Lo apagado de su propia voz le interesó. Se sintió extrañamente distante de sí mismo. Julian quizá lo intuyera porque, después de otra pausa, dijo:

—Oye. Camarada. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—Sé que has pasado por muchos tragos últimamente, Macon...

—¡Estoy bien! ¡Estoy perfectamente! Lo único que necesito es tiempo para organizarme. Acabaré el manuscrito para el quince de septiembre. Es posible que lo tenga listo antes. Sí, es muy posible que lo tenga antes. Quizás a finales de agosto. ¿De acuerdo?

Entonces colgó.

* * *

Pero su estudio estaba tan oscuro y cargado, y además desprendía ese olor salado y a tinta del azogamiento nervioso. Entró en él y se sintió abrumado por su trabajo, como si al final hubiese triunfado el caos. Dio media vuelta y volvió a salir.

Quizá no fuese capaz de organizar la guía, pero organizar la casa era asunto completamente distinto. Había en eso algo satisfactorio, consolador; o más que consolador: le daba la sensación de evitar un peligro. Durante la semana que siguió, fue de habitación en habitación proyectando nuevos sistemas. Arregló de modo distinto todos los armarios de la cocina y tiró a la basura las menudencias metidas en frascos pegajosos y polvorientos que Sarah no había abierto durante años.

Conectó la aspiradora a un cordón de extensión de treinta metros, que de hecho era para cortacéspedes. Salió al patio y quitó las malas hierbas, podó, escamondó, recortó... Reducía volúmenes, así se representaba él su tarea.

Hasta ahora, Sarah se había ocupado de la jardinería, y ciertos rasgos de ésta fueron una sorpresa para él. Una variedad de hierba echó semillas explosivamente en cuanto la tocó, produciendo un tupido bosquecillo, mientras que otras cedían muy fácilmente —demasiado fácilmente—, rompiéndose por el nudo más alto, de modo que las raíces quedaban bajo tierra. ¡Qué tenacidad! ¡Qué talento para sobrevivir! ¡Por qué no tendrían la misma capacidad los seres humanos?

Tendió una cuerda de un lado a otro del sótano para no tener que usar la secadora. Las secadoras malgastaban la energía lastimosamente. Luego desarticuló el ancho y flexible tubo de escape de la secadora, y le enseñó a la gata a entrar y salir por el vacío cristal de ventana donde antes desembocaba el tubo. Esto suponía poder acabar con el cajón de los excrementos. Varias veces al día, la gata trepaba silenciosamente al lavadero, se ponía de pie, larga y nervuda, sobre las patas traseras, y saltaba por la ventana.

Era un lástima que Edward no pudiera hacer lo mismo. A Macon no le gustaba nada tener que sacarlo a pasear; a Edward nunca le habían enseñado a seguir de cerca a su amo y continuamente enrollaba la correa alrededor de las piernas de Macon. Ah, los perros daban un trabajo... Además, comían cantidades descomunales de comida. La de Edward tenía que traerse desde el supermercado hasta casa, sacarla del maletero del coche y arrastrarla hasta subir las empinadas escaleras de la entrada y luego a través de la casa hasta la despensa.

Pero, al menos para eso, Macon ideó al fin una solución. Al pie de la vieja rampa del carbón que había en el sótano, colocó un cubo de basura, de plástico, en cuyo fondo había recortado un cuadrado. Entonces echó los restos de un paquete de comida para perro en el cubo, que como por arte de magia se convirtió en un dispositivo alimenticio continuo, como el de la gata. La próxima vez que comprase comida para el perro, sólo tendría que conducir el coche hasta el lado de la casa y echar la comida rampa abajo.

Pero hubo una dificultad: resultó que a Edward le daba miedo bajar al sótano. Todas las mañanas iba a la despensa, donde antes le ponían el desayuno y, sentado sobre sus regordetas patas traseras, lloriqueaba. Macon

tenía que cargar con él escaleras abajo, tambaleándose ligeramente mientras Edward se revolvía en sus brazos. Como el objetivo de todo este plan había sido ahorrarle esfuerzos a la lábil espalda de Macon, éste tuvo la sensación de haber fracasado. Con todo, seguía intentándolo.

También pensando en su espalda, ató el cesto de la ropa a la vieja tabla de patinar de Ethan y dejó caer una bolsa por el hueco para la ropa sucia al extremo de una cuerda. De esta manera, nunca tenía que subir o bajar escaleras cargado con la ropa, ni siquiera trasladarla por el sótano. Algunas veces, sin embargo —cuando encarrilaba laboriosamente el cesto rodante desde la cuerda de tender hasta el hueco de la ropa, o al meter las sábanas limpias en la bolsa, o al correr escaleras arriba para subirlas tirando de la cuerda, larga y áspera—, Macon sentía una punzada de vergüenza. ¿No era posible que todo esto fuese un poco absurdo?

Bueno, todo era absurdo, si uno se detenía a pensar en ello.

El vecindario ya debía de saber que Sarah le había dejado. La gente empezó a llamarlo al atardecer de los días laborables para invitarlo a cenar «de lo que hubiese» con ellos. Al principio Macon pensó que se referían a uno de esos arreglos en los que cada uno lleva una cacerola con algo y, con un poco de suerte, se acaba tomando una comida equilibrada. Se presentó en casa de Bob y Sue Carney con una fuente de macarrones con queso. Como Sue había preparado espaguetis, pensó que no había habido suerte. Sue dejó sus macarrones en un extremo de la mesa y nadie los probó excepto Delilah, la hija de tres años. Pero ésta se sirvió varias veces.

Macon no había contado con que los niños cenaran en la mesa. Vio que ahora se había convertido en alguien diferente, una especie de tío soltero que se supone necesita ver una escena de vida familiar de vez en cuando. Pero el hecho era que nunca le habían gustado mucho los niños de los demás. Y las reuniones de cualquier tipo le deprimían. El contacto físico con personas no emparentadas con él —un abrazo alrededor de su hombro, una mano en su manga— le hacían replegarse sobre sí mismo, como un caracol.

—Ya sabes, Macon —le dijo Sue Carney, inclinándose sobre la mesa para darle una palmadita en la muñeca—, que siempre que tengas ganas puedes venir a vernos sin avisar. No esperes a que te invitemos.

—Eres muy amable, Sue —dijo él.

Se preguntó por qué sería que la piel de los extraños tenía una textura tan irreal... casi ce cera, como si hubiese una invisible capa adicional entre él y ellos. En cuanto pudo, apartó la muñeca.

—Si pudieras vivir como más te gustase —le había dicho una vez Sarah—, creo que terminarías en una isla desierta sin ninguna otra persona.

—¡Qué dices! Eso no es verdad en absoluto —había dicho él—. Estarías tú, y Ethan, y mi hermana y mis hermanos...

—Pero no otra gente. Quiero decir... gente que estuviese allí por casualidad, gente que no conocieras.

—Pues... no, supongo que no —había dicho él—. ¿Tú sí?

Pero claro que ella sí... entonces. Entonces, antes de que Ethan muriese. Siempre había sido una persona sociable. Cuando no tenía otra cosa que hacer se paseaba, feliz, por el centro comercial, cosa que, para Macon, era el infierno, con todos aquellos hombros de gente desconocida rozándole al pasar. Sarah encontraba emocionantes a las multitudes. Le gustaba conocer gente nueva. Le gustaban las fiestas, incluso los cócteles. Macon creía que uno tenía que estar loco para que le gustasen los cócteles... aquellos ambientes de confusión a los que ella solía arrastrarlo, donde le hacía sentirse culpable si, por chiripa, él lograba entablar una conversación de cierta hondura. «Circulen, circulen», siseaba Sarah, pasando tras él con un vaso en la mano.

Eso había cambiado durante este último año. A Sarah ya no le gustaba el gentío. No se acercaba para nada a una zona peatonal del centro, no le había hecho ir a ninguna reunión. Sólo iban a cenas íntimas, y ella no había tenido gente a cenar desde la muerte de Ethan.

Una vez él le preguntó: «¿No deberíamos invitar a los Smith y a los Millard? Nos han invitado tantas veces...». Sarah había dicho: «Si. Tienes razón. Pronto los invitaremos». Pero luego no hizo nada.

Ellos se habían conocido en una fiesta. Los dos tenían entonces diecisiete años. Era una especie de reunión de camaradería que agrupaba a los jóvenes de sus respectivos centros de enseñanza. Incluso a esa edad, a Macon le desagradaban las fiestas, pero como secretamente estaba deseando enamorarse, había afrontado ésta, aunque luego se había quedado apartado en un rincón, con aire indiferente —eso esperaba—, bebiendo a sorbos su ginger

ale. Era en 1958.

El resto de los presentes iba con camisas de cuello abotonado, pero Macon llevaba un jersey negro de cuello alto, pantalones negros y sandalias. (Estaba pasando por su fase de poeta). Y Sarah, una chica burbujeante con una mata de rizos de color castaño cobrizo, y una cara redonda, grandes ojos azules, un labio inferior carnosos... Sarah vestía algo color de rosa, recordaba él, que daba un tono radiante a su piel. Estaba rodeada de un círculo de admiradores. Era baja, de figura armoniosa, y había cierta valentía en las forma en que se tenía firmemente plantada sobre sus menudas pantorrillas bronceadas, como decidida a no dejarse intimidar por aquel rebaño gigante de estrellas del baloncesto y del fútbol.

Macon renunció a ella en el acto. No, ni siquiera eso... ni siquiera se planteó por un momento posibilidad alguna, sino que miró tras ella, hacia otras chicas más asequibles. Así que tuvo que ser Sarah la que diese el primer paso. Se acercó a él y le preguntó que por qué se daba aquellos aires de superioridad.

—¡De superioridad! —dijo él—. Yo no me doy aires de superioridad.

—Pues lo parece.

—No, es sólo que estoy... aburrido —le dijo él.

—Bueno, así qué: ¿quieres bailar o no?

Bailaron. El hecho le cogió tan de improviso que pasó en una especie de niebla. Sólo pudo disfrutarlo más tarde, en casa, donde lo pudo repensar en un estado de ánimo más calmado. Y al repensarlo, vio que si no hubiese dado una impresión de indiferencia, Sarah no se habría fijado en él. Era el único muchacho que no había ido tras ella abiertamente. Haría bien en no hacerlo en el futuro; no había que parecer demasiado interesado, no había que mostrar los sentimientos. Intuyó que, con Sarah, uno tenía que mantener cierta dignidad.

Pero, ay, qué difícil era mantenerla. Macon vivía con sus abuelos, que consideraban que nadie menor de dieciocho años debía tener carnet de conducir. (Y no importaba que el estado de Maryland opinase de otro modo). Así que era el abuelo Leary quien conducía cuando Macon y Sarah salían juntos. Tenía un Buick largo de color negro en cuyo asiento posterior gris y aterciopelado iba sentado Macon él solo, pues su abuelo consideraba

indecoroso que los dos muchachos se sentasen allí juntos.

«Yo no soy vuestro chófer», dijo, «y además, el asiento de atrás tiene connotaciones». (Buena parte de la juventud de Macon transcurrió bajo el imperio de las connotaciones). Así que Macon se sentaba solo detrás y Sarah iba delante con el abuelo Leary. Su mata de pelo, vista al contraluz de los faros que venían en dirección contraria, recordaba a Macon un arbusto en llamas. Se inclinaba hacia adelante, carraspeaba y preguntaba:

—¿Has terminado el trabajo trimestral?

—¿Qué? —decía Sarah.

—El trabajo trimestral —le decía el abuelo Leary—. El chico quiere saber si lo has terminado.

—Ah. Sí, lo he terminado.

—Lo ha terminado —repetía a Macon el abuelo Leary.

—Tengo oídos, abuelo.

—¿Quieres que pare y vas andando? Porque yo no tengo por qué aguantar respuestas descaradas. A estas horas podría estar en casa con los que quiero, y no conduciendo en la oscuridad.

—Perdona, abuelo.

La única esperanza de Macon era el silencio. Se sentaba hacia atrás, quieto y distante, sabiendo que cuando Sarah mirase no vería sino un destello de pelo rubio y un rostro inexpresivo; el resto sería oscuridad, pues su jersey negro de cuello alto se confundía con las sombras. Funcionó. «¿En qué piensas todo el rato?», le preguntó ella al oído mientras bailaban en el gimnasio de su colegio. Él se limitó a fruncir una comisura de los labios, como divertido, y no contestó.

Las cosas no cambiaron mucho cuando se sacó el carnet de conducir. Tampoco cambiaron mucho cuando él se marchó a la universidad, aunque entonces sí renunció a sus jerseys negros de cuello alto para adoptar la típica indumentaria de un estudiante de Princeton: limpias camisetas blancas y pantalones de algodón color caqui. Separado de Sarah, sentía un vacío

constante, pero en sus cartas hablaba sólo de sus estudios.

Sarah, estudiante en Goucher, le contestaba: *¿No me echas de menos un poco? No voy a ninguno de los sitios donde hemos estado juntos, de miedo de verte con tu expresión misteriosa al otro lado del cuarto.* Ella acababa sus cartas con un *Te quiero* y él las suyas con un *Afectuosamente*.

Por las noches imaginaba que ella estaba tendida a su lado, sus rizos rozando suavemente la almohada de él, aunque lo único que habían hecho hasta entonces era besarse prolongadamente. A decir verdad, no estaba seguro de poder hacer mucho más sin... ¿Cómo lo decían en aquel entonces? Sin perder el control. A veces se sentía casi enfadado con Sarah. Tenía la impresión de encontrarse en una posición falsa. Se veía obligado a mostrar aquella fachada imperturbable si quería que ella lo amase. ¡Ah, cuánto se exigía de los hombres!

Ella escribió diciendo que no salía con nadie más. Macon tampoco, pero naturalmente él no lo dijo. En verano volvió a casa y trabajó en la fábrica de su abuelo, mientras Sarah tomaba el sol en la piscina del barrio. A mediados de ese verano, ella le dijo que se extrañaba de que aún no le hubiese pedido que se acostasen juntos. Macon se quedó reflexionando, y a continuación le dijo, en tono ecuánime, que de hecho se lo pedía en ese momento.

Fueron a casa de ella; sus padres estaban de vacaciones en Rehoboth. Subieron las escaleras hasta el pequeño dormitorio de Sarah, una blancura de volantes fruncidos inundada de sol y con olor a pintura fresca. «¿Has traído un chisme de esos?», preguntó Sarah, y Macon, poco dispuesto a admitir que apenas sabía qué aspecto tenía el objeto en cuestión, espetó: «No, no he traído un chisme de esos, ¿por quién me tomas?», pregunta absurda, si uno se detenía a analizarla, pero que Sarah interpretó como que ella le había escandalizado, que la consideraba demasiado atrevida, y diciendo: «¡Usted perdone!», corrió escaleras abajo y salió de la casa.

Tardó media hora en encontrarla, y un rato aún más largo en conseguir que dejara de llorar. En realidad, dijo él, sólo había estado pensando en el bien de ella: por lo que sabía, los chismes esos no eran del todo seguros. Intentó mostrarse entendido en la materia e inmune a las pasiones del momento. Le propuso que fuese a ver a un médico que él conocía... que no era otro sino el que había tratado a su abuela cuanta esta tenía «cosas de mujeres».

Sarah se secó las lágrimas y tomó la pluma de Macon para apuntarse el

nombre del doctor en el dorso de un envoltorio de chicle. ¿Pero no se negaría el doctor? ¿No le diría que tenía que estar, como mínimo, prometida? Bueno, muy bien, dijo Macon, se prometerían. Sarah dijo que eso sería estupendo.

El noviazgo duró tres años, todo el tiempo de los estudios universitarios. El abuelo Leary creía que había que aplazar la boda aún más tiempo, hasta que Macon estuviese bien establecido en su empleo; pero como su lugar de trabajo iba a ser «Metales Leary», que fabricaba tapones de metal forrados de corcho para botellas de refrescos, Macon no se veía aplicándose a eso ni siquiera por un tiempo breve. Además, los apresurados viajes al dormitorio de Sarah los días en que su madre iba a la Cruz Roja estaban empezando a hacer mella en los nervios de ambos.

De manera que se casaron en la primavera en que se graduaron, y Macon fue a trabajar a la fábrica mientras Sarah enseñaba inglés en una escuela privada. Pasaron siete años antes de que naciese Ethan. Para entonces, Sarah ya no llamaba «misterioso» a Macon. Cuando ahora estaba callado, el hecho parecía molestarla. Macon lo intuía, pero no podía hacer nada.

De algún extraño modo, se hallaba encerrado en aquella identidad reservada y fría que había adoptado al principio de su relación. Se había congelado en ella. Era como aquella antigua advertencia de su abuela: No cruces los ojos, te puedes quedar bizco. No importaba en qué forma intentaba cambiar su actitud; Sarah continuaba tratándolo como si fuese alguien extraordinariamente imperturbable, alguien más ecuánime de temperamento que ella, pero quizá no tan sensible.

Una vez encontró un cuestionario que ella había rellenado en una revista femenina —uno de esos tests tipo «¿Es el suyo un matrimonio feliz?»— y donde decía, *Creo que quiero a mi cónyuge más de lo que el/ella me quiere a mí*, Sarah había señalado *Sí*. Lo inquietante fue que, después de dar Macon un pequeño bufido automático de protesta, se había preguntado si, a fin de cuentas, era cierto.

De algún modo, el papel asumido se había adueñado incluso de su corazón. Para entonces, era un hombre bastante frío incluso por dentro, y si no se contaba a su hijo (porque eso era fácil, fácil; un niño no es un elemento de prueba en absoluto) no había una sola persona en su vida por la que realmente se desviviera.

Cuando ahora pensaba en esto, era un alivio poder constatar que sí

echaba de menos a Sarah, después de todo. Pero luego su alivio parecía señal de insensibilidad también, y, meneando la cabeza, gemía y se mesaba los cabellos.

* * *

Una mujer llamó por teléfono y dijo: «¿Macon?». En seguida supo que no era Sarah. La voz de Sarah era suave y pastosa; ésta era dura, áspera, nerviosa.

—Soy Muriel —dijo.

—Muriel...

—Muriel Pritchett.

—Ah, sí —dijo él, pero seguía sin tener idea de quién era.

—De la clínica veterinaria, ¿recuerdas? —preguntó ella—. La que se llevó tan bien con tu perro.

—¡Ah, de la veterinaria!

Se la representó, aunque de forma vaga. La vio diciendo su nombre, alargando la u y frunciendo la boca rojo oscuro al pronunciar la pe.

—Me estaba preguntando cómo estaría Edward.

Macon echó una ojeada a Edward. Estaban los dos en el estudio, donde Macon había conseguido escribir medio folio. Edward estaba echado sobre la barriga, con las patas estiradas hacia atrás, unas patas cortas y gordas como las de un pato de Long Island aderezado en la fuente.

—Yo lo veo bien —dijo Macon.

—Quiero decir... ¿no muerde?

—No, últimamente no, pero muestra un síntoma nuevo. Se enfada cuando salgo de casa. Empieza a ladrar y a enseñar los dientes.

—Sigo pensando que habría que adiestrarlo.

—Es que tiene ya cuatro años y medio y me parece que...

—¡No es demasiado viejo! Yo lo haría en muy poco tiempo. Verás: ¿que te parece si paso por tu casa y lo hablamos? Podríamos tomar algo y hablar de cuáles son los problemas que Edward plantea.

—Bueno, la verdad es que no creo...

—O podrías venir tú a mi casa. Yo prepararía la cena.

Macon se preguntó qué beneficio le reportaría a Edward que lo arrastrasen a cenar a casa de una desconocida.

—¿Macon? ¿Qué te parece? —preguntó ella.

—Pues creo que... Bueno, de momento creo que intentaré arreglármelas solo.

—Sí, lo entiendo —dijo ella—. Créeme. He pasado por esa etapa. Así que lo que voy a hacer es esperar a que tú te pongas en contacto conmigo. Aún tienes mi tarjeta, ¿verdad?

Macon dijo que sí, aunque no tenía idea de dónde había ido a parar.

—¡No quiero ser pesada! —exclamó ella.

—No... bueno... —dijo Macon.

Entonces colgó y volvió al trabajo de la guía.

Todavía estaba escribiendo la introducción, y estaban ya a finales de agosto. ¿Cómo iba a terminarlo a tiempo? El respaldo de la silla del escritorio le dio en la columna vertebral, justo en el sitio malo. La tecla de la ese se atascaba todo el rato. La máquina de escribir pulsaba palabras audibles. «Inimitable», decía. Sonaba igual que cuando Sarah decía «inimitable». «Tú y tu inimitable estilo...», dijo ella. Macon sacudió la cabeza con un movimiento rápido.

En general, la comida en Inglaterra no es tan chocante como la de otros

países del extranjero. Buenas verduras hervidas, guisos en salsa blanca, pudding de postre... No sé por qué algunos viajeros se quejan de la comida inglesa.

* * *

En septiembre decidió cambiar su sistema de vestir. Si llevaba chándals en casa —de los que no llevaban cremalleras, ni nada que pudiese arañar u oprimir— podría pasar de una ducha a la siguiente sin cambiarse de ropa. El chándal serviría tanto como pijama como de ropa para el día.

Compró un par de ellos, de color gris. La primera noche que se puso uno para dormir lo encontró agradable al tacto, y también le gustó no tener que vestirse por la mañana. Se le ocurrió que podría llevar la misma indumentaria dos días seguidos y saltarse la ducha día por otro. ¡Aquello sería ahorrar energía! Por la mañana lo único que tendría que hacer sería afeitarse. Se preguntó si no le convendría dejarse crecer la barba.

Hacia el mediodía del segundo día, sin embargo, empezó a encontrarse algo decaído. Estaba sentado frente a la máquina de escribir, cuando algo le hizo reparar en su postura: encorvada, dejada. Culpó de ello al chándal. Se levantó y fue hasta el espejo de cuerpo entero del recibidor. La imagen reflejada le hizo pensar en un paciente de un psiquiátrico. Parte del problema, quizá, residía en los zapatos: zapatos negros con cordones, pensados para ir con ropa de más vestir. ¿Debería comprarse unas bambas? Pero entonces le confundirían con un deportista, y eso le molestaría bastante. Se fijó en que, al no llevar cinturón, tendía a dejar que le sobresaliese el estómago. Se puso más erguido. Esa noche, cuando fue hora de lavar el primer chándal, utilizó agua muy caliente, para que encogiese y no le quedase tan holgado.

Por la mañana se encontró mucho peor. Había sido una noche calurosa y se despertó pegajoso y de mal humor. Se vio incapaz de comer palomitas para desayunar. Lavó un montón de sábanas y, cuando las estaba tendiendo, se encontró a sí mismo inmóvil, con la cabeza gacha, ambas muñecas colgando sobre la cuerda como si a él mismo lo hubiesen tendido allí. «Ánimo», dijo en voz alta. La voz sonó áspera, como fuera de uso.

Era el día en que le tocaba hacer la compra: un martes, cuando había menos gente en el supermercado. Pero hoy no acababa de decidirse a salir. Le

horrificaba todo aquel asunto de las libretas de direcciones, las tres libretas con las que iba a comprar. (Una contenía datos de la *Guía del Consumidor*: la marca de pan más recomendable, por ejemplo, bajo la letra pe. En otra anotaba los precios y la tercera archivaba los cupones). Continuamente tenía que pararse para consultarlas, al tiempo que murmuraba distintos precios para sí, comparando los de marcas de productos de la casa con los de otros, rebajados, de marcas conocidas. Qué complicado era todo... ¿Para qué molestare? A decir verdad, ¿para qué comer?

Pero, por otro lado, le hacía falta leche. Y a Edward le quedaba poca comida para perros, y la de Helen se había terminado del todo.

Hizo una cosa que no había hecho nunca. Llamó por teléfono a La Cesta del Hogar, una tienda de comestibles pequeña y cara que servía encargos a domicilio. Y no se limitó a pedir lo justo para salir del paso: fue leyendo la lista de toda la semana.

—¿Quiere que lo llevemos a la puerta de entrada o a la trasera?
—preguntó la dependienta con voz metálica.

—La trasera —dijo Macon—. No, espere. Lleven la comida a la puerta trasera pero dejen la comida para perro junto a la rampa del carbón.

—Rampa del carbón —repitió la dependienta, que al parecer se lo estaba anotando.

—La rampa para el carbón que hay a un lado de la casa. Pero no la comida del gato; eso va atrás, con la comida.

—A ver, espere un momento...

—Y las cosas del piso de arriba en la puerta de entrada.

—¿Qué cosas de arriba?

—La pasta de dientes, el jabón de tocador, las galletas del perro...

—Creí que había dicho que las galletas del perro iban a la rampa del carbón.

—¡Las galletas del perro no, la *comida* del perro! Es la comida lo que va

a la rampa, maldita sea.

—Eh, oiga —dijo la empleada—. No hace falta ser grosero.

—Bueno, perdone —le dijo Macon—, pero lo que pido es bien sencillo, me parece a mí: una mísera caja de galletas Milkbone para tenerla junto a la cama. Si le doy a Edward mis palomitas con mantequilla, le sientan mal. De otro modo no me importaría. No es que me las reserve todas para mí, no es eso, pero tiene una especie de alergia a las grasas y yo estoy solo en la casa, soy yo el que tiene que limpiar si devuelve. Soy el único que puede hacerlo, estoy solo, no hay nadie más; parece que todo el mundo ha... ha salido huyendo, no sé, los he perdido, y aquí me he quedado, preguntándome: ¿Dónde han ido? ¿Dónde están todos? ¿Qué demonios hice que fue tan malo?

La voz le salía con extraños altibajos y colgó. Se quedó en pie junto al teléfono, frotándose la frente. ¿Le había dado su nombre? O no. No podía acordarse. Por favor, por favor, que no le hubiese dado su nombre.

Se estaba desmoronando, eso estaba claro. Tendría que sobreponerse. Lo primero: fuera el chándal. Estaba gafado. Batió las palmas en un gesto decidido, y luego subió escaleras arriba. En el cuarto de baño se quitó el chándal y lo echó en la bañera. El del día anterior colgaba de la barra de la cortina, todavía húmedo. No había ninguna posibilidad de que estuviese seco por la noche. ¡Qué equivocación! Se sentía como un tonto. Había estado a punto, a un pelo nada más, de convertirse en uno de esos pobres desgraciados que uno ve sueltos por ahí de vez en cuando, sucios, sin afeitarse, informes, hablando consigo mismos, arrastrando los pies, vestidos en su atuendo institucional.

Ya pulcramente vestido con una camisa blanca y pantalones de caqui, recogió el chándal húmedo y lo bajó al sótano. Al menos serviría como pijama de invierno. Lo metió en la secadora, insertó de nuevo el tubo de escape por la ventana y manipuló los diales. Mejor consumir un poco de energía que desesperarse por un chándal mojado.

En lo alto de las escaleras del sótano, Edward se quejaba. Tenía hambre, pero le faltaba valor para bajar las escaleras él solo. Al ver a Macon se tendió plano en el suelo, con el hocico asomando sobre el escalón superior, y adoptó una expresión esperanzada. «Cobarde», le dijo Macon. Cogió al perro con ambos brazos y se giró para bajar otra vez. A Edward empezaron a castañetearle los dientes; era un tic y tic como el del arroz al caer en una taza.

A Macon se le ocurrió pensar que tal vez Edward supiese algo que él ignoraba. ¿Estaba embrujado el sótano, o qué? Hacía semanas ya, y Edward aún tenía tanto miedo que, a veces, puesto delante de su comida, se limitaba a quedarse ahí, muy abatido, y hacía un charco sin molestarse en levantar la pata. «Te estás portando como un bobo, Edward», le dijo Macon.

Justo en ese momento, se levantó un horripilante aullido de... ¿dónde? Pareció surgir del aire mismo del sótano. Continuó sin cesar; aumentó de volumen. Edward, que debía de haber estado esperando algo así, saltó al instante, pegando un trallazo con sus robustas patas traseras al diafragma de Macon, y dejando a éste sin aliento. Edward fue a chocar contra el mojado telón de bolsas de dormir tendidas, rebotó y aterrizó en la boca del estómago de Macon. Éste puso un pie a ciegas en el canasto con ruedas y perdió en equilibrio. Cayó con todo su peso hacia atrás, en el vacío.

Se encontró tendido de espaldas en el frío y húmedo suelo de cemento, con la pierna izquierda doblada debajo del cuerpo. El sonido que había puesto en marcha esta sucesión de acontecimientos cesó un instante y en seguida comenzó de nuevo. Ahora estaba claro que procedía del tubo de escapa de la secadora. «Qué barbaridad», le dijo Macon a Edward, que jadeaba echado encima de él. «¿Cómo no ha visto esa imbécil de gata que la secadora estaba funcionando?».

Ahora veía lo que seguramente había pasado. Al intentar entrar desde fuera, la gata se había encontrado con una silbante ráfaga, pero había seguido avanzando tercamente por el tubo. Se la imaginó con los ojos convertidos en dos ranuras, las orejas aplanadas hacia atrás por el vendaval lleno de hilas. Gimiendo y protestando, se había empeñado en seguir su ruta a pesar de todo. ¡Qué tenacidad!

Macon se sacudió a Edward de encima y se volvió de bruces. Incluso ese pequeño movimiento le produjo un dolor muy punzante. Notó en la garganta el inicio de un acceso de náuseas, pero se dio la vuelta otra vez, arrastrando la pierna tras él. Apretando los dientes, alargó el brazo hacia la puerta de la secadora y la abrió de un tirón. Poco a poco el chándal dejó de girar. La gata dejó de aullar. Macon vio cómo su silueta huesuda retrocedía muy despacio por el tubo. Justo al llegar a la salida, el tubo entero se desprendió de la ventana y cayó en el lavadero, pero Helen no cayó con él. Macon esperaba que no se hubiese lastimado. Estuvo mirando hasta que la vio escabullirse tras el cristal de la otra ventana, con aspecto un poco ajado nada

más. Entonces respiró hondo y empezó el largo y penoso viaje escaleras arriba en busca de auxilio.

«He errado y tropezado», cantaba la hermana de Macon en la cocina, «he pecado y he hecho mal...».

Tenía una trémula voz de soprano que parecía la de una señora mayor, aunque de hecho era más joven que Macon. Cabía imaginarse una voz así en la iglesia, en una de esas iglesias rurales donde las mujeres aún llevasen sombreros de paja en forma de plato.

*Sólo soy un peregrino
tras la gloria celestial.*

Macon estaba echado en el diván de la galería soleada, en casa de sus abuelos. Tenía la pierna izquierda enyesada desde la mitad del muslo hasta el empeine. No le dolía; más bien la notaba como ausente. Sentía constantemente un entumecimiento sordo que le daba ganas de pellizcarse la espinilla. No podía, claro. Estaba aislado de una parte de sí mismo. El topetazo más fuerte era como un golpe con los nudillos en la pared de un cuarto contiguo.

De todas formas, sentía cierto contento. Allí tendido, oía a su hermana preparar el desayuno, mientras rascaba ociosamente a la gata, que se había hecho un nido entre las mantas. «He sufrido y he penado», trinaba alegremente Rose, «conozco la adversidad...». Cuando tuviese listo el café, vendría para acompañarlo a través de la sala de estar, hasta el cuarto de baño de abajo.

Aún tenía dificultades para moverse, especialmente sobre suelos encerados. Desde que estaba así lo maravillaban todas aquellas personas con muletas a quienes antes no había prestado demasiada atención. Los veía como una bandada de majestuosas aves zancudas, deslumbradoramente competentes en sus enérgicos saltos y gallardos giros. ¿Cómo lo hacían?

Sus propias muletas, tan nuevas que tenían aún intactos los regatones de goma, se apoyaban contra la pared. Sobre una silla estaba su bata. Bajo la ventana había una mesa de juego, plegable, con superficie contrachapada y patas algo desvencijadas. Sus abuelos habían muerto hacía años, pero la mesa seguía instalada como para una de sus eternas partidas de bridge.

Macon sabía que en la superficie inferior había una etiqueta amarillenta con el nombre del fabricante, ATLAS, con un grabado de bronce que representaba a seis caballeros orondos y de aire solemne, de pie en una tabla puesta sobre una mesa idéntica a ésta. MUEBLES DE ENGAÑOSA FRAGILIDAD, decía la leyenda. Macon asociaba la expresión con su abuela: engañosa fragilidad. De chico, tendido en la galería, había examinado detenidamente sus frágiles piernas, de las que sobresalían los huesos de los tobillos como tiradores de puertas. Sus zapatos negros, sólidos, de tacón grueso, estaban plantados rotundamente a un palmo el uno del otro, sin taconear ni agitarse nunca.

Oyó a su hermano Porter arriba, silbando la canción que cantaba Rose. Sabía que era Porter porque Charles nunca silbaba. Se oía el ruido de una ducha. Su hermana miró por la puerta de la galería seguida de Edward que, asomándose tras ella, jadeó mirando a Macon como si se estuviera riendo.

—Macon, ¿estás despierto? —preguntó Rose.

—Desde hace mucho rato —contestó él, pues había en ella un algo de impreciso y distraído que hacía a sus hermanos actuar con aire desvalido cuando por alguna razón fijaba su atención en ellos. Era bonita de un modo sobrio y algo anticuado, con pelo castaño claro recogido modestamente en la nuca, donde no molestase. Tenía un tipo de jovencita, pero llevaba una ropa como de solterona, que ocultaba las formas.

Lo envolvió en su bata y le ayudó a levantarse. Ahora la pierna sí le dolía. Parecía que el dolor era cuestión de gravedad. Una punzada palpitante fue bajando despacio a lo largo del hueso. Sostenido por Rose de una lado y con una muleta en el otro, salió cojeando de la galería y cruzó la sala de estar, con su ajado mobiliario de rasgos curvos. El perro se interponía continuamente en su camino.

—Será mejor que me pare y descanse un momento —dijo Macon cuando pasaron frente al sofá.

—Falta muy poco.

Entraron en la despensa. Rose abrió la puerta del cuarto de baño y lo ayudó a entrar. «Llámame cuando estés listo», dijo, cerrando la puerta tras él. Macon se apoyó, combado, contra el lavabo.

Durante el desayuno, Porter estuvo animadamente locuaz y los otros comieron en silencio. Porter era el más guapo de todos los Leary; más compacto que Macon, y con el pelo de un rubio más claro. Daba una impresión de vitalidad, de seguir un rumbo, que no daban sus hermanos. «Hoy tengo mucho que hacer», dijo entre bocado y bocado. «Aquella reunión con Herrin, las entrevistas para el antiguo empleo de Dave, Cates que llega en avión de Atlanta...».

Charles se limitaba a ir bebiendo a sorbos su café. Porter ya iba vestido, pero Charles aún llevaba el pijama. Era un hombre flácido, de rostro dulce, que nunca parecía moverse. Siempre que uno lo miraba, lo sorprendía observándole a uno con ojos melancólicos, de párpados sesgados hacia abajo en las sienas.

Rose trajo la cafetera de la cocina.

—Anoche Edward me despertó dos veces para que lo sacase afuera —dijo—. ¿Tú crees que tendrá algo de riñón?

—Es el cambio —dijo Macon—. Tiene que adaptarse al cambio. Me pregunto cómo sabe que no hay que despertarme a mí.

—Quizá podríamos construir algún tipo de ingenio. Hacerle una de esas puertecitas redondas para animales, o algo así —dijo Porter.

—Edward está demasiado gordo para una de esas puertas —dijo Macon.

—Además —dijo Rose—, el patio no está cercado. No podemos dejarlo salir solo a un sitio sin cerca.

—Entonces, una caja con serrín —sugirió Porter.

—¡Una caja con serrín! ¿Para un perro?

—¿Por qué no? Si es lo suficientemente grande...

—Mejor una bañera. La del sótano; ya nadie la usa.

—¿Pero quién la limpiaría?

—Ah.

Todos dirigieron sus miradas a Edward, echado a los pies de Rose. Él les puso los ojos en blanco.

—Y a todo esto, ¿cómo es que tienes perro? —preguntó Porter a Macon.

—Era de Ethan.

—Oh, entiendo —dijo Porter y tosió un poco—. ¡Estos animales! —siguió animadamente—. ¿Alguna vez os habéis preguntado lo que deben pensar de nosotros? Por ejemplo, volvemos de la tienda de ultramarinos con una enorme carga: pollo, cerdo, media vaca. Nos vamos a las nueve y volveremos a las diez, habiendo cogido al parecer una manada entera de bestias. ¡Deben pensar que somos los mayores cazadores del mundo!

Macon se apoyó en el respaldo de la silla, abrazando con ambas manos su tazón de café. El sol calentaba la mesa del desayuno, y la cocina olía a pan tostado. Casi se preguntó si, por medios enrevesados y subconscientes, había tramado este accidente —cada uno de los complicados pasos que llevaron a él— sólo para poder instalarse, seguro y a salvo, entre las gentes con las que había empezado.

Charles y Porter se fueron a la fábrica, y Rose subió al piso de arriba y empezó a pasar la aspiradora. Macon, que se suponía estaba pasando a máquina la guía, volvió trabajosamente a la galería y se desplomó en el diván. Desde que estaba en casa dormía demasiado. Las ganas de dormir eran como una negra y enorme bala de cañón que daba vueltas en el interior de su cráneo, produciéndole sopor y pesadez de cabeza.

* * *

En la pared del fondo del cuarto había un retrato de los cuatro niños Leary: Charles, Porter, Macon y Rose, apiñados en un sillón. Su abuelo había encargado el retrato algunos años antes de que viniesen a vivir con él. Todavía

estaban en California con su madre, una viuda de guerra joven y atolondrada. De vez en cuando mandaba fotos, pero al abuelo Leary no le satisfacían del todo.

Por su misma naturaleza, le decía él en sus cartas, las fotos mentían. Mostraban el aspecto que tenía una persona durante una fracción de segundo; no durante largos y lentos minutos, que es lo que se tarda en estudiar a alguien en la vida real.

En ese caso, dijo Alicia, ¿no mentían también los cuadros? Mostraban horas en vez de minutos. No fue al abuelo Leary a quien se lo dijo, sino al pintor retratista, un californiano de edad cuyo nombre había obtenido de algún modo el abuelo Leary. Si el artista había tenido una respuesta, Macon no recordaba cuál era.

Pero sí recordaba estar posando para el retrato, y ahora cuando lo miraba tenía una imagen muy clara de su madre, vestida con un kimono rosa, de pie justo fuera del marco dorado, mirando como cobraba forma la pintura mientras se secaba el pelo con una toalla.

Tenía un cabello corto y encrespado, de un color al que «echaba una mano», como decía ella. Su rostro era de un tipo que ya no se veía. No es sólo que estuviese pasado de moda: había desaparecido por completo. ¿Cómo lo hacían las mujeres para amoldar sus formas elementales al gusto de los tiempos? ¿No quedaba ya ninguna de aquellas barbillas redondas, frentes combadas y bocas pequeñas y barrocas tan populares en los cuarenta?

El pintor, estaba claro, la encontraba muy atractiva. Continuamente hacía pausas en su labor para decirle que le gustaría que el tema fuese ella. Alicia lanzaba una risita breve y hacía como que ahuyentaba sus palabras con un gesto de la mano. Seguramente, más tarde habría salido con él unas cuantas veces.

Siempre estaba trabando relación con hombres nuevos, y siempre eran los hombres más interesantes del mundo, si se la oía contarle a ella. Si eran pintores, entonces tenía que dar una fiesta y conseguir que todas sus amistades comprasen sus cuadros. Si eran aviadores aficionados de fin de semana, empezaba a tomar clases de pilotaje. Si se dedicaban a la política, ahí estaba ella, en las esquinas de las calles, abordando a los peatones para pedirles la firma.

Sus hijos eran demasiado pequeños para preocuparse por los hombres mismos, si es que había alguna razón para preocuparse. No, era el entusiasmo de ella lo que les perturbaba. Su entusiasmo le salía a borbotones, como un violento zigzag de aficiones, amigos, novios y causas.

Siempre parecía estar al borde de algo y a punto de caer. Siempre iba demasiado lejos. Su voz tenía un filo, como si en cualquier momento pudiese quebrarse. Cuanto más deprisa hablaba y cuanto más le brillaban los ojos, tanto más fijamente se la quedaban mirando sus hijos, como deseando inducirla a seguir su ejemplo de estabilidad y formalidad.

«Ay, pero ¿qué os pasa?», les preguntaba ella. «¿Por qué sois tan pasmarotes?». Y dejándolos por imposibles, corría a encontrarse con su grupo. Rose, la más pequeña, solía esperar su regreso en el recibidor, chupándose el pulgar y manoseando una vieja estola de piel que Alicia ya no llevaba nunca.

A veces el entusiasmo de Alicia se volvía hacia sus hijos... y era una experiencia que los alteraba.

Los llevaba a todos al circo y les compraba azúcar de algodón, que no agradaba a ninguno de los niños. (Les gustaba mantenerse aseados). Los sacó de pronto del colegio y los matriculó por breve tiempo en una comunidad pedagógica experimental donde nadie llevaba ropa. Los cuatro, resfriados y tristes, se sentaban encorvados en hilera, en el aula común, con las manos palma contra palma entre sus desnudas rodillas.

Se vistió de bruja y salió a recolectar golosinas con ellos en la fiesta de Halloween más humillante de sus vidas, pues ella, dejándose llevar como siempre de la excitación, cacareaba, graznaba, corría al encuentro de los desconocidos y agitaba una vieja escoba ante sus rostros.

Empezó a hacer vestidos iguales para ella y Rose, de color fresa con mangas fruncidas, pero lo dejó al pincharse con la aguja de la máquina de coser y echarse a llorar. (Siempre se estaba lastimando. Quizá fuese por hacerlo todo con prisas). Entonces pasaba a otra cosa, y luego a otra distinta, y a otra más. Creía en el cambio como si fuese una religión. ¿Estás triste? ¡Busca un hombre nuevo! ¿Debes el alquiler? ¿Están los niños con fiebre? ¡Cámbiate de piso! Durante un año se trasladaron tan a menudo que, a la salida del colegio, Macon tenía que pararse un momento a pensar antes de emprender el camino a casa.

En 1950, decidió casarse con un ingeniero que se dedicaba a construir puentes por todo el mundo. «Portugal. Panamá. Brasil», les dijo a los niños. «Por fin vamos a ver mundo». Se la quedaron mirando glacialmente. Si habían visto ya al hombre en cuestión, no lo recordaban. Alicia dijo: «¿No estáis contentos?».

Más tarde —seguramente fue después de que él los llevase a todos a cenar a un restaurante— les dijo que, bien pensado, los iba a enviar a vivir con sus abuelos. «Baltimore es un sitio más apropiado para los niños», dijo. ¿Protestaron ellos? Macon no se acordaba. Recordaba su infancia como un ámbito acristalado donde las personas mayores pasaban por su lado a toda prisa, diciéndole cosas, haciendo cambios, mientras él permanecía callado.

En cualquier caso, una noche calurosa de junio Alicia los puso en un avión rumbo a Baltimore. Fueron recibidos por sus abuelos, dos personas delgadas, de aspecto severo y distinguido, que vestían de oscuro. A los niños les gustaron en seguida.

Después de aquello, vieron a Alicia muy de tarde en tarde.

Solía llegar de improviso a la ciudad con un montón de regalos endebles y ligeros comprados en países tropicales. Llevaba unos vestidos estampados que a los niños les parecían muy llamativos; su maquillaje era demasiado intenso, como el de una extranjera.

Ella parecía encontrar cómicos a sus hijos, con sus uniformes de colegio blancos y azul marino, y su postura perfectamente erguida. «¡Dios mío! ¡Qué parados os habéis vuelto!», exclamaba, olvidando, por lo visto, que los había considerado parados desde siempre.

Decía que habían salido a su padre. Ellos intuían que no lo decía como un cumplido. (Cuando preguntaban cómo había sido su padre, ella se miraba la barbilla y decía: «Ay, Alicia, repórtate.»). Más tarde, cuando sus hijos se casaron, pareció encontrar el parecido aún más acusado, pues en una ocasión u otra había pedido excusas a cada una de sus tres nueras por lo que debían tener que aguantar.

Macon la imaginaba como una especie de hada malévola y regocijada que entraba y salía de sus vidas dejando una estela de comentarios irresponsables, por lo visto sin pensar que podían ser transmitidos. «No entiendo cómo puedes seguir casada con él», le había dicho a Sarah. Ella iba

ahora por su cuarto marido, un diseñador de jardines con una canosa barba de chivo.

Era cierto que los niños del retrato no se le parecían. No tenían los colores azules y dorados de ella; tenían el cabello tirando a ceniciento y los ojos de un gris acerado. Todos tenían aquel característico surco central desde la nariz hasta el labio superior. Y Alicia nunca jamás hubiese adoptado una expresión tan circunspecta y recelosa.

Poco cómodos en aquella elaborada disposición, contemplaban al espectador. Los dos mayores, el rollizo Charles y el elegante Porter, estaban colocados en cada uno de los brazos del sillón, llevando unas camisas blancas de cuellos anchos y planos. Rose y Macon, con atuendos que hacían juego, estaban sentados en el asiento. Rose parecía estar en el regazo de Macon aunque, de hecho, la habían puesto entre las rodillas del niño, y Macon tenía la rigidez contenida de quien se encuentra en una situación de proximidad física a la que no está acostumbrado.

Su cabello, como el de sus hermanos, le caía sedosamente al sesgo por la frente. La boca era delgada, casi incolora, y los labios estaban un poco apretados, como si el niño hubiese decidido mostrarse firme frente a algo.

Aquella boca despertó ahora un eco en la mente de Macon. La miró, apartó la vista de ella, la volvió a mirar. Era la boca de Ethan. Macon se había pasado doce años imaginando a Ethan como una especie de estudiante de intercambio, un visitante del mundo exterior, y ahora resultaba que todo el tiempo había sido un Leary. Qué extraño era darse cuenta de ello tan tarde.

Se irguió bruscamente y extendió el brazo para alcanzar los pantalones, que Rose había cortado a la altura del muslo izquierdo y cosido después con puntadas pequeñas y uniformes.

* * *

Nadie más en el mundo tenía la menor idea de dónde estaba. Ni Julian, ni Sarah, nadie. A Macon le gustaba saberlo. Se lo comentó a Rose.

—Es agradable estar tan desconectado —le dijo—. Ojalá esto pudiera seguir así durante un tiempo.

—¿Por qué no ha de poder?

—Bueno... porque alguien llamará, Sarah o cualquier otra persona...

—Podríamos dejar de contestar el teléfono.

—¿Cómo? ¿Dejarlo sonar?

—¿Por qué no?

—Pero ¿no contestarlo *nunca*?

—La mayoría de los que me llaman son vecinos —dijo Rose—. Si no cogemos el teléfono pasarán por aquí. Y ya conoces a los chicos: a ninguno de los dos les gustan los teléfonos.

—Eso es verdad —dijo Macon.

Julian iría a llamar a su puerta con el propósito de sermonearle por haber dejado pasar el plazo de entrega. Tendría que renunciar. Luego Sarah pasaría a por un cucharón o cualquier otra cosa, y cuando él no contestase preguntaría a los vecinos, y ellos le dirían que no le habían visto desde hacía algún tiempo. Intentaría ponerse en contacto con su familia, y el teléfono sonaría y sonaría, y entonces empezaría a preocuparse. *¿Qué habrá pasado?, se preguntaría. ¿Cómo he podido dejarlo solo?*

Últimamente, Macon advertía que había empezado a ver a Sarah como una especie de enemigo. Ya no la echaba de menos; había comenzado a planear los remordimientos de ella. Le sorprendía ver lo rápida que había sido la transición. *¿A esto se reducían dos décadas de matrimonio?*

Le gustaba imaginarse los reproches que se haría Sarah. Componía y recomponía sus disculpas. No había tenido unos pensamientos semejantes desde la niñez, cuando imaginaba cómo lloraría su madre en su entierro.

Durante el día, trabajando en la mesa del comedor, si oía el teléfono hacía una pausa, dejando los dedos apoyados sobre las teclas de la máquina. Una llamada, dos llamadas. Tres llamadas. Rose entraba con un pote de crema para limpiar plata. Ni siquiera parecía oírlo. «¿Y si es alguna emergencia?», preguntaba él. Rose decía: «¿Mmm...? ¿Quién iba a llamarnos a nosotros para una emergencia?», y tomando la plata del aparador la esparcía al otro extremo

de la mesa.

Siempre había habido algún miembro de la familia necesitado de los cuidados de Rose. La abuela había estado postrada en cama durante varios años antes de morir, y luego el abuelo empezó a chochar, y primero Charles y más tarde Porter habían fracasado en sus matrimonios y vuelto a casa. Así que siempre había tenido dentro de casa el suficiente quehacer para llenar su tiempo. O ella hacía que hubiese el suficiente; porque sin duda no era necesario sacar lustre a cada pieza de plata todas las semanas.

Metido en casa con ella el día entero, Macon observó el cuidado que ponía en planear los menús, lo a menudo que ordenaba el cajón de los utensilios, cómo planchaba incluso los calcetines de sus hermanos, separándolos primero de los ingeniosos broches de plástico que usaba para tenerlos emparejados en la lavadora.

Para el almuerzo de Macon preparaba una verdadera comida y la servía sobre manteles individuales. Sacaba fuentecitas de cristal tallado con encurtidos y aceitunas, que luego había que volver a guardar en sus envases. Ponía un copete de mayonesa hecha en casa en un pequeño bol.

Macon se preguntó si ella se paraba alguna vez a pensar que vivía una vida un tanto extraña: sin empleo, sin marido, mantenida por sus hermanos. Pero ¿qué trabajo sería capaz de hacer? Aunque, ahora que lo pensaba, se la podía imaginar perfectamente como el pilar principal de alguna antigua y mohosa firma de abogados o de alguna casa de contabilidad. Teóricamente sería una secretaria; de hecho llevaría ella el negocio. Lo dispondría todo perfectamente sobre la mesa de su jefe cada mañana y no permitiría que nadie —ni entre sus superiores ni entre sus subordinados— descuidase un solo detalle.

A Macon no le iría mal una secretaria así. Al acordarse de la pelirroja que mascaba chicle en la desastrosa oficina de Julian, suspiró y pensó que ojalá hubiese más Roses en el mundo.

Retiró una hoja del rodillo de la máquina y la puso boca abajo sobre una pila de hojas más. Ya había terminado la introducción —las instrucciones generales tipo *Un metro no es un tren subterráneo* y *No digan aseos sino lavabos*— y también el capítulo llamado «Intentar comer en Inglaterra». Rose los había echado al correo el día anterior. Ésta era su nueva estratagema: ir enviando el libro por partes desde este lugar no revelado. «Aquí no hay

remite», le había dicho Rose. «No ha de haberlo», dijo Macon. Rose había asentido, solemne, con la cabeza.

Era la única de la familia que consideraba las guías de Macon como verdadera literatura. Tenía una hilera de ellas en los estantes de su dormitorio, clasificadas por países en orden alfabético.

A media tarde, Rose interrumpió sus tareas para mirar su serial favorito. Esto era algo que Macon no entendía. ¿Cómo podía perder el tiempo con aquella sarta de estupideces? Ella dijo que era porque salía una mujer malísima.

—Ya hay bastante gente mala en la vida real —dijo Macon.

—Sí, pero no malísima.

—No, claro.

—Es que a ésta se le nota tanto... Sabes exactamente de quién no te has de fiar.

Mientras miraba el episodio, hablaba en voz alta a los personajes. Macon la oía desde el comedor. «No va detrás de ti, guapa», decía, y «Espera y verás, ja». No era en absoluto su modo habitual de expresarse. Un anuncio interrumpió el serial, pero Rose continuó pasmada donde estaba. Mientras tanto, Macon iba por el capítulo «Intentar dormir en Inglaterra», escribiendo a máquina con un ritmo empecinado y falta de inspiración.

Cuando llamaron al timbre, Rose no se movió. Edward se volvió loco: se puso a ladrar y a arañar en el recibidor, volvió corriendo a Macon, de nuevo emprendió una carrera hacia la puerta. «¿Rose?», llamó Macon. Ella no dijo nada. Por fin Macon se levantó, se acomodó en sus muletas y fue lo más silenciosamente que pudo al recibidor.

Bueno, no era Sarah. Eso lo vio sólo con mirar a través de las cortinas de encaje. Abrió la puerta y se asomó. «¿Sí?», dijo.

Era Garner Bolt, un vecino de su casa, un hombre pequeño y escuálido que había prosperado con un negocio de productos de limpieza. Cuando vio a Macon, todas las líneas de su pícaro y puntiagudo rostro apuntaron hacia arriba. «¡Aquí estás!», exclamó. Era difícil oírlo porque Edward seguía

ladrando frenéticamente.

—Vaya, Garner... —dijo Macon.

—Estábamos preocupados pensando que te habrías muerto.

—¿En serio?

Macon intentó agarrar el collar de Edward pero falló.

—Veíamos los periódicos amontonarse en el césped, el correo tras la puerta de rejilla... No sabíamos qué pensar.

—Bueno, iba a enviar a mi hermana a recoger todo eso. Me rompí la pierna, ¿sabes?

—¿Y eso cómo fue?

—Es muy largo de contar.

Renunció a seguir cerrando el paso.

—Adelante —le dijo a Garner.

Garner se quitó la gorra, que tenía un rótulo de Pinturas Sherwin-Williams en la visera. La chaqueta que llevaba, de un marrón muy gastado, debía de haber formado parte de un traje en tiempos pasados, y su mono estaba blanquecino en las rodillas por el uso. Evitando al perro, entró en la casa y cerró la puerta tras él. Los ladridos de Edward se convirtieron en gemidos.

—Tengo el coche lleno de correspondencia tuya —dijo Garner—. Brenda dijo que había que traérsela a tu hermana y preguntarle si sabía tu paradero. También se lo prometí a tu amiga.

—¿Qué amiga?

—Una señorita con pantalones pirata.

—No conozco a ninguna señorita con pantalones pirata —dijo Macon. Ni siquiera sabía que los pantalones pirata aún se llevasen.

—La vi parada en la puerta de tu casa, sacudiendo el pomo. Llamaba, «¡Macon! ¿Estás ahí?». Flaca, con mucho pelo. Parecía tener veintitantos años.

—Pues no tengo idea de quién pueda ser.

—Miraba haciendo guiños y se ponía la mano como visera.

—¿Quién puede ser?

—Luego bajó las escaleras de la entrada con aquellos tacones altísimos y puntiagudos.

—La mujer de los perros —dijo Macon—. Cielos.

—Es más bien jovencilla, ¿no?

—¡Ni siquiera la conozco!

—Se fue a la parte trasera de la casa y todo el rato llamaba «¡Macon! ¡Macon!».

—¡Apenas nos conocemos!

—Fue ella la que me dijo lo de la tronera.

—¿Tronera?

—La tronera del sótano, toda rota. Cuando llegue el otoño, habrá que poner la calefacción en seguida. Se malgastará mucha energía.

—Ah. Bueno. Sí, supongo que sí.

—Pensamos que habrían entrado ladrones o algo así.

Macon lo precedió hasta el comedor.

—Verás. Lo que pasó es que me rompí la pierna y he venido a casa de mis familiares hasta que pueda arreglármelas solo otra vez.

—Pues no vimos ninguna ambulancia ni nada.

—Bueno, es que llamé a mi hermana.

—¿Tu hermana es médico?

—Sólo para que me llevase al servicio de urgencias.

—Cuando Brenda se rompió la cadera en el peldaño roto —dijo Garner— llamó a una ambulancia.

—Pues yo llamé a mi hermana.

—Brenda llamó a una ambulancia.

Parecían haberse atascado.

—Supongo que tendré que avisar en Correos lo de mi correspondencia —dijo finalmente Macon, y se fue bajando despacio hacia su silla.

Garner tomó otra silla y se sentó con la gorra entre las manos.

—Yo puedo seguir trayéndola —dijo.

—No, le diré a Rose que les dé aviso. Ahora van a vencer cantidad de facturas, y entre unas cosas y otras...

—Las puedo traer igualmente.

—Gracias de todas maneras.

—Por qué no he traerlo todo...

—A decir verdad —dijo Macon—, no estoy seguro de que vaya a volver allí.

Esto no se le había ocurrido hasta ahora mismo. Alineó sus muletas delicadamente, como un par de palillos chinos, y las dejó en el suelo junto a la silla.

—Quizá me quede aquí con mi familia —dijo.

—¿Y dejarás aquella casa tan bonita?

—Es un poco grande para una persona sola.

Garner miró su gorra con el ceño fruncido. Se la puso, cambió de parecer, y se la volvió a quitar.

—Escucha —dijo—. En los tiempos en que Brenda y yo éramos recién casados nos llevábamos malísimamente. Fatal. No nos podíamos soportar. Nunca sabré cómo hemos durado tanto.

—Pero nosotros no somos recién casados —dijo Macon—. Llevamos casados veinte años.

—Brenda y yo no nos hablamos durante buena parte del año mil novecientos treinta y cinco —dijo Garner—. De enero a agosto de mil novecientos treinta y cinco. Desde el día de Año Nuevo hasta las vacaciones de verano. Ni una sola palabra, ni una.

Macon, sorprendido, prestó atención.

—¿Cómo? —dijo—, ¿ni siquiera «Pásame la sal» o «Abre la ventana»?

—Ni siquiera eso.

—Pero ¿cómo os las arreglábais en la vida cotidiana?

—Ella estuvo casi todo el tiempo en casa de su hermana.

—Ah, entonces...

—La mañana que empezaron mis vacaciones me sentía tan desgraciado que me quería morir. Pensé: «¿Yo aquí qué hago?». Puse una conferencia a Ocean City y reservé una habitación para dos. En aquella época poner una conferencia era todo un acontecimiento, no creas. Se necesitaban no sé cuántas telefonistas y costaba un riñón. Después metí en una maleta algunas ropas mías y otras de Brenda, y me fui a casa de su hermana. Su hermana me dice: «¿Y tú qué quieres?». Era de las que les gusta ver a la gente en discordia. Entré sin hacerle el menor caso. Encontré a Brenda en la sala de estar, remendando medias. Abro la maleta: «Mira esto. Tu vestido playero para comer en una marisquería», le dijo. «Dos pares de pantalones cortos. Dos blusas. El traje de baño». Ella ni mirarme. «Tu albornoz», le digo. «Tu camisón, el que llevaste en la luna de miel». Ella como si yo no estuviera allí.

«Brenda», le digo, le dije, «Brenda, tengo diecinueve años y nunca los volveré a tener. Nunca volveré a estar vivo, Brenda. Por lo que yo sé, ésta es la única vida que voy a tener, y me acabo de pasar una porción de ella sentado, yo solo, en un piso vacío, demasiado orgulloso para hacer las paces, con miedo de que dijeras que no, pero aunque digas que no, no será peor que ahora. No hay hombre en el mundo que esté más solo que yo, Brenda, así que por favor vente a Ocean City conmigo». Y Brenda deja a un lado lo que estaba remendando y dice: «Bueno, ya que me lo pides, pero me parece que se te ha olvidado mi gorro de baño». Y nos marchamos.

Se arrellanó en su asiento con aire de triunfo.

—De modo que...

—De modo que qué —dijo Macon.

—De modo que ya captas mi opinión.

—¿Qué opinión?

—Tienes que hacerle saber que la necesitas.

—Mira, Garner, me parece que estamos más allá de pequeñas cosas como hacerle saber que la...

—No lo tomes a mal, Macon, pero voy a serte franco: a veces eres bastante difícil. Y no estoy hablando de mí; yo lo entiendo. Pero a algunos otros del vecindario... los desconciertas un poco. Cuando pasó la tragedia, por ejemplo. A la gente le gusta ofrecer su ayuda en momentos así... mandar flores y hacer una visita durante el velatorio y llevar algo de comida para después del servicio religioso. Sólo que vosotros no celebrásteis ningún servicio. Una cremación en un sitio perdido de Virginia sin decirle una palabra a nadie y luego volvéis directamente a casa. Peg Everett os dice que os tiene presentes en sus oraciones, y Sarah dice: «Ah, Dios te bendiga, Peg». Pero ¿qué dices tú? Le preguntas a Peg si a su hijo le gustaría sacarte de encima la bicicleta de Ethan.

Macon dejó escapar un gemido.

—Sí —dijo—, nunca sé cómo comportarme en estas ocasiones.

—Luego te pones a cortar el césped como si no hubiera pasado nada.

—La hierba no había dejado de crecer, Garner.

—Todos nosotros lo hubiésemos hecho con mucho gusto.

—Bueno, gracias —dijo Macon—, pero me gustó poder trabajar.

—¿Ves lo que quiero decir?

—A ver, un momento. Sólo para introducir un poco de lógica en esta conversación...

—¡Eso es *precisamente* lo que quiero decir!

—Has empezado hablando de Sarah. Ahora has pasado a cómo decepciono a los vecinos.

—¿Qué diferencia hay? Quizá no lo sepas, Macon, pero das la impresión de ser una persona que va por ahí embistiendo en solitario. ¡Mira la forma en que caminas! La forma en que... *arremetes* a zancadas, con la cabeza por delante del cuerpo. Si alguien quisiera detenerte y... no sé, darte el pésame, se arriesgaría a ser atropellado. Bueno, yo sé que las cosas te importan, y tú también lo sabes, pero ¿qué impresión se llevan los demás? ¡Dímelo! No es de extrañar que ella se haya ido.

—Garner, te agradezco tus puntos de vista sobre esto —dijo Macon— pero Sarah sabe perfectamente que me importa. No soy tan taciturno como me pintas. Y éste no es uno de esos arreglos para intentar «salvar un matrimonio», donde las cosas son o blancas o negras. En fin, Garner, que te equivocas del todo, maldita sea.

—Bueno —dijo Garner. Miró su gorra y, al cabo de un momento, se la encasquetó bruscamente en la cabeza—. Entonces creo que iré a por la correspondencia.

—De acuerdo. Gracias.

Garner se levantó y salió arrastrando los pies. Su partida alertó a Edward, que empezó a ladrar otra vez. Hubo un intervalo vacío, durante el cual Macon contempló sus pies y escuchó el serial televisivo de la sala de

estar. Mientras tanto, Edward gañía en la puerta e iba y venía, chasqueando sobre el suelo. Entonces volvió Garner.

—Casi todo son catálogos —dijo, echando su carga sobre la mesa. Traía consigo el olor a aire puro y hojas secas—. Brenda dijo que no valía la pena traer los periódicos, que los podíamos tirar.

—Ah, sí, claro.

Se levantó y se dieron la mano. Los dedos de Garner eran secos, de forma intrincada, como papel estrujado.

—Gracias por pasar —le dijo Macon.

—A mandar —dijo Garner, mirando hacia otro lado.

—No he querido... Espero no haber estado brusco.

—No... —dijo Garner. Levantó un brazo y lo dejó caer—. Di lo que sea. No te preocupes.

Después se volvió para salir.

En cuanto lo hizo, a Macon se le ocurrió un montón de cosas más que debía haber dicho. Quería decir que no era todo culpa suya. Sarah también tenía algo que ver. Quería decir que lo que Sarah quería era una roca, alguien que no se desmoronase. Si no, ¿por qué le había elegido a él para casarse? Pero se quedó callado y miró salir a Garner. Había algo que inspiraba lástima en los dos surcos que bajaban en vertical por el cogote de Garner, dejando en medio una pequeña zanja de piel morena, rayada como un mapa.

* * *

Cuando sus hermanos volvieron del trabajo, el ambiente casero se volvió relajante, tranquilizador. Rose corrió las cortinas de la sala de estar y encendió unas lámparas de luz suave. Charles y Porter se cambiaron para ponerse sendos suéters. Macon se puso a preparar un aliño especial para la ensalada. Opinaba que si primero se machacaban las especias en un mortero de mármol, la diferencia era radical. Los otros estaban de acuerdo en que no

había aliño que supiera tan bien como el que hacía Macon.

«Desde que has estado fuera», le dijo Charles, «hemos tenido que comprar ese aliño embotellado que venden en la tienda de comestibles». Sonó como si Macon hubiese estado ausente unas semanas nada más, como si todo su matrimonio hubiese sido sólo un breve viaje a otro lugar.

Para cenar tomaron un guiso de carne hecho por Rose, la ensalada aliñada por Macon, y patatas al horno. Las patatas al horno habían sido siempre su plato preferido. Habían aprendido a hacerlas de niños, e incluso cuando ya eran lo suficientemente mayores para cocinar una comida equilibrada, solían subsistir a base de patatas al horno siempre que Alicia los dejaba a merced de sus propios recursos.

Había algo tan hogareño en el olor de una patata de Idaho que se estaba asando, y algo, bueno, tan *conservador* (así lo expresaba Macon para sus adentros).

Podía recordar años y años de atardeceres de invierno: las ventanas de la cocina negras por fuera, los rincones espesándose de creciente penumbra, y ellos cuatro, sentados a la mesa de superficie esmaltada llena de desconchados, llenando meticulosamente con mantequilla las pieles de las patatas, previamente vaciadas.

Se dejaba derretir la mantequilla en las pieles mientras se machacaba y sazónaba el harinoso interior. Las pieles se comían lo último. Era casi un rito.

Recordó que una vez, durante una de las ausencias más prolongadas de su madre, una amiga de ella, Eliza, les había dado lo que llamaba barcas de patata vueltas a rellenar, en nada parecidas al plato auténtico. Los niños, con caras largas y expresión quisquillosa, habían quitado el relleno y procedido con su método habitual, fingiendo que no se percataban del error.

Las pieles habían de estar crujientes. No habían de salarse. La pimienta debía molerse en el momento. El pimentón era aceptable, pero sólo el norteamericano. El húngaro tenía un sabor demasiado fuerte. Personalmente, Macon podía muy bien prescindir del pimentón.

Mientras comían, Porter habló de lo que iba a hacer con sus hijos. Al día siguiente le tocaba hacerles su visita semanal; iría a verlos a Washington, donde vivían con su madre.

—El caso es que comer en restaurantes es muy artificial —dijo—. Lo que dan no parece comida de verdad. Y además, los tres tienen gustos diferentes. Siempre discuten sobre dónde hay que ir. Uno está haciendo un régimen, otro se ha vuelto vegetariano, otro no puede soportar la comida que cruje. Y yo termino gritando: «¡Bueno, se acabó! Vamos a tal sitio y ya está». Así que vamos y todos ponen mala cara durante la comida.

—Quizá fuese mejor no visitarlos —dijo Charles en tono razonable. (Él no había tenido hijos).

—No, yo quiero verlos, Charles. Simplemente me gustaría que el programa fuese otro. ¿Sabéis qué sería ideal? Que pudiéramos hacer juntos algún trabajo de tipo manual. Como en los viejos tiempos, antes del divorcio, cuando Danny me ayudaba a vaciar el calentador o Susan se sentaba en el tablón que yo estaba aserrando. Si yo pudiese dejarme caer por su casa, y June y su marido se fuesen al cine o algo así, entonces los niños y yo podríamos limpiar los canalones del tejado, poner burletes en las ventanas, aislamiento en las tuberías del agua caliente... Porque el marido ese que tiene no sirve para nada; seguro que tiene las tuberías más desnudas que la leche. Yo podría incluso llevar las herramientas. ¡Nos lo pasaríamos en grande! Susan podría hacer chocolate. Luego, por la noche, yo recogería mis bártulos y me marcharía dejándoles la casa en perfecto estado. ¡June tendría que coger esta oportunidad al vuelo!

—Entonces por qué no se lo propones —dijo Macon.

—No... No aceptaría. Es muy poco práctica. La semana pasada le dije: «¿Sabes que uno de los escalones de la entrada no está fijo? Se dispara desde los clavos cada vez que lo pisas mal». Y dijo: «Ah, sí, es verdad, ya hace tiempo que está así». Como si la Providencia lo hubiese decretado. Como si no se pudiese hacer nada. En los canalones aún tienen hojas del invierno pasado, pero como las hojas son algo natural... para qué va a ir contra la naturaleza. Es muy poco práctica.

El propio Porter era el hombre más práctico que conocía Macon. Era el único de los Leary que entendía de dinero. Su capacidad para manejarlo era lo que mantenía a la empresa familiar solvente, aunque por muy poco. No era un negocio que diese mucho dinero.

El abuelo Leary lo había fundado a principios de siglo como fábrica de productos de estaño, y a partir de 1915 se había dedicado a los tapones de

botella. El Rey de los Tapones, se llamaba a sí mismo, y así se le llamó en su nota necrológica, pero en realidad la mayoría de los tapones los fabricaba Crown Cork, y siempre había sido así. El abuelo Leary era el segundo o el tercero a mucha distancia.

Su único hijo, el Príncipe de los Tapones, apenas había ocupado su puesto en la empresa cuando lo dejó para alistarse como voluntario en la Segunda Guerra Mundial: un acto de entusiasmo que resultó ser mucho más perjudicial que cualquiera de los de Alicia. Después de su muerte, el negocio continuó lánguidamente, sin acabar de prosperar y sin acabar tampoco de hundirse, hasta que Porter regresó de la universidad lleno de ímpetu y se hizo cargo de la parte financiera.

Para Porter el dinero era algo casi químico, una sustancia volátil que reaccionaba de varios modos interesantes cuando se la combinaba con otras sustancias. No era lo que pudiera llamarse mercenario; no quería el dinero por sí mismo sino por sus intrigantes posibilidades, y, de hecho, cuando su mujer pidió el divorcio, entregó la mayor parte de sus bienes sin una palabra de queja.

Era Porter quien llevaba la empresa, inyectándole dinero e ideas. Charles, más dotado para lo mecánico, se ocupaba de la producción. Macon había hecho un poco de todo cuando estuvo trabajando allí, y se había consumido de aburrimiento haciéndolo, pues en realidad no había suficiente trabajo para ocupar a un tercero. Era sólo por una cuestión de simetría que Peter continuamente le animaba a que volviese.

—Tengo una idea, Macon —dijo en este momento—. ¿Por qué no te vienes mañana con nosotros e inspeccionas tu viejo campo de batalla?

—No, gracias —contestó Macon.

—Hay sitio de sobra para las muletas en el asiento de atrás.

—Quizá algún otro día.

Siguieron a Rose por la cocina mientras ella recogía y lavaba los platos. No le gustaba que la ayudasen porque, según ella, tenía su propio método. Se movía sin hacer ruido por la cocina anticuada, guardando platos y fuentes en las altas alacenas de madera.

Charles sacó al perro; a Macon le era difícil manejar las muletas en el suelo blando del patio de atrás. Y Porter bajó las persianas de la cocina, mientras le explicaba a Rose que las superficies blancas reflejan el calor devolviéndolo al interior de la habitación, ahora que las noches eran más frescas. Rose dijo: «Sí, Porter, todo eso ya lo sé», y, acercando a la luz la ensaladera, la observó un momento antes de guardarla.

Miraron el noticiario religiosamente y después salieron a la galería cubierta y se sentaron a la mesa de juego de sus abuelos. Jugaban a una cosa llamada «vacuna»: un juego de naipes que habían inventado de niños y que con los años se había vuelto tan complicado que nadie más tenía la paciencia de aprenderlo. De hecho, más de uno los había acusado de cambiar las reglas a tenor de las circunstancias.

—Eh, un momento —había dicho Sarah, en los tiempos en que aún tenía la esperanza de llegar a entenderlo—. Me habíais dicho que los ases valían el máximo.

—Y así es.

—Pues eso significa que...

—Pero no cuando se los retira del mazo.

—¡Ajá! Entonces, ¿por qué se contó como máximo el que sacó Rose?

—Bueno, lo sacó después de un dos, Sarah.

—¿Los ases que salen después de un dos tienen un valor máximo?

—No, los ases sacados después de un número que haya salido dos veces seguidas inmediatamente antes.

Y Sarah, cerrando su abanico de cartas, las había depositado boca abajo sobre la mesa. Fue la última de las esposas en rendirse.

Macon estaba en cuarentena y tenía que cederle todas sus cartas a Rose. Rose corrió su silla junto a la de Macon y jugó los puntos de éste, mientras él se reclinaba hacia atrás y rascaba a la gata detrás de las orejas. Frente a él, en los pequeños cristales oscuros, vio sus reflejos: rostros de ojos hundidos y pómulos salientes; una versión más interesante de sí mismos.

En la sala de estar, el teléfono dio un breve chillido y luego otro ininterrumpido. Nadie pareció percatarse de ello. Rose puso un rey encima de la reina de Porter y éste dijo: «Infame». El teléfono sonó otra vez, y otra. A mitad de la cuarta llamada, enmudeció.

—Hipodérmica —dijo Rose a Porter, y le cubrió el rey con un as.

—Eres una infame, Rose.

En el retrato de la pared del fondo, los niños Leary miraban fijamente con ojos velados. A Macon se le ocurrió que aquí, esta noche, estaban sentados casi igual: Charles y Porter a ambos lados de él, Rose colocada en primer plano. ¿Había algún cambio real? Sintió una sacudida de algo muy parecido al pánico. ¡Aquí estaba todavía! ¡Lo mismo de siempre! *¿Qué es lo que he hecho?*, se preguntó y, tragando saliva, se miró las manos vacías.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Llamen al perro!

Macon dejó de escribir y levantó la cabeza. La voz venía de algún lugar frente a la casa, y se alzaba sobre una serie de gañidos agudos y nerviosos. Pero Edward había salido a paseo con Porter. Éste debía de ser algún otro perro.

—¡Llámenlo, puñeta!

Macon se levantó y, tras apoyarse en sus muletas, se dirigió a la ventana. Pues sí, era Edward. Parecía que había acorralado a alguien en el magnolio gigantesco que había a la derecha del camino. Ladraba con tanta fuerza que daba pequeños saltos con las cuatro patas a la vez sobre aquel suelo completamente llano, como uno de esos juguetes que saltan hacia arriba cuando se aprieta una perilla de goma.

—¡Edward! ¡Para ya!

Edward no paró. No pareció haber oído siquiera. Macon renqueó hasta el recibidor, abrió la puerta de entrada y dijo:

—¡Ven aquí ahora mismo!

Edward apenas perdió un compás.

Era un sábado por la mañana a primeros de octubre, un día fresco y gris pálido. Al cruzar el portal, Macon notó cómo el frío le subía por la pierna del pantalón cortado. Cuando dejó caer una muleta y se cogió a la barandilla de hierro para bajar las escaleras, encontró el metal perlado de humedad.

Avanzó a saltos hasta el magnolio, se inclinó precariamente y agarró la correa que iba arrastrando Edward. Sin demasiado esfuerzo, la fue enrollando; Edward ya se estaba desinteresando. Macon escudriñó las oscuras profundidades del magnolio.

—¿Quién hay ahí?

—Tu jefe, Macon.

—¿Julian?

Julian descendió de una de las frágiles ramas del magnolio. Una raya de suciedad le cruzaba la parte delantera de los pantalones. Su pelo, de un rubio casi blanco, normalmente tan bien peinado que el hombre parecía un anuncio de camisas, salía ahora disparado en diversos ángulos.

—Macon —dijo—. No sabes cómo detesto a quien tiene un perro desagradable. No detesto sólo al perro, detesto también a su propietario.

—Bueno, siento que te haya pasado esto. Creía que había ido a dar un paseo.

—¿Lo mandas a pasear solo?

—No, no...

—Un perro que da paseos solitarios —dijo Julian—. Tenía que ser de Macon Leary. —Se sacudió las mangas de su chaqueta de ante. Luego dijo—: ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Me la rompí.

—Sí, eso ya lo veo, pero ¿cómo?

—Es un poco difícil de explicar.

Empezaron a andar hacia la casa acompañados de Edward, que trotaba dócilmente a su lado. Julian sostuvo a Macon al subir los escalones. Era un hombre de aspecto deportivo, que tenía un estilo despreocupado y tranquilo —un navegante—. Se notaba que lo era en la nariz, cuya punta estaba pelada incluso en esta época tardía del año. Macon siempre le decía que nadie tan rubio como él, ni de tez tan sonrosada, debería exponerse tanto al sol. Pero así era Julian: imprudente. Bizarro navegante, conductor veloz, habitual en los bares de solteros, era el tipo de persona que efectuaba una compra sin consultar antes la *Guía del Consumidor*.

Ni por un momento parecía abrigar dudas sobre sí mismo, y en este momento —tras recoger la otra muleta de Macon y aguantar la puerta abierta para éste— se disponía a entrar en la casa con tanto desparpajo como si le hubiesen invitado.

—Y a todo esto, ¿cómo me has encontrado?

—¿Por qué, te estás escondiendo?

—No, claro que no.

Julian inspeccionó el recibidor, que de pronto le pareció a Macon más bien feo. La pantalla de raso de la lámpara de mesa tenía multitud de rasgaduras verticales; parecía estar pudriéndose en el armazón.

—Tu vecino me dijo dónde estabas —dijo Julian por fin.

—Ah, sí. Garner.

—Pasé por tu casa al no lograr ponerme en contacto contigo por teléfono.

¿Sabes lo atrasado que vas en la entrega de la guía?

—Bueno, ya sabes que he tenido un accidente.

—Todo el mundo está pendiente de que llegue el original. Yo no dejo de decirles que lo espero momentáneamente, pero...

—De un momento a otro —dijo Macon.

—¿Eh?

—Lo esperas de un momento a otro.

—Sí, y hasta ahora no he visto más que dos capítulos, que han llegado por correo sin ninguna explicación.

Julian lo precedió hasta la sala de estar mientras hablaba. Eligió la silla más cómoda y se sentó.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó.

—¿Quién?

—Tu mujer, Macon.

—Ah. Bueno, ella y yo estamos...

Macon tenía que haber practicado el decirlo en voz alta. La palabra «separados» era demasiado cruda; eso era algo que les pasaba a los demás. Fue hasta el sofá y se tomó mucho tiempo para acomodarse en él y colocar las muletas a su lado. Luego dijo:

—Tiene un apartamento en el centro.

—¿Habéis roto?

Macon asintió.

—Caray.

Edward frotó enérgicamente la palma de Macon con la nariz, pidiendo una caricia. Macon se alegró de tener algo que hacer.

—Pero caray, Macon, ¿qué ha pasado?

—¡Nada! —le dijo Macon. La voz le salió un poco demasiado fuerte. La bajó—. Quiero decir que eso es algo que no puedo contestar.

—Oh. Perdona.

—No, quiero decir... que no hay contestación. Resulta que estas cosas pueden suceder sin un motivo en particular.

—Bueno, vosotros dos habéis tenido que soportar mucha tensión —dijo Julian—. Con lo que pasó y todo... Volverá cuando lo haya superado. Bueno, no superado, claro, pero ya me entiendes...

—Es posible —dijo Macon. Se sentía violento por Julian, que no dejaba de menear uno de sus pies. Le preguntó:

—¿Qué te han parecido los dos primeros capítulos?

Julian abrió la boca para contestar, pero el perro lo interrumpió. Edward

había salido disparado hacia el recibidor y ladraba con furia. Se oyó un golpe que Macon identificó como el que daba la puerta al abrirse de par en par y dar contra el radiador. «Shhh, calla», oyó que Rose decía a Edward. Ella cruzó el recibidor y se asomó a la sala de estar.

Julian se levantó. Macon dijo:

—Julian Edge. Mi hermana Rose. Y éste —dijo, al tiempo que Charles llegaba tras ella— es mi hermano Charles.

Ni Rose ni Charles podían darle la mano; iban cargados con los comestibles. Se quedaron de pie en medio de la habitación, abrazando las bolsas de papel marrón, y Julian empezó con lo que Macon, para sus adentros, llamaba el número de Macon Leary.

—¡Macon Leary con una hermana! Y un hermano, además. ¿Quién lo hubiese sospechado? Curiosamente, nunca había imaginado que Macon Leary tuviese familia.

Rose le dirigió una sonrisa entre cortés y perpleja. No tenía el mejor de los aspectos. Llevaba un largo abrigo negro que le quitaba todo el color de la cara. Y Charles, sin aliento y con la ropa arrugada, tenía dificultades con una de sus bolsas; todo el rato intentaba agarrarla mejor. «Espera, que te ayudo», dijo Julian. Tomó la bolsa y echó un vistazo a su interior. Macon temió que le diese por bromear acerca de las provisiones de Macon Leary, pero no lo hizo.

—Sí, ahora veo el parecido familiar —le dijo a Rose.

—Tú eres el editor de Macon —dijo Rose—. Recuerdo el nombre del sobrescrito.

—¿El sobrescrito?

—Soy la que echó al correo los capítulos de Macon.

—Ah, sí.

—Tengo que enviarte algunos más, pero primero he de comprar sobres de nueve-por-doce. Ahora sólo nos quedan de diez-por-trece. Va muy mal que las medidas no sean las justas. Las hojas se desarreglan todas.

—Ah —dijo Julian, y se la quedó mirando un momento.

—No quisiéramos entretenerte, Rose —dijo Macon.

—¡Ah! No, no —dijo ella.

Sonrió a Julian, levantó aún más su bolsa de comestibles y salió de la habitación. Charles, después de recuperar su bolsa de manos de Julian, la siguió con pasos torpes.

—La Crisis Papelera de nueve-por-doce de Macon Leary —dijo Julian, volviéndose a sentar.

—Ya vale, Julian.

—Perdona —dijo éste, algo sorprendido.

Hubo una pausa. Luego Julian dijo:

—Es que no tenía ni idea, Macon. Quiero decir que si me hubieses dicho lo que te pasaba...

Estaba otra vez meneando sin parar uno de sus pies. Siempre parecía incómodo cuando no podía bromear con el número de Macon Leary. Después de la muerte de Ethan, había eludido a Macon durante varias semanas. Envió a la casa un ramo de flores gigantesco, pero nunca más volvió a nombrar a Ethan.

—Escucha —dijo ahora—. Si necesitas, no sé... otro mes...

—¡Por favor!, qué más da una esposa de más o de menos, ¿verdad? Jua, jua. Mira, voy a traer lo que he pasado a máquina y lo revisas.

—Bueno, si tú lo dices —dijo Julian.

—Después de esto sólo falta la conclusión —dijo Macon, hablando por encima de su hombro mientras se dirigía al comedor, donde tenía apilado el último capítulo encima del aparador—. La conclusión es pan comido; la mayor parte la copiaré de la vieja.

Volvió con el manuscrito y se lo entregó a Julian. Luego se sentó otra

vez y Julian empezó a leer. Mientras tanto, oyó entrar a Porter por la puerta de atrás, donde fue recibido por los explosivos ladridos de Edward. «Monstruo», dijo Porter. «¿Sabes cuánto tiempo llevo buscándote?». El teléfono sonó una y otra vez y nadie lo cogió. Julian miró a Macon arqueando las cejas pero no hizo ningún comentario.

Macon y Julian se habían conocido unos doce años antes, cuando Macon aún estaba en la fábrica de tapones. Por aquel entonces, andaba buscando otras posibilidades de empleo.

Creyó que le gustaría trabajar en un periódico. Pero no tenía preparación para ello; nunca había hecho ni siquiera un cursillo de periodismo. De modo que empezó de la única manera que se le ocurrió: enviando un artículo a un semanario de la vecindad. El tema era una feria artesanal que se celebraba en Washington.

Llegar hasta allí ya es difícil, escribió, porque la carretera es tan inhóspita que uno empieza a sentirse perdido y melancólico. Y una vez allí, es peor. Las calles no son como las nuestras y ni siquiera se cortan en ángulo recto. Luego pasaba a evaluar la comida que había probado en una barraca, pero había encontrado en ella una especia a la que no estaba acostumbrado, algo amarillento y frío que casi puedo calificar de foráneo, por lo que al final se decidió por un perro caliente comprado a un vendedor del otro lado de la calle, que ni siquiera pertenecía a la feria. El perro caliente es recomendable, escribió, aunque me puso un tanto nostálgico porque Sarah, mi mujer, usa la misma clase de salsa picante y pensé en mi casa en cuanto la olí.

También recomendaba los centones, uno de los cuales tenía un dibujo de estrellitas igual al del centón del dormitorio de su abuela. Sugería a sus lectores que emprendiesen el regreso a casa a las tres y media a más tardar, *pues al entrar en Baltimore pasarán al lado mismo del Mercado de Lexington y así podrán comprar cangrejos antes de que cierre.*

Su artículo fue publicado bajo un titular que rezaba LA FERIA ARTESANAL DELEITA E INSTRUYE. Debajo había un subtítulo: *O estoy tan triste que quiero irme a casa.* Hasta que vio el subtítulo, Macon no se había percatado del tono que había dado al artículo. Entonces se sintió como un bobo.

Pero a Julian Edge le pareció perfecto. Julian le telefoneó.

—¿Eres tú quien ha escrito el artículo del perro caliente en el *Watchbird*?

—Pues, sí.

—¡Ja!

—No veo qué tiene de gracioso —dijo Macon fríamente.

—¿Y quién dice que sea gracioso? Es perfecto. Tengo algo que proponerte.

Se encontraron en el restaurante Old Bay, donde los abuelos de Macon llevaban a los cuatro niños el día de su cumpleaños. «La sopa de cangrejos puedo garantizarla personalmente», dijo Macon. «Siguen haciéndola exactamente igual que cuando yo tenía nueve años». Julian volvió a exclamar «¡Ja!», y se balanceó hacia atrás en su silla. Llevaba una camisa tipo polo y pantalones blancos de algodón, y tenía la nariz de un rosa vivo. Era verano, o quizá primavera. En cualquier caso, su barco estaba en el agua.

—Mi proyecto es el siguiente —dijo, mientras tomaban la sopa—. Tengo una pequeña editorial llamada La Editora del Hombre de Negocios. Bueno, pequeña. Digo pequeña pero vendemos a todo el país. Nada lujoso, ¿sabes?, pero sí útil. Agendas, libretas para cuentas de gastos, cuadros de interés compuesto, tablas de conversión de divisas... Y ahora quiero sacar una guía para viajantes comerciales. Para empezar, los Estados Unidos; luego quizá otros países. Le pondremos un nombre con gancho, no sé: *El turista a pesar suyo* o algo así. Y tú eres la persona indicada para escribirla.

—¿Yo?

—Lo supe en cuanto leí tu artículo del perro caliente.

—Pero a mí no me gusta nada viajar.

—Eso me pareció adivinar —dijo Julian—. A los hombres de negocios tampoco. Son gentes que no van de la ceca a la meca porque les divierta, Macon. Ellos preferirían quedarse en la sala de estar de sus casas. Así que tú les ayudarás a fingir que ahí es donde están. —Se sacó un papel cuadrado del bolsillo de pecho y le preguntó.

—¿Qué te parece?

Era un grabado en acero de un sillón muy mullido. Del respaldo partían dos alas enormes, con plumas, como las de los serafines en las Biblias antiguas. Macon parpadeó.

—Tu logotipo —le explicó Julian—. ¿Lo coges?

—Mmmm...

—Mientras los viajeros de sillón sueñan con países lejanos —dijo Julian—, los sillones viajeros sueñan con no moverse. Pensé que podríamos ponerlo en la cubierta.

—¡Ah! —dijo Macon, más animado. Luego añadió—: Pero... en definitiva, ¿tendría yo que viajar, sí o no?

—Pues sí.

—Ah.

—Pero viajes cortos. No quiero hacer nada enciclopédico; me interesa precisamente todo lo contrario. Y piensa en lo que se gana.

—¿Se gana mucho?

—Se gana un montón.

Bueno, no exactamente un montón; pero sí daba para vivir holgadamente. La guía se vendió muy bien en los kioscos de los aeropuertos, las estaciones ferroviarias y las tiendas de suministros para oficinas. La guía que escribió sobre Francia se vendió aún mejor. Formó parte de una campaña de promoción auspiciada por una compañía internacional de alquiler de coches, y se publicó en un mismo estuche con el *Libro de frases extranjeras del hombre de negocios*, donde podía encontrarse el equivalente alemán, francés y español de: «Se prevé un incremento de transferencias de capital entre países». Macon, desde luego, no era el autor del libro de frases. La única lengua extranjera que conocía era el latín.

Ahora Julian volvía a amontonar las páginas que había estado leyendo.

—Vale —dijo—. Creo que podemos enviarlo tal como está. ¿Cuánto falta de la conclusión?

—No mucho.

—Después de esto quiero empezar otra vez con los Estados Unidos.

—¿Tan pronto?

—Ya hace tres años, Macon.

—Bueno, pero... —dijo Macon. Señaló su pierna—: Como ves, me sería difícil viajar.

—¿Cuándo te quitan el yeso?

—Lo más pronto, el uno de noviembre.

—¡Faltan pocas semanas!

—Pero es que me parece que acabo de hacer los Estados Unidos —dijo Macon.

Le invadió una especie de fatiga. Aquellos viajes que se repetían sin cesar, a Boston y a Atlanta y a Chicago... Dejó caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el sofá.

—Las cosas cambian a cada momento, Macon —dijo Julian—. ¡El cambio! Eso es lo que nos mantiene a flote. ¿Crees que llegaríamos muy lejos vendiendo guías anticuadas?

Macon pensó en el vetusto tomo titulado *Avisos para viajar a Europa* que había en la biblioteca de su abuelo. Se aconsejaba a los viajeros que pusiesen una copa invertida encima de la cama del hotel para averiguar si las sábanas estaban húmedas. Las damas debían sellar los tapones de sus frascos de perfume con cera derretida, antes de hacer el equipaje. Había algo en ese libro que parecía implicar que los turistas estaban todos juntos en aquello, todos igualmente ansiosos e indefensos. Macon casi hubiese podido disfrutar de un viaje en aquella época.

Julian ya se disponía a marcharse. Se levantó y, con cierta dificultad,

Macon hizo lo mismo. Entonces Edward, olisqueando una despedida, entró corriendo en el cuarto y empezó a ladrar.

—¡Lo siento! —gritó Macon por encima del estrépito—. ¡Edward, calla! Debe de ser su instinto de perro pastor —le explicó a Julian—. No quiere que nadie se aparte del rebaño.

Fueron hasta el recibidor abriéndose paso a través de una masa perruna que no paraba de agitarse y gañir. Cuando llegaron a la puerta, Edward se plantó delante de ella. Por suerte, todavía arrastraba la correa, de modo que Macon le pasó una muleta a Julian y se agachó para cogerla. En el momento en que Edward notó el tirón, se dio la vuelta y le gruñó a Macon. «¡Quieto, perro!», dijo Julian, pues cuando Edward gruñía era feo de verdad. Parecía que los colmillos se le alargaran.

Con un clic que se oyó claramente, mordió la correa. Luego hizo lo mismo con la mano de Macon. Éste notó el aliento cálido de Edward y la extrañamente íntima humedad de sus dientes. La mano no había sido tanto mordida como golpeada, alcanzada por una sacudida como la que daría una valla eléctrica. Macon dio un paso atrás y dejó caer la correa. Su otra muleta cayó ruidosamente al suelo. El recibidor parecía estar lleno de muletas, y había algo erizado y punzante en el aire.

—¡Quieto ahí! —dijo Julian, en medio de un súbito silencio. Ahora el perro se sentó, jadeante y avergonzado—. Macon, ¿te ha alcanzado?

Macon se miró la mano. Había cuatro marcas de puntura rojas en la parte carnosa —dos delante y dos detrás— pero no tenía sangre y apenas sentía dolor.

—No es nada —dijo.

Julian le dio las muletas sin quitarle el ojo a Edward.

—Yo no tendría un perro como ese —dijo—. Le pegaría un tiro.

—Sólo quería protegerme —dijo Macon.

—Yo llamaría al S.P.C.A.

—Por qué no te vas, Julian, ahora que está tranquilo.

—O al... este... al perrero. Dile que hay que deshacerse de él.

—Márchate ya, Julian.

—Muy bien, muy bien —dijo Julian. Abrió la puerta y traspasó el umbral de lado, lanzándole aún una mirada a Edward—. Ese perro es peligroso —dijo, antes de desaparecer.

Macon se trasladó cojeando a la parte de atrás y Edward lo siguió, resollando un poco y casi arrastrándose. En la cocina, Rose estaba subida a un escabel frente a un alto armario acristalado, y cogía las provisiones que Charles y Porter le iban dando.

—Ahora las pes, todo lo que empiece con pe —estaba diciendo.

—¿Y esta pasta de sopa? —preguntó Porter—. ¿Pe de pasta o ese de sopa?

—Ce de cabello de ángel. Tenías que habérmela dado antes, Porter.

—Oye, Rose —dijo Macon—. Creo que Edward me ha dado un pequeño pellizco.

Su hermana se dio la vuelta, y Charles y Porter dejaron la tarea para examinar la mano que extendía Macon. Ahora sí que le dolía, con un dolor punzante y hondo.

—¡Oh, Macon! —exclamó Rose, y bajó del taburete—. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido un accidente, nada más. Pero creo que me hace falta un antiséptico.

—Y también te hace falta ponerte una inyección contra el tétanos —le dijo Charles.

—Lo que te hace falta es deshacerte de ese perro —dijo Porter.

Todos miraron a Edward. Él los miró a su vez con una mueca nerviosa.

—No ha querido hacerme daño —dijo Macon.

—¿Por poco te arranca una mano de cuajo y no ha querido hacerte daño? Te digo que tendrías que deshacerte de él.

—Pero es que no puedo —dijo Macon.

—¿Por qué?

—Pues...

Esperaron.

—Ya sabes que tener a la gata no me importa —dijo Rose—. Pero Edward lo descompone todo, Macon. Cada día se vuelve más rebelde.

—Quizá podrías dárselo a alguien que necesite un perro guardián —dijo Charles.

—A una estación de servicio —sugirió Rose, y sacó un rollo de gasa de un cajón.

—No, eso nunca —dijo Macon. Se sentó donde ella le señalaba, en una silla de la mesa de la cocina. Apoyó sus muletas en el rincón—. ¿Edward solo el algún Exxon? Sería muy desgraciado.

Rose le pintó la mano de mercromina. Parecía magullada; cada una de las marcas se estaba hinchando y volviendo azul.

—Está acostumbrado a dormir conmigo —le dijo Macon—. No ha estado solo en su vida.

Además, Edward no era un mal perro, en el fondo; sólo un poco revoltoso. Era simpático, le tenía cariño a Macon y lo seguía a todas partes. Tenía en la frente un surco en forma de uve doble que le daba un aire circunspecto. Sus grandes orejas, puntiagudas y aterciopeladas, parecían más expresivas que las de otros perros; cuando estaba contento le sobresalían a ambos lados de la cabeza como las alas de un avión. Su olor era sorprendentemente agradable, el olor dulzón que toma un jersey favorito cuando se ha guardado en un cajón sin antes lavarlo.

Y había sido de Ethan.

Hubo un tiempo en el que Ethan lo había cepillado, lo había bañado, se había revolcado por los suelos abrazado a él; y cuando Edward hacía un alto en la lucha para rascarse una oreja, Ethan preguntaba, muy serio y cortés: «Oh, ¿me permite que se la rasque yo?». Los dos esperaban todos los días en la ventana la llegada del periódico vespertino, y en cuanto llegaba, Ethan mandaba a Edward corriendo a recogerlo: las patas traseras se le juntaban con las delanteras, los talones respingaban gozosamente en la carrera.

Tras ponerse el diario en la boca, Edward hacía una pausa y miraba a su alrededor, como deseando que reparasen en él, y luego regresaba pavoneándose y hacía otra pausa ante el espejo del recibidor para admirar su figura. «Presumido», le decía Ethan afectuosamente.

Ethan cogía una pelota de tenis para lanzarla y Edward se ponía tan nervioso y contento que meneaba toda su parte trasera. Ethan, llevando una pelota de fútbol, salía fuera con Edward, y cuando éste perdía el control de puro entusiasmo —saltando de acá para allá, empujando la pelota contra un cerco, gruñendo ferozmente—, la risa de Ethan resonaba tan fuerte y tan clara, era un sonido tan alegre que flotaba en el aire del atardecer de verano...

—Es que no puedo —dijo Macon.

Hubo un silencio.

Rose le envolvió la mano con la gasa, tan suavemente que apenas lo notaba. Dobló el cabo hacia adentro y tomó un rollo de cinta adhesiva. Luego dijo:

—Quizá podríamos mandarlo a una escuela donde le enseñasen a obedecer.

—Esas escuelas son para cosas menores: enseñar a andar detrás del dueño y cosas así —le dijo Porter—. Pero este caso es grave.

—¡No, no lo es! —dijo Macon—. No tiene tanta importancia. Sin ir más lejos, la mujer del Miau-Guau se llevó con él de maravilla.

—¿Miau-Guau?

—El sitio donde lo dejé cuando fui a Inglaterra. Estaba loca por él. Quería que la dejase adiestrarlo.

—Pues entonces llámala. ¿A qué esperas?

—Sí, quizá lo haga —dijo Macon.

No iba a hacerlo, claro. Aquella mujer le había parecido rara. Pero no valía la pena entrar ahora en eso.

* * *

El domingo por la mañana Edward desgarró la puerta de tela metálica al intentar lanzarse sobre un vecino de edad que había ido a pedirles prestada una llave inglesa. El domingo por la tarde se abalanzó sobre Porter para impedirle que saliese a hacer un recado. Porter tuvo que salir sigilosamente por detrás cuando Edward no miraba. «Esto es poco digno», le dijo Porter a Macon. «¿Cuándo vas a llamar al Perro y el Gato o como se llame?».

Macon le explicó que, los domingos, seguro que el Miau-Guau estaría cerrado.

El lunes por la mañana, cuando Edward salió de paseo con Rose, arremetió contra uno que hacía footing y el tirón hizo caer a Rose al suelo. Ésta volvió a casa con la rodilla raspada.

—¿Has llamado ya al Miau-Guau? —le preguntó.

—Todavía no.

—Macon —dijo Rose. Hablaba muy reposadamente—. Dime una cosa.

—¿Qué, Rose?

—¿Eres capaz de explicar por qué dejas que las cosas sigan de esta manera?

No, la verdad era que no. Últimamente se dejaba perplejo incluso a sí mismo. Los desatinos de Edward le hacían sentirse furioso, pero de algún modo los veía como golpes del destino. Él no podía hacer nada al respecto. Cuando Edward se le acercó más tarde arrastrando por la boca un estropeado cinturón de Porter, lo único que Macon supo decir fue: «Oh, Edward...».

En aquel momento estaba sentado en el sofá, atraído por una secuencia especialmente repelente del serial de Rose. Su hermana le dirigió una mirada de expresión extraña. No era de reprobación; era más bien... Buscó la palabra adecuada. Resignada. Eso era. Lo miraba de la misma manera en que miraría, digamos, a una ruina de hombre que vagase drogado por una calle del centro. Después de todo, parecía estar pensando, no había gran cosa que uno pudiese hacer por una persona así.

* * *

—Veterinaria Miau-Guau.

—¿Está... ah... Muriel, por favor?

—Espere un momento.

Esperó apoyado contra un armario. (Estaba utilizando el teléfono de la despensa). Oyó a dos mujeres hablando de la inyección antirrábica de Fluffball Cohen. Después Muriel cogió el auricular.

—¿Diga?

—Sí, soy Macon Leary. No sé si me recuerdas o...

—¡Ah, Macon! ¡Hola! ¿Qué tal está Edward?

—Pues... cada vez peor.

Ella chasqueó con la lengua.

—Ahora ataca a todo el mundo. Enseña los dientes, pega mordiscos, mastica cosas...

—¿Te dijo tu vecino que fui a verte a tu casa?

—¿Qué? Si, sí me lo dijo.

—Estaba en tu misma calle, haciendo un recado. Gano un poco de dinero extra haciendo recados. George, se llama. Es un nombre simpático,

¿verdad?

—¿Perdón?

—George. Es el nombre de mi empresa. Pasé un folleto por debajo de la puerta de tu casa. *Que lo haga George*, dice, y luego pone los precios: recibir a un avión, hacer de chófer, servicio de mensajero, hacer compras... Comprar regalos es lo más caro, porque me he de guiar por mi propio gusto. ¿No te ha llegado el folleto? Pero la verdad es que pasé sólo para hacerte una visita. Y entonces tu vecino me dijo que últimamente no estabas.

—No, me rompí la pierna —dijo Macon.

—Ah, qué lástima.

—Y no me las podía arreglar solo, así que...

—Tenías que haber llamado a George.

—¿Qué George?

—¡George, mi empresa! Ésta de la que te he estado hablando.

—Ah, sí.

—Entonces no hubieras tenido que marcharte de aquella casa tan bonita. Me gustó tu casa. ¿También vivías ahí cuando estabas casado?

—Pues... sí.

—Me extraña que a ella no le importase cedértela.

—La cuestión es —dijo Macon— que estoy muy apurado con lo de Edward, y me preguntaba si te sería posible ayudarme.

—¡Claro que te puedo ayudar!

—Ah, eso es estupendo.

—Lo trabajo todo —le dijo Muriel—. Busca y captura, busca y rescate, bombas, narcóticos...

—¿Narcóticos?

—Adiestramiento de perro guardián, de perro de ataque, reconocimiento de venenos, fobia a la perrera...

—Espera, ni siquiera sé qué son algunas de esas cosas —dijo Macon.

—Hasta enseñó doble personalidad.

—¿Y eso qué es?

—Cuando el perro es amable contigo pero ataca a todos los demás.

—Sabes, me parece que todo esto me sobrepasa —dijo Macon.

—¡No, no, no digas eso!

—Pero es que se trata de un problema muy simple. El único defecto de Edward es que quiere protegerme.

—La protección puede llevarse demasiado lejos —le dijo Muriel.

Macon intentó hacer un pequeño chiste.

—«Ahí fuera hay una jungla», me dice. Eso es lo que intenta decirme. «Yo lo sé mejor que tú, Macon».

—¿Vaya? ¿Dejas que te llame por tu nombre de pila?

—Bueno...

—Ha de aprender a tener más respeto. Vendré cinco o seis veces a la semana, todo el tiempo que haga falta. Empezaré por lo básico; siempre se hace así: sentarse, seguir de cerca al amo... Te cobraré a cinco dólares la lección. Precio de ganga. Generalmente cobro diez.

Macon cogió mejor el auricular.

—Entonces, ¿por qué no me cobras a mí diez? —preguntó.

—¡Oh, no! Tú eres un amigo.

Se sintió confuso. Le dio su dirección y quedó en una hora, pero importunado por la sensación de que algo se le escapaba de las manos.

—Pero oye —dijo—, con respecto a los honorarios...

—¡Hasta mañana! —dijo ella, y colgó.

Aquella noche, cuando se lo dijo a los otros durante la cena, le pareció que en un primer momento no reaccionaban, y que luego no le daban crédito. «¿De verdad has llamado?» dijo Porter. «Sí, ¿por qué no?», dijo Macon, como sin darle ninguna importancia, y los otros captaron la indirecta y dejaron el tema en el acto.

—Cuando yo era pequeña —dijo Muriel—, los perros no me gustaban nada, y las otras clases de animales tampoco. Creía que me leían el pensamiento. En casa me regalaron un cachorro por mi cumpleaños y ladeaba la cabeza así, ¿sabes cómo quiero decir?, ladeaba la cabeza y se me quedaba mirando fijamente con unos ojos redondos y brillantes, y yo dije: «¡Ooh! ¡Lleváoslo, lleváoslo! Ya sabéis que no aguanto que se me queden mirando».

Tenía una voz que erraba demasiado en todas direcciones. Se disparaba en un chillido agudo; luego caía hasta un rezongar áspero.

—Tuvieron que llevárselo. Se lo dieron a un niño vecino y me compraron un regalo completamente distinto, un juego de peluquería para hacerse la permanente, que era lo que a mí me había hecho ilusión desde el principio.

Ella y Macon estaban de pie en el recibidor. Aún tenía el abrigo puesto —una especie de tres cuartos negro, nudoso, de hombros voluminosos, un tipo de prenda vista por última vez en los años cuarenta—. Edward estaba sentado frente a ella, tal como se le había ordenado. Había ido a recibirla a la puerta con su habitual despliegue de saltos y gruñidos, pero ella había entrado sin inmutarse y, señalándole el trasero, le había mandado sentarse. Él se la había quedado mirando con la boca abierta. Entonces ella se había inclinado y le había empujado hacia abajo la parte trasera con un dedo índice largo y afilado.

—Ahora haces una especie de chasquido con la lengua —le había dicho a Macon, haciendo una demostración—. Al final aprenden que un chasquido significa que lo elogias. Y cuando extendiendo la mano, ¿ves? Eso quiere decir que debe quedarse ahí.

Edward se había quedado donde estaba, pero cada pocos segundos emitía un gañido, cosa que a Macon le recordaba los gorgoteos periódicos de una cafetera filtradora. Muriel parecía no oírlo. Había empezado hablando de su programa de lecciones y luego, sin motivo aparente, había pasado a su autobiografía. ¿Pero no habría que dejar levantarse a Edward? ¿Cuánto tiempo iba a tenerlo ahí sentado?

—Supongo que te estás preguntando por qué quería yo hacerme la permanente si este pelo mío es tan rizado —continuó—. ¡Qué greñas! Pero te seré franca: estos rizos no son naturales. Yo tengo el pelo muy liso y muy lacio. A veces lo he dejado por imposible. Cuando era una cría lo tenía rubio, ¿increíble, no? Rubio como una princesa de cuento de hadas. La gente le decía a mi madre que si me rizase el pelo me parecería a Shirley Temple, así que lo hizo, enrollando los mechones en latas de jugo de naranja. Además, tenía los ojos azules, y los tuve así mucho tiempo, más de lo que suelen durarles a la mayoría de los críos. La gente se pensaba que yo iba a seguir con aquel físico para siempre, y decían que sería una artista de cine. ¡En serio! Mi madre hizo planes para matricularme en clases de claqué cuando apenas había aprendido a andar. Nadie podía imaginarse que el pelo me traicionaría.

Edward gimió. Muriel miró más allá de Macon, al cristal de un cuadro que colgaba detrás de él. Puso una mano cóncava bajo las puntas de su cabello, como sopesándolo.

—Imagínate lo que es —dijo— despertarte una mañana y encontrarte con que te has vuelto morena. A mi madre el disgusto casi la mata, te lo aseguro. Una Muriel vulgar y corriente, con ojos de un marrón sucio y pelo más negro que el hollín.

Macon intuyó que se esperaba de él algún comentario, pero estaba demasiado preocupado por Edward.

—Oh, bueno... —dijo, y luego añadió—: ¿No deberíamos permitirle ya que se levante?

—¿Que se levante? Ah, al perro. Dentro de un momento —dijo ella—. Así que, bueno. Ahora me queda tan superrizado porque me hice una cosa que se llama permanente de volumen. ¿Sabes lo que es? Se supone que sólo da cuerpo, pero algo salió mal. ¡Si te crees que ahora queda horrible...! Cuando he intentado cepillármelo, el pelo se me pone de punta, sale disparado y se pone completamente de punta, como una peluca de ésas de miedo, ¿sabes? Así que no puedo ni cepillármelo. Me levanto por la mañana y ya estoy lista para salir. Cuando pienso en los nudos que habrá...

—Quizá podrías peinártelo —sugirió Macon.

—Sería difícil pasar un peine por entremedio de esto. Todas las púas pequeñas se romperían.

—Quizá con uno de esos peines de púas gruesas que usan los negros.

—Ya sé lo que quieres decir, pero me sentiría ridícula comprándolo.

—¿Por qué? —preguntó Macon—. Están expuestos en los supermercados. Lo podrías hacer con toda naturalidad. A nadie le va a llamar la atención.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo ella, pero ahora que había logrado implicarlo a él, el problema parecía haber perdido interés para ella misma. Castañeteó los dedos encima de la cabeza de Edward—. ¡Vale! —dijo. Edward se levantó de un salto y ladró—: Lo has hecho muy bien.

La verdad es que lo había hecho tan bien que Macon estaba un tanto enfadado. Tuvo ganas de decir que las cosas no podían ser tan fáciles. Edward había mejorado demasiado aprisa, como a veces mejora un dolor de muelas en cuanto uno entra en la sala de espera del dentista.

Muriel se descolgó el bolso del hombro y lo puso encima de la mesa del recibidor. De él extrajo una larga correa azul unida a un collar de castigo.

—Ha de llevar esto puesto continuamente, hasta que esté adiestrado —dijo—. De esa manera podrás darle un tirón cada vez que haga algo mal. La correa cuesta seis dólares justos, y el collar dos noventa y cinco. Con el impuesto serán, a ver, nueve cuarenta. Puedes pagarme al final de la lección.

Deslizó el collar de castigo por encima de la cabeza de Edward. Luego hizo una pausa para mirarse una uña. «Si me rompo otra uña me va a dar algo», dijo. Dio un paso hacia atrás y señaló el trasero de Edward. Después de una breve vacilación, el perro se sentó. Sentado tenía un aspecto noble, pensó Macon —amplio de pecho, solemne, muy distinto a como era habitualmente. Pero cuando Muriel castañeteó los dedos, se levantó de un salto, tan ingobernable como siempre.

—Ahora prueba tú —le dijo Muriel a Macon.

Macon tomó la correa que le tendía y señaló el trasero de Edward. Éste siguió en pie. Macon frunció el ceño y extendió el dedo más severamente. Se sintió ridículo. Esta mujer quizá lo ignorase, pero Edward sabía qué poca autoridad tenía Macon.

—Empújalo hacia abajo —dijo Muriel.

Esto iba a resultar incómodo. Apoyó una muleta contra el radiador y se inclinó rígidamente hacia adelante para pinchar a Edward con un dedo. Edward se sentó. Macon chasqueó con la lengua. Entonces se irguió y dio unos pasos hacia atrás, extendiendo la palma de la mano, pero Edward, en vez de quedarse quieto, se levantó y lo siguió. Muriel silbó entre los dientes. Edward volvió a sentarse.

—No te toma en serio —dijo Muriel.

—Eso ya lo sé —le espetó Macon.

La pierna rota estaba empezando a dolerle.

—De hecho no tuve ni un gatito durante toda mi niñez —dijo Muriel. ¿Iba a dejar a Edward ahí sentado?— Entonces, hace un par de años, vi un anuncio en el periódico que decía, *Gane dinero en sus horas libres. Trabaje a su conveniencia*. Era de una empresa que adiestraba perros a domicilio. Se llamaba *Perro, haz*. Qué nombre tan feo, ¿verdad? Me recuerda a hez de perro. Total, que me presenté al anuncio. «Para serle franca, no me gustan los animales», dije yo, pero el señor Quarles, el dueño, dijo que eso no importaba. Me dijo que eran los que se ponían muy sensibleros con ellos los que tenían más problemas.

—Bueno, eso tiene su lógica —dijo Macon, dirigiéndole una mirada a Edward. Había oído decir que los perros acababan con dolores de espalda si se les hacía estar sentados mucho rato.

—Resulté ser como quien dice su mejor alumna. Por lo visto se me daban bien los animales. Así que luego encontré el trabajo del Miau-Guau. Antes había estado trabajando en el Centro de Copias al Minuto y créeme, tenía ganas de cambiar. ¿Quién es esa señora?

—¿Señora?

—La señora que acabo de ver pasar por el comedor.

—Es Rose.

—¿Es tu ex-mujer? O qué.

—Es mi hermana.

—¡Ah, tu hermana!

—Esta casa es suya —dijo Macon.

—Yo tampoco vivo con nadie —le dijo Muriel.

Macon parpadeó. ¿No acababa él de decirle que vivía con su hermana?

—A veces por las noches, cuando tengo unas ganas locas de hablar con alguien, llamo a las señales horarias —dijo Muriel—. «Cuando oiga la señal, serán las once... cuarenta y ocho. Y cincuenta segundos». Su voz se hizo pastosa y amplia. —«Cuando oiga la señal, serán las once... cuarenta y nueve. Exactamente». Ahora puedes dejarlo libre.

—¿Cómo?

—Deja libre al perro.

Macon castañeteó los dedos y Edward, emitiendo ladridos agudos, se levantó de un salto.

—¿Y tú? —preguntó Muriel—. ¿Cómo te ganas la vida?

—Escribo guías turísticas —dijo Macon.

—¡Guías turísticas! Qué suerte.

—¿Dónde está la suerte?

—¡Debes viajar a muchos sitios!

—Oh, bueno, viajar...

—Me encantaría poder viajar.

—En gran parte, no es más que papeleo burocrático —dijo Macon.

—Yo ni siquiera he ido nunca en avión, ¿te das cuenta?

—Es burocracia en movimiento. Colas para el billete, colas para la

aduana...

¿Es normal que Edward ladre de esa manera?

Muriel le dirigió a Edward una mirada con ojos entrecerrados y el perro se calló.

—Si pudiera ir a cualquier sitio, elegiría París —dijo ella.

—París es terrible. Todo el mundo es maleducado.

—Pasearía junto al Sena, como dice la canción. «Hallarás tu amor en París» —cantó con voz áspera— «si caminas junto al...». No sé, pero suena tan romántico.

—Pues no lo es.

—Lo que pasa es que no debes saber dónde mirar, seguro. ¡La próxima vez me llevas contigo! Yo te enseñaría las cosas bonitas.

Macon carraspeó.

—De hecho, tengo una cuenta de gastos muy limitada —le dijo—. Ni siquiera llevé nunca a mi mujer, o, ah... mi mujer.

—Era broma, hombre.

—Ah.

—¿Te has creído que hablaba en serio?

—No, no.

De pronto ella adoptó un tono serio y enérgico.

—Serán catorce con cuarenta, incluyendo la correa. —Mientras Macon revolvía en su cartera, añadió—: Tiene que practicar contigo lo que ha aprendido; ninguna otra persona lo puede hacer por ti. Mañana volveré para la segunda lección. ¿A las ocho de la mañana es demasiado pronto? Tengo que estar en el Miau-Guau a las nueve.

—A las ocho está bien —le dijo Macon.

Contó catorce dólares y todas las monedas que tenía en el bolsillo: treinta y seis centavos.

—Mañana me das los cuatro centavos que faltan —dijo ella. Entonces hizo sentarse a Edward y le tendió la correa a Macon.

—Que se levante cuando yo me haya ido —dijo.

Macon extendió la palma de la mano y miró a Edward a los ojos, muy fijamente, suplicándole para sus adentros que se quedase quieto. Edward lo hizo, pero gimió cuando vio marcharse a Muriel. Cuando Macon chasqueó los dedos, Edward se levantó de un salto y se lanzó al ataque de la puerta.

* * *

Durante toda la tarde, Macon y Edward practicaron. Edward aprendió a aposentar su trasero en tierra al menor movimiento de un dedo. Se quedaba sentado, quejándose y poniendo los ojos en blanco, mientras Macon chasqueaba la lengua en señal de aprobación. Para cuando llegó la hora de cenar, un chasquido formaba parte del lenguaje familiar. Charles chasqueó la lengua al probar las chuletas de cerdo preparadas por Rose. Porter hizo lo mismo cuando Macon le dio una buena mano de cartas.

—Imaginaos a una bailaora de flamenco con tisis galopante —explicó Rose a Charles y a Porter—. Así es la adiestradora de Edward. Habla sin parar, no sé cómo lo hace para tomar aire. Cuando hablaba de su programa de lecciones, todo el rato decía «simplista» en vez de «simple».

—Creí que no pensabas aparecer —le dijo Macon a su hermana.

—Pero bueno, ¿me has visto acaso?

—Muriel sí te ha visto.

—¡No me extraña! No paraba de fisgonear detrás de ti.

Se oía continuamente un estrépito de golpes procedente de la sala de estar, porque la correa nueva de Edward se enredaba una y otra vez en la mecedora, y el perro la arrastraba tras él. Durante el anochecer masticó un

lápiz hasta reducirlo a astillas, robó un hueso de costilla de cerdo del cubo de la basura, y devolvió en la alfombra de la galería cubierta; pero ahora que sabía sentarse cuando se lo mandaban, todos se sentían más optimistas.

* * *

—Cuando estaba en la escuela secundaria sólo sacaba sobresalientes —dijo Muriel—. Esto te sorprende, a que sí. Crees que soy, bueno... que no soy una intelectual precisamente. ¡Sé lo que piensas! Estás sorprendido.

—No, no lo estoy —dijo Macon, aunque de hecho sí lo estaba.

—Sacaba sobresalientes porque le encontré el truco al asunto —le dijo Muriel—. ¿Crees que no hay un truco? Hay un truco para todo; así es como se pasa por la vida.

Estaban delante de la casa, ambos con impermeable, pues hacía una mañana húmeda y lloviznaba. Muriel llevaba botas de ante negras con punteras de bruja y tacones de aguja. Sus piernas se alzaban encima como palillos. La correa pendía de sus dedos. Se suponía que le estaba enseñando a Edward a andar bien. En vez de eso, continuó hablando de su época de estudiante.

—Algunos profesores me dijeron que yo debería ir a la universidad —dijo—. Había una en particular, bueno no era profesora sino bibliotecaria, trabajé con ella en la biblioteca ordenando libros y tal; pues me dijo: «Muriel, ¿por qué no vas a la Universidad de Towson State?». Pero no sé... Y ahora le digo a mi hermana: «Tú ve a la universidad, ¿oyes? No dejes los estudios como hice yo». Porque tengo una hermana pequeña, Claire. A ella el pelo no le cambió de color. Es rubia como un ángel. Y lo gracioso del caso es que a ella le importa un pito. Se hace una trenza de cualquier manera para no tener el pelo por los ojos. Se pone unos tejanos andrajosos y se olvida de depilarse las piernas. ¿Verdad que siempre es así? Mis padres creen que es extraordinaria. Ella es la buena y yo soy la mala. Pero no es culpa de ella. Lo que pasa es que la gente se queda como fija en, digamos, los marcos de las opiniones de los demás, ¿no encuentras que es verdad? Claire siempre hacía de María en la escena del portal, por Navidad. Los niños de la escuela elemental siempre se le estaban declarando, pero ahí estaba yo, en la escuela secundaria, y créeme que a mí no se me declaraba nadie. ¡Los chicos de la

secundaria son de un frustrante! Quiero decir que me invitaban a salir y tal, por ejemplo a cines al aire libre o lo que sea, y actuaban de forma tan tensa y disimulada, deslizándose en brazo alrededor del hombro centímetro a centímetro como pensando que yo ni me enteraba, y luego bajando una mano, ya sabes, cada vez más hacia abajo, y mientras tanto miraban recto al frente, a la película, como si fuese el espectáculo más fascinante que hubiesen visto en su vida. No podías por menos que compadecerles. Pero entonces el lunes por la mañana ahí estaban, como si hubiese pasado nada, muy bulliciosos y haciendo el idiota con los amigos y dándose codazos cuando yo pasaba pero sin decirme ni hola. ¿Te piensas que eso no me dolía? Ni un solo chico me trató como a una novia durante todo ese tiempo. Me invitaban a salir el sábado por la noche y esperaban de mí que fuese amable con ellos, pero ¿crees que al lunes siguiente comían conmigo en la cafetería de la escuela, o que me acompañaban entre clase y clase?

Miró hacia abajo, a Edward. De pronto se dio una palmada en la cadera; su gabardina de vinilo negro hizo un ruido crujiente. «Esta es la orden para que me siga», le dijo a Macon. Empezó a andar. Edward la siguió indeciso. Macon se quedó atrás. Ya le había costado bastante bajar los escalones de la entrada principal.

—Tiene que adaptar su paso a cualquier velocidad —gritó ella hacia atrás—. Despacio, deprisa, lo que yo haga.

Empezó a andar más aprisa. Cuando Edward se cruzó delante de ella, chocó contra él y siguió andando. Cuando el perro aflojó el paso, ella tiró con fuerza de la correa. Se alejó taconeando ágilmente en dirección este; su impermeable era un triángulo tieso y oscilante bajo el triángulo más pequeño de su cabello, que el viento empujaba hacia atrás. Macon esperaba, metido hasta los tobillos en hojas húmedas.

En el viaje de vuelta, Edward se mantuvo casi pegado al lado izquierdo de Muriel.

—Creo que le ha cogido el tranquillo —gritó ella. Llegó frente a Macon y le ofreció la correa—. Ahora tú.

Macon intentó darse una palmada en la cadera, cosa que resultó difícil, llevando muletas. Luego emprendió la marcha. Andaba con una lentitud desesperante, y Edward le empujaba hacia adelante.

—¡Dale un tirón a la correa! —le dijo Muriel, que taconeaba tras él—. Ahora ya sabe lo que tiene que hacer. ¡Si será terco!

Al final, Edward se adaptó al paso de Macon, aunque miraba a lo lejos con aire entre aburrido y altanero.

—No te olvides de chasquear la lengua —dijo Muriel—. Tienes que alabarlo cada dos por tres. —Sus tacones hacían ruido la rozar contra el pavimento, detrás de ellos—. Una vez trabajé con una perra que no estaba enseñada. Tenía dos años y aún no sabía hacer sus necesidades fuera de la casa. Los dueños se estaban volviendo locos. Primero yo no sabía qué pasaba. Luego, de pronto, lo vi claro. Aquella perra creía que no tenía que hacer pis *en ningún sitio*, ni dentro ni fuera. Porque, ves, nadie la había alabado nunca cuando lo hacía bien. Increíble, ¿no? La tuve que pescar haciendo pis fuera, que no fue fácil, créeme, porque estaba siempre avergonzada y escondiéndose, y entonces la alabé de una forma bárbara, y al cabo de poco tiempo cogió el tranquillo.

Llegaron a la esquina.

—Ahora, cuando tú te pares, él tiene que sentarse —dijo ella.

—¿Pero cómo voy a practicar? —preguntó Macon.

—¿Qué quieres decir?

—Voy con las muletas.

—¿Y qué? Será un ejercicio bueno para la pierna —dijo ella. No le preguntó cómo se había roto la pierna. Bien pensado, había algo de insensible en ella, a pesar de todo el interés que mostraba por su vida privada—. Practica mucho —añadió—, diez minutos cada sesión.

—¡Diez minutos!

—Ahora volvamos.

Abrió ella la marcha, con aquel andar angular y escurridizo que sólo interrumpía la sacudida de sus afilados tacones. Macon y Edward iban detrás. Cuando llegaron a la casa, ella preguntó qué hora era.

—Las nueve menos diez —dijo Macon con severidad. Desconfiaba de las mujeres que no llevaban reloj.

—Me tengo que marchar. Serán cinco dólares, por favor, más los cuatro centavos de ayer.

Le dio en dinero y ella se lo embutió en el bolsillo del impermeable.

—La próxima vez me quedaré más rato y hablaremos. Prometido.

Agitó los dedos de la mano en señal de despedida, y luego se alejó taconeando hacia un coche aparcado —un sedán gris, antiguo, semejante a un bote, y muy reluciente—. Cuando se deslizó en su interior y cerró de un portazo, se oyó un ruido como el de latas de cerveza al caer. El motor carraspeó y traqueteó antes de ponerse en marcha. Macon meneó la cabeza, y él y Edward volvieron a la casa.

* * *

Entre el miércoles y el jueves, Macon pasó lo que le pareció una eternidad caminando a marchas forzadas arriba y abajo de la calle Dempsey al lado de Edward. Acabó por tener un dolor continuo en los sobacos. Notaba una veta de dolor a lo largo del muslo. Aquello no tenía sentido; era la espinilla lo que le hubiera debido doler. Se preguntó si algo habría ido mal; si le había compuesto la fractura defectuosamente, por ejemplo, de modo que el hueso del muslo se veía obligado a hacer un esfuerzo indebido.

Quizá tendría que volver al hospital para que le volvieresen a romper la pierna, probablemente con anestesia general, con todas las complicaciones desagradables que ésta acarreaba; y después se pasaría varios meses con muletas y quizá le quedaría una cojera para el resto de su vida. Se imaginó a sí mismo disponiéndose a salvar un cruce con un paso sesgado y grotesco. Sarah, que pasaría con su coche, frenaría súbitamente al verlo. «¡Macon!». Bajaría la ventanilla, «Macon, ¿qué te ha pasado?».

Él levantaría un brazo, lo dejaría caer pesadamente, y se alejaría tambaleándose.

O le diría: «Me sorprende que te importe lo suficiente como para

preguntar». No, simplemente se alejaría tambaleándose.

Lo más seguro era que estos pequeños accesos de auto-compasión (sentimiento que por lo general despreciaba) tuviesen su origen en el puro agotamiento físico. ¿Cómo había llegado a este estado? Darse la palmada en el muslo era el primer problema; luego había que mantener el equilibrio al tirar de la correa cuando Edward no iba a su paso, y mantenerse alerta continuamente por si aparecía una ardilla o un peatón. «¡Sss!», iba diciendo todo el rato, y «¡Cloc-cloc!», y otra vez «¡Sss!». Suponía que los viandantes debían creerle loco.

Edward caminaba a paso largo a su lado, bostezando de vez en cuando, buscando con la vista algún ciclista. Los ciclistas le gustaban especialmente. Siempre que veía a uno, los pelos del cuello se le erizaban y arremetía hacia adelante. Macon se sentía como el que está sobre una cuerda floja que de pronto se pone en movimiento.

A este paso desigual y tambaleante, veía mucho más de lo que habría visto de otro modo. Tenía unas vistas prolongadas de cada arbusto y de cada reseo macizo de flores. Se aprendió de memoria las erupciones de la acera que pudiesen hacerle tropezar. Era una calle habitada por personas de edad, y no estaba en muy buen estado. Los vecinos se pasaban el día telefoneándose los unos a los otros, para asegurarse de que nadie había tenido una apoplejía estando solo en las escaleras o un ataque al corazón en el cuarto de baño, nadie se había roto la cadera ni tenido un principio de asfixia, ni vértigos estando inclinado sobre la cocina con los hornillos encendidos.

Algunos salían para dar un paseo y se encontraban horas más tarde en medio de la calle sin saber adónde se dirigían. Algunos empezaban a prepararse un bocado a mediodía, un huevo pasado por agua o una taza de té, y al ponerse el sol aún seguían moviéndose despacio por su cocina, buscando la sal y sin acordarse de cómo funcionaba la tostadora.

Macon sabía todo esto por su hermana, a la que acudían los vecinos cuando estaban en apuros. «¡Rose, guapa! ¡Rose, guapa!», llamaban con voz temblorosa, y entraban trastabillando en el patio, agitando una factura vencida, una carta con noticias alarmantes, un frasco de píldoras con un tapón a prueba de niños.

Por la noche, cuando sacó a Edward a dar su último paseo, Macon miró al interior de las ventanas y vio personas desplomadas en sillones floreados,

iluminadas por la luz temblona y azulada de sus aparatos de televisión. Los Orioles iban ganando el segundo partido de la Serie Mundial, pero estas gentes parecían estar contemplando sus propios pensamientos y no el partido. Macon tuvo la sensación de ser arrastrado hacia abajo por ellos, de que le hacían andar pesadamente, ir cabizbajo, quedarse sin aliento. Hasta el perro parecía torpe y desanimado.

Y cuando regresó a la casa, los otros estaban sufriendo uno de sus accesos de indecisión. ¿Era mejor bajar el termostato por la noche o no? ¿No tendría que trabajar más la caldera si lo bajaban? ¿No era eso lo que Porter había leído en algún sitio? Todos debatían la cuestión, llegaban a una conclusión, y entonces empezaban otra vez. ¡Pero bueno!, pensó Macon. No eran tan diferentes de sus vecinos. Ellos también se estaban haciendo viejos. Él había dicho la suya (claro que sí, bajad el termostato), pero ahora la voz se le fue apagando y ya no dijo nada más.

* * *

Esa noche, soñó que estaba aparcado cerca del lago Roland en el Buick de su abuelo, el modelo del año 57. Estaba sentado en la oscuridad y una chica estaba sentada a su lado. No la conocía, pero el aroma amargo de su perfume le era familiar, y también el crujido de su falda cuando se le acercó más. Él se volvió y la miró. Era Muriel. Tomó aire para preguntarle qué estaba haciendo allí, pero ella le detuvo poniéndole un dedo en los labios. A continuación se le acercó aún más. Le cogió las llaves y las puso sobre el tablero. Mirándole a la cara sin pestañear, le desabrochó el cinturón y deslizó una mano sabia en el interior de sus pantalones.

Se despertó asombrado y avergonzado, y se sentó rígido en la cama.

* * *

—La gente siempre me pregunta: «Y tu perro, ¿cómo es?» —dijo Muriel—. «Debe ser un modelo de buen comportamiento», me dicen. Pero ¿quieres oír algo que tiene gracia? Yo no tengo perro. Es más, la única vez que hubo uno a mi alrededor, se escapó. Spook, se llamaba, y era el perro de Norman, mi ex-marido. La primera noche de casados, Spook se escapó a casa

de la madre de Norman. Creo que me odiaba.

—No, claro que no —dijo Macon.

—Me odiaba. Yo lo notaba.

Estaban otra vez al aire libre, preparándose para ejercitar a Edward. Ahora Macon ya se había adaptado al ritmo de estas lecciones. Esperaba, con la correa de Edward bien asida en la mano. Muriel dijo:

—Fue como en una de esas películas de Walt Disney, ¿sabes cuando el perro recorre andando todo el camino a Yukon o no sé dónde? Sólo que Spook fue hasta Timonium nada más. Norman y yo lo teníamos en nuestro apartamento del centro de la ciudad, y él se largó y viajó todas esas millas, no sé cuántas hay, hasta casa de la madre de Norman, en Timonium. Su madre llamó por teléfono: «¿Cuándo os habéis desprendido de Spook?». «No sé de qué me hablas», le dijo Norman.

Cambiaba de voz al hacer hablar a cada persona. Macon oyó el hilo de voz quejumbroso de la madre de Norman, el tartamudeo juvenil de éste. Recordó el sueño de la noche anterior y volvió a sentirse avergonzado. La miró sin ambages, esperando verle defectos, y los encontró en abundancia: una nariz larga y estrecha, la piel cetrina, y dos clavículas protuberantes y pecosas que prometían un cuerpo magro.

—Por lo visto su madre se despertó por la mañana —estaba diciendo—, y ahí estaba Spook, sentado en el umbral de la puerta. Pero nosotros no nos habíamos dado cuenta de que no estaba, hasta entonces. Norman dice: «No sé qué le habrá cogido. Nunca se había escapado». Y me echa una mirada así como dudosa. Vi que se estaba preguntando si no sería culpa mía. Quizá pensó que era un presagio o algo así. Éramos muy jóvenes para casarnos. Ahora lo veo. Yo tenía diecisiete años. Él dieciocho... y era hijo único. El mimado de su madre. Una viuda. Tenía una cara fresca y sonrosada, como de chica, y el pelo más corto que ningún chico de mi escuela, y se abrochaba los cuellos de las camisas hasta arriba de todo. Era uno nuevo, se había mudado desde Parkville al acabar el penúltimo año. Me vio con mi playero sin tirantes y se le salían los ojos de las órbitas mirándome en todas las clases. Los otros chicos se burlaban de él pero él no hacía ningún caso. Era tan... inocente, ¿sabes? Me hacía sentir que yo tenía poderes. Me seguía por los pasillos cargado de libros y yo le decía: «Norman, ¿quieres comer conmigo?», y él se ponía rojo y decía: «Ah, bueno, vale, ¿en serio?». Ni siquiera sabía conducir, pero yo le dije que

si se sacaba el carnet saldría con él. «Podríamos ir a algún sitio tranquilo y hablar y estar solos», le decía yo, «¿sabes lo que quiero decir?». Qué mala era. No sé qué me pasaba en aquellos tiempos. Se sacó el carnet en un periquete y me vino a buscar con el Chevy de su madre, que dicho sea de paso ella le había comprado a mi padre, que era vendedor en una agencia de la casa Chevrolet. Eso lo descubrimos en la boda. Nos casamos en el otoño del último año de secundaria; se estaba muriendo por casarse conmigo, así que ¿qué iba a decir yo? Y en la boda, mi padre se acerca a la madre de Norman: «Oiga, creo que le he vendido un coche no hace mucho», pero ella estaba demasiado ocupada llorando para enterarse. Aquella mujer hacía unos aspavientos como si el matrimonio fuese un sino peor que la muerte. Y cuando Spook se escapó a su casa nos dice: «Supongo que es mejor que me lo quede, está más claro que el agua que no le gusta estar ahí con vosotros». *Conmigo*, es lo que quería decir. Tenía en contra mío que yo me hubiese llevado a su hijo. Decía que eché por tierra todas sus posibilidades; ella quería que su hijo se graduase. Pero yo no le impedí graduarse. Él era el que decía que tanto daba dejarlo, que para qué iba a seguir estudiando cuando podía ganarse bien la vida con los suelos.

—¿Con qué? —preguntó Macon.

—Suelos. Pulimentando suelos. Su tío era el de Pulimentos Pritchett. Norman entró en la casa en cuanto nos casamos y su madre no paraba de decir que era una lástima. Decía que podía haber sido contable o algo así, pero desde luego a mí no me tomaba el pelo. Él a mí jamás me dijo nada de la contabilidad.

Sacó un pelo de perro de la manga de su abrigo, lo examinó y lo arrojó al suelo.

—Así que, venga, vamos a verlo —dijo.

—¿Cómo?

—Vamos a ver cómo te sigue.

Macon se dio una palmada en la cadera y empezó a andar con Edward, que se rezagaba sólo un poco. Cuando Macon se paró, Edward también lo hizo y se sentó. Macon se sorprendió agradablemente, pero Muriel dijo:

—No está sentado.

—¿Qué? ¿Cómo llamas a esto, entonces?

—Mantiene el trasero a unos cinco centímetros del suelo. Quiere ver si logra engañarte.

—Oh, Edward —dijo Macon con tristeza.

Se giró y regresó.

—Bueno, tendrás que seguir practicando —dijo Muriel—. Pero mientras tanto pasaremos al «abajo y quieto». Probémoslo dentro de la casa.

Macon tenía miedo de que se encontrasen con Rose, pero no había rastro de ella. El recibidor olía al polvillo del radiador. El reloj de la sala de estar dio la media hora.

—Ahora es cuando empezamos a trabajar en lo que es el problema principal —dijo Muriel—. Conseguir que Edward se eche y se quede echado, para que no esté siempre saltando hacia la puerta.

Le enseñó la señal de mando: dos golpecitos con el pie. Su bota hizo un ruido seco. Cuando Edward no reaccionó, Muriel se inclinó y tiró hacia delante de sus patas delanteras, sobre las que se había sentado. Luego le dejó levantarse y repitió el proceso varias veces. Edward no adelantaba. Cuando Muriel daba los golpecitos con el pie, él jadeaba y miraba hacia otro lado.

—Qué terco eres —le dijo ella—. Eres terco como el que más. —A Macon le dijo—: Muchos perros hacen lo mismo. No les gusta nada echarse, no sé por qué. Ahora tú.

Macon golpeó el suelo con la punta del pie. Edward parecía fascinado por algo a su izquierda.

—Agárrale las patas —dijo Muriel.

—¿Con muletas?

—Claro.

Macon suspiró y apoyó las muletas en el rincón. Se bajó hasta el suelo con la pierna enyesada tendida hacia adelante, cogió las patas de Edward y le

obligó a echarse. Edward retumbó amenazadoramente, pero al final cedió. Para volver a ponerse en pie, Macon tuvo que apoyarse en la mesa de la lámpara.

—La verdad es que esto es muy difícil —se quejó.

Pero Muriel le dijo:

—Oye, yo he enseñado a un hombre que no tenía piernas.

—¿En serio? —dijo Macon. Se imaginó a un mutilado arrastrándose por la acera con un perro de raza muy brava, mientras Muriel, con aire despreocupado, se inspeccionaba la manicura.

—Me parece que tú nunca te has roto una pierna —le dijo él acusadoramente—. Desplazarse es más difícil de lo que parece.

—Una vez me rompí el brazo —dijo Muriel.

—Eso no se puede comparar.

—Por cierto que me lo rompí adiestrando perros. Un doberman me derribó de un porche y me dejó sin sentido.

—¡Un doberman!

—Cuando recobré el sentido estaba encima de mí enseñando todos los dientes. Entonces me acordé de lo que decían en Perro, Haz: Sólo uno de vosotros ha de mandar. Así que le dije: «De ninguna manera». Fueron las primeras palabras que se me ocurrieron —lo que me decía mi madre cuando no iba a consentir que yo me saliese con la mía—. «De ninguna manera», le dije, y como el brazo derecho lo tenía roto extendí el izquierdo, extendí la palma de la mano y le miré directo a los ojos —no pueden soportar que les mires a los ojos— y me puse de pie muy despacio. Y que me aspen si aquel perro no se sentó en cuclillas ahí mismo.

—Caray —dijo Macon.

—Una vez un cocker se me abalanzó directo a la garganta. Era un perro de lo más desagradable. Otra vez un pastor alemán me apresó el tobillo entre los dientes. Luego lo soltó.

Levantó un pie y lo hizo girar. Tenía un tobillo del grosor de un lápiz, o poco más.

—¿Has tenido alguna vez un fracaso? —le preguntó Macon—. ¿Un perro con el que te hayas rendido?

—Ni uno solo. Y Edward no va a ser el primero.

Pero Edward parecía opinar de otro modo. Muriel trabajó con él durante media hora más y, aunque se quedaba echado una vez tumbado, se negaba en redondo a echarse él mismo. Cada vez había que forzarlo.

—No te preocupes —dijo Muriel—. La mayoría de los perros hacen lo mismo. Apuesto a que mañana estará igual de terco, así que me voy a saltar un día. Tú sigue practicando, y yo volveré a esta misma hora el sábado.

Entonces ordenó a Edward que se quedara quieto, aceptó el dinero de la lección y se escabulló por la puerta. Al ver la postura erecta y tozuda de Edward, Macon se sintió desanimado. ¿Para qué contratar a una adiestradora si tenía que acabar él haciendo el trabajo? «No sé, no sé», dijo. Edward suspiró y se alejó, aunque no le habían dado permiso para moverse.

* * *

Durante toda esa tarde y al anochecer, Edward se negó a tenderse. Macon lo halagaba, lo amenazaba, lo engatusaba; Edward murmuraba en tono amenazador y se mantenía firme. Rose y los muchachos, cuando tenían que pasar al lado de ambos, lo hacían discretamente, apartando los ojos, como si se hallasen ante una disputa de índole privada.

A la mañana siguiente, Edward atacó al cartero. Macon logró agarrar la correa, pero el hecho le suscitó algunas dudas. ¿Qué tenía que ver todo aquello de sentarse, echarse y caminar siguiendo al dueño, con el verdadero problema de Edward? «Debería enviarte a la perrera y se acabó», le dijo a Edward. Golpeó dos veces con la punta del pie. Edward no se tendió.

Por la tarde, Macon llamó al Miau-Guau.

—¿Podría hablar con Muriel, por favor? —preguntó. No lograba

acordarse de su apellido.

—Hoy Muriel no trabaja —le dijo una chica.

—Ah, entiendo.

—Su niño está enfermo.

No sabía que tuviese un niño. Notó en su interior como un clic de reajuste; ella era una persona ligeramente distinta a la que había imaginado.

—Bueno —dijo—, es de parte de Macon Leary. Ya hablaré con ella mañana.

—Ah, señor Leary. ¿Quiere llamarla a su casa?

—No, no importa.

—Puedo darle su número de teléfono si quiere llamarla a su casa.

—Hablaré mañana con ella. Gracias.

* * *

Rose tenía que hacer un recado en el centro y accedió a dejarlo en la Editora del Hombre de Negocios. Macon quería entregar el resto de la guía. Estirado en el asiento de atrás con sus muletas, contemplaba el paisaje que desfilaba: edificios antiguos de oficinas, restaurantes elegantes, tiendas de alimentos dietéticos y floristerías, todos inusitadamente vívidos y duros de contornos a la luz de aquella soleada tarde de octubre. Rose, instalada detrás del volante, conducía a una velocidad lenta y constante que resultaba casi hipnótica. Llevaba un sombrero redondo, en forma de cuenco, con cintas que colgaban por detrás. Le daba un aspecto gazmoño, de profesora de escuela dominical.

Una de las características que compartían los cuatro hermanos Leary era la incapacidad total para orientarse. Era una especie de dislexia, opinaba Macon, una dislexia geográfica. Ninguno de ellos salía nunca sin ponerse a observar obsesivamente todos los puntos de referencia existentes, aferrándose

a un mapa mental fijo de las inmediaciones.

En su casa, Macon había guardado un montón de fichas con instrucciones detalladas para dirigirse a las casas de sus amigos, incluso de los amigos que conocía desde hacía muchos años. Y siempre que Ethan hacía amistad con algún niño nuevo, la primera pregunta ansiosa que le hacía Macon era: «¿Dónde vive exactamente, lo sabes?». Ethan había tenido tendencia a formar alianzas inoportunas. Podía haberse hecho amigo del niño de la casa de al lado; pues no, tenía que serlo de alguien que vivía más allá de la carretera de circunvalación.

¿Qué importancia tenía para Ethan? A *él* no le suponía problema el orientarse. Según la teoría de Macon, esto era así porque había vivido toda su vida en una misma casa; mientras que una persona que ha tenido que trasladarse muchas veces nunca adquiriría un punto de referencia fijo, sino que erraba perpetuamente en medio de una niebla, a la deriva por el planeta, indefensa, elevando plegarias para que, por pura suerte, se tropezase con su paradero.

En cualquier caso, Rose y Macon se perdieron. Rose sabía dónde quería ir —a una tienda donde vendían un producto especial para encerar muebles— y Macon había estado cien veces en la oficina de Julian; pero aún así, fueron moviéndose en círculo hasta que Macon vio un campanario que le era familiar. «¡Para! Dobla a la izquierda», dijo. Rose paró el coche en el lugar que él le indicó. Macon se bajó con dificultad.

—¿Podrás arreglártelas? —le preguntó a Rose—. ¿Te parece que encontrarás el camino de vuelta para venir a buscarme?

—Espero que sí.

—Acuérdate de buscar el campanario.

Ella asintió con la cabeza y se alejó al volante del coche.

Macon subió los tres escalones de granito del edificio de ladrillo que albergaba la Editora del Hombre de Negocios. La puerta era de madera de color dorado, muy lustrada. Dentro, el suelo estaba embaldosado con pequeños hexágonos blancos y negros, justo lo suficientemente desiguales para ofrecer puntos de apoyo a las muletas de Macon.

No era una oficina normal y corriente. La secretaria escribía a máquina en un cuarto del fondo, en tanto que Julian, que no soportaba estar solo, ocupaba la habitación del frente. Estaba hablando por un teléfono rojo, repantigado detrás de una mesa atestada de anuncios, folletos, facturas por pagar, cartas por contestar, envases vacíos de comida china y botellas de agua mineral.

Las paredes estaban cubiertas de cartas de navegación. En las estanterías había pocos libros pero muchos instrumentos náuticos antiguos de bronce, que seguramente ya no funcionaban. Cualquiera que tuviese ojos en la cara podía ver que el corazón de Julian no estaba en la Editora del Hombre de Negocios sino en la Bahía de Chesapeake.

Macon suponía que este hecho le beneficiaba. Seguro que nadie más hubiese seguido respaldando su serie de guías, con los enormes gastos que comportaba y siendo necesario actualizarla continuamente.

—Rita traerá los croissants —le dijo Julian al auricular—. Y Joe piensa preparar su *quiche*. —Entonces vio a Macon—: ¡Macon! —dijo—. Stefanie, te llamo luego. —Colgó—. ¿Cómo está tu pierna? Anda, siéntate.

Despejó una silla ocupada por un montón de revistas de navegación a vela. Macon se sentó y entregó su carpeta.

—Aquí tienes el resto del material sobre Inglaterra —dijo.

—¡Vaya, al fin!

—Esta edición tendrás unas diez o doce páginas más que la última —dijo Macon—. Es por haber añadido lo de las *mujeres* de negocios: el enumerar los hoteles que ofrecen servicio de acompañante en el ascensor, los que sirven bebidas en el vestíbulo... Creo que me tendríais que aumentar el sueldo.

—Lo hablaré con Marvin —dijo Julian, hojeando el manuscrito.

Macon suspiró. Julian gastaba el dinero como si fuese agua, pero Marvin era más cauteloso.

—Así que ahora volverás a hacer los Estados Unidos —dijo Julian.

—Bueno, si tú lo dices.

—Espero que no te lleve mucho tiempo.

—Sólo puedo correr hasta cierto punto —dijo Macon—. Los Estados Unidos tienen más ciudades.

—Sí, me doy cuenta. De hecho, quizá publique esta edición por secciones, el Nordeste, el Atlántico Central, etc. No sé... —Pero entonces cambió de tema. (Tenía una mente que saltaba de una cosa a otra.)— ¿Te he hablado de mi nueva idea? Tengo un amigo médico que está estudiando sus posibilidades: *El turista accidental enfermo*. Una lista de médicos y dentistas formados en los Estados Unidos en cada capital extranjera, más algunas sugerencias sobre las provisiones médicas básicas: aspirinas, un manual Merck...

—¡No, por favor, un manual Merck lejos de casa, no! —dijo Macon—. Hasta un padraastro es un cáncer cuando lees un manual Merck.

—Pues tomo nota —dijo Julian (sin siquiera coger un lápiz.)— ¿No me pides que te firme el yeso? Está tan blanco.

—Me gusta así —dijo Macon—. Lo blanqueo con cera para los zapatos.

—No sabía que se pudiese hacer.

—Uso la cera líquida. Es la marca que tiene en la etiqueta la cara de una enfermera, por si alguna vez necesitas saberlo.

—*El turista accidental con muletas* —dijo Julian, y se meció hacia atrás en su asiento jovialmente.

Macon tuvo la sensación de que iba a empezar con el número de Macon Leary. Se levantó apresuradamente y dijo:

—Bueno, creo que me marcho ya.

—¿Tan pronto? ¿Por qué no tomamos una copa?

—No, gracias, no puedo. Mi hermana pasará a recogerme en cuanto haya hecho un recado.

—Ah —dijo Julian—. ¿Qué clase de recado?

Macon lo miró con desconfianza.

—Dime... ¿La tintorería? ¿El zapatero?

—Una simple compra, Julian. Nada especial.

—¿Ferretería? ¿Farmacia?

—No.

—Pues, ¿qué?

—Mmm... tenía que comprar algo para lustrar muebles.

Julian inclinó su silla tan hacia atrás que Macon pensó que iba a caerse de espaldas. De hecho, pensó que ojalá se cayese.

—Macon, hazme un favor. ¿No podrías invitarme una vez a cenar en familia?

—La verdad es que no hacemos mucha vida social —le dijo Macon.

—No tendría que ser una gran cena —dijo Julian—. Lo que coméis normalmente. ¿Qué coméis normalmente? O llevaría yo mismo la comida. Podrías encerrar al perro... ¿Cómo dijiste que se llama?

—Edward.

—Edward. ¡Ja! Y yo vengo a pasar la velada con vosotros.

—Oh, bueno... —dijo Macon vagamente, y se apoyó sobre las muletas.

—¿Qué te parece si salgo y esperamos juntos?

—Prefiero que no lo hagas —dijo Macon.

No podía soportar la idea de que Julian viese el sombrero redondo de su hermana.

Salió a la acera y se quedó de pie, mirando en la dirección por donde

tenía que llegar Rose. Macon suponía que se habría perdido otra vez. El frío ya empezaba a filtrarse por el calcetín estirado con el que se cubría el yeso.

Llegó a la conclusión de que lo malo de Julian era que nunca le había sucedido nada. Su rostro rubicundo y alegre no mostraba más señales que las producidas por el sol; su única afición era una forma de transporte ridículamente ineficaz. Un breve matrimonio había terminado amigablemente. No tenía hijos. Macon no quería parecer alguien con prejuicios, pero no podía evitar la sensación de que las personas que no tenían hijos no habían acabado de madurar. No eran del todo... reales.

Inesperadamente, se imaginó a Muriel después de haber sido derribada por el doberman. El brazo le colgaba inerte; él conocía es aspecto plúmbeo que toma un miembro roto. Pero Muriel hizo caso omiso; ni siquiera lo miró. Sucia, despeinada y magullada, levantó su otra mano. «De ninguna manera», dijo.

* * *

Llegó a la mañana siguiente con un pañuelo de gasa recubriendo su melena leonina y las manos bien hundidas en los bolsillos del abrigo. Edward se puso a bailar a su alrededor. Ella señaló su trasero. Él se sentó, y ella se inclinó para recoger la correa.

—¿Cómo está tu niño? —le preguntó Macon.

Ella miró hacia él.

—¿Qué?

—¿No estaba enfermo?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien de la clínica veterinaria, cuando llamé.

Ella siguió mirándolo.

—¿Qué ha sido? ¿Gripe? —preguntó Macon.

—Sí, seguramente —dijo después de un momento—. Algo de estómago.

—Estamos en la época del año mala para estas cosas.

—¿Cómo es que llamaste? —le preguntó ella.

—Quería saber por qué no conseguía que Edward se echase.

Muriel dirigió su mirada hacia Edward. Se enrolló la correa alrededor de la mano y miró al perro como estudiándolo.

—Doy dos golpes con el pie pero no obedece nunca —dijo Macon—. Algo no funciona.

—Te dije que sería muy terco.

—Sí, pero ya hace dos días que estoy practicando y no ade...

—¿Qué esperabas? ¿Te piensas que soy una maga o algo así? ¿Por qué me echas la culpa a mí?

—No, yo no te echo la...

—Sí que me la echas. Me dices que algo no funciona, me llamas por teléfono...

—Sólo quería...

—Te parece raro que no haya mencionado a Alexander, ¿verdad?

—¿Alexander?

—Te piensas que soy una especie de madre desnaturalizada.

—¿Qué? Oye, espera un momento...

—Ni me mirarás dos veces, a que no, ahora que sabes que tengo un niño. Piensas: «Nada, nada, para qué me voy a enredar», y luego te preguntas por qué no te he hablado de el desde el principio. Bueno, ¿no está claro? ¿No ves lo que pasa cuando lo hago?

Macon no acababa de seguir su lógica, quizá porque Edward lo distraía.

Cuanto más chillona se volvía la voz de Muriel, más tieso se le ponía a Edward el pelo del pescuezo. Mala señal. Muy mala señal. Además, el labio se le iba curvando despacio. Poco a poco, al principio casi silenciosamente, empezó a emitir un gruñido grave.

Muriel le echó una ojeada y dejó de hablar. No pareció alarmarse. Simplemente, golpeó el suelo dos veces con la punta del pie. Pero Edward, que estaba sentado, no sólo no se echó sino que se levantó. Ahora se le veía una joroba de pelos erizados entre los hombros. Su forma fundamental parecía haberse alterado. Tenía las orejas aplanadas contra el cráneo.

—Abajo —dijo Muriel con voz monocorde.

Con un rugido, Edward saltó directamente a su cara. Todos los dientes le relucían, bien visibles. Tenía los labios retraídos en una mueca horrible y espumajeaba por la boca. Al instante, Muriel levantó la correa. Le dio un brusco tirón hacia arriba con ambas muñecas y levantó completamente a Edward del suelo. El perro dejó de ladrar y empezó a hacer gárgaras.

—Se ahoga —dijo Macon.

La garganta de Edward emitió un clic extraño.

—¡Basta! ¡Ya es suficiente! ¡Lo estás ahogando!

Pero ella siguió dejándolo colgar. Ahora los ojos de Edward giraron en sus órbitas. Macon quiso agarrar a Muriel por el hombro pero se encontró en la mano un puñado de abrigo, ondulante e irregular, como una cosa viva. Lo meneó de todas formas. Muriel bajó a Edward hasta el suelo. Aterrizó como una masa amorfa, con las patas plegadas bajo él y la cabeza cayéndole pesadamente a un lado.

Macon se agachó a su lado.

—¡Edward! ¡Edward! ¡Oh, no, está muerto!

Edward levantó la cabeza y se pasó débilmente la lengua por los labios.

—¿Has visto? Cuando se relamen es señal de que están cediendo —dijo animadamente Muriel—. Eso me lo enseñaron en Perro, Haz.

Macon se levantó. Estaba temblando.

—Cuando se relamen en buena señal, pero cuando te ponen la pata encima del pie es mala señal —dijo Muriel—. Casi parece un lenguaje secreto, ¿verdad?

—No vuelvas a hacer eso nunca más —le dijo Macon.

—¿Eh?

—Es más, no te molestes en volver.

Hubo un silencio cargado de sorpresa.

—Pues muy bien —dijo Muriel, ajustándose el pañuelo—. Si así es como lo ves, por mí perfecto. —Con pasos diestros rodeó a Edward y abrió la puerta de entrada—. ¿Quieres un perro al que no puedas controlar? A mí plim.

—Prefiero un perro ladrador a un perro lastimado y apocado —dijo Macon.

—¿Quieres un perro que muerda a todos tus amigos? ¿Que deje señalados a los niños del barrio para toda la vida? ¿Que te meta en pleitos? ¿Quieres un perro que odie a todo el mundo? ¿Un perro malo, enfadado, desagradable? ¿Que ataque a todo el mundo?

Se deslizó por la puerta de tela metálica entreabierta y la cerró tras ella. Entonces miró a través de la tela directamente a los ojos de Macon.

—Pues sí, creo que eso es lo que quieres —dijo.

En el suelo del recibidor, Edward soltó un quejido y la miró alejarse.

Ahora los días eran más cortos y más fríos, y los árboles vaciaban mares de hojas sobre el césped, pero quedaban, de algún modo, tan frondosos como siempre, de modo que uno miraba hacia arriba al terminar de pasar el rastrillo y veía un gran oleaje naranja y amarillo esperando cubrir la hierba de nuevo en cuanto uno hubiese dado media vuelta.

Charles y Porter fueron a casa de Macon y rastrillaron ahí también, y encendieron la luz piloto de la caldera y repararon la ventana del sótano. Volvieron diciendo que todo estaba en orden. Macon oyó la noticia sin demasiado interés. A la semana siguiente le quitarían el yeso, pero nadie le preguntó cuándo iba a volver a su casa.

Cada mañana él y Edward practicaban la marcha juntos. Recorrían esforzadamente todo el largo de la manzana, y Edward se acompasaba tan bien al modo de andar de Macon que hasta él parecía lisiado. Ahora, cuando se cruzaban con viandantes, rezongaba pero no les atacaba. Macon tenía ganas de decirle a alguien: «¿Lo veis, lo veis?». Los ciclistas eran otra historia, pero Macon confiaba en que, con el tiempo, también resolvería ese problema.

Hacía sentarse a Edward y entonces él retrocedía, extendiendo la palma de la mano. Edward esperaba. ¡Ah, no era un perro tan malo! Macon pensaba que ojalá pudiese cambiar los ademanes de orden —la palma extendida, el índice que señalaba, todos vestigios de aquella adiestradora tan cruel— pero suponía que ya era demasiado tarde. Dio un golpecito con el pie. Edward gruñó.

—Oye, querido —dijo Macon, agachándose torpemente a su lado—. ¿No querrías echarte, por favor?

Edward miró hacia otro lado. Macon acarició el ancho espacio entre las orejas.

—Bueno, quizá mañana —dijo.

Sus familiares no se mostraban tan optimistas.

—Y cuando empieces a viajar otra vez, ¿qué? —preguntó Rose—. Conmigo no lo dejas. Yo no sabría cómo tratarlo.

Macon le dijo que cuando llegase el momento ya verían lo que hacían.

Le costaba imaginarse la reanudación de sus viajes. A veces deseaba poner quedarse enyesado para siempre. Es más, deseaba que el yeso le cubriese de la cabeza a los pies. La gente le daría golpes sordos en el pecho. Mirarían por los agujeros de los ojos. «¿Macon? ¿Estás ahí?». Tal vez sí, tal vez no. Nadie lo sabría nunca.

Un atardecer, justo después de la cena, Julian apareció con un montón de papeles. Macon tuvo que encerrar a Edward en la despensa antes de abrir la puerta.

—¡Ah, aquí estás! —Dijo Julian, entrando y rebasándole. Lleva pantalones de pana y tenía un aspecto vigoroso y saludable—. Llevo tres días seguidos llamándote por teléfono. Ese perro parece estar peligrosamente cerca, ¿no crees?

—Está en la despensa —dijo Macon.

—Bueno, mira, te he traído algo de material, Macon; sobre todo referente a Nueva York. Hemos recibido muchas sugerencias para Nueva York.

Macon exhaló un gemido. Julian dejó los papeles en el sofá y miró a su alrededor.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Ah, por ahí —dijo Macon vagamente, pero justo entonces apareció Rose, seguida de cerca por Charles.

—Espero no estar interrumpiendo a la hora de la cena —les dijo Julian.

—No, no —dijo Rose.

—Ya hemos terminado —dijo Macon en tono triunfal.

La decepción se pintó en el rostro de Julian.

—¿De verdad? —dijo—. Pero ¿a qué hora cenáis?

Macon no contestó la pregunta. (Cenaban a las cinco y media. Julian se reiría).

—Pero aún no hemos tomado café —dijo Rose—. ¿Te gustaría tomar un café?

—Me gustaría mucho.

—No tiene mucho sentido hacerlo —dijo Macon—, si todavía no has cenado.

—Bueno, supongo que no lo tiene —dijo Julian— para alguien como tú. Pero para mí el café hecho en casa es un verdadero lujo. Todos los vecinos del edificio de apartamentos donde vivo comen fuera, y en las cocinas no se encuentra nunca más que un par de latas de cacahuets y refrescos bajos en calorías.

—¿Pero qué clase de sitio es ese? —preguntó Rose.

—Se llama el Calvert Arms; es un edificio de viviendas para personas solteras. Todos estamos solteros.

—¡Ah! Qué idea tan interesante.

—No creas, no tanto —dijo Julian melancólicamente—. Al cabo de un tiempo, no lo es. Al principio me gustaba, pero ahora está empezando a deprimirme. A veces echo de menos la costumbre antigua, con niños y familias y viejos como en los edificios normales.

—Pues claro que sí —dijo Rose—. Voy a prepararte un café bien caliente.

Salió de la habitación, y los demás se sentaron.

—Bueno. ¿Sólo sois vosotros tres? —preguntó Julian.

Macon se negó a contestar, pero Charles dijo:

—Oh, no, también está Porter.

—¿Porter? ¿Dónde está Porter?

—Mmm... no estamos muy seguros.

—¿Desapareció?

—Fue a la ferretería y sospechamos que se perdió.

—Cielos, ¿cuándo pasó esto?

—Un poco antes de la cena.

—La cena. O sea, hoy.

—Ha ido a hacer una compra —dijo Macon—. No es que se haya perdido en el sentido permanente de la palabra.

—¿Dónde está la ferretería?

—A no sé qué altura de la calle Howard —dijo Charles—. Rose necesitaba unas bisagras.

—¿Se ha perdido en la calle Howard?

Macon se levantó.

—Voy a ayudar a Rose —dijo.

Rose estaba poniendo el juego de tazas de café de cristal de la abuela en una bandeja de plata.

—Espero que no se ponga azúcar —dijo—. La azucarera está vacía y Edward está en la despensa, donde guardo la bolsa.

—No te preocupes por eso.

—Quizá podrías ir a la despensa y traérmelo.

—Ah, dale el café tal cual y que lo tome o lo deje.

—¿Pero Macon! ¡Es tu jefe!

—Ha venido exclusivamente con la esperanza de vernos hacer algo excéntrico —le dijo Macon—. Tiene un concepto un tanto peculiar de nosotros. Espero que ninguno de nosotros diga nada que se salga de lo convencional, ¿me oyes?

—¿Pero qué íbamos a decir? —preguntó Rose—. Somos la gente más convencional que conozco.

Esto era totalmente cierto, y sin embargo en cierto extraño sentido no lo era. Macon no hubiera sabido explicarlo. Con un suspiro, salió de la cocina detrás de su hermana.

En la sala de estar, Charles estaba deliberando tenazmente sobre si deberían contestar el teléfono en caso de que sonase, por si acaso era Porter, por si los necesitaba para consultar un mapa.

—De todas formas, lo más probable es que no se moleste en llamar —decidió al fin—, porque sabe que no contestaríamos. O se piensa que no contestaríamos. O no sé, a lo mejor cree que contestaríamos porque estamos preocupados.

—¿Siempre dais tantas vueltas a las llamadas que recibís? —preguntó Julian.

—Toma el café, Julian —dijo Macon—. Pruébalo sin azúcar.

—Muchas gracias —dijo Julian. Cogió una taza y examinó la inscripción grabada en ella formando un arco—. SIGLO DE PROGRESO 1933 —leyó. Sonrió abiertamente y levantó la taza para brindar—. Por el progreso —dijo.

—Por el progreso —repitieron como un eco Rose y Charles, Macon frunció el ceño.

—¿A qué te dedicas, Charles? —preguntó Julian.

—Fabrico tapones de botella.

—¡Tapones de botella! ¡No me digas!

—Oh, bueno, no es nada del otro mundo —dijo Charles—. Quiero decir

que no es tan apasionante como pueda parecer a primera vista.

—¿Y tú, Rose? ¿Trabajas?

—Sí, trabajo —dijo Rose, en el tono directo y valeroso de alguien a quien están entrevistando—. Trabajo en casa. Llevo la casa para los chicos y también me ocupo de muchos vecinos. La mayoría son viejos y me necesitan para que les lea las recetas, o les repare las cañerías, o lo que sea.

—¿Les reparas las cañerías?

El teléfono sonó. Los otros se pusieron tensos.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rose a Macon.

—Mmmm...

—Pero él sabe que no contestaríamos —les dijo Charles.

—Sí, seguramente llamaría a un vecino en vez de a nosotros.

—Por otra parte... —dijo Charles.

—Por otra parte —dijo Macon.

Fue la cara de Julian lo que le decidió —la expresión complacida y alerta de Julian—. Macon alargó el brazo hasta la mesita del extremo y cogió el auricular.

—Leary —dijo.

—¿Macon?

Era Sarah. Macon lanzó una mirada a los otros y les volvió la espalda.

—Sí —dijo.

—Vaya, por fin —dijo ella. Su voz parecía extrañamente dura y desafinada. De pronto la vio claramente: llevaba puesta una de las camisas viejas de Macon y, sentada, se abrazaba las desnudas rodillas—. Te he estado llamando a casa —dijo—. Luego se me ocurrió que quizás estarías cenando con tu familia.

—¿Sucede algo? —preguntó él.

Hablaba casi en un susurro. Quizá por ello Rose adivinó quién era, pues de repente inició una animada conversación con los otros.

—¿Qué? No te oigo —dijo Sarah.

—¿Todo marcha bien?

—¿Quién hay ahí, hablando?

—Está Julian.

—¡Ah, Julian! Dale recuerdos de mi parte. ¿Qué tal está Sukie?

—¿Sukie?

—Su barco, Macon.

—Bien, bien —dijo, aunque, por lo que él sabía, *Sukie* igual podía estar en el fondo de la bahía.

—Te llamo porque he pensado que tendríamos que hablar —dijo Sarah—. Quizá podríamos vernos para cenar una noche.

—Ah. Bueno. Sí, podríamos vernos —dijo Macon.

—¿Te va bien mañana?

—Sí, claro.

—¿En qué restaurante quedamos?

—Pues... ¿por qué no el Old Bay? —dijo Macon.

—El Old Bay. Claro —dijo Sarah.

Y suspiró o se rió, Macon no estaba seguro.

—Es simplemente porque podrás ir andando —le dijo él—. Esta es la razón por la que lo he sugerido.

—Sí, bueno, veamos. A ti te gusta cenar pronto. ¿Quedamos a las seis?

—Muy bien, a las seis —dijo él.

Cuando hubo colgado, se encontró a Rose enzarzada en una discusión sobre la lengua inglesa. Ella fingió no advertir que él había vuelto a reunirse con ellos. Era escandaloso, estaba diciendo ella, ver lo descuidada que se había vuelto el habla cotidiana. Cómo todo el mundo se empeñaba en decir «el» hoy por hoy, una clara redundancia teniendo en cuenta que hoy era un artículo. Cómo «chauvinista» se había convertido en una abreviación de «varón chauvinista», habiéndose perdido, por desgracia, su significado original, ahora desconocido para la mayoría.

Era increíble, intervino Charles, que una estrella de cine viajase de «incógnito», cuando hasta un tonto debería saber que «incógnita» era en este caso el término adecuado. Julian parecía compartir la indignación de los otros. Era más increíble aún, dijo éste, ver cómo la gente empleaba hasta la saciedad la palabra «increíble», cuando de hecho muy pocas cosas en este mundo desafiaban de verdad la credulidad. «La credibilidad», le corrigió Macon, pero Rose intervino rápida, como si Macon no hubiese dicho nada.

—Ah, sé muy bien lo que quieres decir —le dijo a Julian—. Las palabras se están devaluando, ¿verdad que sí?

Con un gesto infantil, se estiró con ambas manos la falda de tubo gris por encima de las rodillas. Se diría que nunca le habían advertido que los forasteros no eran de fiar.

* * *

Para entrar al restaurante Old Bay, Macon tuvo que escalar unos cuantos escalones. Antes de romperse la pierna, ni siquiera se había percatado de su existencia; mucho menos de que estuviesen hechos de un mármol liso y sin tacha, de modo que todo el rato sus muletas amenazaban con resbalar bajo él. Luego tuvo que luchar con la pesada puerta de entrada, apresurándose un poco porque Rose había hecho un giro equivocado al acompañarle con el coche y ya eran las seis y cinco.

El vestíbulo estaba completamente oscuro. Más allá, el comedor estaba

apenas iluminado por las velas que había encima de las mesas. Macon escudriñó las tinieblas.

—He quedado con una persona —le dijo a la encargada—. ¿Ha venido ya?

—Que yo sepa no, chato.

La encargada lo condujo hacia adentro y pasaron junto a un acuario de langostas aletargadas, dos señoras ancianas con sombreritos de iglesia que sorbían unas bebidas rosa pálido, y todo un campo de mesas vacías. Era demasiado pronto para que hubiese nadie cenando; todos los demás clientes estaban aún en el bar.

Las mesas estaban muy juntas, con los manteles rozando el suelo, y Macon se vio a sí mismo enganchando una muleta en un mantel y arrastrándolo todo tras sí, vela incluida. La alfombra marrón de flores estallaría en llamas. El restaurante favorito de su abuelo —el de su bisabuelo también, probablemente— quedaría reducido a un montón de ollas metálicas de cangrejo carbonizadas.

«¡Señorita! ¡Más despacio!», llamó, pero la encargada siguió avanzando a grandes zancadas, fornida y atlética, con su escotado vestido de campesina y sus zapatos blancos de suela de goma.

Lo colocó en una esquina, lo cual era una ventaja porque tendría donde apoyar las muletas. Pero cuando las estaba alineando para dejarlas a un lado, le dijo:

—Yo te las guardaré, cariño.

—No, aquí están bien.

—Tengo que dejarlas en recepción, guapo. Es una norma.

—¿Tienen una norma sobre las muletas?

—Podrían hacer tropezar a los otros clientes, encanto.

Esto era poco probable, ya que las dos clientas que había estaban al otro extremo del comedor, pero Macon entregó las muletas. Bien pensado, quizás

estaría mejor sin ellas. Así Sarah no tendría la impresión (por lo menos a primera vista) de que él se había desmoronado en su ausencia.

En cuanto estuvo solo, se dio unos tironcitos a los puños de la camisa hasta que mostraron un centímetro de blanco. Llevaba puesta su americana gris de tweed con unos pantalones grises de franela —unos pantalones viejos—, de modo que no importaba que les hubiese cortado una pierna. Charles había ido a buscarlos a su casa y Rose había cosido el dobladillo, y también le había recortado el pelo. Porter le había dejado su mejor corbata a rayas. Todos se habían mostrado tan serviciales, y de una forma tan discreta, que Macon, por alguna razón, se había sentido triste.

La encargada volvió a aparecer en la puerta, seguida de Sarah. Macon pasó por un momento de estupefacto reconocimiento; era algo parecido a vislumbrar por casualidad su propia imagen en un espejo. El halo de rizos, la manera en que el abrigo la arropaba formando suaves pliegues, sus andares decididos y elásticos, con zapatos de vestir de tacón torneado... ¿Cómo había olvidado todo aquello?

Se levantó a medias. ¿Lo besaría? O se limitaría —no lo quisiera Dios— a estrecharle tranquilamente la mano. Pero no hizo ninguna de las dos cosas; hizo algo mucho peor. Rodeó la mesa y apretó brevemente su mejilla contra la suya, como si sólo fuesen conocidos que se encuentran en un cóctel.

—Hola, Macon —le dijo.

Él, sin hablar, agitó la mano señalándole la silla vacía. Luego volvió a sentarse con cierto esfuerzo.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —preguntó ella.

—Tuve una especie de... caída.

—¿Está rota?

Él asintió.

—¿Y qué te has hecho en la mano?

Macon la levantó para examinarla.

—Bueno, es una especie de mordedura de perro. Pero ya está casi curada.

—Yo me refería a la otra.

En la otra llevaba una tira de gasa alrededor de los nudillos.

—Ah, esto —dijo—. Es sólo un rasguño. Estuve ayudando a Rose a construir una puerta para gatos.

Ella se lo quedó mirando.

—¡Pero estoy bien! —le dijo él—. De hecho, el yeso casi me resulta cómodo. ¡Casi familiar! Me pregunto si ya me rompí una pierna en alguna encarnación previa.

La camarera les preguntó: «¿Desean algo del bar?».

Estaba de pie junto a ellos, libreta y lápiz listos para escribir. Sarah empezó a hojear deprisa el menú, así que Macon dijo: «Un jerez seco, por favor». Entonces él y la camarera se volvieron hacia Sarah.

—A ver —dijo Sarah—. Vamos a ver. Pues quizá un Rob Roy. Sí, me tomaría un Rob Roy con muchas cerezas.

Esa era otra cosa que Macon había olvidado: cómo le gustaba pedir bebidas sofisticadas en los restaurantes. Notó un asomo de sonrisa en las comisuras de los labios.

—Bueno —dijo Sarah cuando la camarera se hubo marchado—. ¿Y por qué está construyendo Rose una puerta para gatos? Creía que no tenía animales.

—No, es para nuestra gata. Helen. Helen y yo estamos viviendo allí.

—¿Y eso?

—Bueno, por lo de mi pierna.

Sarah no dijo nada.

—Quiero decir... ¿tú me ves subiendo y bajando aquellas escaleras de casa? —le preguntó Macon—. ¿Sacando a Edward a pasear? ¿Arrastrando fuera los cubos de la basura?

Pero estaba ocupada desembarazándose del abrigo. Debajo llevaba un vestido de lana de un color indeterminado. (La luz de las velas lo convertía todo en tonos sepia, como en una fotografía antigua). Macon tuvo tiempo de preguntarse si no le habría dado una impresión equivocada. Parecía, quizá, como si se estuviese quejando, como si le estuviese reprochando el haberle dejado solo.

—Pero la verdad es que me he ido desenvolviendo estupendamente —dijo.

—Eso es bueno —dijo Sarah, y le sonrió y volvió a concentrarse en el menú.

Pusieron las bebidas frente a ellos, sobre unos posavasos de cartón con dibujos de cangrejos en relieve. La camarera dijo:

—¿Saben ya lo que quieren, amigos?

—Pues... —dijo Sarah— yo tomaré los entremeses calientes y la carne de vaca «Pierre».

La camarera, con aire alarmado, miró el menú por encima del hombro de Sarah. (Sarah nunca había acabado de entender qué clase de restaurante era el Old Bay).

—Aquí —dijo Sarah, señalando el menú—, y aquí.

—Si usted lo dice —dijo la camarera, anotando el pedido.

—Yo tomaré, ya sabe... —dijo Macon—. La sopa de cangrejos y la ensalada de langostinos... —Devolvió el menú—. Sarah, ¿quieres vino?

—No, gracias.

Cuando estuvieron otra vez solos, ella le preguntó:

—¿Cuánto hace que estás con tu familia?

—Desde septiembre —dijo Macon.

—¡Septiembre! ¿Has tenido la pierna rota todo este tiempo?

Él asintió y bebió un sorbo de jerez.

—Mañana me quitan el yeso —dijo.

—¿Y Edward también está allí?

Él volvió a asentir.

—¿Fue Edward el que te mordió la mano?

—Pues sí.

Se preguntó si ella reaccionaría igual que los otros, instándolo a llamar al S.P.C.A.; pero se limitó a arrancar una cereza, con aire pensativo, de la espadita de plástico de su bebida.

—Supongo que debe estar alterado —dijo.

—Sí, sí que lo está —dijo Macon—. No es en absoluto el que solía ser.

—Pobre Edward.

—A decir verdad, se está desmandando.

—Siempre fue un tanto sensible a los cambios —dijo Sarah.

Macon cobró ánimos.

—La verdad es que últimamente atacaba a diestra y siniestra —le dijo—. Tuve que emplear los servicios de una adiestradora especial. Pero era demasiado dura, era francamente brutal. Por poco lo estrangula cuando intentó morderla.

—Qué absurdo —dijo Sarah—. Estaría asustado. Cuando Edward se asusta, ataca; es así. No tiene sentido asustarlo más.

Macon sintió de pronto una oleada de amor por ella.

Ah, había estado furioso contra ella, la había odiado y la había olvidado por completo, en distintos momentos. A veces había llegado a pensar que nunca la había querido en realidad, que sólo había ido detrás de ella porque todos los demás lo hacían. Pero el hecho era que ella era su más vieja amiga. Los dos habían pasado cosas de las que nadie más en el mundo sabía nada. Estaba incrustada en su vida. Era demasiado tarde para desarraigarla.

—Lo que le hace falta —estaba diciendo— es tener una sensación de rutina diaria. Eso es lo que necesita: algo que lo tranquilice.

—Sarah —dijo él—, ha sido horrible vivir separados.

Ella lo miró. Por algún efecto de la luz sus ojos parecían de un azul más oscuro, casi negros.

—¿Verdad? —preguntó él.

Ella depositó su copa y dijo:

—Te he pedido que vinieras por una razón, Macon.

Él vio que sería algo que preferiría no oír.

—Tenemos que concretar los detalles de nuestra separación —dijo Sarah.

—Estamos separados; ¿qué hay que concretar?

—Quiero decir en el aspecto legal.

—Legal, ya entiendo.

—Bien, según el estado de Maryland...

—Creo que tendrías que venir a casa.

Llegó el primer plato, y fue colocado frente a ellos por una mano que, al menos por lo que concernía a Macon, no estaba unida a ningún cuerpo. Los frascos de condimentos se cambiaron de sitio sin necesidad; un soporte de metal lleno de sobres de azúcar fue movido unos centímetros.

—¿Algo más? —preguntó la camarera.

—¡No! —dijo Macon—. Gracias.

La camarera se alejó.

—¿Sarah? —dijo Macon.

—No es posible —le dijo ella.

Estaba deslizando una perla arriba y abajo por la cadena que llevaba al cuello. Él le había regalado esa perla cuando eran novios. ¿Tenía algún significado que ella se la hubiese puesto esta noche? ¿O quizás ahora le importaba tan poco que ni siquiera se le había ocurrido quitársela? Sí, esto era lo más probable.

—Escucha —dijo él—. No digas que no hasta que me hayas oído hasta el final. ¿Te has parado a pensar que podríamos tener otro hijo?

Vio que la había escandalizado; había aspirado aire de pronto. (Se había escandalizado a sí mismo).

—¿Por qué no? —le preguntó—. No somos demasiado viejos.

—Oh, Macon.

—Esta vez sería más fácil —dijo—. No nos llevaría otros siete años; ¡seguro que te quedarías embarazada en seguida!

Se inclinó hacia ella, como esforzándose en hacérselo ver: Sarah radiante en aquel vestido pre-mamá rosa fuerte que solía llevar. Pero curiosamente, lo que pasó como un destello por la memoria de Macon, en vez de eso, fue el recuerdo de aquellos siete años primeros y la decepción de cada mes.

A Macon le había parecido entonces (aunque por supuesto era pura superstición) que sus fracasos eran una señal de algo más hondo, de alguna incompatibilidad esencial. No habían logrado conectar en el sentido más básico y literal. Cuando finalmente ella quedó en estado, él se había sentido no sólo aliviado sino culpable, como si hubiesen logrado engañar a alguien.

Apartó de sí estos pensamientos.

—Sé perfectamente —dijo— que no sería Ethan. Sé que no podemos reemplazarlo. Pero...

—No —dijo Sarah.

Sus ojos miraban muy fijo. Él conocía esa mirada. Nunca cambiaría de idea.

Macon empezó a tomarse la sopa. Era la mejor sopa de cangrejos de Baltimore, pero desgraciadamente las especias tendían a irritarle la nariz. Esperaba que Sarah no fuese a pensar que estaba llorando.

—Lo siento —dijo ella con más dulzura—. Pero no daría resultado.

Él dijo:

—Muy bien, olvídalo. Era un disparate, ¿no? Una idea descabellada. Para cuando el niño tuviese veinte años nosotros tendríamos... ¿No comes?

Ella miró el plato que tenía delante. Luego cogió el tenedor.

—Supón que yo hiciese lo siguiente —dijo Macon—. Supón que llenase una maleta con ropa tuya y llamase a tu puerta y te dijese: «Venga, nos vamos a Ocean City. Ya hemos perdido bastante el tiempo».

Ella se lo quedó mirando, con un corazón de alcachofa ensartado en el tenedor que ya se llevaba a la boca.

—¿Ocean City? —dijo—. ¡Tú detestas Ocean City!

—Sí, pero quería decir...

—Siempre decías que había demasiada gente.

—Sí, pero...

—¿Y de qué ropa hablas? —dijo Sarah—. Está toda en mi apartamento.

—Era sólo una manera de hablar.

—En serio, Macon. Ni siquiera cuando te comunicas logras comunicarte.

—Ah, *comunicarse* —dijo él. (De todas las palabras, la que menos le gustaba.)— Lo que estoy diciendo es que creo que tendríamos que empezar de nuevo.

—Yo estoy empezando de nuevo —dijo ella, y devolvió el corazón de alcachofa al plato—. Estoy haciendo todo lo que puedo para empezar de nuevo, pero eso no significa que quiera vivir la misma vida dos veces. Intento explorar nuevos caminos. Me he matriculado en algunos cursos. Incluso salgo, a veces.

—¿Sales?

—He estado saliendo con un odontólogo.

Hubo una pausa.

—Por qué no llamarle simplemente dentista —dijo Macon.

Sarah cerró los ojos brevemente.

—Mira —dijo—. Sé que esto te resulta duro. Es duro para los dos. Pero es que no nos quedaba casi nada, ¿no lo ves? Mira a quién acudiste al romperte la pierna: ¡a tu hermana Rose! A mí ni siquiera me lo dijiste, y tenías mi número de teléfono.

—Si hubiese acudido a ti, ¿hubieras venido?

—Bueno... al menos podías habérmelo pedido. Pero no, recurriste a tu familia. Estás más cerca de ellos de lo que nunca lo estuviste de mí.

—Eso no es verdad —dijo Macon—. Mejor dicho, es verdad pero no es ésa la cuestión. Quiero decir que, en un sentido, claro que somos más íntimos. Somos parientes de sangre.

—Siempre jugando a ese ridículo juego de cartas con el que nadie más se aclara. Y planeando vuestros pequeños proyectos caseros, tu hermana con su llave inglesa y su soldador. Recorréis las ferreterías como la otra gente recorre las boutiques.

—Como la demás gente recorre las boutiques —dijo Macon, y en seguida se arrepintió de haberlo dicho.

—Siempre corrigiendo el lenguaje de los demás —dijo Sarah—. Esgrimiendo el diccionario a la menor oportunidad. Discutiendo interminablemente sobre cuestiones de *método*. La clase de familia que siempre se abrocha el cinturón de seguridad.

—Por el amor de Dios, Sarah, ¿qué hay de malo en abrocharse el cinturón de seguridad?

—Siempre van al mismo restaurante, aquel al que iban sus abuelos, y aun allí tienen que colocar los cubiertos y disponerlo todo igual que si estuvieran sentados alrededor de la mesa de casa. Son tan indecisos que no pueden ni correr una cortina sin debatir primero entre todos, una y otra vez, todos los pros y los contras. «Si la dejamos abierta hará mucho calor, pero si la cerramos olerá a humedad...». Tienen que beber seis vasos de agua cada día, y comer sus amadas patatas al horno cada noche. No son partidarios de los bolígrafos ni de las máquinas de escribir eléctricas ni de las transmisiones automáticas. No son partidarios del hola y del adiós.

—¿Hola? ¿Adiós? —dijo Macon.

—¡Obsérvate alguna vez! Entra alguien y tú, oh, registras el hecho con los ojos, nada más. Alguien se marcha y tú miras deprisa hacia otro lado. No admites que haya idas y venidas. Y podría ponerse en venta la mejor casa del mundo pero tú no la comprarás porque has encargado unas etiquetas con la dirección de la casa vieja, mil quinientas etiquetas engomadas, y hay que usarlas antes de hacer un traslado.

—Ese no fui yo, ese fue Charles.

—Sí, pero podrías haber sido tú. Y su mujer se divorció de él por eso, y no la culpo.

—Y ahora tú estás a punto de hacer la misma idiotez. Echar a perder veinte años de matrimonio por si me abrocho o me dejo de abrochar el cinturón de seguridad.

—Se echaron a perder hace mucho tiempo, créeme —dijo Sarah.

Macon depositó la cuchara en el plato. Se obligó a respirar hondo una vez.

—Sarah —dijo—, nos estamos desviando de la cuestión.

Después de un silencio, Sarah dijo:

—Sí, supongo que sí.

—Es lo que le pasó a Ethan lo que lo ha echado todo a perder —le dijo Macon.

Ella apoyó un codo en la mesa y se cubrió los ojos.

—Pero no tiene por qué ser así —continuó él—. A algunas personas una cosa así las une más. ¿Cómo es que nosotros dejamos que nos separe?

—¿Todo va bien? —preguntó la camarera.

Sarah se irguió en su asiento y empezó a revolver en su bolso.

—Sí, claro que sí —dijo Macon.

La camarera llevaba una bandeja con los segundos platos. Dirigió una mirada dubitativa a los entremeses de Sarah y le preguntó a Macon:

—¿No va a comerse eso, o qué?

—No... me parece que no.

—¿No le ha gustado?

—Sí, sí le ha gustado. Lléveselo.

La camarera, guardando un ofendido silencio, circuló en torno a la mesa. Sarah dejó a un lado su bolso y bajó la mirada hacia su comida, que era algo de color marrón y aspecto viscoso.

—Te ofrezco la mitad de mi ensalada de langostinos —le dijo Macon cuando la camarera se hubo ido.

Ella negó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no se

habían derramado.

—Macon —dijo ella—, desde que Ethan murió he tenido que admitir que la gente es básicamente mala. Malvada, Macon. Tan malvada que cogerían a un chico de doce años y le pegarían un tiro en la cabeza sin ningún motivo. Ahora leo un periódico y me desespero; ya no veo las noticias por televisión. Hay tanta maldad, niños que prenden fuego a otros niños, y personas mayores que arrojan criaturas por la ventana de un segundo piso, violaciones, torturas, terrorismo, ancianos que son golpeados y robados, hombres de nuestro propio gobierno que están dispuestos a hacer estallar el mundo, no hay más que indiferencia y codicia y reacciones inmediatas de ira en cada esquina. Miro a mis alumnos y son tan corrientes, y sin embargo son exactamente iguales al chico que mató a Ethan. Si debajo de la foto de aquel chico no hubiese puesto por qué lo habían arrestado, ¿a que hubieras pensado que podía ser cualquiera, alguien que habían fichado para el equipo de baloncesto o que había ganado una beca para ir a la universidad? No puedes creer absolutamente en nadie. La primavera pasada, Macon, esto no te lo dije, estaba recortando el seto de casa y vi que alguien había cogido del arrayán el recipiente de la comida para los pájaros. ¡Hay quien incluso les roba la comida a los pájaros! Y entonces no sé qué me cogió que la emprendí con el arrayán. Lo corté todo, arranqué ramas, lo acuchillé con las tijeras de podar...

Ahora las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Algunas veces no he sabido si... no quiero parecer melodramática, Macon, pero... no he sabido si podría seguir viviendo en un mundo así.

Macon vio que tenía que ir con mucho cuidado. Tenía que escoger exactamente las palabras adecuadas. Carraspeó y dijo:

—Sí... sé lo que quieres decir, pero... —Volvió a carraspear—. Es verdad, lo que dices de las personas. No te lo voy a discutir. Pero dime una cosa, Sarah: ¿Por qué habría de ser eso un motivo para dejarme?

Ella arrugó la servilleta y se la llevó a la nariz.

—Porque *sabía* que tú no me lo discutirías. Tú has creído desde siempre en la maldad de la gente.

—Bueno, y qué...

—Durante todo este último año me he sentido como batiéndome en retirada. Replegándome. Como si me estuviera encogiendo. Eludía el gentío, no iba a fiestas, no invitaba a los amigos a venir a casa. Cuando tú y yo estuvimos en la playa este verano, yo me echaba en la toalla con toda aquella gente alrededor, y sus radios chillonas y sus cotilleos y sus riñas, y pensaba: «Puf, qué deprimentes son. Son tan desagradables. Tan viles, en realidad». Y me replegaba en mí misma para alejarme de ellos. Igual como tú, Macon... igual *que* tú, perdona. Como tú has hecho siempre. Tuve la sensación de que me estaba convirtiendo en una Leary.

Macon intentó pulsar una tecla más ligera.

—Bueno, hay catástrofes peores que ésta, supongo.

Ella no sonrió.

—No puedo permitírmelo —dijo.

—¿Permitírtelo?

—Tengo cuarenta y dos años. No me queda tanto tiempo como para perderlo encerrándome en mi caparazón. Así que he tomado medidas. He pasado a la acción. Vivo en un apartamento que no te gustaría nada, todo está desordenado. He hecho un montón de nuevos amigos y me parece que tampoco te gustarían mucho. Estoy estudiando con un escultor. Siempre quise dedicarme al arte, sólo que dar clases parecía más sensato. Así es como lo formularías tú: sensato. Tienes tanta prisa por ser sensato, Macon, que has renunciado prácticamente a todo.

—¿A qué he renunciado?

Sarah volvió a doblar la servilleta y se la llevó a los ojos para secarlos. Bajo ellos, quedaron unas manchas de rímel formando atractivas ojeras.

—¿Te acuerdas de Betty Grand? —dijo.

—No.

—Betty Grand, iba a mi colegio. Antes de conocerme a mí, ella te gustaba.

—No me gustó nadie en el mundo antes de conocerte a ti.

—Te gustaba Betty Grand, Macon. Me lo dijiste al principio de salir conmigo.

Me preguntaste si la conocía. Me dijiste que siempre la habías encontrado guapa y que la habías invitado a ir a un partido de baseball, pero ella te dijo que no. Me dijiste que habías cambiado de opinión: ya no la encontrabas guapa, se le veían las encías cuando sonreía.

Macon seguía sin recordarlo, pero dijo:

—Bueno, ¿y qué?

—Has renunciado a todo lo que pudiera tocarte o perturbarte o alterarte, te has privado de ello sin una queja, diciendo que en el fondo no lo deseabas.

—Supongo que me hubiese ido mejor si hubiese seguido suspirando por Betty Grand toda mi vida.

—Bueno, al menos te hubieras mostrado capaz de albergar sentimientos.

—Soy capaz de albergar sentimientos, Sarah. Estoy sentado aquí contigo, ¿no? Ya ves cómo no renuncio a *ti*.

Ella hizo como si no hubiese oído esto último.

—Y cuando murió Ethan —dijo—, arrancaste todas y cada una de las pegatinas de Wacky Packs de la puerta de su cuarto. Vaciaste su armario y su escritorio como si no vieras el momento de deshacerte de él. Continuamente ofrecías a la gente los trastos que guardaba en el sótano, los zancos, el trineo, el patinete, y no lograbas entender por qué no los aceptaban. «No me gusta nada ver cosas que aquí a nadie le son útiles», dijiste. Macon, ya sé que le querías, pero no puedo evitar el pensar que no le querías tanto como yo, no estás tan desgarrado por su ausencia. Sé que lloraste su muerte, pero hay algo tan, cómo te diría, tan amortiguado, tan contenido en tu manera de vivir las cosas, quiero decir el amor o el dolor o lo que sea... Es como si intentaras pasar por la vida sin cambiar. ¿No comprendes por qué tenía que irme?

—Sarah, no estoy contenido. Yo... aguanto. Procuero aguantar, me mantengo firme.

—Si de verdad crees eso te estás engañando. No te mantienes firme; estás osificado. Estás encerrado, como dentro de una cápsula. Estás hecho un núcleo reseco de hombre que nada penetra de verdad. Ah, Macon, no es casualidad que escribas esos libros tan tontos que explican a la gente cómo viajar sin sobresaltos. Ese sillón viajero no es sólo tu logo: eres tú.

—No, no lo es —dijo Macon—. ¡No lo es!

Sarah se puso el abrigo a tirones, con bastante torpeza. Una punta del cuello quedó doblada hacia adentro.

—Bueno, en fin —dijo—. Lo que quería decirte es lo siguiente: le he pedido a John Albright que te mande una carta.

—¿Quién es John Albright?

—Es un procurador.

—Ah —dijo Macon.

Pasó al menos un minuto entero hasta que se le ocurrió decir:

—Supongo que quieres decir un abogado.

Sarah cogió su bolso, se levantó y se marchó.

* * *

Macon prosiguió concienzudamente con su ensalada de langostinos. Se comió la col lombarda por la vitamina C. Luego se terminó hasta la última de las patatas fritas, aun sabiendo que se notaría la lengua arrugada a la mañana siguiente.

Una vez, cuando Ethan tenía apenas dos o tres años, se había lanzado corriendo hacia la calle detrás de una pelota. Macon se encontraba demasiado lejos para detenerlo. Lo único que pudo hacer fue gritar: «¡No!», y luego quedarse mirando, helado de horror, cómo doblaba la esquina una camioneta a gran velocidad.

En aquel momento, renunció a su derecho sobre el hijo. En un instante se adaptó a un futuro que no contenía a Ethan —un lugar infinitamente más gris pero también, a manera de compensación, mucho más sencillo, libre de los problemas que un niño pequeño arrastra tras sí, los incesantes requerimientos y el desbarajuste y las contiendas para obtener la atención de la madre—.

Entonces la camioneta frenó en seco. Ethan recuperó su pelota y a Macon le flaquearon las rodillas de alivio. Pero para siempre más recordó lo deprisa que se había adaptado. A veces se preguntaba si aquella primera adaptación no se le habría quedado como adherida, convirtiendo lo que luego le pasó a Ethan en un choque menos duro de lo que podía haberlo sido. Pero si la gente no se adaptaba, ¿cómo soportaban seguir viviendo?

Pidió la cuenta y la pagó.

—¿Algo no estuvo bien? —preguntó la camarera—. ¿No le ha gustado la comida a su amiga? Siempre hubiese podido devolverla, ¿sabe? Siempre aceptamos devoluciones.

—Ya lo sé —dijo Macon.

—Quizá la ha encontrado demasiado picante.

—Estaba muy bien —dijo él—. ¿Quiere traerme mis muletas, por favor?

La camarera fue a buscarlas, meneando la cabeza.

Tendría que encontrar un taxi. No había quedado con Rose en que viniese a recogerlo. En el fondo, había tenido la esperanza de volver a casa con Sarah. Ahora aquella esperanza le parecía patética. Miró a su alrededor y vio que la mayoría de las mesas estaban ocupadas, y que todo el mundo comía con alguien más. Sólo Macon estaba solo.

Se mantuvo muy erguido y grave, pero por dentro, lo sabía, se estaba derrumbando. Y cuando la camarera le llevó sus muletas y él se levantó para marcharse, pareció apropiado que tuviese que andar muy encorvado, con la barbilla hundida sobre el pecho y los codos sobresaliéndole desmañadamente como las alas de un pichón. A su paso, la gente se lo quedaba mirando. Algunos rieron disimuladamente. ¿Tan evidente resultaba su ridiculez? Pasó al lado de dos ancianas de aspecto beato y una de ellas le tiró de la manga.

—¡Señor! ¡Señor!

Macon se detuvo.

—Me parece que han debido de darle mis muletas —dijo ella.

Él bajó la vista a las muletas. No eran las suyas, claro. Eran diminutas, apenas mayores que las de un niño. En cualquier otro momento hubiese advertido inmediatamente el error, pero hoy de algún modo lo había pasado por alto. En cualquier otro momento hubiese pasado a la acción, hubiese llamado al gente, señalado la falta de atención del restaurante por los minusválidos. Hoy se limitó a permanecer en pie, con la cabeza gacha, esperando que alguien lo ayudase.

Años atrás, cuando el abuelo Leary empezó a divagar, nadie adivinó lo que estaba pasando. Era un anciano tan decidido, tan recto. Era todo agudeza. Categórico.

—Oye —le dijo a Macon—, antes del doce de junio necesito mi pasaporte, que está en la caja de caudales. Me embarco rumbo a Lassaque.

—¿Lassaque, abuelo?

—Si el sitio me gusta, quizá me quede.

—Pero ¿dónde está Lassaque?

—En una isla frente a la costa de Bolivia.

—Ah —dijo Macon, y luego—: Pero espera un momento...

—Me interesa porque los nativos no tienen un lenguaje escrito. Es más, si llevas material de lectura te lo confiscan. Dicen que es magia negra.

—Pero me parece que Bolivia no tiene costa —dijo Macon.

—Ni siquiera te dejan tener, por ejemplo, un talonario de cheques que lleve tu nombre. Antes de desembarcar tienes que borrar la marca del desodorante. Tienes que cambiar el dinero por unas chapitas de colores.

—Ah bueno, ¿estás bromeando?

—¡Bromeando! Busca la información, si no me crees. —El abuelo Leary consultó su reloj de bolsillo, luego le dio cuerda con un movimiento confiado—. Un curioso efecto de su analfabetismo —dijo—, es la reverencia con la que tratan a las personas de edad. La razón estriba en que el conocimiento de los habitantes de Lassaque no procede de los libros sino de la vida; de modo que están muy pendientes de las palabras de los que han vivido más tiempo.

—Entiendo —dijo Macon, pues ahora le pareció que, en efecto, entendía—. *Nosotros* también estamos pendientes de tus palabras —añadió.

—Puede que así sea —le dijo su abuelo—, pero sigo teniendo la intención de ver Lassaque antes de que se corrompa.

Macon guardó silencio unos momentos. Después fue hacia la biblioteca y escogió un tomo de la desteñida enciclopedia marrón de su abuelo.

—Trae acá —dijo su abuelo, extendiendo ambas manos. Cogió el volumen con avidez y empezó a hojearlo deprisa. Un olor a moho se elevó de las páginas—. Laski —murmuró—, Lassalle, Lassaw... —Bajó el libro y frunció el entrecejo—. No lo... —dijo. Volvió a consultarlo—. Lassalle, Lassaw...

Parecía perplejo, casi asustado. De repente, su rostro se vino abajo, fenómeno que había alarmado a Macon en varias ocasiones últimamente.

—No lo entiendo —le dijo a Macon en voz muy baja—. No lo entiendo.

—Bueno, a lo mejor ha sido un sueño. Habrá sido uno de esos sueños que parecen realidad.

—No ha sido un sueño, Macon. *Conozco* el lugar. He comprado el billete. Me embarco el doce de junio.

Macon notó un frío extraño recorriéndole la espalda.

Después el abuelo se volvió inventor. Hablaba de varios proyectos en los que estaba trabajando, dijo, en el sótano. Sentado en su butaca de cuero rojo, impecablemente vestido con un traje y una camisa blanca, los zapatos negros lustrados como un espejo y sus cuidadas manos dobladas sobre el regazo, les anunciaba que acababa de soldar las piezas de una motocicleta capaz de arrastrar un arado. Hablaba con la mayor seriedad de cigüeñales y chavetas, y Macon (aunque estaba apenadísimo) a duras penas podía contener la risa al imaginarse a un Ángel del Infierno con botas de cuero sudando la gota gorda por un trigal.

«Si pudiese resolver algunas minucias», decía su abuelo, «haría una fortuna. Seríamos ricos». Pues parecía creer que volvía a ser pobre, y que luchaba para abrirse paso en el mundo. La radio motorizada que le seguía a

uno de habitación en habitación, el teléfono flotante, el coche que acudía cuando se lo llamaba... ¿No tendrían todas estas cosas alguna aplicación? ¿No pagaría por ellas un riñón la persona adecuada?

Después de haberse pasado toda una mañana de junio sentado fuera en el porche, pellizcándose la raya de los pantalones con mucha aplicación, les anunció que había perfeccionado una nueva clase de híbrido: flores que se cerraban en la presencia de lágrimas. «Los floristas me acosarán», dijo. «¡Pensad en el efecto dramático que se obtendrá en los entierros!». A continuación se puso a trabajar en un cruce entre la albahaca y el tomate. Dijo que las fábricas de salsas de espaguetis lo harían millonario.

Para entonces, sus tres nietos se habían ido de casa y su mujer había muerto; así que Rose lo cuidaba ella sola. Sus hermanos empezaron a preocuparse por ella. Se dejaban caer por la casa cada vez más a menudo, hasta que Rose les dijo:

—No tenéis por qué hacerlo, en serio.

Ellos dijeron: —¿Qué? ¿Hacer qué? ¿De qué hablas?— y otras cosas por el estilo.

—Si venís tan a menudo por el abuelo, no es necesario. Yo me las arreglo bien, y él también. Es muy feliz.

—¡Feliz!

—De verdad, estoy convencida —dijo Rose— de que está pasando por la etapa más animada y pintoresca de su vida. Seguro que ni siquiera de joven se divirtió tanto como ahora.

Vieron lo que quería decir. Al pensar en ello, Macon casi tuvo envidia. Y más tarde, cuando aquel período se terminó, sintió que hubiese sido tan breve. Pues el abuelo pasó pronto a musitar frases inconexas y sin sentido, y luego a guardar silencio, mirando fijamente, y por último murió.

En la madrugada del miércoles, Macon soñó que el abuelo Leary lo despertaba y le preguntaba dónde estaba el punzón de marcar centros.

—¿El punzón? —dijo Macon—. Yo nunca he guardado tu punzón de marcar centros.

—Ah, Macon —dijo con tristeza su abuelo—, ¿no ves que no digo lo que quiero decir?

—¿Pues que quieres decir?

—Has perdido el centro de tu *vida*, Macon.

—Sí, ya lo sé —dijo Macon, y parecía que Ethan estaba un poco más a la izquierda, su cabeza luminosa casi al mismo nivel que la del viejo.

Pero su abuelo dijo: «No, no», hizo un gesto de impaciencia y se dirigió al escritorio. (En este sueño, Macon no estaba en la galería sino arriba, en su cuarto de cuando niño, con el escritorio cuyos tiradores de cristal tallado le había robado Rose tiempo atrás para usarlos como platos para sus muñecas).

—Me estoy refiriendo a Sarah —dijo su abuelo, cogiendo un cepillo para el pelo—. ¿Dónde está Sarah?

—Me ha dejado, abuelo.

—¡Pero si Sarah es la mejor de todos nosotros! ¿Te vas a quedar sentado en esta vieja casa hasta pudrirte, muchacho? ¡Ya es hora de salir del agujero! ¿Hasta cuándo vamos a quedarnos quietos aquí?

Macon abrió los ojos. Aún no era de día. La galería estaba borrosa como papel secante.

Todavía flotaba en el aire la sensación de la presencia de su abuelo. El pequeño gesto de impaciencia era uno que Macon había olvidado completamente; había reaparecido por sí solo. Pero el abuelo Leary nunca hubiese dicho en la vida real lo que había dicho en el sueño. Había apreciado a Sarah, ciertamente, pero parecía considerar a las esposas como elementos foráneos, y había estado presente en cada una de las bodas de sus nietos con una expresión resignada y tolerante. No hubiese visto a ninguna mujer como un «centro». Con la excepción, quizá (pensó Macon de repente), de la suya propia, la abuela Leary. Después de cuya muerte (pues sí, inmediatamente después) empezó a fallarle la cabeza.

Macon permaneció despierto hasta el amanecer. Fue un alivio oír los primeros ruidos en el piso de arriba. Entonces se levantó, se afeitó y se vistió, y envió a Edward a buscar el periódico. Para cuando Rose bajó, él ya había

empezado a preparar el café. Esto pareció inquietarla.

—¿Has cogido los granos de la mañana o los de la noche? —le preguntó.

—Los de la mañana —le aseguró él—. Todo está bajo control.

Su hermana circuló por la cocina levantando persianas, poniendo la mesa, abriendo una caja de huevos.

—Así que hoy es el día que te quitan el yeso —dijo.

—Eso parece.

—Y esta tarde te vas de viaje a Nueva York.

—Bueno... —dijo él vagamente, y luego le preguntó a Rose si quería un cupón para bacon que había visto en el periódico.

—¿No es esta tarde cuando te vas? —insistió ella.

—Bueno, sí.

El hecho era que se iba a Nueva York sin haber hecho ningún plan con relación a Edward. En la clínica veterinaria de antes no lo querían, en la nueva estaba esa mujer, Muriel... Y, en opinión de Macon, donde Edward estaba mejor era en casa, con la familia. Rose, sin duda, discreparía. Contuvo el aliento, pero Rose empezó a tararear *Clementine* y a romper huevos en una sartén.

A las nueve, en un consultorio de la calle St. Paul, el médico le retiró el yeso a Macon con ayuda de una diminuta y ronroneante sierra eléctrica. La pierna apareció muy blanca, arrugada y fea. Cuando Macon se puso de pie, el tobillo le fallaba. Todavía iba cojo. Además, se había olvidado de llevar otros pantalones y al salir se vio obligado a desfilarse frente a los otros pacientes con los pantalones veraniegos de la pierna cortada, y su repelente espinilla al aire. Se preguntó si alguna vez volvería a ser su antiguo yo, entero e incólume.

Al llevarlo a casa en el coche, Rose le preguntó por fin dónde pensaba dejar a Edward.

—Lo voy a dejar contigo, claro —dijo Macon, fingiendo sorpresa.

—¿Conmigo? Ay, Macon, ya sabes cómo se desmanda algunas veces.

—¿Qué puede pasar en tan poco tiempo? Yo vuelvo mañana por la noche. En el peor de los casos, lo encierras en la despensa y le echas una galleta de vez en cuando hasta que yo vuelva.

—Eso no me gusta nada.

—Son las visitas las que lo vuelven loco. Y no estáis esperando visitas.

—No, no —dijo ella, y afortunadamente dejó el tema. Macon había temido una discusión más encarnizada.

Se duchó y se puso su traje de viaje. Luego almorzó temprano. Poco antes de mediodía, Rose lo acompañó a la estación del ferrocarril, pues Macon no se fiaba todavía de su pie izquierdo. Cuando bajó del coche, la pierna amenazó con combarse bajo él.

—¡Espera! —le dijo a Rose, que le estaba pasando su bolsa de viaje—. ¿Tú crees que estoy como para viajar?

—Seguro que sí —dijo ella, sin pararse a reflexionar ni siquiera un poco. Cerró de golpe la portezuela, agitó la mano en señal de despedida y se alejó.

En el espacio de tiempo transcurrido desde su último viaje en tren, algo maravilloso había ocurrido en la estación de ferrocarril. Un tragaluz de tonos aguamarina se arqueaba suavemente en lo alto. Lámparas de globo de luz tenue colgaban de brazos de latón. Las mamparas de carpintería que durante tanto tiempo habían dividido la sala de espera habían desaparecido, dejando a la vista los bancos de madera lustrada. Macon se detuvo aturdido frente a la flamante y reluciente taquilla nueva. A lo mejor, pensó, viajar no era tan malo. A lo mejor lo había entendido mal. Sintió el inicio de un pequeño brote de ilusión.

Pero en seguida, al dirigirse cojeando hacia el andén, lo invadió aquella sensación de estar extraviado que siempre le importunaba en los viajes. Se representó a sí mismo como una escueta figura solitaria en medio de un tropel de doses y treses. Sólo había que ver a aquel grupo de gente joven en el

mostrador de Información, jóvenes llenos de confianza, con sus mochilas y sacos de dormir. O a aquella familia que ocupaba un banco entero; las cuatro niñas iban tan tiesas y elegantes con sus abrigitos nuevos y sus sombreros de cintas, que uno podía estar seguro de que sus abuelos las esperaban al término del viaje. Incluso las personas que estaban solas —la anciana con un ramito de flores prendido en la solapa, la rubia del lujoso equipaje de cuero— daban la impresión de pertenecer a alguien.

Se sentó en un banco. Anunciaron la salida de un tren que se dirigía al sur, y la mitad del gentío se alejó para cogerlo, seguidos, al cabo de un rato, por la inevitable mujer despeinada y sin aliento que corría demasiado cargada de maletas y paquetes. Los pasajeros que acababan de llegar subían despacio por las escaleras con la expresión aturdida de quienes hasta ahora mismo estaban en otro sitio.

A una mujer la recibió un hombre que llevaba un bebé en brazos; la besó y le pasó el niño en seguida, como si fuese un bulto que empezaba a encontrar demasiado pesado. Una chica con tejanos, al llegar a lo alto de la escalera, vio a otra chica también con tejanos y, echándole los brazos al cuello, empezó a llorar. Macon las miró disimuladamente, inventando explicaciones. (¿Llegaba a casa para asistir al entierro de la madre? ¿Se había fugado con el novio y el asunto había acabado mal?).

Ahora anunciaron su propio tren, de modo que cogió la bolsa y empezó a andar cojeando detrás de la familia de las cuatro hijas. Al pie de las escaleras, una racha de aire frío le dio de lleno. Hiciese el tiempo que hiciese, en estos andenes siempre soplaba un fuerte viento. A la más pequeña de las niñas le abrocharon el abrigo. Apareció el tren, que cobró forma poco a poco alrededor de un pequeño punto de luz amarilla.

Resultó que la mayoría de los vagones iban llenos. Macon renunció al intento de encontrar un asiento totalmente vacío y se instaló junto a un hombre joven y rollizo que llevaba un maletín. Para más seguridad, sacó de su bolsa *Miss MacIntosh*.

El tren se puso en movimiento con una sacudida, luego pareció cambiar de idea y luego dio otra sacudida y partió. Macon imaginó que notaba pequeñas costras de herrumbre en las vías; no era un viaje muy tranquilo. Vio cómo las vistas familiares se lanzaban sobre él y desaparecían: una hilera de casas, solares desolados, una colada tendida rígida en medio del frío.

—¿Un chicle? —le preguntó su vecino de asiento.

—No, gracias —dijo Macon, y se apresuró a abrir el libro.

Cuando llevaban aproximadamente una hora de viaje, se notó los párpados pesados. Apoyó la cabeza hacia atrás. Pensó que sólo cerraba los ojos para descansarlos, pero debió de quedarse dormido. El siguiente hecho del que tuvo conciencia fue que anunciaban la llegada a Filadelfia. Macon dio un respingo, se irguió en su asiento y cogió su libro justo antes de que le resbalase del regazo.

Su compañero de viaje estaba trabajando sobre unos papeles, con el maletín a modo de mesa. Un hombre de negocios, evidentemente —una de las personas para quienes Macon escribía las guías—. Curiosamente, Macon nunca se imaginaba a sus lectores. ¿Qué hacían, exactamente, los hombres de negocios? Este estaba anotando datos en unas fichas y, de vez en cuando consultaba un librito lleno de gráfico. Un gráfico mostraba filas de camioncitos negros avanzando por la página: cuatro camiones, siete camiones, tres camiones y medio. Macon pensó que el medio-camión tenía un aspecto deforme y lastimoso.

Poco antes de llegar, fue al lavabo de la parte trasera del vagón; no era el ideal, pero sí más casero que todo lo que iba a encontrar en Nueva York. Volvió a su asiento y metió *Miss MacIntosh* en la bolsa.

—Vamos a encontrar frío —le dijo su compañero de asiento.

—Supongo que sí —dijo Macon.

—Frío y viento, según el parte meteorológico.

Macon no contestó.

No era partidario de viajar con abrigo —sería un bulto más con el que habría que cargar— pero llevaba una camiseta térmica y calzoncillos largos. El frío era lo que menos le preocupaba.

En Nueva York los pasajeros se dispersaron al instante. A Macon le recordaron una vaina de semillas que se abre de golpe. Se negó a sentirse apresurado y avanzó metódicamente por entre la multitud, subiendo primero unas escaleras oscuras, que resonaban metálicamente, y luego por en medio de

otro gentío de aspecto más extravagante que el que había dejado abajo.

Dios mío, ¿de dónde sacaban la ropa estas mujeres? Una llevaba un mono color aceituna, exactamente igual que el de un mecánico de coches, pero de cuero. Macon agarró su bolsa con más firmeza y empujó la puerta de salida a la calle, donde las bocinas sonaban insistentemente y el aire tenía un olor gris y afilado, como el interior de una chimenea apagada.

En su opinión, Nueva York era una ciudad extranjera. Nunca dejaba de desconcertarlo aquella atmósfera general de resolución, la apretada concentración de los conductores, la rápida intensidad de los peatones que avanzaban salvando todos los obstáculos sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Llamó a un taxi, se deslizó sobre el asiento, gastado y resbaladizo, y dio la dirección de su hotel. El taxista se puso a hablar en seguida de su hija.

—Es que tiene trece años —dijo, metiéndose con precaución entre el tráfico—, y ya tiene tres pares de agujeros en las orejas y un pendiente en cada agujero, y ahora quiere que le hagan otro par en la parte de arriba. ¡Trece años! —O había oído la dirección o no la había oído. En cualquier caso, seguía conduciendo.

—Yo ni siquiera estuve a favor del primer par —continuó—. Le dije: «Cómo, ¿no lees a Ann Landers? Ann Landers dice que perforarse las orejas es mutilarse el cuerpo». ¿No lo dice Ann Landers? Me parece que es Ann Landers. «Para eso, ponte un aro en la nariz, como hacen los africanos», le dije a mi hija. Y ella dice: «¿Y qué hay de malo en ponerse un aro en la nariz? A lo mejor eso es lo que haré la próxima vez». Y es que sería capaz. Sería capaz. Pues resulta que este cuarto par de agujeros atraviesan el cartílago y en la mayoría de sitios donde agujerean las orejas no quieren hacerlo. Así que ya ve usted si no es un disparate. El cartílago es otra cosa. No es como el lóbulo, que es esponjoso.

Macon tuvo la sensación de no ser del todo visible. Estaba escuchando a un hombre que estaba hablando consigo mismo, que tal vez hablaba ya antes de subir él y que posiblemente seguiría hablando cuando él se hubiese apeado. ¿O es que no estaba él, Macon, presente en el taxi? Este tipo de pensamientos le asaltaba a menudo cuando viajaba. Desesperado, dijo:

—Emm...

Sorprendentemente, el taxista se calló. Su nuca asumió un aspecto de estar alerta. Macon se vio obligado a continuar:

—Dígale algo que la asuste.

—¿Como qué?

—Pues... dígame que sabe usted de una chica a la que se le cayeron las orejas.

—No se lo tragaría.

—Hágalo sonar científico. Dígame que, si se perfora el cartílago, éste se atrofia de inmediato.

—Mmmm —dijo el taxista. Le tocó la bocina a un camión lleno de hortalizas.

—«Imagínate lo que sería», le puede decir, «tener que llevar el mismo peinado para siempre. Siempre tapándote las orejas atrofiadas».

—¿Piensa usted que me creería?

—¿Por qué no? —preguntó Macon. Y, después de una pausa, añadió—: De hecho, podría ser cierto. ¿No será que lo he leído en alguna parte?

—Pues, vaya, a lo mejor es así —dijo el taxista—. Me suena a algo.

—Quizás hasta habré visto una fotografía —dijo Macon—. Las orejas marchitas de alguien, completamente encogidas.

—Sí, como arrugadas —asintió el taxista.

—Como dos albaricoques secos.

—¡Joder! Se lo diré.

El taxi se detuvo frente al hotel de Macon. Éste pagó el importe y, al apearse, dijo:

—Espero que dé resultado.

—Sí —dijo el taxista—, hasta la próxima vez. Hasta que quiera ponerse un aro en la nariz o algo así.

—¡La nariz también es de cartílago, acuérdesse! ¡Las narices también pueden atrofiarse!

El taxista saludó con la mano y se metió de nuevo entre el tráfico.

Después de ocupar su habitación, Macon cogió el metro para dirigirse al Hotel Buford. Un viajante de electrónica le había escrito recomendándolo; el Buford alquilaba pequeños apartamentos a los hombres de negocios, por días o por semanas. El gerente, un tal Aggers, resultó ser un hombre bajo y orondo que andaba con una cojera idéntica a la de Macon. Éste pensó que debían formar una extraña estampa, cruzando juntos el vestíbulo en dirección a los ascensores.

—La mayoría de los apartamentos son propiedad de diversas empresas —dijo el señor Aggers, mientras apretaba el botón de «subir»—. A las empresas cuyos empleados vienen a menudo a la ciudad les sale más barato comprar el apartamento. Luego, en las semanas en que están desocupados, me encargan la tarea de encontrar otros inquilinos, y eso contribuye a rebajar el coste.

Macon tomó nota en el margen de su guía. Con una letra diminuta, anotó también la decoración del vestíbulo, que le recordaba la de algún anticuado club sólo para hombres. Encima de la maciza mesa con patas en forma de garra de león colocada entre los dos ascensores, había una estatua de bronce de un metro de alto, que representaba a una dama desnuda en pie sobre unas nubes de bronce y arrastrando unos ropajes del mismo metal, que sostenía en alto una bombilla pequeña y polvorienta de la que colgaba un raído cordón. El ascensor, cuando llegó, tenía una alfombra floreada de perfiles indistintos y paneles de madera en las paredes.

—¿Puedo preguntarle —dijo el señor Aggers— si es usted mismo el que escribe la serie del Turista Accidental?

—Sí, yo mismo —le dijo Macon.

—¡Vaya! Entonces es un verdadero honor. Tenemos sus libros en el vestíbulo, para uso de los huéspedes. Pero, no sé, me lo imaginaba a usted algo distinto.

—¿Sí? ¿Con qué aspecto? —preguntó Macon.

—Bueno, quizá no tan alto. Quizá un poco más grueso. Más... corpulento.

—Comprendo —dijo Macon.

El ascensor se había detenido ya, pero se abrió con mucha parsimonia. Entonces el señor Aggers precedió a Macon por un pasillo. Una mujer con un carrito de ropa blanca se apartó para dejarles pasar. «Aquí es», dijo el señor Aggers. Abrió una puerta y encendió la luz.

Macon entró en un apartamento que le transportó a los años cincuenta. Había un sofá de líneas cuadradas cuyo tapizado tenía hilos metálicos, unas sillas y una mesa para comer con aplicaciones cromadas y, en el dormitorio, una cama de matrimonio con la cabecera acolchada de plástico color crema. Macon probó el colchón. Se quitó los zapatos, se echó en la cama y se quedó pensativo. El señor Aggers, de pie al lado de la cama, esperó con los dedos entrelazados.

«Hmmm», dijo Macon. Se sentó y volvió a ponerse los zapatos. Después entró en el cuarto de baño, donde el inodoro llevaba una faja blanca que rezaba DESINFECTADO. «Esto nunca lo he entendido», dijo. «¿Por qué me tranquiliza saber que han pegado una tira de papel en el asiento del wáter?». El señor Aggers hizo un gesto de perplejidad con ambas manos. Macon apartó la cortina estampada con peces azules y rosas y examinó la bañera. Aunque había una raya de herrumbre que bajaba desde el grifo, se veía limpia.

En la pequeña cocina encontró un cazo, dos platos de plástico descolorido con sus correspondientes tazas, y todo un estante lleno de vasos altos. «Normalmente nuestros huéspedes apenas cocinan», le explicó el señor Aggers, «pero suelen invitar a los colegas a beber algo». Macon asintió con la cabeza. Se encontraba aquí con un problema que le era familiar: la estrecha línea divisoria que hay entre lo confortable y lo raído. De hecho, a veces ambos términos se identificaban.

Abrió una nevera pequeña que había bajo el mostrador. Las bandejas de cubitos del congelador eran exactamente del mismo tipo —de plástico celeste, muy rayado— que las que tenía Rose en Baltimore.

—Tiene que reconocer que está bien surtida —dijo el señor Aggers—. ¿Ve usted? En este cajón hay un delantal. Fue idea de mi mujer. Para que no se ensucien el traje.

—Sí, está muy bien —dijo Macon.

—Es igual que la propia casa cuando no se está en la propia casa. Así es como yo lo veo.

—Bueno, la propia casa... —dijo Macon—. Ningún sitio es como tu casa, en realidad.

—¿Por qué? ¿Qué falta? —preguntó el señor Aggers. Tenía una tez muy pálida y fina que le brillaba un poco cuando estaba preocupado—. ¿Qué más le gustaría que añadiéramos?

—A decir verdad, siempre he pensado que un hotel tendría que poder proporcionar animales domésticos.

—¿Animales?

—Sí, un gato que duerma encima de la cama por las noches, o un perro que se alegre cuando entras en la habitación. ¿No se ha fijado nunca en lo mortecinas que son las habitaciones de hotel?

—Sí, pero... bueno, no sé cómo se podría... Seguro que habrá una normativa sanitaria... trámites, complicaciones, tener que alimentar a distintas clases de... y la alergias, claro, muchos clientes tienen...

—Sí, lo entiendo, lo entiendo —dijo Macon, mientras apuntaba en el margen de su guía el número de papeleras: cuatro. Excelente—. No, me parece que esta idea mía no entusiasmará nunca a nadie.

—¿Nos recomendará de todos modos?

—Desde luego —dijo Macon y, cerrando su guía, pidió la lista de precios.

* * *

Pasó el resto de la tarde en hoteles que ya conocía de ocasiones anteriores. Visitó a los gerentes en sus despachos, hizo breves recorridos guiados para verificar que nada se hubiese deteriorado en demasía, y escuchó el relato sobre encarecimiento de los costes, planes de remodelación y salas para congresos nuevas y mejoradas. Después volvió a su habitación y se dispuso a ver las noticias de la tarde. El mundo iba mal; pero mirando este televisor extraño, con la pierna dolorida algo levantada y el cuerpo embutido en una silla que parecía diseñada para el cuerpo de otro, Macon tuvo la impresión de que las guerras y calamidades que veía no eran reales. Más bien parecían... puestas en escena. Apagó el televisor y bajó a buscar un taxi.

Siguiendo una sugerencia de Julian, iba a cenar en el último piso de un edificio altísimo. (Macon había observado que Julian tenía debilidad por los restaurantes «originales». No era feliz a menos que el local girase, o flotase, o fuese accesible sólo por una pasarela). «Imagínate», le había dicho Julian, «el efecto que le producirá al cliente de fuera de la ciudad». «Sí, tendría que ser de fuera de la ciudad», había replicado Macon con un bufido, «no creo que el que es de Nueva York...».

Ahora el taxista reaccionó también con un bufido.

—Una taza de café le costará cinco pavos en ese sitio —le dijo a Macon.

—Seguro.

—Le conviene más uno de esos restaurantes franceses pequeñitos.

—Eso toca mañana. Para los clientes que son de aquí.

El taxi se deslizaba a lo largo de calles cada vez más oscuras y silenciosas, más alejadas del gentío. Macon miró por la ventanilla. Vio a un hombre solo acurrucado en un portal, envuelto en un largo abrigo. De las tapas de registro salían jirones de vapor. Todos los comercios estaban cerrados con rejas de hierro.

Al final de la calle más oscura de todas, el taxi se detuvo. El taxista soltó otro bufido, y Macon pagó el importe y se apeó. Soplaba un viento que le cogió desprevenido, lanzándose sobre él como una gran sábana plana. Cruzó la acera deprisa —o fue empujado, más bien—, con los pantalones enroscándosele y agitándose alrededor de las piernas. Justo antes de entrar al edificio, se le ocurrió mirar hacia arriba. Miró más y más y más arriba, y al

final vio un tenue pináculo blanco que iba menguando hasta desaparecer en un cielo negro, hondo, sin estrellas, extrañamente lejano. Se acordó de una vez, hacía mucho tiempo, en que Ethan, visitando el zoo de muy pequeño, se había parado frente a un elefante y, al levantar atónito la cabeza, había caído de espaldas.

Dentro, todo era mármol rosa vetado y extensiones kilométricas de alfombrado liso. Un ascensor del tamaño de una habitación tenía abiertas las puertas, medio lleno de gente, y Macon entró y se colocó entre dos mujeres vestidas con sedas y diamantes. El perfume que llevaban era casi palpable. Macon imaginó que lo veía rizando el aire.

Tenga chicle a mano, escribió en la guía cuando el ascensor salió disparado hacia arriba. Se notó taponazos en los oídos. Había una quietud espesa, sin eco, que hacía que las voces femeninas pareciesen cascadas. Macon se metió la guía en el bolsillo y dirigió la mirada a los números que se encendían sobre sus cabezas. Avanzaban de diez en diez: cuarenta, cincuenta, sesenta... Uno de los hombres dijo que tendrían que traer a Harold alguna vez —¿os acordáis de lo que se asustó Harold en el telesquí?— y todos se rieron.

El ascensor dio un pequeño salto elástico y la puerta se abrió silenciosamente. Una chica con traje pantalón blanco los guió por un pasillo, hasta unas espaciosas tinieblas donde parpadeaban muchas velas. Del suelo al techo, grandes ventanales negros rodeaban la sala, pero Macon fue conducido a una mesa sin vista. Supuso que los clientes solitarios eran un estorbo en este sitio. A lo mejor él era el primero que tenían. El despliegue de cubiertos que había frente a él hubiese alcanzado para una familia de cuatro.

El camarero, mucho mejor vestido que Macon, le entregó la carta y le preguntó qué quería beber. «Un jerez seco, por favor», dijo Macon. El cuanto el camarero se hubo ido, Macon dobló la carta por la mitad y se sentó encima. Luego miró a su alrededor, a los otros comensales. Todo el mundo parecía estar celebrando algo. Un hombre y una mujer embarazada, cogidos de la mano, se sonreían a través del halo luminoso de una vela. Los componentes de un bullicioso grupo que había a su izquierda brindaban una y otra vez a la salud de uno de ellos.

El camarero regresó, trayendo un jerez en hábil equilibrio sobre una bandeja.

—Muy bien —dijo Macon—. Ahora veamos la carta.

—¿La carta? ¿No se la he dado?

—Habría sido un descuido —dijo Macon, sin mentir, en rigor.

Se le trajo otra carta, que fue abierta ante él con gesto florido. Macon tomó un sorbo del jerez y estudió los precios. Eran astronómicos. Decidió, como de costumbre, pedir lo que suponía que comerían sus lectores: las *quenelles* no, tampoco las lechecillas, sino un filete medio hecho. Después de hacer el pedido, se levantó, empujó la silla hacia adentro y, con su jerez en la mano, se acercó a una ventana.

De repente, creyó que se había muerto.

Vio la ciudad extendida abajo, a lo lejos, como un rutilante océano dorado, las calles cintas de luz diminutas, el planeta curvándose un poco en los bordes, el cielo una concavidad violeta prolongándose hasta lo infinito. No era la altura; era la distancia. Era la vasta distancia que lo aislaba y lo separaba de todos aquellos que le importaban.

Ethan, con sus andares elásticos —¿cómo sabría nunca que su padre se había quedado atrapado en este chapitel de los cielos? ¿Cómo lo sabría Sarah, bronceándose perezosamente al sol?—. Porque podía perfectamente creer que el sol brillaba allí donde ella estuviese en este momento; tan lejana la sentía. Pensó en su hermana y sus hermanos, ocupados en sus menesteres, jugando su partida nocturna, ignorantes de cuán atrás los había dejado. Se había alejado demasiado como para poder volver. Nunca, nunca regresaría. De alguna manera había viajado hasta un punto completamente apartado de todas las demás personas del universo, y nada era real excepto su propia mano angulosa apretando el vaso de jerez.

Dejo caer el vaso, produciendo un pequeño revuelo de voces sin sentido, se dio la vuelta y cruzó la sala corriendo sesgadamente hasta salir por la puerta. Pero quedaba aquel pasillo interminable y no se vio capaz de recorrerlo. En vez de intentarlo, dobló a la derecha. Pasó al lado de un nicho de teléfono y se encontró en unos lavabos; sí, lavabos de hombres, por suerte. Más mármol, espejos, esmalte blanco. Creyó que iba a vomitar, pero cuando entró en uno de los cubículos la náusea le subió del estómago a la cabeza. Se notaba el cerebro muy ligero. Se quedó delante del inodoro, apretándose las sienes. Se le ocurrió preguntarse qué cantidad de metros de cañería harían falta para instalar un inodoro a esta altitud.

Oyó entrar a alguien que tosía. La puerta de otro cubículo se cerró con un portazo. Abrió un poco la suya y miró por la rendija. La suntuosidad impersonal de la pieza le recordó las películas de ciencia ficción.

Bueno, este problema seguramente surgía a menudo en este lugar, ¿no? O quizá no este problema exactamente pero sí otros similares: personas con miedo a las alturas, por ejemplo, que eran presas del pánico y tenían que llamar a... ¿quién? ¿El camarero? ¿La chica que recibía a los del ascensor?

Se aventuró con cautela fuera del cubículo y luego de los lavabos, y casi chocó con una mujer que estaba en el nicho del teléfono. Vestía metros y metros de gasa de tonos pastel. En aquel momento estaba colgando el teléfono y, recogiendo las faldas con una mano, empezó a andar con lánguida elegancia hacia el comedor.

Perdone, señora, quizá sería usted tan amable de, emm... Pero la única petición que se le ocurrió se elevó desde su más tierna infancia: *¡Cógeme en brazos!*

Lo último que vio de la mujer, antes de desaparecer en la oscuridad del restaurante, fue su pequeño bolso de lentejuelas, pendiendo de una mano blanca.

Se acercó al teléfono y descolgó el receptor. Estaba frío al tacto; no había hablado mucho rato. Macon hurgó en sus bolsillos, encontró unas monedas y las metió en la ranura. Pero no había nadie con quien ponerse en contacto. No conocía a un alma en todo Nueva York. Decidió llamar a su casa, y por milagro recordó el número de su tarjeta de crédito. Le inquietaba que su familia no contestase el teléfono —se había convertido en un hábito para ellos—, pero Charles contestó. «Leary».

—¿Charles?

—¡Macon! —dijo Charles, con una animación desacostumbrada.

—Charles, estoy en lo alto de un rascacielos y me ha pasado una cosa... un poco tonta. Escucha: Tienes que sacarme de aquí.

—¡Sacarte a ti! ¿De qué estás hablando? ¡Tú tienes que sacarme a mí!

—¿Qué?

—Estoy encerrado en la despensa; tu perro me tiene acorralado.

—Ah. Bueno, lo siento, pero... Charles, es como una especie de enfermedad. No tengo ánimos para bajar en el ascensor y dudo mucho que pudiese bajar por las escaleras y...

—Macon, ¿oyes los ladridos? Es Edward. Te repito que Edward me tiene atrapado. Tienes que venir a casa ahora mismo.

—¡Pero estoy en Nueva York! ¡Estoy en lo alto de un rascacielos y no puedo bajar!

—Cada vez que abro la puerta viene hacia mí rugiendo. Entonces yo la cierro de un portazo y él se lanza contra ella. Debe haber arañado ya la mitad del espesor.

Macon se obligó a respirar hondo.

—Charles, ¿puedo hablar con Rose?

—Ha salido.

—Ah.

—¿Cómo crees que me he metido en esta situación? —preguntó Charles—. Julian vino para llevarla a cenar y...

—¿Julian?

—¿No se llama así?

—¿Julian, mi jefe?

—Sí, y a Edward le cogió uno de sus ataques; así que Rose dijo: «Rápido, mételo en la despensa». Así que agarré la correa, y él se volvió contra mí y por poco me arranca la mano. Así que me metí yo en la despensa y Rose entonces ya debía haber salido y...

—¿No está Porter?

—Hoy es el día que visita a los niños.

Macon imaginó el ambiente de seguridad de la despensa, con las mermeladas de Rose alineadas en orden alfabético y el teléfono negro, tan antiguo que el número de la esfera era aún el de la vieja central telefónica de Tuxedo. ¡Lo que daría por estar allí!

Ahora tenía un síntoma nuevo. Se notaba unas palpitaciones en el pecho que en nada se parecían al latido normal del corazón.

—Si no me sacas de esto llamaré a la policía para que vengan a matarlo —dijo Charles.

—¡No! ¡No hagas eso!

—No puedo quedarme aquí esperando que acabe de destrozar la puerta.

—No la destrozaré. Podrías abrir la puerta y pasar a su lado como si nada. Créeme, Charles. Por favor: estoy en lo alto de un rascacielos y...

—A lo mejor no sabes que soy propenso a la claustrofobia —dijo Charles.

Una posibilidad, pensó Macon, era decirles a los del restaurante que le había dado un infarto. Un infarto era tan respetable. Llamarían a una ambulancia y lo cogerían, sí, en brazos y lo transportarían: justo lo que necesitaba. O no tendría que ser transportado sino sólo tocado, un mero contacto humano sobre su brazo, una mano en su hombro, algo que lo conectase otra vez con el resto del mundo. Hacía tanto tiempo que no lo tocaba nadie.

—Les diré que hay una llave en el buzón, para que no tengan que derribar la puerta —dijo Charles.

—¿Qué? ¿A quiénes?

—A la policía, y les diré que... Macon, lo siento, pero tú sabías que tarde o temprano habría que deshacerse del perro.

—¡No lo hagas! —gritó Macon.

Un hombre que salía del lavabo miró en su dirección. Macon bajó la voz y dijo:

—Era de Ethan.

—¿Y eso significa que le está permitido degollarme?

—Escucha. No nos precipitemos. Pensemos las cosas con calma. A ver, voy a... Voy a telefonar a Sarah. Le pediré que vaya y que se haga cargo de Edward. ¿Me escuchas, Charles?

—Pero y si le ataca también a ella, ¿qué?

—No lo hará, créeme. No hagas nada hasta que ella llegue, ¿entiendes? No hagas nada con precipitación.

—Bueno... —dijo Charles, no muy convencido.

Macon colgó y se sacó la cartera del bolsillo. Buscó entre las tarjetas comerciales y los retazos de papel arrancados, algunos amarillentos ya, que guardaba en el compartimiento secreto. Cuando encontró el número de teléfono de Sarah, lo marcó con un dedo tembloroso y contuvo el aliento. *Sarah*, le diría, *estoy en lo más alto de un rascacielos* y...

No contestaron. Esa posibilidad no se le había ocurrido. Oyó sonar el teléfono de ella. ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué?

Al final colgó. Pasó revista con desespero a los otros números que llevaba en la cartera: dentista, farmacia, adiestr. animales...

¿Adiestr. animales? En un primer momento pensó en un personaje de circo, un hombre musculoso con pantalones ajustados de raso. Luego vio el nombre: Muriel Pritchett. La tarjeta estaba escrita a mano, incluso cortada a mano; había sido recortada, algo torcidamente, de un trozo de cartulina más grande.

La llamó. Ella contestó enseguida. «Di-ga», ásperamente, como una camarera hastiada.

—¿Muriel? Soy Macon Leary.

—¡Ah! ¿Qué tal estás?

—Bien. O, mejor dicho... Bueno, el problema es que Edward tiene

acorrado a mi hermano en la despensa, haciendo aspavientos. Charles, quiero decir, siempre reacciona con aspavientos, y yo estoy en lo alto de un rascacielos en Nueva York y me encuentro... indispueto, ¿sabes? Estaba mirando la ciudad a mis pies y la veía a kilómetros y kilómetros de distancia, no sé cómo describirte lo...

—A ver si lo entiendo bien —dijo Muriel—. Edward está en la despensa...

Macon procuró serenarse.

—Edward está *fuera* de la despensa, ladrando —dijo—. Mi hermano está dentro. Dice que va a llamar a la policía para pedirles que vaya a matar a Edward.

—Pues qué idea tan tonta.

—¡Sí! —dijo Macon—. Así que he pensado que si pudieras llegarte y coger la llave del buzón, está puesta en el fondo del buzón...

—Iré enseguida.

—Ah, estupendo.

—Entonces, adiós por ahora, Macon.

—Bueno, pero es que también...

Ella esperó.

—Verás, es que estoy en lo alto de un rascacielos, y no sé por qué habrá sido, pero el caso es que estoy muerto de miedo.

—Caray, yo también lo estaría después de ver *El coloso en llamas*.

—No, no, no es nada de eso, no tiene que ver con incendios ni con la altura...

—¿Has visto *El coloso en llamas*? Jo, después de verla, a mí no había quien me hiciese subir más allá del segundo piso de cualquier edificio. Creo que la gente que sube a los rascacielos es muy valiente. Si te paras a pensarlo,

Macon, por fuerza tienes que ser valiente para estar donde estás en este momento.

—Bueno, tampoco tan valiente... —dijo Macon.

—No, hablo en serio.

—Le das demasiada importancia. En el fondo, no es nada.

—Dices eso porque no te das cuenta de lo que pasaste antes de meterte en el ascensor. Para tus adentros, te dijiste: «Muy bien. Voy a fiarme». Es lo que hace todo el mundo; seguro que es lo que pasa también en los aviones. «Esto es más peligroso que la hostia, pero qué demonios», se dicen, «lancémonos a los aires: nos fiaremos». ¡Pero si tendrías que pasearte por ese edificio asombradísimo y muy orgulloso de ti mismo!

Macon emitió una risa breve y seca, y apretó el auricular con más fuerza.

—Mira, te diré lo que voy a hacer —continuó ella—. Voy a ir a buscar a Edward y lo llevaré al Miau-Guau. No parece que tu hermano sepa manejarlo muy bien. Entonces, cuando tú vuelvas de este viaje, podemos hablar sobre su adiestramiento. Las cosas no pueden seguir así, Macon.

—No, es verdad. Tienes razón, no pueden seguir así.

—Es que esto es absurdo.

—Tienes toda la razón.

—Hasta la vista, entonces. Adiós.

—Bueno, ¡espera! —dijo él.

Pero había colgado.

Colgó el auricular y, al volverse, vio caminar hacia él a las personas recién llegadas en el ascensor. Primero venían tres hombres, y luego tres mujeres vestidas de largo. Detrás venía una pareja que apenas habría salido de la adolescencia. Los huesos de la muñeca del chico le asomaban fuera de las mangas del traje. El vestido de la muchacha era conmovedoramente

desmañado, y su pequeña barbilla quedaba casi oculta tras una orquídea enorme.

A medio trayecto del pasillo, el chico y la chica se pararon para mirar a su alrededor. Miraron el techo y luego el suelo. Luego se miraron el uno al otro. El chico dijo: «¡Uuu!», y agarró las manos de la chica, y se estuvieron allí un momento, riendo, antes de entrar en el restaurante.

Macon los siguió. Se sentía calmado, cansado y muy hambriento. Fue agradable encontrar al camarero poniéndole el plato en la mesa en el momento de dejarse caer en su silla.

—Te seré franca —dijo Muriel—, al niño no lo fuimos a buscar precisamente. Quiero decir que ni siquiera estábamos casados todavía, si quieres que te diga la verdad. Si quieres que te diga la verdad, el niño fue el motivo por el que nos casamos, pero sí que le dije a Norman que no tenía que hacerlo si no quería. No es que yo le empujase a ello, ni nada de eso.

Miró más allá de Macon, donde Edward estaba echado en la alfombra del recibidor. Habían tenido que forzarlo a echarse, pero al menos se había quedado en esa posición.

—Fíjate que le dejo moverse un poco, siempre y cuando siga echado —dijo—. Ahora voy a volverle la espalda, y tú miras lo que hace.

Entró paseando en la sala de estar. Levantó un jarrón de una mesa y examinó su superficie inferior.

—Así que nada —continuó—, nos decidimos y nos casamos, y todo el mundo haciendo como si fuera la peor tragedia del mundo. Mi familia nunca lo superó del todo. Mi madre dijo: «Siempre supe que iba a pasar esto. En los tiempos en que salías con Dana Scully y los demás, que siempre había uno u otro de aquellos inútiles esperándote en la puerta, ¿no te dije que iba a pasar esto?». Se hizo una boda modestita en la iglesia de mis padres y no hicimos viaje de luna de miel, nos fuimos directo al apartamento y al día siguiente Norman empezó a trabajar en la empresa de su tío.

Se instaló de golpe en la vida matrimonial; me acompañaba al mercado, y elegíamos las cortinas y cosas así. A veces me pongo a pensar en lo críos que éramos. ¡Era casi como jugar a papás y a mamás! Las velas que yo encendía para la cena, flores en la mesa, Norman llamándome «cariño» y trayéndome su plato al fregadero. Y luego, de repente, todo se volvió serio. Ahora resulta que tengo un niño, un chico grande de siete años, con sus zapatones de suela gorda, y resulta que no estábamos jugando, después de todo. Era de verdad, sólo que nosotros no lo sabíamos.

Se sentó en el sofá y levantó un pie frente a ella. Lo hizo girar a un lado

y a otro, como admirándolo. La media le borseaba en el tobillo.

—¿Qué hace Edward? —preguntó.

—Aún está echado.

—Pronto será capaz de quedarse así durante tres horas seguidas.

—¿Tres *horas*?

—Como si nada.

—¿No es eso un poco cruel?

—Me parece que prometiste no hablar así —dijo ella.

—Sí. Perdona.

—A lo mejor mañana se echa él solo.

—¿Tú crees?

—Si practicas. Si no te rindes. Si no te pones todo tierno con él.

Entonces se levantó y, acercándose a Macon, le dio una palmada en el brazo.

—Pero no te preocupes —le dijo—. A mí los hombres tiernos me gustan.

Macon dio un paso atrás. Por un pelo no pisó a Edward.

* * *

Se acercaba el Día de Acción de Gracias, y los Leary, como de costumbre, estaban planeando la comida de ese día. El hecho era que el pavo no gustaba mucho a ninguno de ellos. A pesar de todo, dijo Rose, no parecía adecuado poner ninguna otra cosa. Resultaría muy raro. Sus hermanos le indicaron que tendría que levantarse a las cinco de la mañana para meter el pavo en el horno. Pero lo haría ella, contestó Rose. Ellos no tendrían que

molestarse para nada.

Luego empezó a traslucirse que había tenido un motivo oculto, pues en cuanto se decidieron por el pavo, anunció que a lo mejor ese día invitaba a Julian Edge. El pobre Julian, dijo, no tenía parientes próximos que viviesen cerca, y él y sus vecinos se reunían melancólicamente en las fiestas señaladas, llevando cada uno su especialidad.

La comida de Acción de Gracias del año anterior había consistido en un guiso de verduras y fideos, queso de cabra sobre hojas de vid, y tartas de kiwi. Lo menos que podía hacer era ofrecerle una comida familiar normal.

«¿Qué?», dijo Macon, fingiendo sorpresa y desagrado, pero por desgracia la sorpresa no era tanta. Sí, Julian estaba tramando algo, eso era claro. ¿Pero qué podía ser? Siempre que Rose bajaba las escaleras con su mejor vestido y un poco de colorete en las mejillas, siempre que le pedía a Macon que encerrase a Edward en la despensa porque Julian pasaría a recogerla para llevarla a tal o cual sitio —bueno, Macon sentía unos impulsos fortísimos de dejar que Edward se escapase accidentalmente.

Salía siempre a recibir a Julian en la puerta, y lo miraba silenciosamente unos momentos antes de llamar a Rose. Pero Julian se comportaba; ningún destello de ironía lo traicionaba. Era respetuoso con Rose, casi tímido, y la atendía torpemente al cederle el paso en la puerta al salir. ¿O era ésa la ironía? Su número de Rose Leary. A Macon todo esto no le gustaba nada.

Luego resultó que los niños de Porter también iban a venir el día de Acción de Gracias. Normalmente venían en Navidad, pero este año querían cambiar esta fiesta por la otra, a causa de alguna complicación con sus abuelos por parte de su padrastro. Así que, en definitiva, dijo Rose, qué bien haberse decidido por el pavo, ¿verdad? A los niños les gusta tanto lo tradicional.

Se puso a trabajar haciendo pasteles de calabaza. «Estamos reunidos», cantaba, «para pedir la bendición del Señor...». Macon levantó la vista del fajo de cartas robadas que estaba esparciendo encima de la mesa de la cocina. Había en la voz de su hermana una nota de alegría que le inquietaba. Se preguntó si se habría hecho un concepto erróneo de Julian —si, por ejemplo, se hacía ilusiones sobre alguna relación sentimental. Pero Rose era tan llana y tan sensata con su largo delantal blanco. Le recordaba a Emily Dickinson: ¿no había hecho también pasteles Emily Dickinson para sus sobrinos? De seguro que no había por qué preocuparse.

* * *

—Mi hijo se llama Alexander —dijo Muriel—. ¿Te lo había dicho? Le puse este nombre porque me pareció que sonaba de clase alta. No fue un bebé fácil. Para empezar, algo fue mal durante el embarazo, tuvieron que hacerme una cesárea y sacarlo pronto, y después tuve una serie de complicaciones y nunca más podré tener hijos. Y luego Alexander era tan diminuto que ni siquiera parecía humano, más bien era como un gatito recién nacido de cabeza grande, y tuvo que estar siglos en la incubadora, y por poco se muere. Norman decía: «¿Cuándo va a parecerse a los demás niños?». Yo me adapté mejor; quiero decir que al cabo de poco ya me parecía que ése era el aspecto normal de un bebé, e iba mucho por la sección de lactantes del hospital, pero Norman no se acercaba por allí, decía que se ponía muy nervioso.

Edward gimió. Estaba casi echado del todo, con las ancas tensas y las uñas clavadas en la alfombra. Pero Muriel no dio ninguna señal de haberlo oído.

—A lo mejor tú y Alexander podríais reuniros un día —le dijo a Macon.

—Oh, yo, ah... —dijo Macon.

—Apenas se relaciona con hombres.

—Bueno, pero...

—Se supone que ha de ver hombres a menudo. Por lo visto, así aprenden los niños cómo han de actuar. Quizá podríamos ir los tres al cine. ¿No vas nunca al cine?

—No, no voy —contestó Macon verazmente—. No he ido al cine desde hace meses. La verdad es que no me gusta mucho. Tengo la impresión de que todo se me acerca demasiado.

—O simplemente ir a un McDonald's, quizá.

—No lo creo —dijo Macon.

* * *

Los hijos de Porter llegaron la víspera del Día de Acción de Gracias, en coche, porque Danny, el mayor, acababa de sacarse el carnet de conducir. Porter estaba muy preocupado. Se puso a pasear de un lado a otro desde el primer momento en que podían estar al llegar.

—No sé cómo razona June —dijo—. ¡Dejar que un chico de dieciséis años venga conduciendo desde Washington hasta aquí, cuando no hace ni una semana que le han dado el carnet! ¡Y con sus dos hermanas pequeñas en el coche! No sé dónde tiene la cabeza.

Para empeorar la cosa, los chicos llegaron con casi una hora de retraso. Cuando por fin Porter vio las luces de los faros, se precipitó fuera de la casa, muy por delante de los demás.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —exclamó.

Danny se apeó del coche con exagerada indiferencia, bostezando y desperezándose, y estrechó la mano de Porter así como de paso, mientras se volvía para examinar los neumáticos. Ahora ya era tan alto como Porter pero muy delgado, y moreno de pelo y de tez como su madre. Detrás de él venía Susan, de catorce años, sólo unos meses mayor de lo que hubiera sido Ethan. Afortunadamente, era muy distinta a Ethan, con su aureola de rizos negros y sus mejillas sonrosadas. Ésta tarde llevaba tejanos y botas de excursionista, y una de esas abultadas chaquetas acolchadas que daban a la gente joven un aspecto tan voluminoso y desgarrado.

Por último venía Liberty. Qué nombre, pensaba siempre Macon. Había sido un invento de su madre, una mujer algo frívola que había dejado a Porter, escapándose con un hippie vendedor de equipos estereofónicos hacía ocho años y medio, para descubrir inmediatamente después que estaba embarazada de dos meses. Irónicamente, Liberty era la que más se parecía a Porter. Tenía un cabello rubio y lacio y un rostro cincelado, y llevaba un abrigo de corte sastre.

—Danny se ha perdido —dijo con severidad—. Qué tonto.

Le dio un beso a Porter, y a su tía y tíos, pero Susan pasó al lado de ellos de una manera que quería indicar muy a las claras que ya era demasiado mayor para esas cosas.

—¡Ah, qué agradable es esto! —dijo Rose—. ¿A que vamos a pasar un día de Acción de Gracias estupendo?

Estaba en la acera, envolviéndose las manos con el delantal, quizá para guardarse de extender los brazos hacia Danny, que se dirigía con aire gacho hacia la casa. Estaba anocheciendo, y Macon, al mirar un momento a su alrededor, vio a los mayores como pálidas y grises figuras fantasmales: cuatro tíos solteros de mediana edad, anhelantes por ver a los jóvenes de la familia.

Para cenar, y con la idea de complacer a los chicos, tomaron pizza comprada en un comercio, pero Macon notaba todo el rato olor a pavo. Al principio pensó que se lo imaginaba. Luego vio a Danny olisqueando el aire.

—¿Pavo? ¿Tan pronto? —le preguntó Danny a su tía.

—Estoy probando un método nuevo —dijo ella—. Por lo visto se ahorra energía. Pones el horno a una temperatura muy baja y dejas que la carne se vaya cocinando toda la noche.

—Curioso.

Después de cenar miraron la tele —a los niños nunca había acabado de gustarles jugar a las cartas— y luego se acostaron. Pero en plena noche, Macon se despertó con un sobresalto y se puso a pensar seriamente en el pavo. ¿Iba a seguir en el horno hasta mañana? ¿A una temperatura muy baja? ¿A qué temperatura, exactamente?

Ahora que tenía la pierna sana, dormía en su antiguo cuarto. Al final, se quitó a la gata de encima del pecho y se levantó. Bajó las escaleras a oscuras, cruzó el frío linóleo de la cocina y encendió la luz que había encima de la cocina eléctrica. El dial del horno marcaba sesenta grados. «Muerte segura», le dijo Macon a Edward, que lo había seguido hasta allí. Entonces entró Charles con un pijama grande y suelto. Le echó una ojeada al dial y suspiró.

—Y no sólo eso —dijo—, porque es un pavo *relleno*.

—Perfecto.

—Tres cuartos de kilo de relleno. Se lo oí decir a Rose.

—Tres cuartos de kilo de bacterias pululantes.

—A menos que este método encierre algún secreto del que no sabemos nada.

—Se lo preguntaremos por la mañana —dijo Macon, y volvieron a acostarse.

Cuando Macon bajó por la mañana, Rose estaba sirviéndoles tortitas a los niños.

—Rose —le dijo—, ¿qué es exactamente lo que estás haciendo con el pavo?

—Ya te lo dije: calor lento —dijo Rose—. Danny, ¿mermelada o miel?

—¿Y ya está? —preguntó Macon.

—Te gotea la miel —le dijo Rose a Liberty—. ¿Qué dices, Macon? Verás, es que leí un artículo sobre la cocción lenta de la carne de ternera y pensé que si resultaba con la ternera también tenía que resultar con el pavo, así que...

—Quizá resulte con la ternera, pero lo que es con el pavo nos va a llevar a la tumba —le dijo Macon.

—¡Pero al final voy a subir la temperatura!

—Tendrías que subirla descomunalmente; tendrías que meterlo en un horno refractario.

—¡Tendrías que exponerlo a un rayo nuclear! —dijo Danny alegremente.

—Bueno, pues os equivocáis los dos —dijo Rose—. Además, ¿quién es aquí la cocinera? Yo digo que estará riquísimo.

Quizá lo estaba, pero desde luego no lo parecía. Para cuando llegó la hora de la cena, la pechuga se había hundido y la piel estaba reseca y mate. Rose entró en el comedor llevando la fuente del pavo en alto, como en triunfo, pero los únicos que quedaron impresionados fueron los que no conocían su historia: Julian y la señora Barrett, una de las ancianas de Rose. Julian exclamó: «¡Ah!», y la señora Barrett sonrió encantada. «Cómo me gustaría

que mis vecinos viesan esto», dijo Julian. Llevaba un blazer azul marino con botones dorados, y parecía que se hubiese sacado brillo a la cara.

—Bueno, quizá nos encontremos ante un pequeño problema —dijo Macon.

Rose depositó el pavo en la mesa y le lanzó una mirada feroz.

—Desde luego, el resto de la comida es excelente —continuó él—. ¡Podríamos hartarnos sólo con las legumbres que hay! Creo que eso es lo que yo haré. Pero el pavo...

—Es puro veneno —dijo Danny, completando la frase.

Julian dijo: «¿Cómo, cómo?», pero la señora Barrett se limitó a sonreír sin más.

—Nos parece que ha sido asado a una temperatura que no era, quizá, la más adecuada —explicó Macon.

—¡No es así! —dijo Rose—. Está muy bueno.

—Quizá prefiera usted ceñirse al acompañamiento —le dijo Macon a la señora Barrett. Tenía miedo de que estuviese sorda. Pero debía de haber oído porque, sin perder su sonrisa, dijo:

—Pues quizá sí lo haga. De todas formas, no tengo mucho apetito.

—Y yo soy vegetariana —dijo Susan.

—Yo también —dijo Danny de repente.

—¡Oh, Macon! ¿Cómo has podido hacerme ésto? —exclamó Rose—. ¡Un pavo tan hermoso! ¡Y todo ese trabajo!

—Yo creo que tiene un aspecto estupendo —dijo Julian.

—Sí —le dijo Porter—, pero tú no sabes nada de las otras veces.

—¿Las otras veces?

—Fueron simplemente mala suerte —dijo Rose.

—¡Claro! —dijo Porter—. O por economizar. No te gusta tirar comida, y eso lo entiendo. Un poco de cerdo que ha sobrado desde hace días, o una ensalada de pollo que ha estado fuera de la nevera toda la noche...

Rose se sentó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ah —dijo—, ¡qué antipáticos sois! No me engañáis ni por un momento; ya sé por qué hacéis esto. Queréis hacerme quedar mal delante de Julian.

—¿Julian?

Julian parecía compungido. Se sacó un pañuelo del bolsillo pero luego siguió sosteniéndolo en la mano.

—¡Queréis ahuyentarlo! Vosotros tres habéis desperdiciado vuestras oportunidades y ahora queréis que yo desperdicie las mías, pero no lo haré. ¡No estoy ciega! Escuchad cualquier canción de la radio; mirad cualquier serial de la tele. ¿De qué tratan sino del amor? En los seriales todo gira en torno a eso. Alguien llega a la ciudad y en seguida la cuestión es, ¿de quién se va a enamorar? ¿Quién le corresponderá? ¿Quién se volverá loca de celos? ¿Quién va a destrozarse la vida? ¡Y vosotros queréis que yo me lo pierda!

—Bueno, a ver... —dijo Macon, intentando desembrollar lo anterior.

—Sabéis perfectamente que a este pavo no le pasa nada. Lo que pasa es que no queréis que deje de cocinar y de cuidar la casa para vosotros, no queréis que Julian se enamore de mí.

—¿Que qué?

Pero ella empujó su silla hacia atrás y salió corriendo del comedor, Julian se quedó sentado, con la boca abierta.

—No te atrevas a reírte —le dijo Macon.

Julian continuó boquiabierto.

—Ni se te ocurra siquiera.

Julian tragó saliva.

—¿Crees que debería ir tras ella? —dijo.

—No —dijo Macon.

—Pero parece tan...

—¡Está bien! Está perfectamente.

—Ah.

—Bueno, ¿quién quiere una patata asada?

Se produjo una especie de murmullo alrededor de la mesa. Todos parecían afligidos.

—Pobre muchacha —dijo la señora Barrett—. Me siento muy mal.

—Yo también —dijo Susan.

—¿Julian? —preguntó Macon, haciendo sonar la cuchara de servir—. ¿Una patata?

—Tomaré pavo —dijo Julian con firmeza.

En aquel momento, Macon casi sintió aprecio por él.

* * *

—Fue el tener el niño lo que hizo fracasar nuestro matrimonio —dijo Muriel—. Bien pensado, tiene gracia. Primero nos casamos a causa del niño y luego nos divorciamos a causa del niño, y entre medio, el niño era el tema de nuestras discusiones. Norman no podía entender por qué estaba siempre en la clínica visitando a Alexander. «Si no sabe que estás allí, ¿para qué ir?», decía. Yo iba por la mañana temprano y estaba por allí, las enfermeras eran muy amables, y me quedaba hasta la noche. Norman decía: «Muriel, ¿no volveremos a tener nunca una vida normal?». Bueno, su punto de vista es comprensible, supongo. Era como si yo no pudiese pensar más que en Alexander. Y estuvo en la clínica meses y meses; tenía todos los males habidos y por haber. Tendrías que haber visto las facturas médicas. Teníamos

solamente un seguro parcial y las facturas se iban acumulando, de miles y miles de dólares. Al final cogí un empleo en la clínica. Pregunté si podía trabajar en la sección de lactantes pero me dijeron que no, así que cogí un empleo más como de criada, de limpiar las habitaciones de los pacientes y tal. Vaciaba los cubos de basura, pasaba la fregona por los suelos...

Ella y Macon iban andando por la calle Dempsey con Edward, a la expectativa de encontrarse a algún ciclista. Muriel sostenía la correa. Si pasaba un ciclista, dijo, y Edward arremetía contra él o daba el más mínimo ladrido, le daría tal tirón con la correa que lo dejaría patidifuso. Se lo había advertido a Macon antes de emprender el paseo. Le había dicho que era mejor que no se opusiese, porque era todo por el bien de Edward. Macon esperaba poder tenerlo presente cuando llegase el momento.

Era el viernes después del Día de Acción de Gracias y un rato antes había nevado un poco, pero el aire todavía no punzaba de verdad y las aceras estaban húmedas nada más. El cielo parecía empezar a medio metro de sus cabezas.

—Había una enferma, la señora Brimm, que me cogió cariño —dijo Muriel—. Decía que yo era la única persona que se tomaba la molestia de hablar con ella. Yo entraba y le contaba cosas de Alexander. Le explicaba lo que decían los médicos, cómo no le daban muchas posibilidades de salir adelante y cómo algunos hasta se preguntaban si *queríamos* realmente que saliese adelante, con todo lo que tenía. Le hablaba de mí y de Norman y de cómo se comportaba él últimamente, y ella decía que aquello era exactamente igual que las historias de las revistas. Cuando la dejaron irse a casa quería que yo fuese con ella, me ofreció el trabajo de cuidarla y acompañarla, pero no pude a causa de Alexander.

Al final de la calle apareció una bicicleta, que montaba una niña con el uniforme de un centro de enseñanza asomando bajo la chaqueta. Edward aguzó las orejas.

—Ahora actúa como si no nos preocupase nada —le dijo Muriel a Macon—. Sigue andando, sigue andando y no mires siquiera en dirección a Edward.

La muchachita se iba acercando; era menuda, con una carita pequeña y seria. Al pasar junto a ellos, despidió un penetrante olor a helado de chocolate. Edward olfateó la brisa pero siguió marchando.

—¡Oh, Edward, qué bien lo has hecho! —le dijo Macon.

Muriel se limitó a chasquear la lengua. Parecía dar por sentado su buen comportamiento.

—Bueno, total —dijo—, que al final sí que dejaron venir a casa a Alexander. Pero todavía era pequeñísimo. Todo arrugas, como un viejecito. Lloraba que parecía un gato. Tenía que luchar cada vez que cogía aire. Y Norman no ayudaba precisamente. Creo que estaba celoso. Ponía una cara como terca cada vez que yo tenía que hacer algo, ir a calentar un biberón o lo que fuese. Decía: «¿Adónde vas? ¿No quieres ver el final del programa?». Yo a lo mejor estaba inclinada sobre la cuna, mirando cómo Alexander luchaba para respirar, y Norman llamaba: «¡Muriel! ¡Los anuncios están a punto de acabarse!». Y luego, cuando menos lo esperaba, su madre aparece en la puerta diciendo que en cualquier caso el niño no era de Norman.

—¿Qué? ¡Será posible! —dijo Macon.

—Es increíble, ¿verdad? Parada allí en el umbral de mi casa con aire muy satisfecho. «¡Que no es de Norman!», dije yo. «¿De quién, entonces?». «Eso yo no lo sé», dijo, «y dudo que lo sepas tú misma. Pero te diré una cosa: si no le concedes el divorcio a mi hijo y renuncias a todo derecho económico, me ocuparé de que Dana Scully y sus amigos comparezcan ante un tribunal, y jurarán que todo el mundo sabe que eres una fulana y que ese niño podía ser de cualquiera de ellos. Está claro que de Norman no es; Norman fue un bebé encantador». Bueno. Esperé a que Norman volviese del trabajo y le dije: «¿Sabes lo que me ha dicho tu madre?». Entonces le vi en la cara que sí lo sabía. Vi que ella le debía haber hablado a mis espaldas, infundiéndole sospechas sin yo saberlo, durante quién sabe cuánto tiempo. Le dije: «¡Norman!», y él tartamudeó no sé qué. Le dije: «¡Norman, está mintiendo, no es verdad, yo no iba con aquellos chicos cuando te conocía! ¡Aquello pasó hace siglos!». Y él dijo: «No sé qué pensar». Le dije: «¡Por favor!». Y él: «No lo sé». Se fue a la cocina y se puso a arreglar la rejilla de una ventana que estaba medio salida del marco, aunque la cena ya estaba en la mesa. Le había preparado una cena especial. Fui detrás de él y le dije: «Norman. Dana y los otros son de hace mucho, mucho tiempo. El niño no puede ser de ellos». Empujó hacia arriba un lado de la rejilla y no entraba, empujó hacia arriba el otro lado y se cortó la mano, y de repente se puso a llorar, arrancó la rejilla entera de la ventana y la tiró tan lejos como pudo. Y al día siguiente vino su madre a ayudarle a hacer las maletas y me dejó.

—Cielos —dijo Macon. Estaba escandalizado, como si hubiese conocido personalmente a Norman.

—Así que pensé en las posibilidades que tenía. Sabía que no podía volver con mis padres. Al final llamé por teléfono a la señora Brimm y le pregunté si aún quería que fuese a cuidarla, y me dijo que sí, que la mujer que tenía no servía para nada. Así que le dije que iría a cambio del alojamiento y la comida siempre que pudiese llevar conmigo al niño y dijo que sí, que estaba de acuerdo. Tenía una casa pequeña, adosada a otras iguales, en el centro, y había un dormitorio donde podíamos dormir Alexander y yo. Y así es como conseguí mantenernos a flote.

Estaban ya a varias manzanas de la casa, pero Muriel no sugirió que diesen media vuelta. Sostenía la correa holgadamente y Edward se contoneaba a su lado, acompasando su paso al de ella.

—Tuve suerte, ¿verdad? —dijo—. De no ser por la señora Brimm no sé lo que hubiera hecho. Y tampoco había tanto trabajo. Sólo se trataba de tener la casa arreglada, prepararle cualquier cosa de comer, ayudarla a ir de acá para allá. Estaba toda doblada por la artritis, ¡pero no perdía los ánimos! No era como tener que cuidar a una inválida.

Aminoró el paso y luego se paró. Edward, exhalando un suspiro de mártir, se sentó al lado de su tacón izquierdo.

—Cuando te paras a pensarlo, es gracioso —dijo ella—. Todo aquel tiempo que Alexander estuvo en la clínica parecía horrible, parecía que no iba a terminarse nunca, pero ahora, cuando lo recuerdo, casi lo hecho de menos. Tenía algo de acogedor, ahora lo veo. Pienso en las enfermeras, cotilleando en el cuarto de las enfermeras y en las hileras de niños pequeños durmiendo. Era invierno y a veces me ponía a mirar por una ventana y me alegraba de estar segura y caliente. Veía la entrada de urgencias, un poco más abajo, y miraba llegar las ambulancias. ¿Te has preguntado alguna vez qué pensaría un marciano si aterrizase cerca de una sala de urgencias? Vería llegar una ambulancia a toda velocidad y que todo el mundo salía corriendo a recibirla, abrían frenéticamente las puertas, agarraban entre todos la camilla y se la llevaban adentro a toda prisa. «Vaya», diría, «qué planeta tan servicial, qué criaturas tan amables y bondadosas». No se imaginaría que no siempre somos así; que tenemos que, bueno, dejar de lado nuestra forma de ser habitual para hacerlo. «Qué raza de seres tan bondadosos», diría un marciano. ¿No estás de

acuerdo?

Entonces levantó la cabeza para mirar a Macon. Este notó un súbito pellizco en el pecho. Sintió la necesidad de hacer algo, de establecer algún tipo de conexión, y cuando ella levantó la cara, se inclinó y le besó los labios cortados y ásperos, aunque no era esa la conexión que hubiese querido establecer. El puño de ella, cerrado alrededor de la correa, quedó aprisionado entre ellos dos como una piedra. Había algo de insistente en ella... como una presión. Macon se retiró.

—Bueno... —dijo.

Ella continuó mirándolo.

—Perdona —dijo Macon.

Entonces dieron la vuelta y llevaron a Edward de regreso a casa.

* * *

Danny se pasó los días de fiesta practicando el aparcamiento en paralelo, conduciendo infatigablemente hacia adelante y hacia atrás el coche de su madre delante de la casa. Y Liberty hizo galletas con Rose. Pero Susan no tenía nada que hacer, dijo Rose, y como Macon pensaba ir a Filadelfia, ¿por qué no llevarla con él?

—Sólo veré hoteles y restaurantes —dijo Macon—. Y lo quiero hacer todo en un día. Madrugaré mucho y volveré tarde por la noche.

—Te hará compañía —le dijo Rose.

Sin embargo, Susan se quedó dormida en el tren cuando apenas habían salido de Baltimore, y durmió durante todo el trayecto, hundida en su anorak como un pajarito esponjado que duerme en una rama. Macon, sentado a su lado, hojeaba una revista de rock que había encontrado enrollada en uno de los bolsillos de su sobrina. Vio que los Police tenían conflictos de personalidad, que David Bowie estaba preocupado por la enfermedad mental, que a Billy Idol le habían desgarrado la camisa negra del cuerpo. Evidentemente, esta gente llevaba unas vidas muy difíciles; no tenía idea de quiénes eran. Volvió a

enrollar la revista y la devolvió al bolsillo de Susan.

Si Ethan estuviese vivo, ¿estaría sentado donde Susan? Por lo general no había acompañado a Macon en sus desplazamientos. Los viajes al extranjero eran demasiado caros, los nacionales demasiado aburridos. Una vez había ido con Macon a Nueva York, y le habían dado unos dolores de estómago que parecían una apendicitis. Macon aún recordaba el desespero con el que había buscado un médico, los espasmos solidarios de su propio estómago, y el alivio cuando les dijeron que no eran más que demasiados desayunos. Después de eso, no había vuelto a llevar consigo a Ethan.

Sólo a la playa de Bethany cada verano, pero aquello no era tanto un viaje como un traslado temporal de la base hogareña. Allí Sarah tomaba el sol, Ethan se juntaba con otros niños de Baltimore, también de veraneo, y Macon ajustaba, feliz, todos los pomos de las puertas de su torre alquilada o destrababa las ventanas o —un año delicioso— resolvía un complicado problema que había descubierto en las cañerías.

En Filadelfia, Susan se despertó de mal humor y bajó aturdida del tren delante de él. Se puso a criticar la estación de ferrocarril.

—Es demasiado grande —dijo—. Los altavoces resuenan tanto que no se entiende lo que dicen. La estación de Baltimore es mejor.

—Sí, tienes toda la razón —dijo Macon.

Fueron a desayunar a un café que él conocía bien, pero que desgraciadamente parecía estar atravesando tiempos difíciles. Todo el rato, pequeños desconchados de la pintura del techo le caían dentro del café. Tachó el nombre de la guía. Después fueron a un sitio sugerido por un lector, y Susan tomó buñuelos con nueces. Dijo que eran buenísimos.

—¿Me vas a citar? —preguntó—. ¿Pondrás mi nombre en el libro diciendo que recomendé los buñuelos?

—No es un libro de ese tipo.

—Llámame tu acompañante. Es lo que hacen los críticos de restaurantes. «Mi acompañante, Susan Leary, juzgó excelentes los buñuelos».

Macon rió y pidió la cuenta.

Después del cuarto desayuno, empezaron con los hoteles. Esto Susan lo encontró menos divertido, a pesar de que Macon hacía esfuerzos por interesarla. Le dijo a un gerente: «Mi acompañante es la experta en cuartos de baño». Pero Susan se limitó a abrir el armario, bostezó y dijo: «Sólo tienen Camay».

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Cuando mamá volvió de su luna de miel —explicó Susan—, nos trajo de su hotel jabón perfumado de la marca de un modisto. Una pastilla para mí y otra para Danny, en cajitas de plástico con ranuras.

—Pues a mí el Camay ya me parece bien —le dijo Macon al gerente, que parecía preocupado.

Por la tarde, Susan empezó a notarse otra vez el gusanillo, así que tomaron dos tentempiés más. Luego fueron a visitar Independence Hall. (Macon tenía la sensación de que debían hacer algo pedagógico).

—Se lo puedes decir a tu profesor de instrucción cívica.

Ella puso los ojos en blanco y dijo:

—De Ciencias Sociales.

—Como se llame.

Hacía mal tiempo, y en el interior del edificio el aire era frío y desapacible. Macon vio que Susan miraba al guía, cuyo discurso no era muy ameno, con mirada vacua; de manera que se inclinó hacia ella y susurró:

—Imagínate. George Washington en persona se sentó en esa silla de ahí.

—George Washington no me enrolla mucho, tío Macon.

—Sólo las alfombras, los papeles y las telas se pueden enrollar, Susan.

—¿Eh?

—Da igual.

Siguieron al grupo de visitantes escaleras arriba, a través de otras salas, pero estaba claro que Susan había agotado su reserva de buen humor.

—De no ser por lo que se decidió en este edificio —le dijo Macon—, tú y yo quizá estaríamos viviendo bajo una dictadura.

—Lo estamos de todas formas.

—¿Cómo?

—¿Crees en serio que tú y yo tenemos ningún poder?

—Algún poder, chata.

—Sólo libertad de expresión, es lo único que tenemos. Podemos decir lo que queramos, y luego el Gobierno va y hace lo que le da la gana. ¿A eso le llamas democracia? Es como estar en un barco con rumbo a algún sitio horrible, pero el timón lo lleva otro y los pasajeros no pueden saltar fuera.

—Y si fuéramos a cenar algo... —dijo Macon. Se encontraba algo deprimido.

La llevó a una hostería de sabor antiguo que había a pocas manzanas de distancia. Aún no había anochecido, y fueron los primeros clientes. Una mujer vestida con ropas de la época colonial les dijo que tendrían que esperar unos minutos. Los condujo a una sala pequeña y acogedora donde había una chimenea, y una camarera les ofreció ron con mantequilla o sidra caliente con licor, a elegir.

—Yo tomaré ron con mantequilla —dijo Susan, quitándose el anorak a estirones.

Macon dijo:

—Mmm, Susan...

Ella le dirigió una mirada furibunda.

—Bueno, pues que sean dos —le dijo él a la camarera. Suponía que un poco de ponche no podía hacer mucho daño.

Pero debía de ser un ponche fortísimo; o eso, o a Susan se le subía el alcohol a la cabeza con mucha facilidad. En cualquier caso, después de dos sorbitos se inclinó hacia él de forma nada equilibrada.

—¡Esto es bastante divertido! —dijo—. Sabes, tío Macon, me caes mucho mejor de lo que me pensaba.

—Vaya, gracias.

—Antes pensaba que eras como muy tiquismiquis. Ethan nos hacía reír señalando tu plato de alcachofas.

—Mi plato de alcachofas.

Susan se llevó las puntas de los dedos a la boca.

—Lo siento —dijo.

—¿El qué?

—No tenía intención de hablar de él.

—Puedes hablar de él.

—No quiero.

Se puso a mirar el extremo de la sala. Macon siguió su mirada pero sólo encontró un clavicordio. Volvió a mirarla a ella y vio que le temblaba la barbilla.

Nunca se le había ocurrido pensar que los primos de Ethan también lo echaban de menos.

Después de unos momentos, Susan levantó su jarra y bebió unos cuantos tragos. Se limpió la nariz con el revés de la mano. «Caliente», explicó. Era verdad que parecía haberse soprepuesto.

Macon dijo:

—¿Qué tenía de gracioso mi plato de alcachofas?

—Ah, nada.

—No me molestaré. ¿Qué tenía de gracioso?

—Bueno, es que parecía la clase de geometría. Cada hoja dispuesta en un círculo tan perfecto cuando habías terminado.

—Ya.

—Él se reía contigo, no de ti —dijo Susan, mirándole a la cara con inquietud.

—Bueno, como yo no me estaba riendo, tu afirmación parece inexacta. Pero si quieres decir que no se reía con malicia, te creo.

Ella suspiró y bebió un poco más de ron.

—Nadie habla de él —dijo Macon—. Ninguno de vosotros lo menciona.

—Cuanto tú no estás delante, sí lo hacemos —dijo Susan.

—¿De verdad?

—Hablamos de lo que pensaría, ¿sabes? Por ejemplo cuando Danny se sacó el carnet, o cuando yo fui con un chico al baile de Halloween. Quiero decir que antes nos burlábamos tanto de los mayores... Y Ethan era el más gracioso, el que siempre nos hacía reír. Y ahora resulta que también nosotros nos estamos haciendo mayores. A veces nos preguntamos qué pensaría Ethan de nosotros, si pudiera volver y nos viera. Nos preguntamos si se reiría de *nosotros*. O si se encontraría... desplazado. Como si nosotros hubiésemos avanzado y a él le hubiésemos dejado atrás.

La mujer vestida con el traje de época se acercó para llevarlos a la mesa. Macon cogió su bebida; Susan ya se había terminado la suya. Al andar, se tambaleaba ligeramente. Cuando la camarera les preguntó si querían la carta de vinos, Susan miró a Macon con ojos brillantes, pero Macon dijo «No», muy firmemente. «Creo que tendríamos que empezar con una sopa», dijo. Tenía la vaga idea de que la sopa espabilaba las borracheras.

Pero Susan habló de forma continuada y atolondrada durante la sopa, el segundo plato, los dos postres entre los cuales no había logrado decidirse, y el café solo que él le hizo tomar después. Habló de un chico que a ella le gustaba y que, o bien la correspondía, o prefería a una tal Sissy Pace. Habló del baile

de Halloween, en el que uno de octavo grado muy infantil había devuelto encima del tocadiscos. Dijo que, cuando Danny cumpliera dieciocho años, los tres hermanos iban a irse a un piso, porque ahora que su madre estaba embarazada (cosa que Macon no sabía) ni siquiera se daría cuenta de que se habían marchado. «Eso no es verdad», le dijo Macon. «Vuestra madre lo sentiría mucho si os marchaseis».

Susan apoyó la mejilla en su puño cerrado, en un gesto descuidado, y dijo que no había nacido ayer. El pelo se le había ido despeinando a lo largo de la tarde, y ahora le daba un aspecto electrizado. Macon tuvo dificultad en embutirla dentro de su anorak, y prácticamente la tuvo que sostener por el cuello de esta prenda mientras esperaban un taxi.

En la estación de ferrocarril, Susan adquirió una expresión perpleja y estrábica y, una vez en el tren, se quedó dormida con la cabeza contra el cristal de la ventana. En Baltimore, cuando la despertó, dijo:

—No estará enfadado con nosotros, ¿verdad, tío Macon?

—¿De quién hablas?

—¿Crees que estará enfadado porque estamos empezando a olvidarlo?

—Ah, no, cariño. Estoy seguro de que no.

Durmió en el coche durante todo el trayecto, y él condujo muy despacio para no despertarla. Cuando llegaron a casa, Rose dijo que parecía como si hubiese agotado a la pobre criatura hasta dejarla rendida de cansancio.

* * *

El objetivo es que el perro esté pendiente de ti en cualquier situación —dijo Muriel—. Incluso en público. Tienes que poder dejarlo en la puerta de un lugar público y encontrarlo esperándote cuando salgas. En eso vamos a trabajar esta mañana. Hoy se quedará esperando a la puerta de tu casa. En la próxima lección pasaremos a tiendas y tal.

Muriel cogió la correa y salieron. Estaba lloviendo, pero el porche les resguardaba de la lluvia.

—Espera un momento, quiero enseñarte una cosa —dijo Macon.

—¿El qué?

Macon dio dos golpes en el suelo con la punta del zapato. Edward pareció sentirse incómodo; dirigió la mirada hacia la calle y emitió una especie de tos. Luego despacio, muy despacio, una de las patas delanteras se dobló. Luego la otra. El perro se fue bajando por grados hasta quedar echado.

—¡Vaya! ¡Muy bien! —dijo Muriel, y chasqueó la lengua.

Edward aplanó las orejas hacia atrás, pidiendo una palmadita.

—Me pasé casi todo el día de ayer trabajando con él —dijo Macon—. Era domingo y no tenía nada que hacer. Y entonces, cuando mis sobrinos estaban preparándose para irse, Edward se puso a gruñir como suele hacer en estos casos; así que di los golpes en el suelo y se bajó.

—Estoy muy orgullosa de los dos.

Extendiendo una mano, Muriel le dijo a Edward: «Quédate ahí», y volvió a meterse en la casa. «Ahora entra tú también, Macon».

Cerraron la puerta de entrada. Muriel pellizcó por una esquina la cortina de encaje y espió el exterior. «Pues de momento ahí se ha quedado», anunció.

Se volvió de espaldas a la puerta, se miró las uñas y dijo «¡Tsk!». Le resbalaban gotitas de lluvia por el impermeable, y su cabello, por efecto de la humedad, había formado tiesos tirabuzones.

—Un día me tengo que hacer la manicura con una profesional —dijo.

Macon intentó ver detrás de ella. No estaba seguro de que Edward se fuese a quedar en su sitio.

—¿Has ido alguna vez a hacerte la manicura? —preguntó ella.

—¿Yo? Cielos, no.

—Bueno, hay hombres que van.

—Yo no.

—A mí me gustaría que una vez por lo menos me lo hicieran todo de forma profesional: las uñas, el cutis... Tengo una amiga que va a un sitio donde te pasan como un aspirador por la piel. Dice que te aspiran todos los poros. Me gustaría ir allí alguna vez. Y me gustaría que me maquillasen. ¿Qué colores me quedan bien? ¿Qué colores me sientan como un tiro? ¿Qué es lo que me favorece más?

Levantó la mirada hacia él. De pronto, Macon tuvo la impresión de que no había estado hablando de colores en absoluto sino de otra cosa. Parecía usar las palabras como una especie de música de fondo. Se alejó un paso de ella.

—El otro día no tenías por qué disculparte —dijo Muriel.

—¿Disculparme?

Pero sabía muy bien a qué se refería.

Ella pareció adivinarlo. No le dio ninguna explicación.

—Mmm, no recuerdo si me he expresado con claridad sobre esto —dijo Macon—, pero todavía no estoy legalmente divorciado siquiera.

—¿Y qué?

—Sólo estoy..., esto..., separado.

—Bueno, ¿y qué?

Quería decir: *Muriel, perdóname, pero desde que murió mi hijo, el sexo se ha... agriado.* (Como se agría la leche; así era como se lo representaba. Como la leche puede alterar su naturaleza básica y volverse agria). *Ya no pienso siquiera en ello. De verdad. No me puedo imaginar el porqué de tanta historia. Ahora lo encuentro patético.*

Pero lo que dijo fue:

—Estoy preocupado porque el cartero llegará de un momento a otro.

Ella se lo quedó mirando un momento más, y luego abrió la puerta para admitir a Edward.

* * *

Rose le estaba tejiendo a Julian un jersey para Navidad.

—¿Ya? —preguntó Macon—. Acabamos de pasar Acción de Gracias.

—Sí, pero es un punto muy difícil y quiero que me salga bien.

Macon miró el relampaguear de las agujas.

—De hecho —dijo—, ¿no te has fijado en que Julian lleva rebecas?

—Sí, me parece que así es —dijo ella.

Pero continuó tejiendo el jersey.

La lana era de un gris verdoso, del tipo que creía llamaban lana rústica. Macon y sus dos hermanos tenían jerseys de ese color. Pero Julian llevaba colores vivos o azul marino. Julian vestía como un jugador de golf.

—Tiende al estilo de los escotes en uve —le dijo Macon a Rose.

—Lo cual no quiere decir que no se pondría uno de cuello cerrado si lo tuviese.

—Oye —dijo Macon—, supongo que a lo que voy...

Las agujas de Rose castañeteaban serenamente.

—Es una especie de *playboy* —dijo él—. No sé si te das cuenta. Y además, es más joven.

—Dos años —dijo ella.

—Pero, no sé, su estilo de vida es de persona más joven. Apartamentos de solteros y demás.

—Dice que está cansado de todo eso.

—Cielos...

—Dice que le gusta lo hogareño. Aprecia lo que cocino. Está muy sorprendido de que le esté haciendo un jersey.

—Sí, supongo que sí —dijo Macon severamente.

—No quieras estropear esto, Macon.

—Cariño, yo sólo quiero protegerte. No es cierto, sabes, lo que dijiste el Día de Acción de Gracias. El amor *no* es la cuestión central. Hay que considerar otras cosas además, todo tipo de cuestiones.

—Comió el pavo y no le sentó mal. Dos raciones grandes —dijo Rose.

Macon gimió y se tiró del pelo.

* * *

—Primero ensayaremos en una calle bien tranquila —dijo Muriel—. Un sitio público, pero con poca gente. Alguna tiendecita que quede un poco apartada.

Iba conduciendo su coche gris, largo como un bote. Macon iba sentado a su lado, y Edward iba detrás, con las orejas tiesas de felicidad. A Edward le gustaba mucho que lo invitasen a dar un paseo en coche, pero se cansaba al poco rato. (Casi podía oírsele gimoteando: «¿Cuánto falta?»). Por suerte, no iban lejos.

—Me compré este coche porque tiene un maletero enorme —dijo Muriel. Dobló una esquina arrojadamente—. Lo necesitaba para el trabajo de recadera. Adivina cuánto me costó.

—Mmm...

—Sólo doscientos dólares. Es que había que repararlo, pero yo se lo llevé a un chico que conozco que vive en mi misma calle. Le dije: «Hagamos

un trato. Tú me arreglas el coche y yo te lo dejo usar tres noches a la semana y el domingo todo el día». ¿Verdad que fue una buena idea?

—Muy ingenioso —dijo Macon.

—He tenido que ingeniármelas. Desde que Norman me dejó, todo ha sido buscar, inventar, economizar, luchar —se había metido en un espacio libre frente a una pequeña galería comercial, pero no hizo ademán alguno de bajarse del coche—. Más de una noche he estado despierta en la cama pensando maneras de ganar dinero. Ya eran difíciles las cosas cuando tenía gratis el alojamiento y la comida, pero después de morir la señora Brimm fue peor. La casa la heredó su hijo y tuve que pagar alquiler. El hijo es un tacaño. Continuamente quería aumentarme el alquiler. Así que le dije: «¿Qué le parece si hacemos una cosa? Usted deja el alquiler como está y yo no le molestaré con el mantenimiento. Me ocuparé yo de todo». Estuvo conforme, y ahora tendrías que ver el lío que tengo. Las cosas se estropean, resulta que yo no sé arreglarlas, así que vivimos con ellas como están. El techo tiene goteras, el fregadero está atascado, el grifo del agua caliente gotea tanto que las facturas del gas están por las nubes, pero al menos he conseguido mantener bajo el alquiler. Y tengo como cincuenta empleos, si se cuentan todos. En cierto modo tengo suerte; tengo buen ojo para las oportunidades. Como aquellas lecciones en Perro, Haz, o una vez que hice unos cursos de masaje en el YWCA. Lo del masaje me salió rana, parece que hay que tener una licencia y no sé qué, pero lo de Perro, Haz, me aprovechó mucho. Y también estoy intentando empezar un servicio de información; tengo algunas nociones de cuando estuve ayudando a la bibliotecaria de la escuela. Distribuí por la Universidad de Towson State unas tarjetitas rosas en las que había escrito: Buscamos lo que Busca. Fotocopié unas hojas de propaganda y las mandé por correo a cada nombre de la *Guía de Escritores* que consta como residente en el estado de Maryland.

—*¡Hombres y Mujeres de Letras!* Escribí. *¿Buscan una enfermedad larga y lenta que les permita matar eficazmente a un personaje sin desfigurarlo feamente?* De momento no me ha contestado nadie pero no pierdo la esperanza. Dos veces me he pagado unas vacaciones en Ocean City, a base de ir por la playa ofreciendo a la gente unas cajitas con la comida que Alexander y yo preparábamos por la mañana en la habitación del motel. Las cargamos en el carrito rojo de Alexander y yo estiro y digo: “¡Bebidas frías! ¡Bocadillos! ¡Acérquense y vean! Y esto sin contar los empleos fijos, como el Miau-Guau o, antes, las Copias al minuto. Lo de las copias era una lata: me

dejaban llevar a Alexander, pero sólo consistía en copiar documentos y cosas monótonas por el estilo, cheques cancelados, facturas, tonterías así. En mi vida he estado tan desinteresada.

Macon se agitó y dijo:

—Querrás decir poco interesada, ¿no?

—Pues claro. ¿No te pasaría a ti lo mismo? Copias de cartas, copias de exámenes, copias de artículos sobre cómo gestionar una hipoteca. Instrucciones para hacer punto, instrucciones para hacer ganchillo, y todo salía de la fotocopidora muy lento y majestuoso, como si fuese yo qué sé qué. Al final me largué. Cuando hice el curso en Perro, Haz, dije: «¡Basta! Me marchó». ¿Por qué no probamos el colmado?

Macon se sintió desconcertado un momento. Luego dijo:

—Ah. De acuerdo.

—Tú entras en el colmado. Antes dejas a Edward «echado y quieto» fuera. Yo esperaré aquí en el coche y veré cómo se porta.

—De acuerdo.

Salió del coche y abrió la puerta de atrás para que saliese Edward. Lo condujo hasta el colmado. Dio dos golpes con el pie. Edward pareció afligirse, pero se echó. ¿Era esto humanitario, estando la acera aún tan húmeda? De mala gana, Macon entró en el comercio. Tenía el olor anticuado a bolsas de papel marrón. Cuando volvió la vista atrás, la expresión de Edward partía el alma. Esbozaba una sonrisa nerviosa y perpleja, y no apartaba la vista de la puerta.

Macon recorrió un pasillo lleno de frutas y verduras. Tomó una manzana, la examinó y la volvió a dejar en su sitio. Después regresó afuera. Edward seguía en su sitio. Muriel había salido de su coche y estaba apoyada en el parachoques, haciéndole muecas al espejito de una polvera de plástico marrón. «¡Alábalo mucho!», gritó, cerrando la polvera de golpe. Macon chasqueó la lengua y le dio a Edward unas palmadas en la cabeza.

Fueron a la farmacia de al lado.

—Esta vez entraremos los dos —dijo Muriel.

—¿Será seguro?

—Tarde o temprano lo hemos de probar.

Deambularon a lo largo del pasillo de artículos para el cuidado del cabello hasta llegar a la sección de cosmética, donde Muriel se detuvo para probar un lápiz de labios. Macon se imaginó a Edward bostezando, levantándose y yéndose. Muriel dijo: «Demasiado rosa». Se sacó un pañuelo de papel del bolso y se frotó los labios hasta quitarse el color rosado. Su propio lápiz de labios se le quedó puesto, como si no se tratase sólo de un color de los años cuarenta sino de una fórmula de los años cuarenta: aquella sustancia opaca y pastosa que solía quedarse pegada en fundas de almohada, servilletas y tazas de café.

—¿Qué haces mañana a la hora de cenar? —preguntó ella.

—¿A la hora...?

—Ven a cenar a mi casa.

Macon parpadeó.

—Anda, ven. Nos lo pasaremos bien.

—Emm...

—Sólo a cenar, tú y yo y Alexander. A las seis, por ejemplo. Calle Singleton, número dieciséis. ¿Sabes dónde está?

—Bueno, me parece que a esa hora no me es posible —dijo Macon.

—Piénsalo durante un rato.

Salieron fuera. Edward seguía allí pero de pie, con el pelo erizado y mirando en dirección a un perdiguero que estaba casi a una manzana. «Vaya por Dios», dijo Muriel. «Justo cuando creía que esto marchaba bien». Le hizo echarse de nuevo. Después le permitió levantarse y los tres se pusieron a caminar. Macon se preguntaba cuánto rato tenía que pasar antes de poder decorosamente decirle que, ahora que lo había pensado, estaba seguro de tener

ya un compromiso. Doblaron una esquina.

—¡Oh, mira, una tienda de baratillo! —exclamó Muriel—. Mi mayor debilidad.

—Dio unos golpes con el pie frente a Edward—. Esta vez, entraré yo. Quiero ver lo que hay. Tú aléjate un poco y vigila que no se levante como antes.

Ella entró en la tienda y Macon esperó, semioculto detrás de los parquímetros. Pero Edward sabía que se encontraba allí. Todo el rato volvía la cabeza y le dirigía miradas suplicantes.

Macon vio a Muriel en la parte delantera de la tienda, cogiendo y dejando tacitas doradas sin su platillo, floreros de cristal verde desportillados, feos broches de estaño grandes como ceniceros. Luego la vio indistintamente en la parte de atrás, donde estaba la ropa. Aparecía y desaparecía de su campo de visión como un pez en aguas turbias. De pronto apareció en el umbral de la puerta con un sombrero en la mano. «¡Macon! ¿Qué te parece?», llamó. Era un polvoriento turbante beige con una joya prendida en el centro, un gran topacio falso que parecía un ojo.

—Muy interesante —dijo Macon. Estaba empezando a notar el frío.

Muriel volvió a esfumarse, y Edward suspiró y colocó la cabeza sobre las patas delanteras.

Pasó una adolescente, una chica de aspecto agitanado que llevaba unas faldas de volantes y una bolsa de raso morado cubierta de pegatinas de cantantes de rock. Edward se puso tenso. No le quitó el ojo de encima; cambió un poco su postura para seguir mirándola mientras se alejaba. Pero no emitió sonido alguno, y Macon —también él algo tenso— se sintió aliviado pero también un poco decepcionado. Se había aprestado para entrar en acción.

De pronto el silencio pareció hacerse inusitadamente profundo; no pasaba nadie más. Experimentó una de aquellas alucinaciones sonoras que a veces tenía en trenes o aviones. Oyó el parloteo de la voz de Muriel, delgada y arenisca. «Cuando oiga la señal serán las...», dijo, y luego cantó: «Hallarás tu amor en...», y luego gritó: «¡Bebidas frías! ¡Bocadillos! ¡Acérquense y vean!».

Era como si hubiese entretejido sus relatos en la mente de él, como si lo hubiese envuelto con finos hilos acerados sacados de su vida: su infancia a lo Shirley Temple, su adolescencia equívoca, Norman arrojando la rejilla por la ventana. Alexander maullando como un gatito recién nacido, Muriel forcejeando con perros terrier doberman y repartiendo sus tarjetas de negocios de color salmón y trotando por la playa, toda ella brazos y piernas resacos y melena al viento, tirando de un carrito rojo lleno de bocadillos.

Entonces salió de la tienda.

—Era demasiado caro —le dijo a Macon—. Perro guapo —añadió, y chasqueó los dedos para que Edward se levantase—. Ahora una prueba más —dijo, dirigiéndose hacia su coche—. Entraremos los dos otra vez. Lo haremos en la consulta del médico.

—¿Qué consulta?

—La del doctor Snell. Tengo que recoger a Alexander; quiero llevarlo otra vez al colegio cuando te haya dejado a ti en tu casa.

—¿Nos ocupará mucho tiempo?

—No, qué va.

Fueron en dirección sur. El motor hacía un ruido de golpeteo del que Macon no se había percatado anteriormente. Frente a un edificio del callejón Cold Spring, Muriel aparcó y bajó del coche. Macon y Edward la siguieron.

—Bueno, no sé si estará listo o no —dijo ella—. Pero si no, tanto mejor. Así Edward practicará más.

—Creí que habías dicho que esto no nos llevaría mucho rato.

Ella no pareció oírle.

Dejaron a Edward en la escalinata exterior y entraron en la sala de espera. La recepcionista era una mujer de pelo gris, que llevaba unas gafas con lentejuelas colgadas de una cadena de escarabajos de plástico. Muriel le preguntó:

—¿Ha terminado ya Alexander?

—En seguida estará, guapa.

Muriel encontró una revista y se sentó, pero Macon permaneció en pie. Levantó una de las hojas de la persiana veneciana para comprobar si Edward seguía en la puerta. Un hombre sentado cerca de él le dirigió una mirada recelosa. Macon se sintió como el personaje de una película de gánsters, uno de esos individuos siniestros que aparta un visillo para asegurarse de que no hay moros en la costa. Soltó la persiana. Muriel estaba leyendo un artículo titulado «Pruébese los Nuevos Ojos: Sombreados y Seductores». Había fotografías de diversas modelos con expresión malévola.

—¿Cuántos años has dicho que tiene Alexander? —preguntó Macon.

Ella levanto la cabeza y lo miró. Sus propios ojos, limpios de maquillaje, tenían una inquietante desnudez, comparados con los de la revista.

—Siete años —dijo.

Siete.

A los siete fue cuando Ethan aprendió a ir en bicicleta.

A Macon lo asaltó uno de esos recuerdos que mellan la piel, que dañan los músculos. Notó el asiento de la bicicleta de Ethan presionando contra la palma de su mano, ese borde curvado de atrás que uno aguanta al intentar mantener vertical una bicicleta. Notó los palmetazos de la acera contra sus suelas, al correr. Notó cómo soltaba la bicicleta, aminoraba el paso, se detenía con los brazos en jarras para gritar: «¡Vas bien, vas bien! ¡Vas solo!».

Y Ethan se alejó, fuerte, ufano, erguido, reflejándosele en el pelo la luz del sol hasta que pasó bajo un roble.

Macon se sentó al lado de Muriel. Ella lo miró y le dijo:

—¿Lo has pensado?

—¿Mmm?

—¿Has pensado en lo de venir a cenar?

—Ah —dijo. Y luego añadió—: Bueno, sí podría ir. Si es sólo para

cenar.

—¿Para qué otra cosa iba a ser? —preguntó ella. Le sonrió y se sacudió el pelo hacia atrás.

La recepcionista dijo:

—Aquí lo tenemos.

Se refería a un niño menudo, enfermizo, muy blanco de cara, con un cráneo que parecía afeitado. Daba la impresión de no tener piel suficiente para la cara; la piel estaba estirada, la boca estaba estirada hasta una anchura poco agraciada, y cada hueso y filo de cartílago pregonaban su presencia. Tenía los ojos azul claro, sin pestañas, ligeramente saltones, orillados de rosa, y quedaban agrandados detrás de unas gafas acuosas cuya montura transparente tiraba desdichadamente también a rosa. Llevaba un conjunto de camisa y pantalón cuidadosamente combinado, como sólo una madre lo escogería.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Muriel.

—Bien.

—Cariño, éste es Macon. ¿Quieres decirle hola? Estoy adiestrando a su perro.

Macon se levantó y extendió la mano. Al cabo de un momento, Alexander reaccionó. Sus dedos eran al contacto como un manojo de judías marchitas. Retiró la mano y le dijo a su madre:

—Tienes que pedir hora para otra vez.

—Ahora mismo.

Muriel se acercó a la recepcionista, dejando a Macon y a Alexander esperando de pie. Macon pensó que no había un solo tema en el mundo del que pudiera hablar con aquella criatura. Se sacudió una hoja seca de la manga. Se estiró los puños de la camisa. Dijo:

—Eres muy joven para estar solo en la consulta del médico.

Alexander no contestó, pero Muriel —que esperaba mientras la

repcionista pasaba las hojas de su agenda— se volvió y contestó por él.

—Está acostumbrado —dijo—, porque ha tenido que ir muy a menudo. Tiene alergias.

—Ya entiendo —dijo Macon.

Sí, tenía todo el aspecto de ser alérgico.

—Es alérgico al marisco, a la leche, a toda clase de frutas, al trigo, a los huevos y a la mayoría de las legumbres —dijo Muriel.

Tomó una tarjeta que le tendía la recepcionista y se la metió en el bolso. Cuando salían, dijo:

—Es alérgico al polvo, al polen y a la pintura, y hay indicios de que sea alérgico al aire. Cuando está mucho rato al aire libre, le salen como unos bultos en las partes expuestas del cuerpo.

Al llegar donde estaba Edward, cloqueó con la lengua y chasqueó los dedos. Edward se levantó de un salto y ladró.

—No le hagas caricias —le dijo Muriel a Alexander—. No sabemos lo que te puede producir el pelo de perro.

Se metieron en el coche. Macon se sentó atrás para que Alexander pudiera ir en el asiento delantero, lo más lejos posible de Edward. Tuvieron que ir con todas las ventanillas abiertas para que Alexander no empezase a resollar. Muriel levantó la voz por encima de la ráfaga de aire para decir:

—Es propenso al asma, al eczema y a las hemorragias de nariz. Hay que ponerle unas inyecciones periódicamente. Si alguna vez le picase una abeja y no le hubiesen dado las inyecciones, podría morir en cuestión de media hora.

Alexander volvió la cabeza despacio y contempló a Macon. Su expresión era estirada y crítica.

Cuando pararon frente a la casa de Macon, Muriel dijo:

—Bueno, vamos a ver. Mañana estoy todo el día en el Miao-Guau...

—se pasó una mano por el pelo, que estaba áspero y despeinado—. Así que no nos veremos hasta la hora de la cena.

Macon no encontraba la manera de decírselo, pero el hecho era que a esa cena no iba a ir. Echaba de menos a su mujer. Echaba de menos a su hijo. Eran las únicas personas que le parecían reales. Buscar sustitutos no tenía sentido.

Muriel Pritchett, así constaba en la guía telefónica. Valiente y arrogante: nada de tímidas iniciales para Muriel. Macon trazó un círculo alrededor del número. Pensó que era el momento de llamar. Eran las nueve de la noche. Alexander ya estaría acostado. Descolgó el auricular.

¿Pero qué diría?

Mejor ser franco, desde luego, era lo menos cruel; ¿no era eso lo que siempre les había dicho la abuela Leary? *Muriel, el año pasado murió mi hijo y yo no estoy... Muriel, esto no tiene nada que ver contigo como persona pero de verdad que no tengo...*

Muriel, no puedo. Sencillamente no puedo.

Parecía como si la voz se le hubiese oxidado. Sostenía el auricular contra la oreja, pero grandes placas de herrumbre se le iban pegando a la garganta.

De hecho nunca había dicho en voz alta que Ethan estaba muerto. No había sido necesario; había salido en los periódicos (página tres, página cinco), y luego los amigos lo dijeron a otros amigos, y Sarah se ponía al teléfono... De manera que nunca había llegado a decir las palabras. ¿Cómo lo haría ahora?

O quizá podía hacérselo decir a Muriel. *Termina esta frase, por favor: Yo tenía un hijo pero...* «¿Pero qué?», preguntaría ella. «¿Se fue a vivir con tu mujer? ¿Se escapó? ¿Murió?». Macon asentiría con la cabeza. «¿Pero cómo murió? ¿Fue de cáncer? ¿Fue en un accidente de coche? ¿Fue un chico de diecinueve años con una pistola en una hamburguesería Bonanza?».

Colgó el teléfono.

Fue a pedirle a Rose papel de cartas y ella le dio unas hojas de su escritorio. Macon las llevó a la mesa del comedor, se sentó y destapó su pluma estilográfica. *Querida Muriel*, escribió. Y se quedó mirando la hoja un rato.

Qué nombre tan curioso.

¿A quién se le ocurriría llamar Muriel a una niña recién nacida?

Examinó la pluma. Era una Parker laqueada de carey, con una complicada plumilla de oro cuya forma le gustaba. Examinó el papel de cartas de Rose. Era color crema. De bordes dentados. ¡Dentado! Qué palabra tan curiosa.

Bueno.

Querida Muriel.

Lo siento mucho, escribí, pero al final no voy a poder cenar contigo. Ha surgido un imprevisto. La firmó, Atentamente, Macon.

La abuela Leary no lo hubiese aprobado.

Cerró el sobre y se guardó la carta en el bolsillo de la camisa. Después fue a la cocina, donde Rose tenía un mapa gigante de la ciudad fijado a la pared con chinchetas.

Al conducir por el laberinto de calles oscuras y sucias del sur de la ciudad, Macon se preguntó cómo podía Muriel sentirse segura viviendo en esos barrios. Había demasiados callejones lóbregos, huecos de escalera llenos de basura y portales cubiertos de jirones de carteles. Los comercios, cerrados con rejas, ofrecían unos servicios sospechosos en rótulos ineptamente escritos: PAGAMOS CHEQUES SIN HACER PREGUNTAS, IMPUESTO SOBRE LA RENTA DE TINY BUBBA, PINTAMOS COCHES EN EL DÍA. Aun a esta hora avanzada de un fría noche de noviembre, había grupos de gente acechando en las sombras —hombres jóvenes que bebían de botellas envueltas en papel marrón, mujeres de mediana edad discutiendo bajo la marquesina de un cine que rezaba CERRADO—.

Entró en la calle Singleton y vio una hilera de casas iguales que daban la impresión de haber sido construidas escatimando el material. Los tejados eran planos, las ventanas estaban a ras de pared y carecían de profundidad. No sobraba nada, no había quedado material alguno para aleros o para molduras decorativas, no había generosidad. La mayoría de las casas estaban recubiertas de un conglomerado que imitaba la piedra, pero los ladrillos del número dieciséis habían sido pintados de un marrón como el del caucho. Sobre los

escalones de la entrada brillaba débilmente una bombilla naranja a prueba de insectos.

Salió del coche y subió los escalones. Abrió la puerta de rejilla, que era de aluminio marcado con hoyos. Retumbó con un estrépito de latas y los goznes chirriaron. Macon se estremeció. Se sacó la carta del bolsillo y se inclinó hacia el suelo.

—Tengo una escopeta de dos cañones —dijo Muriel desde el interior de la casa— y la estoy apuntando exactamente donde tienes la cabeza.

Se irguió bruscamente. El corazón empezó a latirle con fuerza. (La voz de ella había sonado nivelada y precisa; como su escopeta, imaginó él).

—Soy Macon —dijo.

—¿Macon?

Se oyó el clic del pestillo y la puerta interior se abrió unos centímetros. Vio una raja de Muriel envuelta en una bata oscura.

—¡Macon! ¿Qué haces aquí?

Él le entregó la carta.

Ella la cogió y la abrió, usando ambas manos. (No había ni rastro de la escopeta). Leyó la carta y levantó la vista hacia él.

Macon vio que lo había hecho todo mal.

—El año pasado —dijo—, perdí... sufrí una... pérdida, sí, perdí a mi...

Ella continuó mirándolo a la cara.

—Perdí a mi hijo —dijo Macon—. Estaba... fue a una hamburguesería y entonces... llegó uno, un atracador, y le disparó. ¡No puedo ir a cenar con gente! ¡No puedo dar conversación a sus niños! No me lo pidas más. No quiero ser brusco contigo, pero es que no me siento con fuerzas, ¿oyes?

Muriel lo tomó muy suavemente por una muñeca y tiró de él hacia el interior de la casa, todavía sin abrir la puerta del todo, de modo que Macon

tuvo la sensación de deslizarse a través de algo, de evadirse de algo por muy poco. Ella cerró la puerta tras él. Lo rodeó con los brazos y lo abrazó.

—Cada día me digo que ya es hora de superarlo —dijo al espacio vacío sobre la cabeza de ella—. Es lo que la gente espera de mí. Antes me ofrecían su condolencia pero ahora ya no; ni siquiera mencionan su nombre. Creen que ya es hora de que mire hacia adelante. Pero si algo ha cambiado, ha sido para peor. El primer año fue como una pesadilla; por las mañanas me iba directo a la puerta de su cuarto antes de acordarme de que no estaba allí para despertarlo. Pero este segundo año es real. Ya no voy hasta la puerta. A veces he dejado pasar un día entero sin pensar en él. En cierto modo, esta ausencia es más tremenda que la primera. Y podría suponerse que recurriría a Sarah, pero no, sólo nos hacemos daño. Me parece que ella cree que de algún modo yo podía haber evitado lo que pasó... está tan acostumbrada a que le organice su vida. Me pregunto si todo esto no habrá hecho más que sacar a la superficie la verdad sobre nosotros, lo distanciados que estamos. Me temo que nos casamos precisamente porque estábamos distanciados. Y ahora me siento lejos de todo el mundo; ya no tengo amigos y todas las personas me parecen triviales y tontas y sin relación conmigo.

Ella tiró de él a través de una sala de estar donde las sombras se cernían alrededor de una solitaria lámpara de abalorios, y una revista yacía boca abajo en un sofá viejo. Lo guió escaleras arriba hasta un dormitorio donde había una cama con armazón de hierro y una cómoda barnizada de color naranja.

—No —dijo él—, espera. No es esto lo que quiero.

—Sólo duerme —le dijo ella—. Échate y duerme.

Eso parecía razonable.

Le quitó el chaquetón y lo colgó en un armario tapado por un largo de sábana floreada. Se arrodilló y le desató los zapatos. Él salió de ellos dócilmente. Ella se levantó para desabrocharle la camisa mientras él, pasivo, seguía en pie con los brazos caídos a los lados. Después le colgó los pantalones en el respaldo de una silla. Él se dejó caer en la cama con su ropa interior y ella lo tapó con una colcha delgada y ajada que olía a grasa de tocino.

Luego la oyó moverse por el resto de la casa, apagando luces, abriendo grifos, murmurando algo en otra habitación. Volvió al dormitorio y se detuvo

delante de la cómoda. Se oyó el tintineo de unos pendientes al caer en un recipiente. La bata que llevaba era de seda vieja y estropeada, del color del jerez. Se ataba en la cintura con un cordón trenzado y en los codos había torpes zurcidos. Apagó la luz de la lámpara. Entonces se acercó a la cama, levantó la colcha y se deslizó debajo. Él no se sorprendió cuando la notó apretarse contra él. «Sólo quiero dormir», le dijo. Pero había aquellos pliegues de seda. Notó lo fresca y fluida que era. Puso una mano en la cadera de ella y notó las dos capas, la fresca sobre la cálida. Le dijo: «¿Te vas a quitar esto?».

Ella negó con la cabeza. «Soy vergonzosa», susurró, pero inmediatamente después, como para negar lo dicho, puso su boca sobre la de él y se enroscó a su alrededor.

* * *

Durante la noche oyó toser a un niño, y subió de mala gana a la superficie a través de capas de sueños para responder. Pero estaba en una habitación con una alta ventana azul, y el niño no era Ethan. Se dio la vuelta y encontró a Muriel. Ésta suspiró en sueños, levantó la mano de él y se la puso encima del estómago. La bata se había abierto; Macon notó la piel suave, y luego una rugosa cresta de carne cruzándole el abdomen. La cesárea, pensó. Y le pareció, al tiempo que se dejaba caer otra vez en los sueños, que era como si ella hubiese hablado en voz alta.

Sobre lo de tu hijo, parecía decirle, mira, pon la mano aquí. Yo también tengo cicatrices. Todos tenemos cicatrices. Tú no eres el único.

—No te entiendo —le dijo Rose a Macon—. Primero dices que sí, que estarás toda la tarde, y luego dices que no. ¿Cómo puedo hacer planes si estás tan desorganizado?

Estaba doblando servilletas de hilo y apilándolas encima de la mesa; preparaba el té anual que ofrecía a los ancianos.

—Lo siento, Rose —dijo Macon—, no pensé que fuese tan importante.

—Anoche dijiste que cenarías aquí y luego a la hora de la cena no estabas. En las dos últimas semanas, tres mañanas voy a llamarte para desayunar y me encuentro con que no has dormido en tu cama. ¿Crees que no me preocupo? Podía haber pasado cualquier cosa.

—Bueno, ya te he dicho que lo siento.

Rose allanó el montón de servilletas.

—El tiempo se me echa encima —le dijo él—. Ya sabes lo que pasa. En principio, ni siquiera tengo intención de salir, pero luego pienso: «Bah, quizás un rato», y a la que me doy cuenta ya se ha hecho muy tarde, demasiado tarde para conducir, y pienso: «Bueno...».

Rose se dio la vuelta deprisa y fue hacia el aparador. Empezó a contar cucharillas.

—No te pregunto por tu vida privada —le dijo.

—Me ha parecido que en cierto modo sí lo hacías.

—Simplemente quiero saber cuánta comida he de preparar.

—No te voy a echar en cara que tengas curiosidad.

—Sólo quiero saber cuántos desayunos he de hacer.

—¿Acaso pensáis vosotros tres que no me doy cuenta? Siempre que está aquí dándole la lección a Edward, los espectadores brotáis como setas. Aparecéis por la sala de estar —«¡Seguid, seguid! ¡Estoy buscando los alicates!»—. Os ponéis a barrer el porche de la entrada en cuanto sacamos a pasear a Edward...

—¿Tengo yo la culpa si el porche estaba sucio?

—Bueno, mira, te diré una cosa —dijo él—. Mañana por la noche, seguro que cenaré aquí. Puedo prometértelo. Cuenta con ello.

—No te pido que te quedes si no quieres.

—¡Claro que quiero! Es sólo esta tarde que no estaré, pero no volveré tarde, seguro. ¡Igual estoy en casa antes de las diez!

Pero incluso al tiempo que decía estas palabras, oyó lo falsas y superficiales que sonaban, y vio cómo Rose bajaba los ojos.

* * *

Compró una pizza grande de sabores variados y se dirigió al centro de la ciudad. El olor le daba tanta hambre que cada vez que se detenía en un semáforo picaba algún trocito de la parte superior: rodajas de pimientos morrones, sombreretes de champiñones. Los dedos se le pusieron pegajosos y no encontraba el pañuelo. Al poco rato, también el volante estaba pegajoso.

Canturreando en voz baja, pasó frente a comercios de neumáticos, bodegas, zapaterías de saldos, la Tienda de Novedades Hot-Tonight. Tomó un atajo metiéndose en un callejón y avanzó traqueteando entre una doble hilera de patios traseros, pequeños rectángulos repletos de columpios, trozos de carrocería oxidados y achaparrados arbustos helados. Entró en la calle Singleton y aparcó detrás de una camioneta llena de enmohecidos rollos de alfombras.

Las gemelas de los vecinos de al lado —dos llamativas quinceañeras con tejanos más ajustados que envolturas de salchichas— estaban sentadas en lo alto de los escalones de su puerta. Hacía demasiado frío para estar fuera, pero eso no las arredraba nunca.

—Eh, hola, Macon —llamaron en tono cantarín.

—Qué tal, chicas.

—¿Vas a ver a Muriel?

—Eso he pensado.

Subió las escaleras de Muriel, sosteniendo la pizza horizontalmente y llamó con los nudillos en la puerta. Debbie y Dorrie siguieron mirándole. Macon les dirigió una amplia sonrisa. A veces hacían de canguro a Alexander; tenía que ser simpático con ellas. Por lo visto, la mitad del vecindario le hacía de canguro a Alexander. La red de arreglos que había establecido Muriel todavía le desconcertaba.

Fue Alexander quien abrió la puerta.

—¿De la pizzería! —exclamó Macon.

—Mamá está al teléfono —dijo el niño en tono de aguafiestas.

Se volvió y regresó al sofá, ajustándose las gafas en la nariz. Era evidente que estaba mirando la televisión.

—Tamaño súper, sin anchoas —dijo Macon.

—Soy alérgico a la pizza.

—¿A qué parte?

—¿Eh?

—¿A qué parte eres alérgico? ¿Los pimientos? ¿Las salchichas? ¿Los champiñones? Podríamos quitar lo que sea.

—A todo —dijo Alexander.

—No puedes ser alérgico a todo.

—Pues lo soy.

Macon entró en la cocina. Muriel estaba de espaldas a él, hablando por

teléfono con su madre. Sabía que era su madre por la voz de Muriel, aguda, triste y quejumbrosa.

—¿No vas a preguntarme por Alexander? ¿No quieres saber cómo está de la urticaria? Yo te pregunto por tu salud, ¿por qué no nos preguntas tú por la nuestra?

Macon avanzó hasta ella sin hacer ruido.

—Ni siquiera me preguntaste por lo que dijo el oculista —dijo Muriel—, con lo preocupada que estaba yo. ¡Te juro que a veces nadie diría que es tu nieto! Aquella vez que me torcí el tobillo al caerme y te llamé para ver si podías cuidar de él, ¿qué dijiste? «A ver si lo he entendido. Quieres que haga un viaje hasta tu casa». ¡Se diría que Alexander no tiene nada que ver contigo!

Macon se plantó de pronto frente a ella, extendiendo la pizza. «¡Ta-chán!», susurró. Muriel levantó la vista hacia él y le sonrió con aquella sonrisa suya, alegre y bienhumorada, que tomaba la forma de una florida uve victoriana.

—Mamá —dijo—, ¡ahora te dejo! ¡Ha venido Macon!

Hacía mucho, mucho tiempo que nadie celebraba tanto su llegada.

* * *

Un lunes por la tarde fue a la oficina de Julian y le entregó lo que había escrito para la guía de los Estados Unidos.

—Con esto queda listo el nordeste —dijo—. Me parece que ahora empezaré el sur.

—Vaya, muy bien —le dijo Julian. Estaba encorvado detrás de su escritorio, buscando algo en un cajón—. Estupendo. Quiero enseñarte una cosa, Macon. A ver, dónde demonios... ah.

Se irguió con el rostro ruborizado. Le dio a Macon un pequeño estuche de terciopelo azul.

—El regalo de Navidad para tu hermana —dijo.

Macon levantó la tapa. Dentro, sobre un fondo de raso blanco, había un anillo con un diamante. Miró a Julian.

—¿Qué es? —preguntó.

—¿Que qué es?

—Quiero decir, ¿esto es... como un anillo de fiesta? O quiere ser, más bien...

—Es un anillo de compromiso, Macon.

—¿Compromiso?

—Quiero casarme con ella.

—¿Quieres casarte con Rose?

—¿Qué hay de raro en ello?

—Bueno, yo... —dijo Macon.

—Si ella me acepta, claro.

—Cómo, ¿todavía no se lo has pedido?

—Se lo pediré en Navidad, cuando le dé el anillo. Quiero hacer las cosas bien. A la antigua. ¿Tú crees que accederá?

—Pues... no sabría decírtelo —dijo Macon. Desgraciadamente estaba seguro de que sí, pero maldito si se lo iba a decir a Julian.

—Tiene que decir que sí —dijo Julian—. Tengo treinta y seis años, Macon, pero te juro que estoy como un colegial con esa mujer. Es todo lo que no son esas chicas de mi edificio de apartamentos. Es tan... auténtica. ¿Quieres saber una cosa? Ni siquiera me he acostado con ella.

—No tienes por qué explicarme este tipo de cosas, no me interesan —se apresuró a decir Macon.

—Quiero que tengamos una noche de bodas de verdad —le dijo Julian—. Quiero hacerlo todo bien. Quiero unirme a una familia de verdad. Caray, Macon, ¿no es sorprendente cómo dos vidas separadas pueden acabar reuniéndose? Quiero decir, ¡dos *desemejanzas*! ¿Qué te parece el anillo?

—Está bien —dijo Macon. Bajó la vista y lo miró. Entonces añadió—: Es muy bonito, Julian —y, cerrando despacio el estuche, lo devolvió.

* * *

—Éste no es un avión normal y corriente —le dijo Macon a Muriel—. No quiero que te hagas una idea equivocada. Esto es lo que llaman un avión de puente aéreo. Lo que coge, por ejemplo, un hombre de negocios para llegar a una ciudad cercana, hacer unas cuantas ventas, y volver otra vez en el mismo día.

El avión al que se refería —un aparato para quince pasajeros que semejava un mosquito— se encontraba frente a la puerta de la sala de embarque de los viajeros. Una chica con anorak estaba cargando el equipaje. Un chico revisaba algo en las alas. Parecía ser una línea aérea regida por adolescentes. Hasta el piloto era un adolescente, a juicio de Macon.

Entró en la sala de embarque con una tablilla en la mano y fue leyendo una lista de nombres. «¿Marshall? ¿Noble? ¿Albright?». Uno a uno los pasajeros se adelantaron; sólo ocho o diez en total. El piloto le decía a cada uno: «Hola, cómo vamos». Su mirada se detuvo en Muriel más que en los otros. O le parecía la más atractiva o le llamaba la atención su indumentaria.

Se había puesto los tacones más altos que tenía, medias negras con un dibujo de rosas de encaje, y un vestidito ligero de color fucsia bajo un chaquetón grueso que ella llamaba «mi piel de broma». Llevaba todo el pelo recogido a un lado en una eclosión ensortijada, y se había puesto en los párpados un polvillo plateado. Macon sabía que había exagerado la nota, pero al mismo tiempo le gustaba ver que para ella esta excursión era todo un acontecimiento.

El piloto abrió la puerta de salida y todos lo siguieron afuera. Cruzaron un tramo de hormigón y subieron los dos endebles peldaños del avión. Macon avanzó por el pasillo casi encorvado en ángulo recto. A cada lado había una

sola fila de asientos, tan frágiles como sillas plegables. Encontraron dos asientos a ambos lados del pasillo y se instalaron. Otros pasajeros seguían avanzando, sofocados y chocando contra cosas. Por último venía el copiloto, un chico mofletudo que llevaba una lata de Diet Pepsi.

Cerró la puerta del avión de un golpe y avanzó hasta el frente, donde estaban los mandos. Ni una cortina ocultaba la cabina de mandos. Con sólo asomarse al pasillo, Macon pudo ver los tableros llenos de botones e indicadores, al piloto colocándose los auriculares, y al copiloto bebiendo el último trago y dejando la lata vacía en el suelo.

—En un avión más grande —le gritó Macon a Muriel cuando los motores empezaron a rugir—, apenas notarías el despegue. Pero aquí más vale que te prepares.

Muriel, con los ojos muy abiertos, asintió con la cabeza y agarró el asiento de delante.

—¿Qué es esa luz que se enciende y se apaga enfrente del piloto? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué es esa agujita que no para de girar?

—No lo sé.

Tuvo la sensación de que la estaba decepcionando.

—Estoy acostumbrado a los jets, no a estos aviones de juguete —le dijo.

Ella volvió a asentir, aceptando sus palabras. A Macon se le ocurrió que, bien pensado, él era un hombre mundano que había viajado mucho.

El avión empezó a carretear. Cada guijarro de la pista lo hacía traquetear, y cada traqueteo daba lugar a una serie de crujidos en el armazón. Fueron ganando velocidad. La tripulación, súbitamente seria y profesional, hacía complicados ajustes en sus instrumentos. Las ruedas se elevaron del suelo. «¡Oh!», exclamó Muriel, y se volvió hacia Macon con la cara iluminada.

—Hemos despegado.

—¡Estoy volando!

Se elevaron —con cierto esfuerzo, le pareció a Macon— sobre los campos que rodeaban el aeropuerto, sobre una arboleda y un damero de casas. Aquí y allá se veían en los patios traseros algunas piscinas, como chinchetas de color azul claro. Muriel se acercaba tanto a la ventanilla que dejó en el cristal un círculo empañado. «¡Oh, mira!», le dijo a Macon, y luego dijo algo más que él no oyó. Los motores de este avión hacían un ruido fuerte y áspero, y la lata de Pepsi rodaba por el suelo con estrépito. Además, el piloto le estaba contando algo sobre su nevera al copiloto a voz en grito. «Me despierto en mitad de la noche», vociferaba, «y el maldito trasto está zumbando y retumbando...».

—¡Cómo disfrutaría Alexander con esto! —dijo Muriel.

Macon aún no había visto a Alexander disfrutar con algo, pero dijo sumisamente:

—Tendremos que traerle alguna vez.

—¡Tenemos que hacer muchísimos viajes! A Francia, a España, a Suiza...

—Bueno —dijo Macon—, está el pequeño detalle del dinero.

—Entonces, sólo América. California, Florida...

California y Florida también costaban dinero, pudo haber dicho Macon (y Florida ni siquiera figuraba en su guía), pero por el momento se dejó llevar por la forma de Muriel de ver las cosas. «¡Mira!», exclamó ella, señalando algo. Macon se inclinó al otro lado del pasillo para ver a qué se refería. El avión volaba tan bajo como si se guiase por las señales de carretera.

Macon vio un paisaje muy próximo de campos, bosques, tejados de casas. Se le ocurrió de repente que cada pequeño tejado ocultaba vidas reales. Bueno, por supuesto que lo había sabido, pero de pronto el hecho lo dejó pasmado. Vio lo reales que eran aquellas vidas para las personas que las vivían: lo intensas, íntimas y absorbentes que eran.

Se quedó mirando más allá de Muriel con la boca abierta. Lo que fuese que había querido mostrarle habría quedado ya muy atrás, pero él continuaba mirando por la ventanilla de ella.

* * *

Porter y los demás estaban hablando de dinero. O más bien Porter hablaba de dinero y los demás medio escuchaban. Porter hacía planes para la declaración de renta. Estaba interesado en una cosa que se llamaba «cadena de pollos».

—Funciona así —dijo—. Se invierte en pollitos ahora, antes de final de año. Se deduce el coste del pienso y demás. Luego se venden las gallinas ya crecidas en enero y se cobran las ganancias.

Rose, arrugando la frente, dijo:

—Pero los pollos son tan propensos a los catarros... o al moquillo, mejor dicho. Y, en diciembre y enero, aquí más bien hace frío.

—No estarían aquí en Baltimore, Rose. Vete a saber dónde estarían. No son unos pollos que vayas a ver siquiera. Son una manera de arreglárnoslas con los impuestos.

—No sé, no sé —dijo Charles—. No me gusta tener que ver con cosas que manejan otros. Tendría que creer a otras personas incluso en cuanto a la existencia misma de esos pollos.

—Lo que pasa es que no tenéis imaginación —dijo Porter.

Los cuatro estaban en pie alrededor de la mesa de juego de la galería, ayudando a Rose con el regalo de Navidad que ésta le preparaba a Liberty. Le había construido un anexo a la casa de muñecas de la niña: un garaje con unas habitaciones para invitados arriba. En el garaje reinaba un desorden muy convincente. Había astillas en miniatura esparcidas por el suelo, en el centro del cual se alzaba un montón de leños del tamaño de ramitas; una espiral de alambre forrado de verde hacía a la perfección las veces de manguera.

Ahora estaban trabajando en el piso de arriba. Rose rellenaba un

almohadón de sofá del tamaño de una aspirina. Charles cortaba papel de un muestrario para empapelar las paredes. Porter taladraba los agujeros para las barras de las cortinas. Apenas había espacio para maniobrar, de modo que Macon, que acababa de entrar con Edward, se quedó un poco más atrás y se limitó a mirar.

—Además —dijo Charles— los pollos no es que sean animales... no sé... con mucha clase. No me gustaría nada ir por ahí diciendo que soy un magnate de pollos.

—No tienes por qué mencionarlo siquiera —dijo Porter.

—Un magnate de ganado vacuno... Eso sería otra cosa, no me importaría. Lo de ganado vacuno suena mejor.

—No hay cadenas de ganado vacuno, Charles.

Macon cogió unas fotografías en color que estaban junto al muestrario de papeles pintados. En la primera se veía la ventana de una habitación que no reconoció; una ventana de marco blanco con contraventanas de celosía cerradas en la mitad inferior. La siguiente era un retrato de grupo. Cuatro personas —borrosas, desenfocadas— estaban de pie delante de un sofá. La mujer llevaba un delantal, los hombres trajes oscuros. Había algo de artificial en su postura. Estaban alineados con demasiada precisión: ninguno tocaba al de al lado.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Macon.

Rose echó una ojeada.

—Es la familia de la casa de muñecas de Liberty —dijo.

—Ah.

—Su madre me envió las fotos.

—¿Es una familia sólo de adultos? —preguntó él.

—Uno es un chico. Lo que pasa es que no se ve bien. Y otro es un abuelo o un mayordomo. June dice que Liberty le hace ir cambiando de papel.

Macon dejó las fotos en la mesa sin acabar de mirarlas. Se arrodilló para acariciar a Edward. «Una cadena de ganado», decía Charles, pensativo. De pronto Macon tuvo ganas de estar en casa de Muriel. Envolvió a Edward con los brazos e imaginó que olía el acre perfume de ella en lo hondo del pelo del animal.

* * *

Ah, él era sobre todo un hombre ordenado. Cuando estaba más contento era cuando todo seguía un curso regular. Tendía a comer los mismos platos y a ponerse la misma ropa una y otra vez; solía llevar sus trajes a la tintorería en un día fijo, y lo mismo con el pago de las facturas. La cajera que le atendía la primera vez que iba a un banco era la cajera a la que acudía siempre más, aunque resultase ser poco eficiente, aunque la cola de la cajera de al lado fuese más corta. En su vida no había lugar para una persona tan imprevisible como Muriel. Ni tan excesiva. Ni tan... bueno, desagradable, a veces.

Su juventud no era atractiva, sino perturbadora. Apenas se acordaba de Vietnam y no tenía ni idea de dónde estaba cuando mataron a Kennedy. Le hacía sentirse inquieto acerca de su propia edad, cosa que anteriormente no le había preocupado. Se dio cuenta de lo rígidamente que caminaba después de estar sentado mucho rato en una misma postura; de cómo cuidaba su espalda, siempre temeroso de que volviese a fallarle; de que siempre que hacían el amor, una vez era bastante.

Y ella hablaba tanto... casi sin parar, mientras que Macon era el tipo de hombre para el que el silencio es más dulce que la música. («¡Escucha! Están tocando mi canción», solía decir cuando Sarah apagaba la radio). Hablaba de coloretos, de formas de estirar el pelo, de la celulitis, de largos de falda, de la piel en invierno. Le interesaba la apariencia de las cosas, sólo la apariencia: los tonos de lápiz labial, los esmaltes de uñas, las máscaras faciales, las puntas de cabello partidas.

Una vez, uno de los días que ella estaba más atractiva, él le dijo que estaba muy guapa, y ella se aturulló tanto que tropezó en el bordillo de la acera. Le preguntó si era porque se había recogido el pelo hacia atrás; y si era el pelo en sí o la cinta; o más bien el color de la cinta, que había temido que fuese un poco demasiado chillón y que no combinase bien con su tono de piel. ¿Y no le parecía que su pelo no tenía remedio, disparándose de aquella manera

en cuanto hacía un poco de humedad? Hasta que Macon lamentó haber hecho el comentario. Bueno, no lo lamentó exactamente. Pero se sintió cansado. Agotado.

Y sin embargo, a veces, con sólo levantar la barbilla penetraba la mente de él como un filo cortante. Ciertas imágenes de ella en ciertos momentos fortuitos e insignificantes relampagueaban ante sus ojos: Muriel sentada a la mesa de su cocina, con los tobillos enroscados en los barrotes de la silla, rellenando el formulario de un concurso que regalaba un viaje a Hollywood con todos los gastos pagados. Muriel diciéndole a su espejo: «Parezco la ira de Dios», una especie de ritual de despedida. Muriel lavando los platos, con sus grandes guantes de goma rosa con uñas pintadas carmesí, levantando un plato jabonoso y pasándolo al agua de aclarar mientras cantaba a pleno pulmón una de sus canciones favoritas —*La guerra también es un infierno en el frente doméstico, o Me pregunto si a Dios le gusta la música country*. (Desde luego, a ella sí le gustaba esa música: las baladas largas y quejumbrosas sobre el pedregoso camino de la vida, las frías paredes grises de la cárcel, el corazón podrido y adulador de un hombre traicionero). Y Muriel junto a la ventana del hospital, como de hecho no la había visto nunca, con un fregasuelos en la mano, mirando llegar a los accidentados.

Entonces supo que lo que importaba era la trama de su vida; que, aunque no la amaba, amaba la sorpresa que había en ella, y también la sorpresa de sí mismo cuando estaba con ella. En el país extranjero que era la calle Singleton, él era una persona completamente diferente. A este hombre nunca le habían juzgado mezquino, nunca le habían acusado de frialdad; es más, se burlaban de él por ser tierno de corazón. Y era cualquier cosa menos ordenado.

* * *

—¿Por qué no vienes a comer a casa de mis padres el día de Navidad?
—le preguntó ella.

En aquel momento Macon estaba en la cocina de Muriel. Estaba agachado debajo del fregadero, cerrando una llave de paso. Por unos instantes no contestó. Luego, salió del rincón y dijo:

—¿A casa de tus padres?

—A comer, el día de Navidad.

—Pues no sé, la verdad...

—¡Venga, Macon, di que sí, por favor! Quiero que los conozcas. Mi madre se piensa que eres un invento mío. «Te lo has inventado», me dice. Ya sabes cómo es.

Sí, Macon lo sabía, al menos de segunda mano, y se imaginaba perfectamente cómo sería aquella comida. Como un terreno minado. Llena de indirectas disimuladas y de sentimientos heridos. El hecho era que no le apetecía verse involucrado.

De manera que, en vez de contestar, dirigió su atención hacia Alexander. Estaba intentando enseñarle a arreglar un grifo.

—Bueno —dijo—, ya has visto que he cerrado la llave de paso. ¿Por qué la he cerrado?

La única respuesta fue una mirada fija e inexpresiva. Esto había sido idea de Macon, no de Alexander. A Alexander lo habían apartado del televisor como si hubiese sido un saco de patatas, lo habían desplomado en una silla de la cocina, y le habían mandado que observase atentamente.

—Ay —dijo Muriel—. No estoy segura de que esto sea una buena idea. Es que no tiene mucha fuerza.

—Muriel, no hay que ser Tarzán para arreglar el grifo de la cocina.

—Bueno, no, pero no sé...

A veces Macon se preguntaba si las enfermedades de Alexander no estarían todas en la cabeza de Muriel.

—¿Por qué he cerrado la llave, Alexander? —preguntó.

Alexander dijo:

—Por qué.

—Dímelo tú.

—Dímelo *tú*.

—No, tú —dijo Macon con firmeza.

Hubo un par de momentos malos en los que pareció que Alexander iba a mantener aquella mirada fija eternamente. Estaba sentado en forma de C, con la barbilla en una mano y los ojos sin expresión. Las espinillas que asomaban de sus pantalones eran delgadas como palillos, y sus zapatos marrones de la escuela parecían muy grandes y pesados. Al final dijo:

—Para que el agua no se salga toda.

—Correcto.

Macon procuró no darle demasiada importancia a su victoria.

—Bien, pues este escape no es del caño sino de la manija —dijo—. Así que tenemos que desmontar la manija y cambiar la goma. Primero destornillas el tornillo de arriba. A ver cómo lo haces.

—¿Yo?

Macon asintió con la cabeza y le ofreció el destornillador.

—No quiero —dijo Alexander.

—Deja que sólo mire —sugirió Muriel.

—Si sólo mira no sabrá arreglar el de la bañera, y ése voy a pedirle que lo arregle sin mí.

Alexander tomó el destornillador con uno de aquellos gestos suyos menudos y tacaños que ocupaban un mínimo de espacio. Se deslizó de la silla y fue hasta el fregadero. Macon acercó otra silla y Alexander trepó a ella. Entonces el problema fue encajar el destornillador en la muesca del tornillo. Le llevó una eternidad. Tenía unos dedos diminutos, coronados por un cojincillo rosa sobre unas uñas penosamente mordidas. Se aplicó con concentración, y las gafas le resbalaron un poco nariz abajo. Solía respirar por la boca. Ahora, además, se estaba mordiendo la lengua y jadeaba ligeramente.

—Estupendo —dijo Macon cuando el destornillador se insertó por fin

en la ranura.

Pero a cada giro infinitesimal se resbalaba y había que volver a encajarlo. Macon tenía los músculos del estómago apretados. Muriel, por una vez, estaba callada, y el suyo era un silencio tenso y preocupado.

Entonces Macon dijo «¡Ah!». El tornillo se había aflojado lo suficiente como para que Alexander pudiese desenroscarlo con la mano. Esto lo logró con bastante facilidad. Incluso quitó el grifo sin que nadie se lo dijese.

—Muy bien —dijo Macon—. Va a resultar que tienes dotes naturales...

Muriel se relajó. Apoyándose hacia atrás en el tablero, dijo:

—Mis padres toman la cena de Navidad durante el día. Bueno, no a mediodía, pero tampoco por la noche, más bien a media tarde, aunque este año será un poco tarde porque tengo el turno de mañana en el Miau-Guau y...

—Mira, fíjate —le dijo Macon a Alexander—. ¿Ves esta porquería negra? Es la goma vieja, que está podrida. Así que la quitas. Vale. Aquí tenemos la goma nueva. La enrollas bien alrededor, incluso un poco más de lo necesario. A ver cómo la enrollas.

Alexander enrolló la fibra. Los dedos se le pusieron blancos con el esfuerzo.

Muriel dijo:

—Normalmente comemos ganso. Mi padre trae un ganso de Eastern Shore. O no te gusta el ganso. ¿Preferirías pavo? ¿O un pato? ¿Qué es lo que sueles comer, Macon?

Macon dijo: «Oh, bueno...» y Alexander acudió a salvarlo. Alexander, que había vuelto a colocar el grifo sin ayuda de nadie, se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Ahora qué?

—Ahora asegúrate de que el tornillo queda bien apretado.

Alexander reanudó sus forcejeos con el destornillador. Muriel dijo:

—A lo mejor prefieres un buen pedazo de carne. Sé que algunos hombres son así. Creen que lo de comer aves es un poco afeminado. ¿Tú también opinas así? ¡Puedes decírmelo! ¡No me molestaré! ¡Mi familia no se molestará!

—Ah, mmm, Muriel...

—Ahora qué —ordenó Alexander.

—Pues ahora volvemos a dar el agua y vemos el resultado del trabajo.

Macon se agachó debajo del fregadero y le enseñó dónde estaba la llave.

Alexander alargó el brazo y, dejando escapar un gruñido, la hizo girar. Qué curioso, pensó Macon, que los niños pequeños tuviesen todos ese mismo olor ligeramente vegetal, como un armario de cedro. Se levantó y abrió el grifo. Ya no había escape.

—¡Mira eso! —le dijo a Alexander—. Has resuelto el problema.

Alexander hizo esfuerzos para contener una sonrisa.

—¿Sabrás cómo hacerlo la próxima vez?

El niño asintió con la cabeza.

—Ahora cuando seas mayor —dijo Macon— podrás arreglarle los grifos a tu mujer.

La cara de Alexander se contorsionó de regocijo ante la idea.

—«Aparta, chata», le puedes decir. «Déjame hacer a mí».

Alexander dijo «¡pssh!» con la cara arrugada como una bolsita fruncida.

—«Deja que de esto se ocupe un hombre de pelo en pecho», le dirás.

—¡Pssh! ¡Pssh!

—¡Macon! ¿Vendrás a casa de mis padres, sí o no? —preguntó Muriel.

Parecía poco razonable decir que no. De un modo u otro, estaba ya involucrado.

Los padres de Muriel vivían en Timonium, en una urbanización llamada Foxhunt Acres. Muriel tuvo que indicarle el camino a Macon. Era el día de Navidad más frío que cualquiera de los dos recordaba, pero viajaban con las ventanillas un poco abiertas para que el pelo del perro no molestase a Alexander, que iba detrás. La radio estaba puesta en la sintonía de la emisora preferida de Muriel. Connie Francis cantaba *Baby's First Christmas*.

—¿Vas bien? —le preguntó Muriel a Alexander.

Alexander debió de asentir con la cabeza.

—¿Te notas algo de jadeo? ¿Quieres que abramos más las ventanillas?

—Que no.

—No, gracias —le corrigió ella.

Macon recordó que Sarah también solía hacer eso: darle a su hijo un cursillo acelerado de buenos modales siempre que iban a ver a su madre.

Muriel dijo:

—Una vez llevaba a Alexander en el coche... Yo iba haciendo recados para George... George, mi empresa... Y resulta que el día antes había tenido dos gatos en el coche y no me había acordado más, me había olvidado de pasar la aspiradora como hago siempre. Total, que de pronto me doy la vuelta y Alexander estaba echado en el asiento, K.O.

—Yo no estaba K.O. —dijo Alexander.

—Prácticamente.

—Sólo me había echado para no necesitar tanto aire.

—¿Lo ves? —le dijo Muriel a Macon.

Ahora estaban pasando por York Road, frente a talleres de reparación de vehículos y comercios de comidas para llevar, cerrados y tristes. Macon nunca había visto esa calle tan vacía. Adelantó a una camioneta y luego a un taxi; nada más. Unos manojos decorativos de ramas verdes colgaban, tiesos, sobre la entrada a un aparcamiento de coches usados.

—Pero se le podrían poner inyecciones —dijo Muriel.

—¿Inyecciones?

—Sí, para que no tuviese asma.

—Entonces, ¿por qué no se las ponen?

—Bueno, si Edward viniese a vivir con nosotros supongo que eso es lo que haríamos.

—¿Edward?

—Si viniese, digo. Si tú te quedases a vivir con nosotros de forma permanente y Edward también viniese.

—Ah —dijo Macon.

Brenda Lee cantaba *Voy a echarle el lazo a Santa Claus*. Muriel tarareaba la canción, meneando la cabeza alegremente a derecha e izquierda para llevar el compás.

—¿Tú crees que alguna vez pensarás en hacerlo? —le preguntó ella al final.

—¿En hacer qué? —dijo él, fingiendo que no sabía.

—¿Alguna vez pensarás en venir a vivir con nosotros?

—Ah... mmm...

—O nosotros podríamos irnos a vivir contigo —dijo ella—. Lo que tú prefirieses.

—¿Conmigo? Pero mi hermana y mis...

—Estoy hablando de tu casa.

—Ah. Mi casa.

Su casa se le apareció bailoteando en la imaginación; pequeña, oscura y abandonada, agazapada bajo los robles como una cabaña de leñador en un cuento de hadas. Muriel le miró a la cara y dijo, deprisa:

—Lo entendería muy bien si no quisieras volver allí.

—No es eso —dijo él. Carraspeó y añadió—: Es simplemente que no he pensado mucho en la cuestión.

—¡Oh, lo comprendo!

—Al menos, hasta el momento.

—¡No tienes que dar explicaciones!

Le señaló dónde tenía que girar, y empezaron a descender por una carretera sinuosa. Las casas de comidas eran más escasas y más pobres. Había algunos árboles raquíticos, campos cubiertos de escarcha y, al final de una avenida, la silueta erizada de un pueblo entero de casas, como buzones de distinto tamaño.

Cada vez que el coche daba una sacudida, algo hacía ruido en el asiento de atrás. Era el regalo de Navidad de Macon para Alexander, una caja llena de herramientas, pequeñas de tamaño pero auténticas, con sólidos mangos de madera. Macon había buscado cada herramienta una por una. Las había ordenado y vuelto a ordenar en sus departamentos al menos una docena de veces, como un avaro que cuenta su dinero.

Pasaron al lado de un segmento de valla en zigzag que estaba desintegrándose de vieja.

—Y tu familia, ¿qué hace hoy? —dijo Muriel.

—Ah, nada de particular.

—¿Celebran una gran comida de Navidad?

—No, Rose ha ido a casa de Julian. Y Charles y Porter, no sé, me parece que dijeron algo de calafatear la bañera del segundo piso.

—¡Ay, los pobres! Hubieran debido venir con nosotros a casa de mis padres.

Macon sonrió al imaginárselo.

Dobló donde ella le indicó y entraron en un prado punteado por casas. Todas estaban construidas según el mismo plan: eran de ladrillo, con planchas de aluminio en la parte del piso superior. Las calles llevaban nombres de árboles que brillaban por su ausencia: Vereda del Abedul, Plaza de los Olmos, Camino de la Flor de Manzano. Muriel le hizo doblar a la derecha para meterse en el Camino de la Flor de Manzano. Macon paró el coche detrás de una combinable. Una chica salió corriendo de la casa, una adolescente fornida y bonita que llevaba tejanos y una cola de caballo largo y rubia.

—¡Claire! —gritó Alexander, rebotando en su asiento.

—Es mi hermana —le dijo Muriel a Macon.

—Ah.

—¿La encuentras guapa?

—Sí, es muy guapa.

Claire había abierto ya la puerta del coche y estaba cogiendo en brazos a Alexander. «¿Cómo está mi novio?», le preguntaba. «¿Qué te ha traído Papa Noel?». Era tan distinta de Muriel que nadie hubiese dicho que eran hermanas. Tenía la cara casi cuadrada, una piel dorada, y según las modas actuales, pesaba cinco o seis kilos de más. Después de dejar a Alexander en el suelo, se metió las manos con gesto torpe en los bolsillos traseros de sus tejanos.

—Bueno... —les dijo a Macon y Muriel—. Felices Navidades y todo eso.

—Mira —dijo Muriel, exhibiendo un reloj de pulsera—. Mira lo que me ha regalado Macon.

—Y tú, ¿qué le has regalado?

—Un llavero de una tienda de segunda mano. Antiguo.

—Ah.

Con la llave de su casa, había olvidado decir Muriel.

Macon sacó diversos artículos del portaequipajes —los regalos de Muriel para su familia, su propio regalo para la dueña de la casa— y Alexander cogió su caja de herramientas del asiento de atrás. Cruzaron el patio delantero siguiendo a Claire. Al andar, Muriel se palpaba el cabello nerviosamente.

—¡Verás lo que papá le ha regalado a mamá! —le dijo Claire—. Un horno microondas. Ella dice que le tiene terror. «Seguro que cojo las radiaciones», dice. Nos tememos que no vaya a usarlo.

Una mujer menuda, delgada y anodina que llevaba un traje pantalón azul turquesa mantuvo la puerta abierta para que entrasen.

—Mamá, éste es Macon —dijo Muriel—. Macon, ésta es mi madre.

La señora Dugan lo examinó detenidamente, frunciendo los labios. Unas arrugas irradiaban de las comisuras de su boca, como bigotes de gato.

—Mucho gusto —dijo por fin.

—Feliz Navidad, señora Dugan —dijo Macon, y le entregó su regalo: una botella de licor de arándanos con una cinta atada alrededor. Ella examinó también el regalo.

—Pon el resto de las cosas ahí mismo, bajo el árbol —le dijo Muriel a Macon—. Mamá, ¿no le dices hola a tu nieto?

La señora Dugan echó un rápido vistazo a Alexander. Él no debía haber esperado nada más; se dirigía ya hacia el árbol de Navidad. Bajo él había una serie de objetos heterogéneos: un detector de humos, un taladro eléctrico, un espejo para maquillarse rodeado de bombillas... Macon dejó los paquetes de Muriel junto a lo demás, y entonces se quitó el abrigo y lo colocó, doblado, en el brazo de un sofá de raso blanco. Un tercio de dicho sofá estaba ocupado por el horno microondas, todavía airosamente decorado con un gran lazo rojo.

—Mirad mi nuevo microondas —dijo la señora Dugan—. Si no es lo más raro que he visto en mi vida...

Quitó un papel estrujado de una butaca y se la señaló a Macon para que se sentase.

—Hay algo que huele pero que muy bien... —dijo él.

—Es ganso —le dijo ella—. Boyd fue y cazó uno.

Se sentó al lado del horno. Claire estaba sentada en el suelo con Alexander, y le ayudaba a abrir un paquete. Muriel, aún con el abrigo puesto, buscaba con la vista en un estante de libros.

—Mamá... —dijo—. No, nada, ya lo he encontrado. —Se acercó a Macon con un álbum de fotos del tipo moderno, con páginas de plástico transparente—. Mira —le dijo, sentándose en el brazo de su butaca—. Fotos de cuando yo era pequeña.

—Por qué no te quitas el abrigo y te quedas un rato —le dijo la señora Dugan.

—Yo a los seis meses. Yo en mi cochecito. Yo con el primer pastel de cumpleaños.

Eran fotos en color, brillantes, con los rojos un poco demasiado azulados. (Las fotos de niño del propio Macon eran en blanco y negro; era lo que se encontraba por lo general en aquellos tiempos). En todas se veía a una niña rubia, gordinflona y reidora, casi siempre con peinados coquetos: con una colita encima de la cabeza, o con dos coletas tan altas que parecían orejas de cachorro.

Al principio las etapas de su vida transcurrían despacio —le tomaba tres páginas enteras aprender a andar—, pero luego se aceleraban. «Yo a los dos años». «A los cinco». «A los siete y medio». La rubia regordeta se volvía delgada, morena y seria, y luego desaparecía del todo para ser reemplazada por la criatura Claire.

Muriel dijo: «En fin...», y cerró el álbum de golpe cuando iban por la mitad. «Espera», le dijo Macon. Tuvo un deseo apremiante de verla en su época peor, más estafalaria, alternando con bandas de chicos motorizados.

Pero cuando le cogió el álbum de las manos y buscó las últimas páginas, estaban en blanco.

El señor Dugan —un hombre rubio y pecoso que llevaba una camisa de franela a cuadros— entró con aire distraído, le alargó a Macon una mano callosa y luego volvió a salir, musitando algo acerca del sótano.

—Está nervioso por las cañerías —explicó la señora Dugan—. Anoche las temperaturas fueron bajo cero, ¿lo sabíais? Tiene miedo de que se hielan las cañerías.

—Ah, ¿puedo ayudar? —preguntó Macon, animándose.

—No, usted quédese sentado donde está, señor Leary.

—Macon —dijo él.

—Macon. Y usted puede llamarme Mamá Dugan.

—Emm...

—Me dice Muriel que está usted separado, Macon.

—Pues sí, lo estoy.

—¿Cree que esto va a cuajar?

—¿Cómo?

—Quiero decir que no le estará dando a esta niña gato por liebre, ¿verdad?

—Mamá, basta —dijo Muriel.

—Bueno, no tendría que preguntarlo. Muriel, si tú por tu parte hubieras mostrado tener sólo un poco de sentido común. Pero hay que reconocer que no tienes un historial muy brillante que digamos.

—Es sólo que está preocupada por mí —le dijo Muriel a Macon.

—Claro, claro —dijo él.

—Esta chica tenía apenas trece años cuando de pronto, como una plaga de langostas, aparecieron unos chicos que no eran nada de fiar. No he dormido tranquila desde entonces.

—Pues no sé por qué —le dijo Muriel—. De eso hace años y años.

—En cuando nos dábamos media vuelta, había desaparecido para irse al Surf & Surf o al Torch Club o al Hi-Times en la carretera 40.

—Mamá, por favor, ¿quieres abrir el regalo tuyo y de papá?

—Ah, ¿nos has traído un regalo?

Muriel fue a buscarlo debajo del árbol, donde Claire estaba sentada al lado de Alexander, ayudándole a montar unas figuritas de cartulina. «Ésta va sobre lo verde. Ésta va en lo azul», le decía. Alexander, a su lado, estaba inquieto, impaciente por hacerlo él mismo.

—Claire fue la que le escogió ese juego —dijo la señora Dugan, cogiendo el paquete que le tendía Muriel—. Yo, personalmente, lo encontraba demasiado avanzado.

—No lo es —dijo Muriel (aunque ni siquiera le había echado una ojeada). Volvió a la butaca de Macon—. Alexander es más listo que el hambre. Lo aprenderá en seguida.

—Nadie ha dicho que no fuese listo, Muriel. No te ofendas cada vez que alguien abre la boca.

—¿Por qué no abres el regalo?

Pero la señora Dugan procedió a hacerlo a su propio ritmo. Quitó la cinta y la metió en una caja de la mesa del café. «Tu padre tiene un poco de dinero para ti como regalo», le dijo a Muriel. «Recuérdaselo antes de irte». Examinó el papel de envolver.

—¡Fijaos en esto! Está lleno de dibujos de Rodolfo el Reno, y para las narices rojas han usado hojas de aluminio de verdad. No sé por qué no podías usar un simple papel de seda como hago yo.

—Quería que fuese un envoltorio especial —le dijo Muriel.

La señora Dugan quitó el papel, lo dobló y lo dejó aparte. Su regalo era algo en un marco dorado. «Vaya, qué bonito», dijo por fin. Lo encaró hacia Macon. Era una fotografía de Muriel y Alexander, un retrato de estudio en tonos pastel esfumados, con una iluminación tan uniforme que parecía no proceder de sitio alguno. Muriel estaba sentada y Alexander estaba de pie, a su lado, apoyando delicadamente una mano en el hombro de ella. Ninguno de los dos sonreía. Parecían cautelosos y vacilantes, y también muy solos.

—Es preciosa —dijo Macon.

La señora Dugan emitió un gruñido e, inclinándose hacia adelante, dejó la foto al lado de la caja de las cintas.

* * *

La cena fue asunto laborioso. Todos se aplicaron a la tarea de cortar y comer los diversos alimentos: ganso, salsa de arándanos, patatas preparadas de dos maneras, y tres clases de legumbres. El señor Dugan guardó un silencio espectral, a pesar de que Macon, para iniciar la conversación, le lanzase varios comentarios sobre la instalación de cañerías del sótano. Muriel se dedicó a Alexander.

—Ese relleno lleva pan, Alexander. Devuélvelo ahora mismo a la fuente. ¿Quieres que te empiece la alergia? Y tampoco me fiaría de la salsa.

—Por el amor de Dios, déjalo tranquilo —dijo la señora Dugan.

—No dirías eso si fueses tú la que no pudieses dormir por la noche atendiéndole cuando tiene la comezón.

—Seguro que la mitad de las veces le provocas tú misma la urticaria hablando tanto de ella —dijo la señora Dugan.

—Eso demuestra lo mucho que sabes del asunto.

Macon tuvo de pronto la impresión de estar desplazado. ¿Qué diría Sarah si lo viese aquí? Imaginó su expresión divertida e irónica. Rose y sus hermanos estarían simplemente perplejos. Julian diría: «¡Ja! *El turista accidental en Timonium*».

La señora Dugan sirvió tres clases distintas de tarta, mientras Claire se afanaba alrededor de la mesa, cafetera en mano. Encima de los tejanos se había puesto una falda tirolesa bordada, el regalo de Muriel, comprado la semana anterior en el mercadillo de Value Village. A Macon las capas superpuestas de ropa le recordaban algún vestido folklórico.

—¿Y el licor? —le preguntó a su madre—. ¿Sirvo el licor que ha traído Macon?

—A lo mejor prefiere que le llames señor Leary, cariño.

—No, por favor, Macon —dijo él.

Suponía que su edad había sido tema de extensas discusiones. Sí, no cabía duda: Era demasiado viejo, era demasiado alto, iba demasiado bien vestido con su traje y su corbata.

La señora Dugan dijo que el licor era de lo mejorcito que había bebido nunca. Macon, por su parte, le encontró un gusto parecido al de la mezcla con flúor que usaba su dentista para limpiarle los dientes. Había imaginado algo diferente.

—Bueno —dijo el señor Dugan—, estas bebidas dulzonas y de colores bonitos están muy bien para las damas, pero yo personalmente prefiero un poco de whisky. ¿Tú no, Macon?

Se levantó y volvió con un quinto de Jack Daniel's y dos vasos pequeños. El mero peso de la botella en la mano pareció destrabarle la lengua.

—¡Vaya, vaya! —dijo, tomando asiento—. ¿Y qué es lo que conduces actualmente, Macon?

—¿Lo que...? Ah, mmm, un Toyota.

El señor Dugan frunció el ceño. Claire soltó una risita.

—Papá odia y desprecia los coches extranjeros —le dijo a Macon.

—Qué pasa, ¿no crees en los productos americanos? —le preguntó el señor Dugan.

—Bueno, de hecho...

De hecho su mujer conducía un Ford, había estado a punto de decir, pero cambió de idea. Tomó el vaso que le tendía el señor Dugan y dijo:

—Una vez tuve un Rambler.

—Tienes que probar un Chevy, Macon. Tienes que venir un día a la agencia para que te enseñe un Chevy. ¿Qué prefieres? ¿Tamaño familiar? ¿Berlina?

—Pues berlina, supongo, pero...

—Una cosa te diré: de ninguna manera lograrás que te venda un utilitario. Ni que me lo pidieras por favor, ni que te pusieras de rodillas, nunca te vendería una de esas trampas mortales que a la gente le da por comprar hoy en día. A mis clientes les digo: «¿Creen que no tengo principios? Están delante de un hombre con principios», les digo, y también les digo, «Si quieren un utilitario, mejor que vayan a la agencia de Ed Mackenzie. Él les venderá uno sin pensarlo dos veces. ¿A él que más le da? Pero yo soy un hombre de principios». ¡Pero si aquí Muriel por poco pierde la vida en uno de esos trastos!

—Anda, papá, que no —dijo Muriel.

—Estuvo más cerca de matarse de lo que yo me quiero acercar nunca.

—No me hice ni un rasguño.

—El coche quedó como una lata de sardinas abollada.

—Lo peor que me hice fue una carrera en la media.

—Un día que Muriel tenía el coche averiado —le contó el señor Dugan a Macon—, el doctor Kane, del Miau-Guau, se ofreció a llevarla, y una idiota fue y se les cruzó por delante. Verás, esta mujer estaba girando a la izquierda y...

—Déjame contarlo a mí —dijo la señora Dugan. Se inclinó hacia Macon, agarrando su copa de licor—. Yo acababa de llegar del colmado, cargada con algunas cosas para las comidas que Claire se lleva al colegio. Esa

niña come más que algunos hombres hechos y derechos que conozco. Lllaman al teléfono. Lo dejo todo y voy a cogerlo. Una voz de hombre pregunta: «¿La señora Dugan?». Digo: «Sí». El hombre dice: «Señora Dugan, es de parte de la policía urbana de Baltimore y la llamo acerca de su hija Muriel». Yo pensé: «Ay, Dios mío». En seguida me cogieron palpitaciones y tuve que sentarme. Aún llevaba el abrigo puesto, y el pañuelo impermeable en la cabeza, así que ni siquiera oía demasiado bien, pero estaba tan aturdida que ni se me ocurrió quitármelo. Era uno de esos días de lluvia que parece que alguien te esté echando cubos de agua encima a propósito. Pensé: «Ay, Dios mío, qué habrá hecho Muriel ahora...».

—Lillian, te estás apartando del tema —la interrumpió el señor Dugan.

—¿Cómo que me estoy apartando? Le estoy contando el accidente de Muriel.

—Pero no quiere oír cada pequeño detalle, quiere saber por qué no le interesa comprar un utilitario. La señora giró a la izquierda justo delante del coche del Dr. Kane —le dijo el señor Dugan a Macon— y a él no le quedó más remedio que estrellarse contra ella. Él tenía preferencia. ¿Quieres saber lo que pasó? Su cochecito quedó hecho polvo. Era un Pinto diminuto. El Chrysler grande de la señora apenas se abolló el parachoques. Ahora dime si todavía quieres un utilitario.

—Pero yo no he di...

—Y además, el doctor Kane nunca volvió a ofrecerse a llevarla en coche a casa, ni después de comprarse uno nuevo —dijo la señora Dugan.

—Bueno, no vivo precisamente en su barrio, mamá.

—Es soltero —le dijo la señora Dugan a Macon—. ¿Lo conoces? Muy guapo, según Muriel. El primer día de trabajo me dice: «Adivina qué, mamá». Me llamó por teléfono. «Adivina qué, mi jefe está soltero y es guapísimo, un hombre de carrera, las otras chicas me han dicho que ni siquiera tiene novia». Luego se ofrece aquella vez a llevarla a casa, y van y tienen un accidente y no vuelve a ofrecerse más. Incluso después de decirle ella que algunos días no tiene el coche, no vuelve a ofrecerse más.

—Vive en Towson, vive lejísimos —dijo Muriel.

—Yo creo que se debe pensar que eres gafe.

—¡El vive hacia el norte, en Towson, y yo vivo en la calle Singleton!
¿Qué otra cosa iba a hacer?

—El coche que se compró es un Mercedes deportivo —intercaló Claire.

—Bueno, los deportivos... —dijo el señor Dugan—. De esos mejor no hablar.

—¿Puedo levantarme de la mesa? —dijo Alexander.

—Yo tenía muchas esperanzas puestas en el doctor Kane —dijo la señora Dugan con tristeza.

—Oh, basta ya, mamá.

—¡Y tú también! ¡Tú lo dijiste!

—Por qué no te callas y te tomas el licor.

La señora Dugan negó con la cabeza, pero bebió otro sorbo.

* * *

Se marcharon a media tarde, cuando la última luz diurna se había desvanecido y el aire parecía cristalizado de frío. Claire, desde el umbral de la puerta, voceaba: «¡Volved pronto! ¡Gracias por la falda! ¡Feliz Navidad!». La señora Dugan, con un jersey echado encima de los hombros, tiritaba a su lado. El señor Dugan se limitó a levantar un brazo y desapareció, probablemente para inspeccionar otra vez el sótano.

Ahora había más tráfico. Los faros brillaban con luz difusa, como pequeños tizones blancos. La radio había abandonado ya por este año los temas navideños; ahora se oía la canción *Me lastimo con los trozos de tu corazón roto*; y el traqueteo de la caja de herramientas en el asiento de atrás era un ruido que hacía compañía.

—Macon, ¿estás enfadado? —preguntó Muriel.

—¿Enfadado?

—¿Estás enfadado conmigo?

—Pues no...

Ella se volvió para mirar a Alexander y no dijo nada más.

Era de noche cuando llegaron a la calle Singleton. Las gemelas Butler, embutidas en chaquetones idénticos de color lila, estaban hablando con dos chicos en la acera. Macon aparcó y abrió la puerta de atrás para sacar a Alexander, que se había quedado dormido con la barbilla contra el pecho. Lo cogió en brazos y lo transportó al interior de la casa.

En la sala de estar, Muriel depositó sus propias cargas —la caja de herramientas, el juego nuevo de Alexander y un pastel que la señora Dugan había insistido en darles— y siguió a Macon escaleras arriba. Macon subió de lado para que los pies de Alexander no chocasen contra la pared. Entraron en el dormitorio pequeño y Macon dejó a Alexander en la cama.

—Sé lo que debes estar pensando —dijo Muriel, quitándole los zapatos a Alexander—. Estás pensando: «Ah, ahora lo veo, ésta Muriel andaba a la mira de cualquiera que llevase pantalones». A que sí.

Macon no contestó. (Le preocupaba que pudiese despertar a Alexander).

—¡Sé lo que estás pensando!

Muriel arrojó a Alexander, apagó la luz, y los dos volvieron a bajar las escaleras.

—Pero no fue así, te lo juro —dijo ella—. Bueno, claro, como era soltero, sí pensé en la posibilidad. ¿Para qué nos vamos a engañar? Estoy sola, con un niño. Voy detrás de cada centavo. ¡Claro que pensé en esa posibilidad!

—Pues claro —dijo Macon apaciblemente.

—Pero no fue como lo pintaba mi madre —le dijo Muriel.

Entró taconeando detrás de él en la sala de estar. Cuando él se sentó en el sofá, ella se sentó a su lado, aún con el abrigo puesto.

—¿Vas a quedarte? —preguntó.

—Si no tienes demasiado sueño.

En vez de contestar, Muriel echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el asiento.

—Quería decir si vas a romper conmigo, si quieres dejar de verme.

—¿Por qué iba a querer dejar de verte?

—Después de lo mala que me ha hecho parecer mi madre.

—No has parecido mala.

—¿No?

Cuando estaba cansada, la piel se le ponía tirante sobre los huesos de la cara. Se apretó las yemas de los dedos contra los párpados.

—Las Navidades pasadas —dijo Macon— fueron las primeras que pasamos sin Ethan. Fueron muy difíciles de pasar.

A menudo se encontraba a sí mismo hablándole de Ethan. Le hacía bien decir su nombre en voz alta.

—Ya no sabíamos cómo pasar unas Navidades sin niños —dijo—. Yo pensaba: «Bueno, después de todo, nos las arreglábamos antes de tenerle, ¿no?». Pero la verdad es que no recordaba cómo. Me parecía como si *siempre* lo hubiéramos tenido; es tan impensable, una vez tienes hijos, que no hayan existido siempre. Es curioso, me acuerdo de cuando era un chico, y me parece que de alguna manera Ethan estaba presente incluso entonces; sólo que aún no en forma visible, o algo así. Bueno, en fin. Decidí que lo que tenía que hacer era inundar a Sarah con regalos, y el día antes de Navidad fui a Hutzler's y compré montones de baratijas: elementos para organizar el interior de armarios y demás. Y Sarah se fue al otro extremo. No compró nada. Así que allí estábamos, cada uno de nosotros con la sensación de haberlo hecho mal, de haber actuado de forma poco apropiada, pero también pensando que el otro lo había hecho mal. No sé. Fue una navidad muy mala.

Le apartó a Muriel el pelo de la frente.

—Ésta ha sido mejor —añadió.

Ella abrió los ojos y se lo quedó mirando unos momentos. Luego se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y se lo tendió, tapándolo con la palma, como si fuera un secreto.

—Para ti —le dijo.

—¿Para mí?

—Quiero dártelo.

Era una foto sustraída del álbum familiar: Muriel a los dos o tres años, saliendo a gatas de una piscina de plástico.

Su intención, supuso Macon, era darle lo mejor de sí misma. Y así lo hacía, en efecto. Pero lo mejor de ella no era el peinado a lo Shirley Temple de aquella niña. Era su furia —la furia batallona— con la que salvaba obstáculos para ir hacia la cámara con la barbilla de través y los ojos hechos dos rajitas brillantes de resolución. Él le dio las gracias y dijo que la guardaría siempre.

En rigor habría que decir que ahora ya vivía con ella. Empezó a pasar todo el tiempo en su casa, a contribuir en el alquiler y las compras de comida. Guardaba los avíos de afeitarse en su cuarto de baño y apretujó su ropa en el armario, entre los vestidos de ella. Pero no hubo un momento en particular en el que hiciese el traslado. No, fue una cuestión gradual, día a día. Primero hubo aquellas largas vacaciones navideñas, cuando Alexander estaba solo en casa; así que, ¿por qué no iba a quedarse Macon con él después de pasar allí la noche? ¿Y por qué no ir a buscar su máquina de escribir y ponerse a trabajar en la mesa de la cocina? Y luego, ¿por qué no quedarse a cenar, y después a dormir?

Aunque si hubiese que poner una fecha, se podría decir que fue a vivir con ella la tarde que llevó a Edward. Acababa de llegar de un viaje de trabajo —una agotadora gira relámpago a cinco ciudades sureñas, en ninguna de las cuales hacía menos frío que en Baltimore— y se detuvo en casa de Rose para ver cómo estaban los animales. La gata estaba bien, dijo Rose. (Tuvo que hablar a gritos para hacerse oír por encima de los gañidos de Edward, que estaba loco de alegría y de alivio). La gata probablemente no se había percatado de la ausencia de Macon. Pero Edward, bueno... «Pasa muchos ratos sentado en el recibidor», le dijo, «mirando la puerta. Ladea la cabeza y se pone a esperar que vuelvas».

Eso lo decidió. Llevó a Edward consigo cuando regresó a la calle Singleton.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Muriel—. ¿Podríamos tenerlo aquí un par de días, a ver si Alexander lo tolera sin necesitar inyecciones?

—¡Sí que lo tolero! —exclamó Alexander—. Son los gatos los que me hacen mal, no los perros.

Muriel tenía sus dudas, pero dijo que se podía probar.

Mientras tanto, Edward se precipitaba como un loco por toda la casa, olfateando rincones y muebles. Después se sentó frente a Muriel y la miró

sonriente. A Macon le hizo pensar en un colegial enamorado de su profesora; todas sus fantasías se habían cumplido, aquí estaba por fin.

Durante las primeras horas intentaron mantenerlo separado en una parte de la casa, lo cual era imposible, claro. Se empeñaba en seguir a Macon dondequiera que fuese, y además se mostró en seguida muy curioso e interesado por Alexander. Como no tenía pelota, dejaba caer continuamente pequeños objetos a los pies del niño y luego retrocedía y le miraba la cara con expectación.

—Quiere jugar, quiere que lo lances para ir a buscarlo —explicó Macon.

Alexander recogió una caja de cerillas y la tiró, doblando el brazo hacia atrás con un gesto remilgado. Mientras Edward se lanzaba como un rayo tras la caja, Macon tomó nota mentalmente de que lo primero que haría a la mañana siguiente sería comprar una pelota para enseñarle a Alexander a tirar.

Alexander miró la tele y Edward dormitó a su lado, en el sofá, arrollado como un anacardo rubio, con una expresión bizca y feliz en el rostro. Alexander lo abrazó y hundió la cara en el cuello de Edward. «Ten cuidado», le dijo Macon. No tenía idea de qué haría si Alexander empezaba a resollar. Pero Alexander no resolló. A la hora de acostarse sólo tenía la nariz tapada, pero eso era habitual en él, de todos modos.

* * *

A Macon le gustaba pensar que Alexander no sabía que él y Muriel dormían juntos.

—Pero eso es absurdo —dijo Muriel—. ¿Dónde se imagina que pasas la noche? ¿En el sofá de la sala de estar?

—Quizá —dijo Macon—. Seguro que él tiene alguna explicación. O a lo mejor no. Lo único que digo es que no debemos restregarle los hechos por la cara. Que piense lo que quiera pensar.

De modo que, cada mañana, Macon se levantaba y se vestía antes de que Alexander se despertase. Empezaba a preparar el desayuno y entonces lo iba a llamar. «¡Las siete! ¡Hora de levantarse! Ve a llamar a tu madre, ¿quieres?».

Se enteró de que, anteriormente, Muriel se quedaba muchas veces en la cama mientras Alexander se despertaba solo y se preparaba para ir a la escuela. A veces salía de casa estando ella aún dormida. Esto a Macon le parecía vergonzoso. Ahora hacía un desayuno completo, e insistía en que Muriel se sentase a la mesa con ellos. Muriel sostenía que desayunar le sentaba mal al estómago. Alexander dijo que a él también le sentaba mal, pero Macon dijo que lo sentía muchísimo.

—El noventa y ocho por ciento de los alumnos que sacan sobresaliente comen huevos para desayunar —dijo (inventándoselo sobre la marcha)—. El noventa y nueve por ciento beben leche. —Se quitó el delantal y se sentó—. ¿Me escuchas, Alexander?

—Si bebo leche vomitaré.

—Eso son imaginaciones tuyas.

—¡Díselo, mamá!

—Vomita —dijo Muriel en tono lúgubre. Estaba sentada a la mesa con los hombros encorvados hacia adelante, envuelta en su bata larga de seda, la barbilla apoyada en una mano—. Tiene algo que ver con las enzimas —dijo. Bostezó. Su cabello, por fin con sólo restos de permanente, le caía por la espalda en ondas iguales, como las de una horquilla.

Alexander iba andando al colegio con Buddy y Sissy Ebbetts, dos niños más mayores, de aspecto forzudo, que vivían enfrente. Muriel o bien volvía a acostarse o se vestía y se marchaba a uno u otro de sus empleos, según el día de la semana que fuese. Entonces Macon lavaba los platos del desayuno y sacaba a pasear a Edward. No iban lejos; hacía demasiado frío. Las pocas personas con las que se cruzaban andaban aprisa, con pasos nerviosos, como personajes de una película muda.

Ahora conocían ya a Macon de vista, y se permitían rozarle la cara con los ojos al cruzarse —un gesto equivalente a una inclinación de cabeza—, pero no hablaban. Edward les hacía caso omiso. Si otros perros se le acercaban y lo husmeaban, él ni siquiera perdía el paso. El señor Marcusi, que solía estar descargando cajones frente al Colmado Marcusi, hacía una pausa para decir: «Vaya, hola, achaparradito. Eh, hola, cuba de manteca». Edward, indiferente a sus palabras, seguía andando con aire satisfecho. «Es el animal más raro que he visto», exclamaba el señor Marcusi, cuando Macon ya se

alejaba. «Parece algo que hubiesen dibujado mal». Macon siempre se reía.

Empezaba a encontrarse un poco más a gusto en este lugar. La calle Singleton todavía le ponía nervioso con su pobreza y su fealdad, pero ya no la encontraba tan peligrosa. Vio que los matones que se ponían frente al comercio de comidas para llevar eran chicos lastimosamente jóvenes y de aspecto desharrapado, con los labios agrietados, la escasa barba ineptamente afeitada, y un aire indeciso e informe alrededor de los ojos. Vio que, una vez los hombres se habían ido a trabajar, las mujeres aparecían llenas de buenas intenciones y barrían su trozo de acera, recogían latas de cerveza y bolsas de patatas, incluso se arremangaban para fregar las escaleras de la entrada en los días más fríos del año.

Pasaban niños correteando, como otros tantos papeles barridos por el viento —los mitones desaparejos, las narices moqueando—, y alguna mujer se apoyaba en la escoba y llamaba: «¡Tú! ¡Que te veo! ¡No te pienses que no sé que estás faltando a la escuela!». Pues Macon vio que esta calle estaba siempre volviendo a las andadas, siempre quedándose rezagada, resbalando hacia atrás, pero que estas mujeres la atrapaban justo a tiempo con sus voces penetrantes y sus recias mandíbulas.

Al volver a casa de Muriel, solía tomar una taza de café para entrar en calor. Después colocaba su máquina de escribir encima de la mesa de la cocina y se sentaba con sus apuntes y folletos. La ventana que había junto a la mesa tenía unas hojas de vidrio grandes y opacas que tableteaban cuando soplaba el viento. El ruido que hacían le recordaba el viajar en tren.

El aeropuerto de Atlanta debe de tener quince kilómetros de pasillos, tecléo, y entonces una ráfaga hizo temblar los cristales y tuvo una sensación extraña de movimiento, como si el resquebrajado suelo de linóleo se le escapase de debajo de los pies.

Llamaba por teléfono a hoteles, a moteles, a Cámaras de Comercio y a su agente de viajes, organizando viajes futuros. Anotaba todos los datos en la agenda que Julian le regalaba cada año por Navidad, y que era un producto de la Editora del Hombre de Negocios, con el lomo de alambre en espiral. Al final de la agenda había unos prácticos cuadros de consulta que le gustaba ojear.

La piedra preciosa astrológica correspondiente al mes de enero era el granate; la de febrero, la amatista. Una milla cuadrada equivalía a 2,59

kilómetros cuadrados. El regalo indicado para un primer aniversario de bodas era el papel. Ponderaba estos datos soñadoramente. Le parecía que el mundo estaba lleno de ecuaciones; que debía haber una respuesta para todo, si sólo uno supiera cómo formular las preguntas.

Luego ya era la hora de comer. Recogía el trabajo y se hacía un bocadillo o calentaba una lata de sopa, y dejaba que Edward corriese un poco en el diminuto patio de atrás. Después de eso le gustaba deambular por la casa haciendo algún apaño. ¡Había tantas cosas estropeadas! Y eran asunto de otros, no suyo, de modo que podía abordar la tarea alegremente.

Silbaba al explorar la profundidad de una grieta. Tarareaba al recorrer el sótano, meneando la cabeza ante el desorden reinante. Arriba encontró un escritorio de tres patas apoyado en una lata de tomates, y le dijo a Edward: «¡Escandaloso!» en tono de satisfacción.

Se le ocurrió pensar —mientras engrasaba un gozne, mientras ajustaba un picaporte— que era sorprendente lo poco que la casa reflejaba a Muriel. Debía de hacer seis o siete años que vivía aquí, pero aun así la casa tenía un aire de transitoriedad. Sus pertenencias parecían colocadas de prisa, superpuestas, no demasiado relacionadas con ella.

Esto fue una decepción, pues Macon tuvo conciencia, mientras trabajaba, de la intensa curiosidad que sentía por los vericuetos internos de ella. Al lijar un cajón, echó un vistazo lleno de mala conciencia a su contenido, pero sólo encontró chales con fleco y amarillentos guantes de tul de los años cuarenta; pistas de las vidas de otros, no de la de ella.

Pero ¿qué era lo que quería saber? Muriel era un libro abierto, se lo explicaría todo, le explicaba incluso cosas que se hubiese sentido más cómodo no sabiendo. Y tampoco intentaba ocultar su verdadera forma de ser, que por cierto distaba mucho de ser perfecta.

Resultó que tenía mal genio, una lengua afilada, y la tendencia a caer en rachas de aversión hacia sí misma de las que nadie podía sacarla durante horas. Con Alexander era inconsecuente hasta un extremo disparatado: un minuto agobiantemente protectora, y al siguiente brusca e informal.

Era obviamente inteligente, pero esto quedaba contrarrestado por ser también un caso global de superstición como Macon no había visto nunca. Apenas pasaba un día sin que le contase un sueño con todo detalle, para luego

escudriñarlo en busca de agujeros. (Un sueño en el que había visto unos barcos blancos en un mar color morado se hizo realidad, según ella, a la misma mañana siguiente, cuando un vendedor a domicilio llamó a su puerta llevando un jersey morado estampado de barquitos blancos. «¡Exactamente el mismo morado! ¡La misma forma de barco!». Macon simplemente se preguntó qué clase de vendedor iría vestido así).

Creía en los horóscopos, las cartas del tarot y las tablas Ouija. Su número mágico era el diecisiete. En una encarnación previa había sido diseñadora de modas, y juraba que podía recordar al menos una de sus muertes. («Creemos que ha fallecido», dijeron al médico cuando entró, y el médico se desenrolló la bufanda).

Era religiosa de una forma imprecisa, sin pertenecer a Iglesia alguna, y no tenía la menor duda de que Dios se ocupaba personalmente de ella, cosa irónica, pensaba Macon, teniendo en cuenta lo que había tenido que luchar para conseguir hasta lo más nimio.

Sabía todo esto y, sin embargo, cuando encontró un papel doblado encima del mármol de la cocina, lo desdobló y devoró los garabatos de ella como si de una extraña se tratase. *Pretzels. Pantis. Dentista, leyó. Lavandería - recoger ropa Sra. Arnold.*

No, eso no. Eso no.

Luego eran las tres y Alexander llegaba del colegio. Entraba con una llave que llevaba colgada de un cordón de zapato alrededor del cuello. «¿Macon?», llamaba dubitativo. «¿Estás ahí?». Le daban miedo los ladrones. Macon decía: «Sí, aquí estoy». Edward se levantaba de un salto y corría a buscar su pelota.

—¿Cómo te ha ido hoy? —le preguntaba siempre Macon.

—Ah, bien.

Pero Macon tenía la sensación de que a Alexander nunca le iba muy bien en el colegio. Salía de él con la cara más demacrada que nunca y las gafas llenas de huellas de dedos. A Macon le recordaba un deber escolar que se ha borrado y vuelto a escribir demasiadas veces. Su ropa, en cambio, estaba tan limpia como por la mañana, al marcharse.

¡Ay, esa ropa! Polos immaculados, con una discreta rayita marrón, a juego con pantalones marrones recogidos abultadamente alrededor de la cintura con un pesado cinturón de cuero. Relucientes zapatos marrones. Calcetines blancos como la nieve. ¿No jugaba nunca? ¿No hacían ya recreo los chicos?

Macon le daba la merienda: leche y galletas. (Por la tarde Alexander bebía leche sin protestar). Después lo ayudaba con los deberes. Eran de lo más sencillo: sumas de aritmética y preguntas sobre la lectura.

—¿Por qué necesitaba Joe los diez centavos? ¿Dónde estaba el papá de Joe?

—Mmmm... —decía Alexander. En las sienes le latían unas venitas azules.

No era un niño tonto pero era limitado, creía Macon. Limitado. Hasta sus andares eran restringidos. Hasta su sonrisa nunca osaba aventurarse más allá de dos fronteras invisibles que tenía en medio de la cara. Y no es que sonriese ahora. Estaba arrugando la frente, levantando los ojos temerosamente hacia Macon.

—Tómame el tiempo que quieras —le decía Macon—. No tenemos prisa.

—¡Pero no puedo! ¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Te acuerdas de Joe —decía Macon, paciente.

—¡Me parece que no!

A veces Macon persistía, a veces lo dejaba estar. Después de todo, Alexander se las había arreglado sin él hasta el momento, ¿no? Había en esto una especie de lujo muy peculiar: Alexander no era su propio hijo. Macon se sentía vinculado a él de muchas y muy sutiles maneras, pero no de aquella manera inseparable e inevitable en que había estado vinculado a Ethan. En el caso de Alexander, todavía podía retirarse, podía renunciar. «Bueno», podía decir, «mañana se lo consultas a la maestra». Y luego podía ponerse a pensar en otras cosas.

Vio que la diferencia estaba en que, en este caso, él no era el responsable. Era un gran alivio saberlo.

Cuando llegaba Muriel, traía consigo aire fresco, movimiento, animación.

—¡Pero qué frío! ¡Y qué viento! Dice la radio que esta noche estaremos a doce bajo cero. Edward, abajo ahora mismo. ¿Quién quiere tarta de limón para postre? Os explico lo que ha pasado: fui a hacerle las compras a la señora Quick. Primero tuve que comprar ropa interior para su hija, que se casa, luego la tuve que devolver toda porque la hija no la quería de tonos pastel sino blanca, y se lo había dicho muy claro a su madre, según ella... Y luego tuve que comprar los pasteles para la fiesta de las damas de honor, y cuando la señora Quick ve el de limón, dice: «¡Oh, no, de limón no! ¡Esta tarta tan pegajosa que siempre sabe a medicina, no!». Y yo le digo: «Señora Quick, no tiene usted derecho a decir eso. Ésta es una tarta de limón y merengue recién hecha, sin rastro de ingredientes artificiales...». Bueno, total, en resumidas cuentas, que me dijo que me la llevase yo para el niño. «Pues le diré, no creo que pueda comerla», dije yo. «Lo más seguro es que sea alérgico a ella». Pero la cogí.

Circulaba por la cocina haciendo la cena, que normalmente consistía e bandejas de comida ya preparada y verduras de lata. A veces las cosas no estaban donde ella las buscaba (cosa de Macon: no podía resistir la tentación de reorganizar), pero se adaptaba de buen humor. Mientras el tocino chisporroteaba en la sartén, solía telefonar a su madre y volvía a explicar todo lo que les acababa de explicar a Macon y Alexander. «Pero la hija la quería blanca y... ¡Oh, esa tarta de limón tan pegajosa, no!, me dice...».

Si la señora Dugan no podía ponerse al teléfono (lo cual sucedía con frecuencia), Muriel hablaba con Claire. Estaba claro que Claire tenía problemas en casa.

—¡Pero díselo! —le aconsejaba Muriel—. ¡Díselo! Diles que no piensas aguantarlo. —Apoyándose el receptor contra el hombro, abría un cajón y sacaba tenedores y cuchillos—. ¿Por qué tienen que saber hasta la menor cosa que hagas? *Da igual* que no estés haciendo nada malo, Claire. Diles: Tengo diecisiete años y ya no es asunto vuestro si estoy tramando algo o no. Soy prácticamente una mujer, diles eso.

Pero más tarde, si la señora Dugan se ponía por fin al teléfono, la propia Muriel hablaba como una niña.

—Mamá, ¿por qué no te podías poner? ¿No puedes decirle dos palabras

a tu hija sólo porque ponen tu canción favorita por la radio? ¿El *Tema de Lara* es más importante que tu carne y tu sangre?

Incluso después de colgar el teléfono, Muriel raramente fijaba su atención en la cena. A veces llegaba una amiga suya —una chica gorda llamada Bernice que trabajaba en la Compañía de Gas y Electricidad— y se quedaba a verlos cenar. O bien alguien del vecindario llamaba con los nudillos en la puerta de la cocina y entraba sin más ceremonias.

—Muriel, ¿tienes por casualidad un cupón para medias de presión? Tú que eres joven y delgadita no las vas a necesitar.

—Muriel, el sábado por la mañana tengo que ir al dentista. Si vas hacia el centro, ¿me puedes llevar?

Muriel era algo singular en esta calle —una mujer con coche propio— y se sabían de memoria el complicado convenio que tenía con el chico que hacía las reparaciones. Los domingos, cuando Dominick disponía del coche todo el día, nadie la molestaba; pero en cuanto llegaba el lunes, se formaba una cola petitoria.

—El medio me ha dicho que vaya a enseñarle el...

—Les prometí a los críos que les llevaría al...

Si Muriel no podía hacerles el favor, nunca se les ocurría pedirselo a Macon. Macon era todavía un forastero en el barrio; le lanzaban miradas rápidas pero fingían no percatarse de que estaba escuchando. Hasta Bernice era tímida con él, y evitaba emplear su nombre.

Para cuando anunciaran por televisión el número premiado en la lotería, todos se habrían ido. Macon había descubierto que lo que aquí importaba era eso: el horario de programas de la tele. El telediario podía dejar de verse pero el sorteo de la lotería, no; tampoco la *Revista de Actualidad* ni ninguno de los programas de variedades que la seguían. Alexander miraba estos programas pero Muriel no, aunque ella decía que sí. Se sentaba en el sofá, delante del televisor, y hablaba, o se pintaba las uñas, o leía algún artículo.

—¡Mira! «Cómo aumentar su Contorno de Pecho».

—Tú no necesitas aumentar el contorno de pecho —le dijo Macon.

—«Pestañas más largas y abundantes en sólo sesenta días».

—Tú no necesitas pestañas más largas.

Se sentía satisfecho con todo exactamente tal como era. Se encontraba como en suspenso, con la vida detenida.

Y más tarde, al sacar a Edward para dar el último paseo, le gustaba la atmósfera nocturna del barrio. En esta parte sur de la ciudad, el cielo estaba demasiado pálido para que hubiese estrellas; era un cielo opaco y nacarado. Los edificios eran formas oscuras y embozadas. De ellos escapaban unos sonidos amortiguados: música, disparos de rifle, relinchos de caballos. Macon levantó la vista a la ventana de Alexander y vio a Muriel desdoblado una manta, tan nítida y delicada como una silueta recortada en papel negro.

* * *

Un miércoles hubo una fuerte tormenta de nieve, que empezó por la mañana y continuó durante todo el día. La nieve caía en grumos que parecían mitones de lana blanca. Borró los restos de nieve sucia de tormentas anteriores, suavizó los duros ángulos de la calle y ocultó los cubos de basura bajo bóvedas algodonosas. Hasta las mujeres que cada hora barrían las escaleras frente a sus puertas se quedaban rezagadas, y al caer la tarde renunciaron a la tarea y se metieron dentro. Toda la noche la ciudad despidió una difusa luz lila. Estaba completamente silenciosa.

A la mañana siguiente, Macon se despertó tarde. El lado de la cama que ocupaba Muriel estaba vacío, pero su radio aún estaba encendida. Un locutor de voz cansina leía la lista de vuelos y recorridos de tren cancelados. Las escuelas estaban cerradas, las fábricas también. Comidas sobre Ruedas no trabajaba.

Macon quedó impresionado por el número de actividades que la gente había planeado para un solo día: los almuerzos, las conferencias, los mítines de protesta... ¡Qué energía, qué ánimos! Casi se sintió orgulloso, aunque él no había pensado asistir a ninguno de esos actos.

Después se dio cuenta de que se oían voces abajo. Alexander debía de estar levantado y aquí estaba él, atrapado en el dormitorio de Muriel.

Se vistió con sigilo, asegurándose de que no había moros en la costa antes de cruzar hacia el cuarto de baño. Procuró no hacer crujir los tablones al bajar las escaleras. La sala de estar estaba inusualmente iluminada, pues reflejaba la nieve del exterior. El sofá estaba abierto, y era un amasijo de sábanas y mantas; Claire había dormido en la casa las últimas noches. Macon siguió las voces hasta entrar en la cocina. Encontró a Alexander comiendo tortitas, a Claire en la cocina haciendo más, y a Muriel encogida sobre su taza de café con su habitual morriña matutina. Junto a la puerta trasera estaba Bernice, de pie, envuelta en unas enormes mantas escocesas, chorreando nieve.

—Así que —le estaba diciendo Claire a Bernice—, mi madre me preguntó: «Claire, ¿quién era ese chico que te acompañó hasta casa?», y yo le dije: «No era ningún chico, era mi amiga Josie Tapp que ahora lleva el pelo cortado a lo punk», y mamá dice: «¿Y pretendes que me crea un cuento semejante?». Entonces yo dije: «¡Basta! ¡Ya estoy cansada de todo esto! ¡Interrogatorios! ¡Toques de queda! ¡Sospechas!». Salí de casa y cogí el autobús hasta aquí.

—Es sólo que tienen miedo de que acabes como Muriel.

—¡Pero Josie Tapp! Quiero decir... ¡por favor!

Hubo un movimiento general de rotación en dirección a Macon. Claire dijo:

—Ey, hola Macon. ¿Quieres tortitas?

—Sólo un vaso de leche, gracias.

—Están calientes y muy ricas.

—Macon cree que comer azúcar con el estómago vacío produce úlceras —dijo Muriel, y envolvió su taza con las dos manos.

—Pues no seré yo la que diga que no —dijo Bernice, y cruzó la cocina para cogerse una silla.

A cada paso que daba, las botas dejaban rastros de nieve. Edward fue tras ella, lamiendo las huellas.

—Tú y yo tenemos que hacer un muñeco de nieve —le dijo Bernice a Alexander—. Debe haber más de un metro de nieve ahí fuera.

—¿Han despejado las calles? —preguntó Macon.

—¿Lo dices en serio?

—Ni siquiera han podido traer el periódico —le dijo Alexander—. Edward se está volviendo loco porque no sabe dónde está.

—Y hay coches abandonados por toda la ciudad. La radio dice que nadie va a ningún sitio.

Pero apenas había terminado Bernice de hablar, cuando Edward giró hacia la puerta trasera y empezó a ladrar. Fuera se vislumbraba una sombra.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Bernice.

Muriel golpeó el suelo con la punta del pie y Edward se echó pero siguió ladrando. Macon abrió la puerta y se encontró cara a cara con su hermano Charles, que tenía un aspecto inusualmente rudo a causa de la gorra con visera y orejeras que llevaba puestas.

—¡Charles! —dijo Macon—. ¿Qué haces aquí?

Charles entró en la cocina, trayendo consigo el olor fresco y alegre de nieve recién caída. Los gañidos de Edward se convirtieron en gimoteos de bienvenida.

—He venido a recogerte —dijo Charles—. Por teléfono no he podido comunicarme contigo.

—¿A recogerme para qué?

—Llamó Garner Bolt, tu vecino, y nos dijo que en tu casa ha reventado algo, las cañerías seguramente, y hay agua por todas partes. He estado llamándote desde primera hora de la mañana, pero el teléfono siempre comunica.

—Eso ha sido cosa mía —dijo Claire, dejando sobre la mesa una fuente llena de tortitas—. Descolgué el teléfono para que mis padres no me llamasen

para regañarme.

—Ésta es Claire, la hermana de Muriel —dijo Macon—. Y éste es Alexander, y Bernice Tilghman. Mi hermano Charles.

Charles parecía estar perplejo.

Bien pensado, éste no era un grupo fácil de clasificar. Claire tenía el aire de mescolanza habitual en ella; llevaba un albornoz estampado con rositas encima de unos tejanos descoloridos y botas con fleco, de estilo indígena, atadas hasta la rodilla. Bernice parecía un trabajador forestal. Alexander iba pulcro y bien vestido, y Muriel, con su provocativa bata de seda, estaba apenas decente. Además, la cocina era tan pequeña que parecía que había más gente de la que en realidad había. Y Claire agitaba una espátula, salpicando el aire de gotitas de aceite.

—¿Tortitas? —le preguntó a Charles—. ¿Jugo de naranja? ¿Café?

—No, gracias. De verdad, me tengo que mar...

—Seguro que quieres leche —dijo Muriel. Se levantó, acordándose, por suerte, de agarrarse la bata por delante—. Seguro que no quieres tomar azúcar con el estómago vacío.

—No, de verdad que...

—¡No es ninguna molestia! —estaba sacando el envase de cartón de la nevera—. Oye, ¿y cómo has llegado hasta aquí?

—He venido con el coche.

—Creía que no se podía circular por las calles.

—No están tan mal —dijo Charles, aceptando un vaso de leche—. Lo difícil ha sido encontrar la dirección. —Dirigiéndose a Macon, añadió—: La miré en el plano, pero está claro que me confundí.

—¿Qué dijo Garner exactamente, Charles? —preguntó Macon.

—Que vio correr agua por el interior de las ventanas de la sala de estar. Cuando miró por una ventana vio que goteaba del techo. Dijo que quizá hacía

semanas que estaba así. Ya sabes que por Navidad hubo una racha muy fría.

—Suenan feo, realmente.

Fue a buscar su abrigo al armario. Cuando volvió, Muriel decía:

—Ahora que ya no tienes el estómago vacío, Charles, ¿te gustaría probar las tortitas de Claire?

—Yo me he comido media docena —le dijo Bernice—. No me llaman Bernice la culona porque sí.

—Ah... pues... —dijo Charles, y le dirigió una mirada de socorro a Macon.

—Tenemos que irnos —dijo Macon a los otros—. Charles, ¿has dejado el coche en la parte de atrás?

—No, delante. Luego di la vuelta porque el timbre de la puerta no funcionaba.

Había en la voz de Charles una nota de reserva y desaprobación al decir esto, pero Macon se limitó a decir despreocupadamente: «¡Ah, sí! Esta casa es una ruina», y precedió a su hermano hasta la puerta delantera. Se sentía como alguien que demuestra lo bien que se lleva con los nativos.

Con cierta dificultad, empujaron la puerta hasta abrirla y resbalaron escaleras abajo. Los peldaños estaban ocultos bajo tanta nieve que ambos hombres cayeron prácticamente tan largos como eran, confiando en que la nieve les haría de colchón. El sol brillaba radiante. Se abrieron paso hasta la calle, produciéndole una aguda sensación de frescor que casi al instante se volvió dolorosa.

—Será mejor que cojamos los dos coches —le dijo a Charles.

—¿Por qué?

—Bueno, para que no tengas que venir luego hasta aquí.

—Pero si sólo cogemos uno, entonces uno de nosotros puede conducir y el otro empujar si nos quedamos atascados.

—Cojamos el mío, entonces.

—Pero el mío ya está limpio de nieve y con el camino despejado.

—Pero con el mío podría dejarte en casa y te ahorras el viaje de vuelta hasta aquí.

—Pero entonces mi coche se quedaría inmovilizado aquí, en la calle Singleton.

—Te lo podemos llevar cuando despejen las calles.

—¡Además, mi coche ya tiene el motor caliente! —dijo Charles.

¿Era así como habían sonado, todos estos años? Macon rió brevemente, pero Charles esperaba la respuesta con vehemencia.

—De acuerdo, cogeremos el tuyo —le dijo Macon. Subieron al Volkswagen de Charles.

Era cierto que había muchos coches abandonados. Estaban dispuestos sin orden ni concierto —blancos montículos sin rasgos distintivos encarados hacia aquí o hacia allá—, de manera que la calle parecía un río de barcos a la deriva. Charles se abría camino entre ellos diestramente. Iba a una velocidad lenta y uniforme, y hablaba de la boda de Rose.

—Le dijimos que abril era un mes demasiado incierto. Como quiere que la boda sea al aire libre, le dijimos que era mejor esperar. Pero Rose dijo que no, que correrá el riesgo. Está segura de que hará un tiempo espléndido.

Delante de ellos, un jeep cubierto de nieve, que era el único vehículo en marcha que hasta el momento habían encontrado, se apartó de pronto a un lado. Charles lo adelantó tranquilamente, formando un amplio arco.

—Y ¿dónde vivirán? —preguntó Macon.

—Pues en casa de Julian, supongo.

—¿En un edificio para solteros?

—No, ahora vive en otro sitio, en un piso cerca del Belvedere.

—Ya —dijo Macon.

Pero le costaba imaginarse a Rose en un piso, o, de hecho, en cualquier parte que no fuese la casa de sus abuelos, con sus molduras ovales y sus pesados cortinajes en las ventanas.

Por toda la ciudad, la gente estaba excavando salidas: cavaban túneles hacia sus coches aparcados, raspaban los parabrisas de nieve, traspaleaban nieve en las aceras... El ambiente era festivo; se saludaban con el brazo, se hablaban a gritos de una parte a otra. Un hombre, después de haber despejado no sólo un camino de acceso para sí sino también un trozo de la acera, estaba improvisando un zapateado sobre el cemento húmedo. Cuando vio pasar a Charles y a Macon, lo interrumpió para gritarles:

—¿Qué hacen, locos? ¿Van en coche en un día así?

—Debo decir que estás extraordinariamente tranquilo en vista de la situación —le dijo Charles a Macon.

—¿Qué situación?

—Lo de tu casa, quiero decir. El agua que cae del techo desde hace quién sabe cuánto tiempo.

—Ah, eso —dijo Macon.

Sí, hubo un tiempo en que una cosa así le hubiera perturbado mucho.

* * *

Habían llegado a la parte alta de Charles Street, despejada ya por las máquinas quitanieves. A Macon le llamó la atención lo espacioso del lugar: los edificios estaban a distancia unos de otros, y anchas zonas ajardinadas formaban declive entre ellos. Antes nunca se había percatado de ello. Se inclinó hacia adelante para mirar las calles laterales. Aún estaban completamente blancas. Y unas pocas manzanas más allá, cuando Charles giró para entrar en el vecindario de Macon, vieron a una chica con esquís.

Su casa tenía el mismo aspecto de siempre, aunque el color parecía un

poco sucio en contraste con la nieve. Sentados en el coche, la examinaron durante unos momentos, y luego Macon dijo: «Bueno, vamos allá», y salieron. Vieron las huellas que había dejado en la nieve Garner Bolt al cruzar el patio; vieron cómo formaban un festón allí donde se había detenido para mirar por la ventana. Pero en la acera no había huellas en absoluto, y a Macon le costó avanzar con sus zapatos de suela lisa.

En cuanto abrió la puerta, oyeron el agua. Un ruido de goteo imperturbable y uniforme llenaba la sala de estar, como en un invernadero en que se acabase de regar las plantas. Charles, que fue el primero en entrar, dijo: «Oh, Dios mío». Macon se paró en seco en el vestíbulo, detrás de él.

Por lo visto una cañería del piso de arriba (Macon se apostaba algo a que había sido una del pequeño y frío cuarto de baño junto a la antigua habitación de Ethan) se había congelado y había reventado, sólo Dios sabía cuánto tiempo atrás, y el agua había corrido hasta saturar el techo; entonces había empezado a traspasar el yeso. Estaba lloviendo en toda la habitación. Grumos de yeso habían caído encima de los muebles, ensuciándolos con manchas blanquecinas. Los tablones del suelo estaban salpicados de motas.

Cuando Macon pisó la alfombra, se notó chapotear. Se maravilló de lo minuciosa que había sido la destrucción; ni un solo detalle se había pasado por alto. Todos los ceniceros estaban llenos de escamas mojadas; todas las revistas, empapadas. De la tapicería se levantaba un olor a viejo.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó Charles con un hilo de voz.

Macon se sobrepuso.

—Pues cerrar la llave de paso, claro —dijo.

—¡Pero la sala de estar!

Macon no contestó. La sala de estar estaba... como correspondía, hubiese querido decir. Aún más apropiado hubiese sido que las aguas la hubiesen arrasado del todo. (Imaginó la casa bajo cuatro metros de agua, con una misteriosa transparencia, como un castillo en el fondo de una pecera).

Bajó al sótano a cerrar la llave de paso, y luego miró el lavadero. Estaba seco. Normalmente dejaba el grifo un poco abierto durante todo el invierno, para que el delgado chorro impidiese congelarse las cañerías; pero este año no

se había acordado y, por lo visto, tampoco se acordaron sus hermanos cuando vinieron a encender la caldera.

—Qué horror, pero qué horror —estaba diciendo Charles cuando Macon volvió del sótano. Pero ahora estaba en la cocina, donde no había ningún problema. Abría y cerraba las alacenas.

—Es terrible.

Macon no tenía idea de por qué seguía con la cantinela.

—Espera, voy a buscar mis botas y ya podremos marcharnos —dijo.

—¿Marcharnos?

Pensó que sus botas debían de estar en el armario. Fue escaleras arriba hasta el dormitorio. Aquí todo tenía un aspecto tan aburrido y tristón... El colchón con el saco de dormir, el polvoriento espejo, el periódico amarillento y quebradizo doblado encima de la mesita de noche. Se inclinó para buscar entre los objetos que había en el suelo del armario. Allí estaban sus botas, en efecto, junto con algunas perchas de alambre y una especie de librito o folleto. *Diario de un jardinero, 1976*. Lo hojeó. *Primer corte del césped esta primavera*, había escrito Sarah con su letra apretada. *La forsitia sigue en flor*. Macon cerró el diario, alisó la tapa y lo dejó a un lado.

Volvió a bajar con las botas en la mano. Charles había regresado a la sala de estar y estaba escurriendo cajones.

—Déjalos —dijo Macon—. Volverán a mojarse.

—¿Tu póliza de seguros cubrirá todo esto?

—Supongo.

—¿Cómo lo calificarán? ¿Daños por inundación? ¿Por mal tiempo?

—No lo sé. Anda, vámonos.

—Tendrías que llamar por teléfono al contratista, Macon. ¿Te acuerdas del que se ocupó del porche de casa?

—De todas formas, aquí no vive nadie —dijo Macon.

Charles, con un almohadón aún en la mano, se irguió.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Estás diciendo que vas a dejar esto tal como está?

—Probablemente.

—¿Todo empapado y estropeado? ¿Y sin hacer nada?

—Bueno, en fin... —dijo Macon, con un gesto de la mano—. Anda vamos, Charles.

Pero Charles se resistía, y seguía paseando la vista por la sala de estar.

—Es terrible. Hasta las cortinas chorrean agua. Sarah tendrá un disgusto tremendo.

—Estoy seguro de que no le quitará el sueño —dijo Macon.

Se detuvo un momento en el porche para ponerse las botas. Eran viejas y rígidas, de esas que se abrochan con cierres de metal. Embutió dentro los bajos mojados de los pantalones y se dirigió al coche precediendo a su hermano.

Una vez instalados en el coche, Charles no lo puso en marcha. Permaneció sentado, con las llaves en la mano, y miró a Macon con expresión seria.

—Creo que es hora de que hablemos —dijo.

—¿De qué?

—Me gustaría saber qué es lo que piensas que estás haciendo con la tal Muriel.

—¿Es así como la llamáis? ¿La tal Muriel?

—Nadie más quiere decírtelo —dijo Charles—. Opinan que no es asunto tuyo. Pero yo no puedo ver lo que pasa y quedarme callado, Macon. Tengo que decir lo que pienso. ¿Qué edad tienes... cuarenta y dos? ¿O ya cuarenta y tres? Y ella... Pero más importante que eso, no es tu tipo de mujer.

—¡Ni siquiera la conoces!

—Conozco el tipo.

—Charles, he de volver a casa.

Charles se quedó mirando las llaves que tenía en la mano. Entonces puso el coche en marcha y lo sacó a la calle, pero no dejó el tema.

—¡Es una especie de síntoma, Macon! Últimamente tú no eres tú mismo, y esta Muriel es un síntoma. Todo el mundo lo dice.

—Soy más yo mismo de lo que lo he sido en toda mi vida —le dijo Macon.

—¿Pero qué dices? ¡Lo que has dicho ni siquiera tiene sentido!

—¿Y quién es «todo el mundo», si puede saberse?

—Pues Porter, Rose, yo...

—Menudos expertos.

—Estamos preocupados por ti, Macon.

—¿Podríamos cambiar de tema?

—Tenía que decirte lo que pienso —dijo Charles.

—Bueno, de acuerdo. Ya me lo has dicho.

Pero Charles no parecía haber quedado satisfecho.

El coche avanzaba trabajosamente por la nieve a medio derretir, y del techo resbalaban cintas de agua limpia por el parabrisas. Una vez en la carretera, ganó velocidad.

—A tu pobre carrocería toda esa sal no le estará haciendo ningún bien —dijo Macon.

—Nunca te lo he dicho, pero en mi opinión se exagera mucho la importancia del sexo.

Macon lo miró.

—Ah, cuando era un adolescente me interesaba tanto como al que más —dijo Charles—. Quiero decir... siempre pensando en lo mismo y tal. Pero eso era sólo la *idea* del sexo, ¿sabes? De algún modo, la realidad fue menos... No es que esté en contra de él, pero no es lo que yo esperaba. Para empezar, es bastante pringoso. Y, además, el tiempo es un problema.

—El tiempo...

—Cuando hace frío es desagradable quitarse la ropa. Cuando hace calor lo dos estáis pegajosos. Y en Baltimore, siempre parece hacer o demasiado frío o demasiado calor.

—Quizá deberías pensar en cambiar de clima —dijo Macon. Estaba empezando a divertirse—. ¿Tú crees que alguien habrá hecho algún estudio? ¿Por ciudades? Quizá la Editorial del Hombre de Negocios podría publicar algún folleto informativo.

—Y además, a menudo lleva a tener niños —dijo Charles—. La verdad es que los niños nunca me han gustado mucho. Todo lo trastornan.

—Bueno, si ésa es la razón por la que has sacado el tema, no tienes por qué preocuparte —dijo Macon—. Muriel no puede tener más.

Charles tosió.

—Es bueno oírlo —dijo—, pero no es esa la razón por la que he sacado el tema. Lo que intentaba decirte es que no creo que el sexo sea lo suficientemente importante como para que uno eche a perder su vida a causa de él.

—¿Y qué? ¿Quién está echando a perder su vida?

—Macon, reconócelo. Ella no lo vale.

—Pero ¿tú cómo puedes saberlo?

—¿Me puedes decir una sola cosa singular sobre ella? Quiero decir... una cualidad verdaderamente especial, no algo sensiblero como «me comprende» o «me escucha».

Mira por las ventanas de los hospitales e imagina cómo nos verían los marcianos, tuvo ganas de decir Macon. Pero Charles no lo entendería, así que en lugar de eso dijo:

—Por si no te has dado cuenta, yo no soy precisamente una ganga. Soy, cómo te diría, mercancía averiada. Bien pensado, es a *ella* a quien tendrían que prevenir contra mí.

—Eso no es verdad. No es verdad en absoluto. De hecho, me imagino que su gente la estará felicitando por haberte pescado.

—¡Por haberme pescado!

—Sí, alguien que la mantenga. Cualquiera. Tendría suerte si encontrase a cualquiera. ¡Si ni tan siquiera habla un inglés correcto! Vive en ese tugurio, va vestida como una fulana, tiene el niño ese que parece que tenga parásitos intestinales o algo así...

—Charles, cállate la boca, ¿quieres? —interrumpió Macon.

Charles se calló.

Habían llegado ya al barrio de Muriel. Estaban pasando por delante de la fábrica de papel, con su valla de alambre anudado, como en los somiers viejos. Charles giró por una calle equivocadamente.

—Vamos a ver —dijo—, dónde tengo que...

Macon no se ofreció a ayudarlo.

—¿Por aquí voy bien? O no. No sé por qué me parece...

Estaban a dos manzanas de Singleton Street, pero Macon deseó que Charles siguiese dando vueltas eternamente.

—Que tengas suerte —dijo, y abriendo la portezuela, se apeó de un salto.

—¡Macon!

Macon agitó la mano y se internó por un callejón.

¡Libertad! El centelleo del sol en los montones de nieve cegadoramente blanca, y los chiquillos deslizándose en trineos y encima de bandejas grandes. Sitios para aparcar, ya despejados de nieve, ocupados con sillas de jardín. Un tropel de chicos ilusionados llevando palas. Y luego la casa de Muriel con su acceso aún cubierto de nieve, sus pequeñas habitaciones oliendo a tortitas, su acogedora reunión de mujeres pasando el rato en la cocina. Ahora estaban bebiendo chocolate. Bernice le trenzaba el pelo a Claire. Alexander pintaba un dibujo. Muriel le dio a Macon un beso de bienvenida y chilló al notar lo frías que tenía las mejillas.

—¡Entra y caliéntate! ¡Toma un poco de chocolate! Mira el dibujo de Alexander —dijo—. ¿No es precioso? ¿A que dibuja muy bien? Está hecho un da Vinci.

—Un Leonardo —dijo Macon.

—¿Qué?

—Da Vinci no, por favor. Se dice Leonardo —le dijo.

Entonces trapaleó escaleras arriba para cambiarse los pantalones húmedos.

—Siento estar tan gordo —dijo el vecino de asiento de Macon.

—Oh... ah... eee... —dijo Macon.

—Sé que estoy ocupando más espacio del que me corresponde. ¿Cree que no me doy cuenta? Cada vez que viajo le tengo que pedir a la azafata una extensión para el cinturón de seguridad. Tengo que ponerme la bandeja de la comida encima de las rodillas porque no puedo desdoblar la plegable por falta de sitio. La verdad es que tendría que pagar por dos asientos, pero no soy rico. Tendría que comprar dos pasajes en vez de desparramarme encima de los demás pasajeros.

—Ah, no está desparramándose encima de mí —dijo Macon.

Era así porque Macon estaba sentado casi en pleno pasillo, con las rodillas sobresaliéndole hacia ese lado, de manera que cada azafata que pasaba rozaba las páginas de *Miss MacIntosh*. Pero no podía por menos de sentirse conmovido por la cara enorme, reluciente y desesperanzada de aquel hombre, tan redonda como la de un bebé.

—Me llamo Lucas Loomis —dijo el hombre, extendiendo una mano.

Cuando Macon la estrechó, le recordó una masa de pan fermentado.

—Macon Leary —le dijo Macon.

—Lo absurdo del caso es —dijo Lucas Loomis— que me gano la vida viajando.

—No me diga.

—Enseño informática a los vendedores de computadoras. A veces estoy sentado en un avión seis días de cada siete.

—Bueno, los aviones no resultan muy espaciosos para nadie —dijo

Macon.

—¿Usted a qué se dedica, señor Leary?

—Escribo guías —dijo Macon.

—¿Sí? ¿De qué tipo?

—Guías para hombres de negocios. Personas como usted, supongo.

—*El turista accidental* —dijo al instante el señor Loomis.

—Pues sí, en efecto.

—¿De verdad? ¡No me diga! Vaya por donde... —dijo el señor Loomis—. Mire. —Se cogió las dos solapas, que quedaban a tanta distancia frente a él que los brazos parecían demasiado cortos para alcanzarlas—. Traje gris. Lo que usted recomienda. Apropiado en todas las ocasiones. —Señaló la bolsa a sus pies—. ¿Ve mi equipaje? De mano. Una muda de ropa interior, una camisa limpia, un paquete de jabón en polvo.

—Vaya, muy bien —dijo Macon.

Era la primera vez que le ocurría esto.

—¡Es usted mi héroe! —le dijo el señor Loomis—. Gracias a usted mis viajes han mejorado en un cien por cien. Usted es el que me descubrió esos cachivaches elásticos que se convierten en tendederos.

—Bueno, de todas formas los hubiese podido ver en cualquier droguería.

—Ya no he de recurrir a las lavanderías de los hoteles; apenas necesito aventurarme a salir a la calle. A mi mujer le digo, puede usted preguntárselo, muchas veces le digo: «Viajar con *El turista accidental* es como ir en una cápsula o dentro de un capullo. ¡No te olvides de ponerlo en mi equipaje!». Eso mismo le digo.

—Vaya, me alegro mucho —dijo Macon.

—A veces he ido a Oregón y casi no me he enterado de que había salido

de Baltimore.

—Estupendo.

Hubo una pausa.

—Aunque —dijo Macon—, últimamente me estoy preguntando...

El señor Loomis tuvo que girar todo el cuerpo para mirar a Macon, como alguien revestido de un anorak con capucha.

—Quiero decir que últimamente he estado viajando por la Costa Oeste —dijo Macon—. Estoy actualizando la guía de los Estados Unidos. Ya había hecho la Costa Oeste anteriormente, claro, Los Angeles y todo eso. Sí, estuve en esa ciudad de pequeño; pero ahora he estado en San Francisco por primera vez. Mi editor quiere que la incluya en la guía. ¿Ha estado usted en San Francisco?

—Ahí es donde acabamos de subirnos al avión —le recordó el señor Loomis.

—San Francisco sí que es precioso —dijo Macon.

El señor Loomis consideró detenidamente estas palabras.

—Bueno, Baltimore también lo es, claro —se apresuró a añadir Macon—. ¡No hay nada como Baltimore! Pero San Francisco... bueno... me produjo una impresión, no sé...

—Yo nací y crecí en Baltimore —dijo el señor Loomis—. Y por nada del mundo viviría en otra parte.

—No, claro que no. Sólo quería decir...

—No me iría ni que me pagasen.

—No, yo tampoco.

—¿Es usted de Baltimore?

—Sí, desde luego.

—No hay otro sitio igual.

—No, no lo hay —dijo Macon.

Pero surgió en su recuerdo una perspectiva de San Francisco flotando sobre la niebla como la Ciudad Esmeralda, vista desde una de esas calles tan altas y empinadas que asomas la cabeza y oyes soplar el viento.

* * *

Se había ido de Baltimore un día en que caía aguanieve y con las pistas del aeropuerto cubiertas de hielo, y no había estado fuera tanto tiempo; pero cuando regresó era primavera. El sol brillaba y los árboles tenían brotes verdes. Aún hacía bastante fresco, pero condujo con las ventanillas bajadas. La brisa olía exactamente igual que el Vouvray; a flores, con un ligero toque de naftalina.

En la calle Singleton, algunas plantas de azafrán asomaban en los cuadrados de tierra dura que había frente a las ventanas de los sótanos. En los patios traseros, alfombras y colchas ondeaban al viento. Toda una hornada de niños pequeños había salido a la superficie. Ambulaban, imperiosos, en sus cochecitos, empujados por sus madres o por pares de abuelas. En las aceras los viejos tomaban el fresco en sillas de playa o en sillas de ruedas, y en las esquinas había grupos de hombres con las manos en los bolsillos y una actitud de estudiada despreocupación —los parados—, supuso Macon, que habían emergido de las salas de estar en penumbra donde se habían pasado el invierno viendo la televisión. Oyó retazos de su conversación.

—¿Qué hay de nuevo, colega?

—No gran cosa.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada de particular.

Aparcó frente a la casa de Muriel, donde Dominick Saddler estaba reparando el coche de ella. El capó estaba levantado y Dominick se hallaba enfrascado en sus interioridades; Macon sólo le veía los tejanos, las

gigantescas bambas rotas y una tira de piel que le quedaba al descubierto encima del cinturón. A sus dos lados estaban las gemelas Butler, hablando a toda velocidad.

—Y entonces nos dijo que estábamos castigadas...

—Que no podíamos salir con nadie hasta el viernes...

—Va y nos quita nuestros carnets falsos...

—No nos dejaba contestar el teléfono...

—Nosotras nos fuimos arriba a nuestro cuarto y dimos un portazo, pero un portazo flojito, sólo para que supiese lo que pensamos de ella...

—¡Y va y sube con un destornillador y saca la puerta del quicio!

—Mmmm... —dijo Dominick.

Macon apoyó su bolsa en el capó y le echó un vistazo al motor.

—¿Ya está otra vez haciendo de las suyas? —preguntó.

Las gemelas Butler dijeron: «Ey, hola, Macon», y Dominick se enderezó y se enjugó la frente con el dorso de la mano. Era un muchacho moreno y guapo, con una musculatura que a Macon le hacía sentirse algo acomplejado.

—El maldito trasto se cala todo el rato —dijo.

—¿Cómo ha ido a trabajar Muriel?

—Ha cogido el autobús.

Macon hubiese deseado oír que se había quedado en casa.

Subió los escalones y abrió con su llave. Sólo traspasar la puerta. Edward lo recibió con ladridos agudos, dando saltos hacia atrás e intentando estar quieto lo suficiente para dejarse acariciar. Macon recorrió el resto de la casa. Por lo visto, todo el mundo se había ido con prisas. El sofá estaba abierto. (Claire debía de haberse peleado otra vez con su familia). La mesa de la cocina estaba llena de platos sucios y nadie había guardado la nata. Macon

lo hizo. Después llevó su bolsa arriba. La cama de Muriel estaba por hacer y su bata tirada en una silla. Había una maraña de cabellos en la bandejita para horquillas de la cómoda. La tomó entre el pulgar y el índice y la echó en la papelera. Se le ocurrió (y no por primera vez) que el mundo estaba dividido nítidamente por la mitad: algunos vivían cuidadosamente y otros vivían descuidadamente, y todo lo que ocurría podía ser explicado sobre la base de esa diferencia. Pero hubiese sido totalmente incapaz de decir por qué le conmovió tanto ver la delgada colcha de Muriel medio caída en el suelo, donde la debió de arrastrar al levantarse por la mañana.

Faltaba un poco para que Alexander llegase del colegio, así que pensó que sacaría a pasear el perro. Le puso a Edward la correa y salió por la puerta delantera. Al pasar junto a las gemelas Butler, volvieron a decirle: «Ey, hola, Macon», con voz cantarina, mientras Dominick lanzaba un juramento y cogía una llave inglesa.

Los hombres parados en la esquina comentaban un rumor que corría sobre unos empleos en Texas. El cuñado de alguien había encontrado trabajo allí. Macon pasó con la cabeza gacha, notando una incómoda sensación de privilegio. Dio un pequeño rodeo para no pisar un felpudo recién fregado y puesto a secar en la acera. Vio que aquí las mujeres tomaban en serio la limpieza primaveral. Sacudían las escobas por las ventanas de los pisos superiores; se sentaban en los alféizares para sacar brillo a los cristales con papeles de periódico arrugados. Andaban tambaleándose de una casa a otra cargadas con aspiradoras prestadas, máquinas de limpiar alfombras y enormes tarros de jabón líquido para tapizados. Macon dio la vuelta a la manzana y, después de pararse para que Edward orinase contra un arce joven, emprendió el camino de vuelta.

Estaba aproximándose a la calle Singleton cuando de pronto vio a Alexander andando muy deprisa delante de él. No cabía confundir aquella figura menuda y tiesa, cargada torpemente con la cartera. «¡Esperad!», gritaba Alexander. «¡Esperadme!». Los niños Ebbet, a cierta distancia, se volvieron y le contestaron algo. Macon no oyó lo que dijeron, pero reconoció perfectamente el tono, aquel sonsonete agudo y burlón. «¡Na-na-na-na-NAAA-na!».

Alexander empezó a correr, tropezando con sus propios zapatos. Detrás de él iba otro grupo, formado por dos niños algo mayores y una niña pelirroja, y ellos también empezaron a abuchearlo. Alexander giró sobre sus talones y

los miró. Su cara parecía más pequeña que de costumbre. «Ve», le dijo Macon a Edward, y soltó la correa. No fue preciso incitarlo. Ya había aguzado las orejas al oír la voz de Alexander, y ahora se lanzó como un rayo hacia él. Los tres niños mayores se desperdigaron al pasar él por entre ellos ladrando. Se paró en seco delante de Alexander, y éste se arrodilló para abrazarlo por el cuello. Cuando llegó Macon, le dijo:

—¿Estás bien?

Alexander asintió con la cabeza y se levantó.

—¿Qué es lo que pasaba? —le preguntó Macon.

—Nada —dijo Alexander.

Pero cuando se pusieron a andar de nuevo, deslizó su mano en la de Macon.

Aquellos deditos fríos eran tan particulares, tenían tanta personalidad. Macon los apretó más fuerte y sintió que lo recorría una especie de pena placentera. Ah, todas las contingencias de antes volvían a estar presentes en su vida. Otra vez se veía obligado a preocuparse por la guerra nuclear y el futuro del planeta. A menudo tenía el mismo pensamiento secreto y culpable que lo había asaltado después de nacer Ethan: *De ahora en adelante nunca podré ser completamente feliz.*

No es que lo fuera antes, claro.

* * *

La guía de Macon dedicada a los Estados Unidos se iba a publicar en cinco folletos separados, divididos geográficamente, que iban en un mismo estuche, de manera que uno tenía que comprar los cinco aunque sólo necesitase uno. A Macon esto le parecía inmoral. Se lo dijo a Julian cuando éste pasó por su casa para recoger el material de la Costa Oeste. «¿Qué hay de inmoral en ello?», preguntó Julian. En realidad no le estaba prestando atención; Macon lo veía. Julian estaba tomando apuntes mentalmente sobre la casa de Muriel: ése era sin duda el verdadero propósito de su visita, innecesaria y no anunciada de antemano. Aunque ya había recogido el

material, vagaba por la sala de estar con aire distraído, examinando primero una fotografía escolar de Alexander colocada en un marco, y luego un mocasín bordado con cuentas que Claire se había dejado encima del sofá. Era sábado y los demás estaban en la cocina, pero Macon no tenía la menor intención de presentárselos a Julian.

—Es inmoral obligar a una persona a comprar algo que no quiere —dijo Macon—. Si sólo quiere el Mediooeste no tiene por qué comprarse también Nueva Inglaterra, demonio.

—¿Ésa que se oye hablar es tu amiga? —preguntó Julian—. ¿Es Muriel?

—Sí, creo que sí —dijo Macon.

—¿No vas a presentarnos?

—Está ocupada.

—Me gustaría mucho conocerla.

—¿Por qué? ¿No te ha dado Rose un informe completo?

—Macon —dijo Julian—, pronto voy a ser pariente tuyo.

—Cielos.

—Es natural que tenga interés en conocerla.

Macon no dijo nada.

—Además —añadió Julian—, la quiero invitar a la boda.

—¿Sí?

—Así que, ¿puedo hablar con ella?

—Ah. Bueno. Supongo.

Macon lo condujo a la cocina. Tenía la impresión de haber cometido un error: al mostrarse tan adusto, le daba a este encuentro más importancia de la que tenía. Pero, de hecho, Julian estuvo jovial y despreocupado.

—Hola, señoritas —les dijo.

Alzaron la cabeza las tres: Muriel, Claire y Bernice, que estaban sentadas en torno a un fajo de hojas de libreta. Macon recitó de una tirada los tres nombres pero se atascó al llegar al de Julian.

—Julian, ah, Edge, mi...

—Futuro cuñado —dijo Julian.

—Mi jefe.

—He venido a invitarte a la boda, Muriel. Y también a tu niño, si... ¿Dónde está tu niño?

—Ha salido a pasear el perro —dijo Muriel—. Pero no se porta muy bien en las iglesias.

—Será una boda al aire libre.

—Bueno, entonces a lo mejor sí, no sé...

Muriel se había puesto lo que ella llamaba su «atuendo de paracaidista» —un mono comprado en Saldos Sunny—, y llevaba el pelo oculto bajo un turbante de seda llamativamente estampado. Una raya de bolígrafo le cruzaba un pómulos.

—Vamos a participar en un concurso —le explicó a Julian—. Escribes una canción «country» y te puede tocar un viaje para dos a Nashville. La estamos escribiendo las tres juntas. La vamos a llamar *Días mejores*.

—¿No se ha escrito ya esa canción?

—¡Espero que no! ¿Sabes cómo en las revistas siempre salen fotos de parejas famosas? «Mick Jagger y Bianca en días mejores». «Richard Burton y Liz Taylor en...».

—Ya, ya entiendo.

—Pues es un hombre que está hablando de su ex mujer. «La conocí en otro tiempo y lugar...».

Se puso a cantar la canción con su voz delgada y áspera, que creaba una sensación de distancia, como en un disco muy usado de gramófono:

*Entonces compartíamos el pan
, compartíamos nuestros dolores, los dos vivíamos días mejores.*

—Muy pegadiza —dijo Julian—, pero lo de «nuestros dolores» no me acaba de convencer.

—¿Por qué?

—Quiero decir, ¿en días mejores tenían dolores?

—Tiene razón —le dijo Bernice a Muriel.

—Dolores, amores, horrores —reflexionó Julian—. «Entonces yo le enviaba flores», «La vida tenía más sabores...».

—Déjalo estar, anda —le dijo Macon.

—«Ella no conocía a Robert». «Y yo aún no conocía a Loles...».

—¡Espera! —dijo Bernice, escribiendo a toda prisa.

—Me parece que me he descubierto un talento oculto para esto —le dijo Julian a Macon.

—Te acompañaré a la puerta —le dijo Macon.

—«Todo era de bonitos colores». «Luego vendrían palabras mayores...» —dijo Julian, cruzando la sala de estar detrás de Macon—. ¡Acuérdate de la boda! —gritó tras de sí. A Macon le dijo—: Si gana, podrías cubrir Nashville con los gastos pagados la próxima vez que tengas que ir.

—Creo que piensa llevar a Bernice —le dijo Macon.

—«Nos hartábamos de licores...» —rumió Julian.

—Me pondré en contacto contigo —dijo Macon— en cuanto empiece la guía del Canadá.

—¡La guía del Canadá! ¿Pero no vienes a la boda?

—Bueno, eso también, claro —dijo Macon, abriendo la puerta.

—Espera un momento, Macon. ¿Por qué tantas prisas? Espera, quiero enseñarte una cosa.

Julian dejó el material de la Costa Oeste y se buscó algo en los bolsillos. Sacó un anuncio en colores brillantes.

—Hawaii —dijo.

—Pues yo, desde luego, no le veo ningún sentido a incluir...

—¡No es para ti, es para mí! Voy a llevar a Rose de viaje de luna de miel.

—Ah, ya.

—Mira —dijo Julian. Desdobló el anuncio y resultó ser un mapa, uno de esos mapas inútiles que Macon detestaba, con dibujos enormes de piñas, palmeras y bailarinas de hula atiborrando las islas color verde manzana—. Me dieron esto en la agencia Travel People Inc. ¿Has oído hablar de ellos? ¿Son de fiar? Me recomendaron un hotel que está por aquí...

Recorrió la página con el dedo índice, buscando el hotel.

—No sé nada en absoluto de Hawaii —dijo Macon.

—Estaba por aquí... —dijo Julian. Entonces lo dejó, quizá por haber oído en ese momento las palabras de Macon, y volvió a doblar el mapa—. Quizá ella sea exactamente lo que necesitas —dijo.

—¿Cómo?

—La tal Muriel.

—Por qué la llama todo el mundo...

—¡No está tan mal! No creo que tu familia entienda lo que te pasa.

—No, no lo entienden. Realmente no lo entienden —dijo Macon.

Le sorprendió que fuese precisamente Julian quien lo viese. Aunque las

palabras de despedida de Julian fueron:

—«Su especialidad eran los macarrones...».

Macon cerró la puerta con firmeza detrás de él.

* * *

Decidió comprarle a Alexander algo de ropa diferente.

—¿Te gustaría tener tejanos? —le preguntó—. ¿Y algunas camisas a cuadros? ¿Y qué te parecería un cinturón de cowboy con una hebilla donde pusiera «Cerveza Budweiser»?

—¿Hablas en serio?

—¿Te pondrías ese tipo de ropa?

—¡Sí! ¡Sí que me la pondría! ¡Te lo prometo!

—Entonces, vámonos de compras.

—¿Viene mamá?

—Le daremos una sorpresa.

Alexander se puso su chaqueta de entretiempo, un blazer azul marino de poliéster por el que Muriel acababa de pagar una pequeña fortuna. Macon no sabía si a ella le parecería bien lo de los tejanos, y por eso había esperado a que saliese a comprar cortinas para una mujer de Guilford.

La tienda a la que fueron se especializaba en indumentaria del Lejano Oeste, y era a la que solía llevar a Ethan. No había cambiado nada. Los tablones de madera del suelo crujían, los pasillos olían a cuero y a dril nuevo. Guió a Alexander hacia la sección de niños, donde hizo girar un perchero de camisas. ¿Cuántas veces había hecho esto anteriormente? Ni siquiera era doloroso. Sólo le desorientaba un poco ver que todo continuaba a pesar de todo. Los tejanos de estudiante seguían apilados según medida de cintura y costura de entepierna. Los alfileres de corbata con motivos ecuestres seguían

expuestos tras las vitrinas. Ethan estaba muerto y enterrado, pero Macon seguía mostrando camisas y preguntando: «¿Ésta? ¿Y ésta? ¿Y ésta?».

—Lo que de verdad me gustaría tener son camisetas —dijo Alexander.

—Ah, camisetas.

—De esas que tienen el cuello ancho. Y tejanos que tengan en trasero usado.

—Bueno, eso lo tienes que hacer tú mismo —dijo Macon—. Los tienes que gastar.

—No quiero que parezcan nuevos.

—¿Sabes qué te digo? Todo lo que compremos, lo lavaremos como veinte veces antes de que te lo pongas.

—Pero no compremos nada prelavado —dijo Alexander.

—No, no.

—Sólo los tontos llevan lo prelavado.

—Desde luego.

Alexander escogió adrede varias camisetas demasiado grandes, y un surtido de tejanos porque no estaba seguro de su talla. Después fue a probárselo todo.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Macon.

—No, ya voy yo solo.

—Ah. Muy bien.

Eso también le resultaba familiar.

Alexander se metió en uno de los probadores y Macon fue a dar una vuelta por la sección para hombres. Se probó un sombrero de cuero de estilo cowboy pero se lo quitó inmediatamente. Entonces volvió al probador.

—¿Alexander?

—¿Eh?

—¿Qué tal va?

—Bien.

Por el espacio que quedaba bajo la puerta, Macon vio los zapatos de Alexander y los bajos de sus pantalones. Estaba claro que aún no se había puesto los tejanos.

Alguien dijo: «¿Macon?».

Se volvió y encontró a una mujer rubia, con un corte estilo paje, y una falda estampada con pequeñas ballenas azules.

—Sí —dijo.

—Soy Laurel Canfield. La madre de Scott, ¿recuerdas?

—Claro que sí —dijo Macon, estrechándole la mano.

En este momento vio a Scott, que había ido a la clase de Ethan; un muchacho inesperadamente alto y desgarbado, al acecho junto al codo de su madre, aguantando un montón de calcetines deportivos.

—Vaya, Scott. Me alegro de verte —dijo Macon.

Scott se ruborizó y no dijo nada.

—Y nosotros de verte a ti —dijo Laurel Canfield—. ¿Estás haciendo las compras de primavera?

—Pues... bueno...

Miró hacia el probador. Ahora Alexander tenía los pantalones caídos alrededor de los tobillos.

—He venido a acompañar al hijo de una amiga —explicó.

—Nosotros acabamos de comprar la sección de calcetines entera.

—Sí, ya lo veo.

—Parece que cada quince días Scott destroza todos sus calcetines. Ya sabes cómo son a esta edad... —Se interrumpió, horrorizada—: O, más bien...

—¡Sí, desde luego! —dijo Macon—. Es increíble, ¿no?

Se sentía tan violento por ella, que se alegró, al principio, de ver otra cara conocida detrás de Laurel. Después se dio cuenta de que era la de su suegra. «¡Vaya!», exclamó. ¿Seguía siendo Mamá Sidney? ¿La *señora* Sidney? ¿Cómo demonios iba a llamarla?

Afortunadamente, resultó que Laurel Canfield también la conocía.

—Paula Sidney —dijo—. No la había visto desde la Copa de Caza del año pasado.

—Sí, he estado fuera —le dijo la señora Sidney, y luego entornó un poco los párpados, como quien corre una cortina, antes de decir—: Macon.

—¿Cómo está usted? —dijo Macon.

Iba impecablemente arreglada, vestida y peinada con todo esmero. Era una mujer de pelo azulado y llevaba un pantalón sastre y un jersey de cuello alto. Macon solía temer que Sarah envejeciese del mismo modo, que desarrollase el mismo caparacho quebradizo, pero ahora se descubrió admirando la resolución de la señora Sidney.

—Tiene usted muy buen aspecto —le dijo.

—Gracias —dijo ella, tocándose el peinado—. Supongo que has venido a renovar tu guardarropa.

—¡Ah, Macon está ayudando a unos amigos! —exclamó Laurel Canfield.

Estaba tan animada, de pronto, que Macon sospechó que acababa de recordar ahora mismo la relación que había entre él y la señora Sidney. Laurel Canfield miró hacia el probador de Alexander. Éste estaba ahora en calcetines. Un calcetín se levantó y desapareció al introducirse en un mar de dril de

algodón azul.

—¿Verdad que comprar para los chicos es difícil? —dijo.

—No lo sé —dijo la señora Sidney—. No he tenido varones. Yo he venido por las faldas de algodón.

—Ah, las faldas, pues hay una oferta de...

—¿A qué amigos estás ayudando? —le preguntó la señora Sidney a Macon.

Macon no sabía qué decirle. Miró hacia el probador. Si por lo menos Alexander se quedase escondido para siempre, pensó. ¿Cómo explicar esta criatura esmirriada, este pobre simulacro de niño que no podía ni remotamente compararse al niño verdadero?

Terco como siempre, Alexander eligió ese preciso momento para salir.

Llevaba una camiseta demasiado grande que se le escurría un poco por un hombro, como si acabase de jugar a pependencias y revolcones. Los tejanos le iban confortablemente holgados. Macon vio que la cara se le había ido llenando en las últimas semanas sin que nadie se hubiese dado cuenta; y el pelo —que Macon había empezado a cortarle en casa— había perdido aquel aspecto espinoso y afeitado, y ahora le crecía espeso y flojo.

—¡Estoy chulísimo! —dijo Alexander.

Macon se volvió hacia las mujeres y dijo:

—La verdad es que, para mí, ir de compras con los chicos es un placer.

No hay sonido más apacible que el de la lluvia en el tejado cuando se duerme sano y salvo en casa ajena. Macon oyó el suave tamborileo; oyó levantarse a Muriel para cerrar una ventana. Cruzó su campo de visión como un resplandor de faros cruzando el techo; blanca, esbelta y acuosa, con una sencilla combinación de Goodwill Industries. Cuando cerró la ventana, el silencio envolvió a Macon y volvió a dormirse.

Pero por la mañana lo primero que pensó fue: *¡No, por favor! ¡Lluvia! ¡El día que se casa Rose!*

Se levantó, con cuidado de no despertar a Muriel, y miró al exterior. El cielo estaba iluminado pero opaco, del color de las conchas de ostras. No era una buena señal. El escuálido cornejo de atrás goteaba agua por cada ramita y cada brote. En la casa de al lado, el montón de maderos viejos del señor Butler se había oscurecido varios tonos.

Macon bajó las escaleras y cruzó de puntillas la sala de estar, donde Claire roncaba en medio de un lío de mantas. Preparó una cafetera, y luego llamó a Rose por el teléfono de la cocina. Rose contestó al instante, bien despierta.

—¿Vas a trasladar la ceremonia adentro? —le preguntó él.

—Hay demasiados invitados para trasladarla adentro.

—¿Por qué? ¿Cuánta gente habrá?

—Toda la que conocemos.

—Caray, Rose.

—Da igual. Despejará.

—¡Pero la hierba está muy mojada!

—Ponte chanclos —le dijo, y colgó.

Desde que había conocido a Julian se había vuelto tan expeditiva, pensó Macon. Un poco cortante. Desprovista de hondura.

Pero tuvo razón en lo del tiempo. Antes del mediodía hacía un sol débil, pálido. Muriel decidió ponerse el vestido de manga corta que había pensado llevar, aunque quizá con un chal sobre los hombros. Quería que Alexander se pusiese un traje, pues tenía uno, con chaleco y todo. Pero el niño protestó, y Macon lo secundó.

—Tejanos y una camisa blanca —le dijo a Muriel—. Ya es suficiente.

—Bueno, si estás seguro...

Últimamente, Muriel había empezado a deferir a él en lo relativo a Alexander. Por fin había cedido en la cuestión de las bambas y ya no controlaba férreamente su régimen. Al contrario de lo que había vaticinado, a Alexander no se le pusieron los pies planos ni fue presa de violentos ataques de eczema. En el peor de los casos, tenía una erupción leve de vez en cuando.

La boda iba a celebrarse a las tres de la tarde. Alrededor de las dos y media salieron de casa y se dirigieron algo cohibidos hacia el coche de Macon. Era sábado y en el barrio nadie más iba tan bien vestido. El señor Butler estaba subido a una escalera, con un martillo y un saco de clavos. Rafe Daggett estaba desmontando su furgoneta. La mujer india limpiaba con una manguera una raída alfombra de vivos colores que había extendido en la acera, y luego cerró el agua y, levantándose el bajo del sari, se puso a pisotear la alfombra, que despidió pequeños estallidos de gotitas. Por un momento pareció que todo coche que pasaba iba abrumado por una pesada carga de colchones y muebles de jardín; a Macon le recordaron esas hormigas que se retiran a toda prisa a sus nidos con unos bultos cuatro veces más grandes que ellas.

—Me parece que me han hecho padrino del novio —le dijo Macon a Muriel cuando se hubieron puesto en camino.

—¡No me lo habías dicho!

—Y Charles lleva a Rose al altar.

—Entonces es una boda de verdad —dijo Muriel—. No sólo dos que se ponen juntos de pie.

—Así es como lo ha querido Rose.

—Yo no lo haría así en absoluto —dijo Muriel—. Miró hacia atrás y dijo: —Alexander, para de darme patadas en el asiento. Me estás poniendo nerviosa. No —dijo, mirando otra vez al frente—, si yo me casara, ¿sabes lo que haría? No decírselo ni a Dios. Hacer como si hubiese estado casada desde mucho antes. Llegarme en un momento a algún juez de paz y luego volver como si nada y hacer como si hubiese estado casada desde siglos antes.

—Pero para Rose ésta es la primera vez.

—Sí, pero así y todo, la gente puede decir: «Te ha *costado*, ¿eh?». Eso diría mi madre; como si la oyese. «Ya te ha *costado*... Creía que nunca llegaría el día». Eso me diría si alguna vez me casase.

Macon frenó ante un semáforo rojo.

—Si alguna vez yo decidiera casarme —dijo Muriel.

Macon la miró un momento y quedó impresionado por lo bonita que estaba, con las mejillas arreboladas y el vistoso chal echado sobre los hombros. Los zapatos de tacón alto que llevaba tenían tiritas brillantes alrededor del tobillo. Macon nunca se había explicado por qué las tiras en los tobillos eran tan seductoras.

La primera persona que vieron al llegar fue la madre de Macon. Por algún motivo a éste no se le había ocurrido que Alicia estaría invitada a la boda de su hija y, cuando les abrió la puerta, tardó unos segundos en reconocerla. Para empezar, estaba muy cambiada. Se había teñido el pelo de un color tomate oscuro. Llevaba una túnica oriental blanca, orillada con franjas de raso y, cuando levantó los brazos para abrazarlo, toda una ristra de ajorcas de metal resbaló ruidosamente brazo abajo.

—¡Macon, querido! —dijo (olía a gardenias machacadas)—. ¿Y quién es esta señorita? —preguntó, mirando tras él.

—Ah... Te presento a Muriel Pritchett. Y a Alexander, su hijo.

—¿De verdad?

La expresión de cortés curiosidad permaneció en su cara. Estaba claro que nadie la había informado. (O bien no se había molestado en escuchar).

—Bueno, como parece que hago los oficios de mayordomo —dijo ella— os llevaré atrás, donde están los novios.

—¿Rose no está invisible?

—No, dice que no le ve sentido a perderse su propia boda —dijo Alicia, conduciéndolos hacia la parte posterior de la casa—. Muriel, ¿hace mucho que conoces a Macon?

—Bueno, más o menos.

—Es muy estirado —dijo Alicia con aire confidencial—. Todos mis hijos lo son. Les viene del lado Leary.

—Yo le encuentro muy amable.

—Ah, amable sí, desde luego. Eso no se puede negar —dijo Alicia, lanzándole a Macon una mirada que éste no supo descifrar.

Su madre había cogido del brazo a Muriel; siempre era tan dada a los contactos físicos... El color del adorno de su túnica casi hacía juego con el chal de Muriel. Macon tuvo de repente un pensamiento espantoso: tal vez en su edad madura estaba empezando a elegir el tipo de persona de su madre, como concluyendo que Alicia —esa mujer tonta, pesada, vanidosa— pudiera tener, a fin de cuentas, las respuestas correctas. Pero no. Apartó el pensamiento de sí. Y Muriel se soltó del brazo de Alicia.

—¿Vienes, Alexander? —preguntó.

Pasaron por las puertas dobles de la galería cubierta. El patio de atrás estaba lleno de tonos pastel: las ancianas de Rose con vestidos pálidos, los narcisos trompones dispuestos en baldes por todas partes, las forsitias en flor a lo largo del sendero. El doctor Grauer, pastor de Rose, se adelantó y le estrechó la mano a Macon. «¡Ajá! El padrino del novio», dijo, y tras él llegó Julian vestido de negro, color que no le favorecía. Tenía la nariz pelada. La temporada de navegación debía de haber empezado. Le puso a Macon en la

mano un anillo de oro, diciéndole:

—Toma, guárdalo.

Por un momento, Macon entendió que tenía que guardarlo para siempre. Luego dijo: «Ah, el anillo», y se lo metió en el bolsillo.

—No puedo creer que finalmente vaya a tener un yerno —le dijo Alicia a Julian—. Lo único que he tenido hasta ahora han sido hija-políticas.

—Hijas —dijo automáticamente Macon.

—No, hija-políticas.

—*Hijas* políticas, madre.

—Y además, tampoco me han durado mucho.

Cuando Macon era pequeño, lo inquietaba que su madre no le estuviese enseñando los nombres correctos de las cosas. «A esto lo llaman pana», había dicho ella, abrochándole su abrigo nuevo, y él había pensado: *¿Pero de verdad lo llaman así?* Palabra curiosa, pana. Muy sospechosa. ¿Cómo podía estar seguro de que los demás no hablaban un idioma completamente distinto ahí fuera? Había escudriñado a su madre recelosamente: su tonta aureola encrespada y sus ojos fluctuantes e inconstantes.

Ahora aquí llegaban los niños de Porter, los tres formando una piña; y tras ellos venía June, su madre. ¿No era insólito invitar a tu boda a la ex mujer de tu hermano? Sobre todo si estaba gordísima esperando el hijo de otro. Pero parecía estar divirtiéndose. Le dio a Macon un besito en la mejilla y ladeó la cabeza apreciativamente al mirar a Muriel. «Chicos, éste es Alexander», dijo Macon. Tenía vanas esperanzas de que todos congeniaran y se hicieran amigos, lo cual, claro, no sucedió. Los niños de Porter miraron hoscamente a Alexander y no dijeron nada. Alexander cerró los puños y se los metió en los bolsillos.

June le dijo a Julian: «Tu novia está guapísima», y Julian dijo: «Sí que lo está», pero cuando Macon localizó a Rose le pareció que estaba tensa y cansada, como lo están la mayoría de las novias por más que la gente no quiera reconocerlo. Llevaba un vestido blanco, largo hasta media pantorrilla pero muy sencillo, y un pequeño adorno de encaje o tul en la cabeza. Estaba

hablando con el dueño de la ferretería. Y, sí, ahí estaba la chica que les hacía efectivos los cheques en el Mercantile Bank, y más allá, al lado de Charles, el dentista de la familia. Macon pensó en *Mary Poppins*, aquellas aventuras noctámbulas que le solía leer a Ethan, en las que aparecen todos los tenderos, comportándose de modo muy distinto a como lo hacen durante el día.

—No sé si se habrá hecho algún estudio sobre ello —le decía Charles al dentista— pero ¿ha probado a limpiarse los dientes con una camiseta de algodón después de usar el hilo de seda?

—Emm...

—Una simple camiseta de algodón cien por cien. Creo que quedará usted impresionado cuando vaya a hacerme la próxima revisión. Verá, mi teoría es...

Muriel y June hablaban de cesáreas. Julian le estaba preguntando a Alicia si había navegado alguna vez por el Canal Intracostal. La señora Barrett le estaba diciendo al cartero que, antaño, Metales Leary fabricaba los techos de hojalata labrada más hermosos de Baltimore.

Y Sarah hablaba con Macon del tiempo.

—Sí, anoche me preocupé cuando llovió —dijo Macon. O algo así; algo dijo...

Estaba mirando a Sarah. Más que mirar, la estaba consumiendo: sus bruñidos rizos, su rostro redondo y dulce, el polvillo del maquillaje en el vello de la línea de la mandíbula.

—¿Cómo has estado, Macon? —le preguntó ella.

—He estado bien.

—¿Estás contento con la boda?

—Bueno, supongo que lo estoy si lo está Rose. Aunque no puedo evitar pensar que... Bueno, Julian. Ya sabes.

—Sí, ya sé. Pero tiene más cualidades de las que piensas. Quizá sea una elección muy acertada.

Cuando le daba el sol de esta manera, sus ojos eran tan claros que parecía que podía verse hasta el fondo de ellos. Él lo sabía desde hacía mucho. Hubieran podido ser sus propios ojos, tan familiares le eran. Dijo:

—Y tú, ¿cómo has estado?

—Bien.

—Vaya. Estupendo.

—Sé que vives con alguien —le dijo ella con voz serena.

—¡Ah! Pues sí, yo... Así es.

También debía de saber con quién, porque entonces miró más allá de él, hacia Muriel y Alexander. Pero solamente dijo:

—Rose me lo dijo cuando me invitó.

—¿Y tú? —preguntó él.

—¿Yo?

—¿Estás viviendo con alguien?

—No... de hecho, no.

Rose se acercó a ellos y les tocó el brazo, lo cual no era característico en ella.

—Ya estamos listos —les dijo. Y dirigiéndose a Macon—: Sarah es mi dama de honor, ¿te lo había dicho?

—No, no me lo habías dicho.

Entonces él y Sarah la siguieron hasta un lugar bajo un tulipanero, donde esperaban Julian y el doctor Grauer. Allí se había improvisado una especie de altar —una mesita o algún otro mueble cubierto con un mantel—; Macon no prestó mucha atención. Se puso en pie al lado del pastos y manoseó el anillo que tenía en el bolsillo. Sarah estaba frente a él y le miraba, seria, a la cara.

Todo parecía tan natural...

—No te lo he dicho nunca —dijo Muriel—, pero un poco antes de conocerte salía con otra persona.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —preguntó Macon.

—Era un cliente del Centro de Copias al Minuto. Trajo los papeles de su divorcio para hacer fotocopias, empezamos a hablar y acabamos saliendo juntos. Tuvo un divorcio malísimo. Muy revuelto, muy lioso. Su mujer lo había estado engañando. Él decía que no se veía capaz de confiar en una mujer nunca más. Pasaron meses hasta que quiso quedarse a pasar la noche conmigo; no le gustaba quedarse dormido si había una mujer en la misma habitación. Pero poco a poco cambié todo eso. Empezó a tranquilizarse. Llegó a ser un hombre completamente distinto. Se vino a vivir conmigo, pagaba las facturas y liquidó lo que aún le debía al médico de Alexander. Empezamos a hablar de casarnos. Entonces conoció a una azafata y la misma semana se fugó con ella.

—Ya —dijo Macon.

—Fue como si yo le hubiese... curado, como si le hubiese curado sólo para que pudiese fugarse con otra mujer.

—Bueno...

—Tú no harías una cosa así, ¿verdad, Macon?

—¿Quién, yo?

—¿Te fugarías con otra? ¿Verías a otra mujer a mis espaldas?

—Ah, Muriel, claro que no.

—¿Me dejarías para volver con tu mujer?

—¿De qué hablas?

—¿Lo harías?

—No seas tonta —dijo él.

Ella ladeó la cabeza y lo estudió con unos ojos vivos, brillantes y avispados, como los de algún animalito.

Era un martes por la mañana y estaba lloviendo. Edward, que era muy remilgado con la lluvia, insistió en que no necesitaba salir, pero Macon lo sacó de todos modos. Mientras esperaba en el patio trasero debajo del paraguas, vio a una pareja de jóvenes que pasaban por el callejón. Le llamaron la atención por lo despacio que andaban, como si no se diesen cuenta de que se estaban mojando. El chico era alto y frágil, con tejanos muy gastados y una suave camisa blanca. La chica llevaba un sombrero de paja plano, con cintas colgando por detrás, y un vestido de algodón que caía largo y flojo. Caminaban balanceando las manos entrelazadas y se miraban el uno al otro. Al llegar frente a un triciclo se separaron para bordearlo; pero en vez de limitarse a andar, la chica realizó una especie de paso de danza, haciendo girar el vuelo de su vestido, y el chico también giró, rió y volvió a cogerla de la mano.

Por fin Edward meó y Macon lo siguió al interior de la casa. Dejó el paraguas en el fregadero de la cocina y se sentó en cuclillas para secar a Edward con una vieja toalla de playa. Le frotó enérgicamente al principio, luego más despacio. Cuando paró, se quedó, sin embargo, en el suelo, con la toalla arrugada entre las manos y el olor hojalatoso a perro mojado elevándose a su alrededor.

Al preguntarle a Sarah si vivía con alguien y decir ella: «No... de hecho, no», ¿qué había querido decir con eso exactamente?

* * *

Dejó de llover y le pusieron la correa a Edward para salir de compras. Muriel quería comprarse unas zapatillas con plumas.

—Rojas. De tacón alto. Puntiagudas.

—Cielos. ¿Para qué quieres unas zapatillas así? —le preguntó Macon.

—Quiero ponérmelas los domingos por la mañana, para andar con ellas por casa. ¿No te lo imaginas? Ojalá fumase cigarrillos. Ojalá Alexander no fuese alérgico al humo.

Sí, la verdad era que podía imaginárselo.

—Con tu quimono negro y oro —dijo él.

—Exacto.

—Pero esas zapatillas con plumas ya no se ven en las tiendas.

—En las de baratillo, sí.

—Ah. Vale.

Últimamente, las tiendas de baratillo le estaban empezando a gustar al propio Macon. En medio del acostumbrado mar de plástico, había encontrado, hasta el momento, una regla de carpintero de boj, plegable, un ingenioso molde rodado de galletas que no dejaba masa malgastada entre las piezas cortadas, y un nivel de latón en miniatura para la caja de herramientas de Alexander.

Afuera, el aire era tibio y húmedo. La señora Butler estaba apuntalando los geranios aplastados que aparecían desmayados dentro del neumático enjabelgado de su patio. La señora Patel —por una vez sin su luminoso sari, desmañada y nada romántica en unos ajustados tejanos Calvin Klein— recogía los charcos de los escalones de su puerta. Y la señora Saddler estaba delante de la ferretería, esperando que abriesen.

—No habrás visto a Dominick por casualidad —le preguntó a Muriel.

—Últimamente no.

—Anoche no vino a casa —dijo la señora Saddler—. Ese chico me tiene preocupada. No es malo, porque malo no es —le dijo a Macon—, pero es inquieto, ¿entiende usted? Cuando está en casa, se nota tanto que está, con esas botazas tuyas arriba y abajo, pero cuando no está, cómo se nota también... La casa está desierta. Todo son ecos.

—Ya volverá —dijo Muriel—. Esta noche le toca a él coger el coche.

—Ah, y cuando ha salido con el coche es mucho peor —dijo la señora Saddler—. Entonces cada sirena que oigo, pienso si será Dommie. ¡Ya sé yo cómo coge las curvas! ¡Ya sé con qué clase de chicas sale por ahí!

La dejaron de pie, manoseando distraídamente su monedero, aunque el dueño de la ferretería había abierto ya y estaba bajando el toldo.

A la puerta de una tienda llamada Segunda Mano, le mandaron a Edward que esperase. Obedeció con semblante de víctima y entraron. Muriel pasó revista a rimeros de zapatos curvados y quebradizos que se habían endurecido tomando la forma de los pies de otros. Se quitó los zapatos que llevaba puestos y se probó un par de sandalias plateadas.

—¿Qué te parecen? —le preguntó a Macon.

—Creía que buscabas unas zapatillas.

—¿Pero qué te parecen estas sandalias?

—Puedo vivir sin ellas —dijo él.

Estaba aburriéndose por que en Segunda Mano sólo había ropa.

Muriel dejó los zapatos y fueron a Saldos de Garaje Inc., el comercio de al lado. Macon intentó inventar una necesidad para comprar un herrumbroso fichero metálico Rolodex que encontró sobre un montón de cadenas de neumáticos. ¿Podía tener algún uso relacionado con sus guías? Y deducirlo de la declaración de renta.

Muriel levantó una maleta de vinilo marrón, de bordes redondeados; le recordó a Macon un caramelo medio chupado.

—¿Me la compro? —preguntó.

—Creía que necesitabas unas zapatillas.

—Pero para viajar.

—¿Desde cuándo viajas?

—Sé dónde irás la próxima vez —dijo ella. Se acercó más a él,

empuñando con ambas manos el mango de la maleta. Parecía una chica muy joven en una parada de autobús, por ejemplo, o haciendo autostop en una carretera—. Quería preguntarte si puedo ir contigo.

—¿Al Canadá?

—Quiero decir después de eso. A Francia.

Macon dejó el fichero Rolodex. (La sola mención de Francia lo deprimía siempre).

—¡Julian lo dijo! —le recordó ella—. Dijo que ya tocaba ir a Francia otra vez.

—Sabes que no puedo permitirme el llevarte.

Muriel dejó la maleta en su sitio y salieron de la tienda.

—Pero sólo esta vez —dijo ella, apretando el paso a su lado—. ¡No costaría mucho!

Macon recogió la correa de Edward y lo hizo levantarse.

—Costaría un dineral —dijo—, aparte de que tendrías que faltar al trabajo.

—No, no faltaría. Lo he dejado.

Él la miró.

—¿Dejado?

—Bueno, el del Miau-Guau. Las cosas como George y el adiestramiento de perros las puedo reorganizar. Si hiciese un viaje podría...

—¿Has dejado el Miau-Guau? —la interrumpió él.

—¿Y qué?

Macon no se explicaba el peso que de pronto se notó encima.

—Tampoco estaba tan bien pagado —dijo Muriel—. Y ahora la verdad

es que tú compras la mayor parte de los comestibles y me ayudas con el alquiler y tal. No es como si necesitara ese dinero. Además, ¡eran tantas horas! ¡Horas que podría pasar contigo y con Alexander! Si llegaba a casa literalmente muerta de cansancio, Macon.

Pasaron por delante del Salón de Belleza Methylene, de una agencia de seguros, de una tienda de pintura. Edward lanzó una mirada llena de interés a un voluminoso gato que tomaba el sol en el capó de una camioneta.

—Figuradamente —dijo Macon.

—¿Eh?

—Llegabas *figuradamente* muerta de cansancio. Caray, Muriel, qué imprecisa eres. Qué descuidada. ¿Y cómo has podido dejar el trabajo así como así? ¿Cómo das las cosas por sentado de esta manera? ¡Ni siquiera me lo avisaste!

—Ah, no le des tanta importancia...

Llegaron a la tienda favorita de Muriel —un agujero innominado abierto en la pared con una caída de sombreros polvorientos en el escaparate—. Muriel fue a traspasar el umbral pero Macon se quedó donde estaba.

—¿No entras? —le preguntó ella.

—Te espero aquí.

—¡Pero ésta es la tienda donde tienen todos los chismes!

Él no dijo nada. Ella suspiró y desapareció puerta adentro. Verla irse fue como deshacerse de un enorme lastre.

Macon se agachó para rascar a Edward detrás de las orejas y luego, levantándose, examinó detenidamente un cartel de propaganda electoral descolorido por el sol, como si encerrase algún mensaje cifrado fascinante. Dos mujeres negras que arrastraban carritos de alambre llenos de ropa blanca pasaron por su lado. «Hacía el mismito calor que en el día de hoy, y ¿qué dirás que llevaba puesto? Un abrigo de pieles...».

—Ma-con.

Se volvió hacia la puerta de la tienda.

—¡Oh, Maaa-con!

Vio un mitón, uno de esos mitones infantiles diseñados con apariencia de marioneta. La palma era una boca roja de fieltro que se ensanchó para graznar:

—Macon, no estés enfadado con Muriel, por favor.

Macon emitió un gemido.

—Entra en esta bonita tienda con ella —le exhortó la marioneta.

—Muriel, me parece que Edward empieza a estar inquieto.

—¡Aquí hay muchas cosas que comprar! Alicates y llaves inglesas y reglas T... Hay un martillo silencioso.

—¿Qué?

—Un martillo que no hace nada de ruido. Puedes aporrear clavos en plena noche.

—Oye... —dijo Macon.

—Hay una lupa toda agrietada y rota, y cuando miras cosas rotas por la lente jurarías que están otra vez enteras.

—Muriel, de verdad...

—¡Yo no soy Muriel! ¡Soy el Mitón Mitchell! Macon, ¿no sabes que Muriel siempre es capaz de cuidar de sí misma? —le preguntó la marioneta—. ¿No sabes que, si quisiera, podría encontrar otro empleo mañana mismo? ¡Así que ven adentro! ¡Anda! Hay un cortaplumas con su propia piedra de amolar.

—Vaya por Dios —dijo Macon.

Pero rió brevemente a pesar suyo. Y entró en la tienda.

* * *

Durante los días que siguieron, ella sacó a colación el tema de Francia una y otra vez. Le mandó una carta anónima con letras impresas pegadas: **No oLVides ComPRar billete de aVION paRA MuRIel**. (Y la revista delatora —con cuadraditos recortados de sus páginas— aún estaba encima de la mesa de la cocina). Le pidió que le alcanzase las llaves, que tenía dentro del bolso, y cuando Macon lo abrió, encontró unas fotografías: dos cuadrados a todo color de papel delgado en que se veían los ojos de Muriel a media asta. Fotos de pasaporte, evidentemente. Ella se debía haber propuesto que él las viese, pues le estaba mirando con ahínco. Pero él se limitó a depositarle las llaves en la palma de la mano sin hacer ningún comentario.

No podía por menos que admirarla. ¿Había conocido alguna vez a una luchadora igual? Una tarde fue con ella a comprar comestibles más tarde de lo acostumbrado, y justo al pasar por una zona en sombra, un chico salió de un portal. «Dame todo lo que lleves en el bolso», le dijo a Muriel. A Macon aquello le cogió desprevenido; el chico era poco más que un niño. Se quedó helado, abrazando la bolsa de los comestibles. Pero Muriel dijo: «¡Y una leche!», y haciendo oscilar el bolso por la correa, golpeó con él al chico en la mandíbula. Él se llevó una mano a la cara. «Vete ahora mismo a casa o te arrepentirás de haber nacido», le dijo Muriel. El chico se largó, cabizbajo, mirando hacia atrás a Muriel con una expresión perpleja.

Cuando Macon recobró el aliento, le dijo a Muriel que era una tonta.

—Si hubiese llevado una pistola, ¿qué? —le dijo—. ¡Podía haber pasado cualquier cosa! Los chicos jóvenes tienen menos compasión que los adultos. Esto está claro con sólo leer los periódicos.

—Bueno, pero ha salido bien, ¿no? ¿A santo de qué estás tan enfadado?

No estaba seguro. Supuso que quizá estaba enfadado consigo mismo. No había hecho nada para protegerla, ningún gesto valiente o caballeroso. No había pensado tan deprisa como ella; mejor dicho, no había pensado en absoluto. En cambio, Muriel... Bueno, Muriel ni siquiera se había mostrado sorprendida. Hubiera podido estar paseando calle abajo contando con encontrarse un vecino aquí, un perro extraviado ahí, un atraco un poco más allá —todo ello igualmente parte de la vida—. Experimentó una mezcla de asombro y respeto, y se sintió disminuido. Muriel simplemente siguió andando, tarareando *Great Speckled Bird* como si no hubiese pasado nada de

particular.

* * *

—Me parece que a Alexander no le enseñan nada en el colegio —le dijo Macon a Muriel una tarde.

—Ah, él va bien.

—Hoy, al comprar la leche, le he preguntado cuánto cambio nos devolverían, y no tenía la más remota idea. Ni siquiera sabía que se tenía que restar.

—Bueno, sólo está en segundo grado.

—Creo que habría que cambiarlo a un colegio privado.

—Los colegios privados cuestan dinero.

—¿Y qué? Yo lo pagaré.

Muriel dejó de revolver el tocino y lo miró.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Qué estás diciendo, Macon? ¿Me estás diciendo que estás comprometido?

Macon carraspeó. Dijo:

—Comprometido...

—A Alexander le quedan diez años más de ir al colegio. ¿Estás diciendo que vas a estar con nosotros todo ese tiempo?

—Eee...

—No puedo estar metiéndolo y sacándolo de colegios cada vez que tú

tengas un capricho.

Él no dijo nada.

—Dime sólo una cosa —dijo ella—. ¿Tú nos ves casándonos algún día? Cuando te concedan el divorcio, quiero decir.

—Bueno, es que el matrimonio, Muriel...

—No, ¿verdad? No acabas de saber *qué* es lo que quieres. Un momento te gusto y al siguiente no. En un momento dado te avergüenzas de que te vean conmigo y al siguiente piensas que soy lo mejor que te ha pasado jamás.

Macon se la quedó mirando. Jamás había adivinado que lo conociera tan bien.

—Te piensas que puedes seguir así, como a la deriva, viviendo al día, sin planes —dijo ella—. Quizá mañana estarás aquí, quizá no. Quizá decidas volver con Sarah después de todo. ¡Oh, sí! Te vi en la boda de Rose. No creas que no vi cómo os mirabais tú y Sarah.

—Lo único que digo es...

—Y lo único que digo yo —le interrumpió Muriel— es que tengas cuidado con lo que prometes a mi hijo. No le hagas promesas que no tengas intención de cumplir.

—¡Pero sólo pretendo que aprenda a restar! —dijo él.

Como ella no contestó, la última palabra quedó vibrando en el aire durante unos momentos. Restar. Un sonido categórico, cortante y vacuo que dejó abatido a Macon.

Durante la cena estuvo demasiado callada; incluso Alexander estuvo callado, y pidió permiso para levantarse de la mesa en cuanto hubo terminado su bandeja. Macon, sin embargo, remoloneaba por la cocina. Muriel estaba llenando el fregadero de agua. Él dijo: «¿Quieres que seque?». Sin aviso de ningún tipo, ella se dio la vuelta y le arrojó un estropajo mojado a la cara. Macon dijo:

—¿Muriel?

—¡Sal de aquí! —gritó ella, con las pestañas salpicadas de lágrimas y, dándole otra vez la espalda, hundió las manos en agua tan caliente que humeaba.

Macon se batió en retirada. Fue a la sala de estar, donde Alexander estaba mirando la televisión, y el niño se corrió en el sofá para dejarle sitio. No dijo nada, pero Macon vio que había oído lo anterior por la manera en que se ponía tenso con cada choque de platos procedente de la cocina. Al cabo de un rato los ruidos cesaron. Macon y Alexander se miraron. Hubo un silencio. Luego se oyó el murmullo de una voz. Macon se levantó y volvió a la cocina, andando más silenciosamente que de costumbre y ojo avizor, como el gato que vuelve con cautela después de haber sido echado del regazo de alguien.

Muriel estaba hablando por teléfono con su madre. Hablaba con voz alegre pero un poco más gruesa que de costumbre, como si estuviera recuperándose de un resfriado.

—Total —estaba diciendo— que le pregunto qué dificultades tiene con el perro, y ella: «Ah, no, dificultad ninguna», así que le pregunto: «Bueno, ¿cuál es el problema entonces?», y la señora: «No, problema problema ninguno». Y yo le digo: «Señora, me habrá hecho usted venir por alguna razón». Y ella dice: «Ah, bueno. Eso». Y me dice: «De hecho, me extraña lo de cuando hace». «¿Hace?», pregunto yo. Y ella dice: «Sí, cuando hace el número uno. Lo hace como las perritas, no levanta la pata». Y yo le digo: «A ver si lo he entendido bien. Me ha llamado para que le enseñe a su perro a levantar la pata cuando hace pipí».

Gesticulaba con la mano que tenía libre, como si pensase que su madre la estaba viendo. Macon se acercó a ella por detrás y la abrazó, y ella se apoyó en él.

—En fin, que te aseguro que no me aburro nunca —le dijo Muriel al auricular.

Aquella noche Macon soñó que viajaba por un país extranjero, sólo que parecía ser una combinación de todos los países en los que había estado y hasta de algunos en los que no. Los vastos y estériles espacios del aeropuerto Charles de Gaulle resonaban con el gorjeo de aquellos pajaritos que había visto en el interior de la terminal de Bruselas; y cuando salió al exterior se encontró en el verde mapa de Hawaii de Julian, con las bailarinas nativas de tamaño gigante balanceándose al lado de los puntos que señalaban las diversas

atracciones turísticas. Mientras tanto su propia voz, neutra y monótona, murmuraba sin parar: *En Alemania el viajante de comercio deberá llegar puntual a las citas, en Suiza llegará con cinco minutos de antelación, en Italia los retrasos de varias horas no son infrecuentes...*

Despertó. La oscuridad era total, pero por la ventana abierta oyó risas lejanas, el son de una música, débiles ovaciones como si se estuviese desarrollando algún juego. Con ojos entrecerrados miró el radio-reloj: las tres y media. ¿Quién podía estar jugando un partido a esta hora? Y en esta calle... esta triste y deteriorada calle donde nada marchaba bien para nadie, donde los hombres tenían empleos sin porvenir —cuando los tenían— y las mujeres engordaban y los chiquillos acababan mal. Pero se levantó otra ovación, y alguien cantó un verso de una canción. Macon se encontró a sí mismo sonriendo. Se volvió hacia Muriel y cerró los ojos; durmió sin soñar el resto de la noche.

* * *

El cartero llamó al timbre y entregó un paquete alargado, en forma de tubo, que iba dirigido a Macon. «¿Qué es esto?», preguntó Macon. Volvió a la sala de estar, mirando el marbete con el ceño fruncido. Muriel estaba leyendo un libro de bolsillo titulado *Consejos de belleza de las estrellas de cine*. Levantó la mirada y dijo:

—¿Por qué no lo abres y lo verás?

—¡Ah! ¿Esto es cosa tuya?

Ella se limitó a volver una hoja.

Otra petición para el viaje a Francia, supuso él. Arrancó la cinta adhesiva de un extremo y agitó el paquete hasta que salió un cilindro de papel satinado. Al desenrollarlo, vio una fotografía a todo color de dos cachorros en una canasta, con la leyenda *VITAMINAS PARA PERROS DEL DR. MACK* encima y un calendario del mes de enero debajo.

—No lo entiendo —le dijo a Muriel.

Ella volvió otra hoja.

—¿Por qué habrías de mandarme el calendario de un año que ya va por la mitad?

—A lo mejor hay algo escrito —le dijo ella.

Pasó las hojas correspondientes a febrero, marzo, abril. No había nada. Mayo. Luego junio: un garabato de tinta roja encima de un sábado.

—*Boda* —leyó—. ¿Boda? ¿La boda de quién?

—¿La nuestra? —le preguntó ella.

—Muriel...

—Entonces hará un año que estás separado, Macon. Podrás divorciarte.

—Pero, Muriel...

—Siempre me ha hecho ilusión la idea de casarme en junio.

—¡Muriel, por favor, yo no estoy preparado! No creo que lo esté nunca. Quiero decir que el matrimonio no tendría que ser algo tan frecuente; a mí me parece que tendría que ser la excepción a la regla. Las parejas perfectas podrían casarse, quizá, pero ¿cuál es la pareja perfecta?

—Tú y Sarah, supongo —dijo Muriel.

El nombre le hizo evocar el plácido rostro de Sarah, redondo como una margarita.

—No, no... —dijo débilmente.

—¡Qué egoísta eres! —gritó Muriel—. ¡Sólo piensas en ti! ¡Tienes una serie de ideas extravagantes para no hacer nunca nada de lo que yo quiero!

Entonces arrojó el libro al sofá y corrió escaleras arriba.

Macon oyó los cautelosos ruiditos de ratón que hacía Alexander al moverse de puntillas por la cocina, preparándose la merienda.

* * *

Claire, la hermana de Muriel, se presentó en la casa con una maleta que desbordaba ropa y los ojos encarnados de llorar.

—Nunca más voy a dirigirle la palabra a mamá —les dijo, y pasó a empujones por entre ellos al interior de la casa—. ¿Queréis saber lo que ha pasado? Pues últimamente he salido con un chico que se llama Claude McEwen. Pero no se lo conté a mamá, ya sabéis el miedo que tiene a que yo acabe como Muriel. Ayer noche, cuando pasó a buscarme, ella me vio desde la ventana en el momento en que yo entraba corriendo en el coche, y vio que en el cristal llevaba una pegatina gigante donde ponía *EDGEWOOD*. Es porque él ha ido a un centro de enseñanza media en Delaware que se llama así, pero mamá se pensó que era el Arsenal Edgewood y que por lo tanto debía ser un militar. Total, que esta mañana me levanto y estaba hecha una furia. Me dice: «¡Ya sé lo que te traes entre manos! ¡Ayer estuviste hasta las tantas con el General!». Y yo: «¿Qué? ¿Con quién?», pero no hay manera de pararla cuando coge carrerilla. Me dijo que estaba castigada sin salir nunca más, que no podría ver más al General o ella haría que lo sometieran a un consejo de guerra y le arrancaran todas las estrellas del uniforme, así que en menos que canta un gallo me hice la maleta...

Macon, escuchando distraídamente mientras Edward suspiraba a sus pies, vio de pronto su vida como algo rico, pleno, sorprendente. Le hubiese gustado poder enseñársela a alguien. Tenía ganas de extender majestuosamente un brazo y decir: «¿Ves?».

Pero la persona a quien le hubiese gustado enseñársela era Sarah.

* * *

Rose y Julian habían vuelto de su viaje de luna de miel; iban a dar una cena de familia, y Macon y Muriel estaban invitados. Macon compró una botella de muy buen vino como regalo para la dueña de la casa. Dejó la botella en el mármol de la cocina y Muriel, al entrar, le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Vino, para Rose y Julian.

—¡Treinta y seis dólares con noventa y nueve centavos! —exclamó ella, examinando la etiqueta.

—Sí, es que es francés.

—Ni siquiera sabía que un vino pudiese costar treinta y seis noventa y nueve.

—He pensado que... como ésta es la primera visita que les hacemos en su piso...

—Realmente tienes mucho aprecio a tu familia.

—Sí, claro.

—A mí nunca me has comprado una botella de vino.

—No sabía que te gustaba. Me dijiste que te ponía los dientes ásperos.

Esto Muriel no lo discutió.

Unas horas más tarde, Macon advirtió que la botella había sido movida de sitio. Además, estaba abierta. Y además, medio vacía. El tapón estaba al lado, aún espetado en el sacacorchos. De un vasito para zumos anublado emanaba un olor a uvas.

—¡Muriel! —llamó Macon.

—¡Qué! —contestó ella desde la sala de estar.

Fue hasta el umbral de la puerta de la sala de estar. Muriel estaba mirando un partido de baseball con Alexander. Él dijo:

—Muriel, ¿te has bebido el vino que he comprado?

—Sí.

—¿Por qué, Muriel?

—Ah, simplemente he tenido la tentación irresistible de probarlo —dijo ella.

Entonces lo miró con los ojos entrecerrados y la barbilla ladeada. Le pareció a Macon que lo desafiaba a que hiciese algo, pero él no dijo nada. Cogió las llaves de su coche y salió a comprar otra botella.

* * *

Macon sentía cierta timidez ante la perspectiva de esta cena, como si Rose se hubiese convertido en una extraña. Vestirse le llevó más tiempo del habitual, pues no se decidía entre dos camisas, y Muriel, por su parte, también parecía tener problemas. No hacía más que ponerse ropa y volvérsela a quitar; las telas de vivos colores empezaron a amontonarse en la cama y por el suelo. «Señor, señor, ojalá fuese distinta de arriba a abajo», suspiró. Macon, concentrado en la tarea de anudarse la corbata, no dijo nada. La foto infantil de Muriel le sonreía desde el marco del espejo. Se fijó en la fecha, impresa en el borde: AGO 60. Mil novecientos sesenta.

Cuando Muriel tenía dos años, Macon y Sarah ya estaban prometidos.

Abajo, Dominick Saddler estaba sentado en el sofá con Alexander.

—Mira, esto es engrudo de cera —estaba diciendo. Levantó el bote—. A un coche nunca le saques brillo con otra cosa sino engrudo de cera. Y esto es un pañal. Los pañales son unos trapos superbuenos porque casi no dejan hilas. Normalmente los compro por docenas en Sears Roebuck. Y esto son gamuzas: bueno, las gamuzas ya las conoces. Así que te haces con estos suministros y una caja de buena cerveza y una chica, y te marchas a Loch Raven. Allí aparcas al sol, te quitas la camisa, y la chica y tú empezáis a sacar brillo. No hay mejor manera de pasar las tardes de primavera.

La versión de Dominick de un cuento para antes de acostarse, supuso Macon. Esta noche hacía de canguro. (Las gemelas Butler habían quedado con unos chicos, y Claire había salido con el General. Ahora todo el mundo se refería a él con este nombre). En pago, Dominick podría usar el coche de Muriel durante una semana; el simple dinero no lo hubiese persuadido jamás. Estaba repantigado al lado de Alexander, con el pañal extendido encima de una rodilla, y los músculos le abultaban bajo una camiseta donde se leía *WEEKEND WARRIOR*. Llevaba una gorra marinera griega echada hacia atrás, con un botón de Judas Priest encima de la visera. Alexander parecía embelesado.

Muriel bajó taconeando las escaleras. Llegó estirando el cuello hacia atrás para ver si se le veía la combinación.

—¿Está bien este vestido? —le preguntó a Macon.

—Es muy bonito —dijo éste, y era cierto, aunque no era su estilo en absoluto.

Por lo visto, había decidido tomar a Rose como modelo. Se había recogido el pelo hacia la nuca en un moño y llevaba un esbelto vestido gris con hombreras. Sólo las sandalias de tacón alto parecían suyas; probablemente no tenía unos zapatos tan sensatos como los mocasines planos de Rose.

—Si hay algo que no está bien, quiero que me lo digas —le dijo a Macon—. Alguna cosa que desentone.

—Ni una —le aseguró Macon.

Muriel besó a Alexander, dejándole en la mejilla una marca rojo oscuro. Después se inspeccionó por última vez en el espejo junto a la puerta de entrada, al tiempo que gritaba:

—No le dejes quedarse levantado hasta muy tarde, Dommie; no le dejes ver cosas de miedo por la tele...

—*Muriel* —dijo Macon.

—Parezco la ira de Dios.

A los niños Leary les habían inculcado la noción de que, si una invitación implicaba una comida, había que llegar exactamente a la hora indicada. No importaba que a menudo sorprendiesen a la dueña de la casa con rulos en la cabeza; ellos seguían haciendo lo que les habían enseñado. De modo que Macon apretó el botón del contestador automático a las seis y veintisiete minutos, y Porter y Charles se reunieron con ellos frente al ascensor. Ambos saludaron a Muriel con un «Hola, qué tal», y luego ascendieron todos en medio de un silencio lóbrego, con la vista fija en los números de encima de la puerta. Charles llevaba una maceta con un ombligo de Venus, y Porter otra botella de vino.

—Qué emocionante, ¿verdad? —dijo Muriel—. Somos la primera gente

que invitan.

—Si nosotros a esta hora estuviésemos en casa, estaríamos mirando el noticiario de la tarde —le dijo Charles.

A Muriel no se le debió de ocurrir ninguna réplica, pues no dijo nada.

A las seis y media en punto, de pie en un silencioso pasillo enmoquetado en color crema, llamaban a la puerta. Rose les abrió, llamó: «¡Ya están aquí!», y puso su rostro brevemente contra cada uno de ellos de ellos. Llevaba el delantal con borde de encaje que la abuela Leary se ponía para recibir visitas, y olía a jabón de lavanda, igual que siempre. Pero tenía una franja de piel quemada por el sol en el caballete de la nariz.

Julian, elegante y despreocupado con un jersey de cuello alto azul marino y pantalones blancos (aunque todavía no había llegado Memorial Day), preparó las bebidas mientras Rose se retiraba a la cocina. El piso era una de esas construcciones ultramodernas en que las habitaciones se funden las unas con las otras, de modo que la veían moverse de aquí para allá por la cocina. Julian les enseñó fotos de Hawaii. O había usado película de inferior calidad o Hawaii era un lugar muy distinto a Baltimore, porque algunos colores no estaban bien. Los árboles parecían ser azules. En la mayoría de las fotos Rose estaba delante de macizos de flores o de arbustos floridos, con un vestido blanco sin mangas que Macon no le había visto nunca, con los brazos cruzados y sonriendo demasiado ampliamente, de manera que parecía mayor de lo que era.

—Le dijo a Rose que parece que haya ido de luna de miel sola —dijo Julian—. Las fotos las hice yo porque Rose no acabó de aprender cómo funcionaba mi máquina.

—¿Que no lo aprendió? —dijo Macon.

—Era uno de esos modelos alemanes con muchos botones.

—¿Y no entendió cómo iban los botones?

—Yo le digo: «La gente va a pensar que yo ni estaba».

—Pero si Rose hubiese podido desmontar esa máquina y volverla a montar dos veces seguidas... —dijo Macon.

—No, éste es un modelo alemán de esos con...

—No estaba construida con mucha lógica —gritó Rose desde la cocina.

—Ah —dijo Macon, apoyándose en el respaldo del asiento.

Entró Rose con una bandeja y la dejó encima de la mesa baja de cristal. Entonces se arrodilló y empezó a untar unas galletitas con paté. Macon notó un cambio en su manera de moverse. Lo hacía con más gracia, pero también con más timidez. Ofreció el paté primero a Muriel, luego a cada uno de sus hermanos, por último a Julian.

—En Hawaii empecé a aprender a navegar —dijo. Pronunció las dos íes de Hawaii por separado; a Macon le pareció afectado—. Ahora pienso seguir practicando en la Bahía.

—Está en proceso de adaptación —dijo Julian—. De momento se marea con el vaivén.

Macon mordió su galleta. El paté le resultaba familiar. Era áspero de consistencia pero tenía un gusto muy delicado; era un sabor fino que creía procedía de añadir una gran cantidad de mantequilla. La receta era de Sarah. Se quedó muy quieto, sin masticar. Lo invadió una sutil mezcla de estragón, nata y su antigua casa.

—Ah, entiendo muy bien lo que te pasa —le dijo Muriel a Rose—. Sólo con mirar un barco, ya me pongo nauseabunda.

Macon tragó y se quedó mirando el trozo de alfombra entre sus pies. Esperó que alguien la corrigiese, pero nadie lo hizo. Fue todavía peor.

* * *

En la cama ella le dijo:

—¿Tú no me dejarías, verdad? ¿Pensarías en dejarme? ¿No serás como los otros, verdad? ¿Me prometes no dejarme?

—Sí, sí —dijo él, flotando en sueños, medio dormido.

—Tú sí me tomas en serio, ¿verdad? ¿Verdad?

—Muriel, por compasión... —dijo él.

Pero más tarde, cuando ella, dormida, se dio la vuelta y se apartó de él, sus pies siguieron los de ella espontáneamente al otro lado de la cama.

Macon estaba sentado en una habitación de hotel en Winnipeg, Manitoba, cuando sonó el teléfono. En realidad tardó unos segundos en darse cuenta de que era el teléfono. En aquel momento se lo estaba pasando muy bien con un misterioso objeto que acababa de descubrir: un cilindro de metal pintado en color marfil fijado en la pared, encima de la cama. Antes nunca se había fijado en el objeto en cuestión, aunque se había alojado en este hotel en dos viajes anteriores. Al tocar el cilindro para ver lo que era, hizo un movimiento de rotación y desapareció dentro de la pared, al tiempo que del interior de ésta salía una bombilla ya encendida. En ese mismo momento sonó el teléfono. Durante un instante de confusión, Macon imaginó que era el cilindro lo que sonaba. Luego vio el teléfono en la mesita de noche. Pero seguía estando confuso. Que él supiese, nadie tenía su número. Levantó el auricular y dijo:

—¿Sí?

—Macon.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Sarah?

—¿Te he cogido en un mal momento?

—No, no... ¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Bueno, Julian me dijo que para estas fechas ya estarías o en Toronto o en Winnipeg, así que miré tu última guía, y como sabía que los hoteles donde hablas de ruidos nocturnos son aquellos en los que te alojas, pues...

—¿Sucede algo? —preguntó él.

—No, sólo quiero pedirte un favor. ¿Te importa si vuelvo a instalarme en nuestra casa?

—Eee...

—Sólo de momento, durante poco tiempo —dijo ella apresuradamente—. El contrato de alquiler que me hicieron se acaba a finales de mes, y no encuentro otro piso.

—Pero la casa está hecha un desastre —le dijo él.

—Ah, ya me cuidaré yo de eso.

—No, quiero decir que este invierno pasó una cosa... las cañerías reventaron o no sé qué, y el techo...

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Tus hermanos me lo han dicho.

—¿Mis hermanos?

—Fui a preguntarles por tu paradero, porque no contestaban el teléfono, y Rose me dijo que había ido a ver la casa y...

—¿También fuiste a casa de Rose?

—No, estaba en casa de tus hermanos.

—Ah.

—Está viviendo allí durante un tiempo.

—Ya —dijo él. Y luego—: ¿Que qué?

—Bueno, es que June ha tenido la criatura —dijo Sarah—, de manera que le pidió a Porter que se llevase a los niños con él un tiempo.

—Pero ¿eso que tiene que ver con Rose? —preguntó Macon—. ¿Acaso Rose piensa que Porter no sabe ni abrirles una lata de sopa a sus hijos? Y además, ¿por qué se los ha enviado June?

—Ah, ya conoces a June, siempre ha sido más bien tontita.

Al decir esto pareció la Sarah de antaño. Hasta aquel momento había habido en su voz una especie de prudencia, de cautela, un algo presto a retroceder, pero ahora emergió cierto tono travieso y de confianza. Macon se apoyó hacia atrás en la almohada.

—Les dijo a los niños que necesita tiempo para vincularse —explicó Sarah.

—¿Tiempo para qué?

—Que ella y su marido tienen que establecer vínculos con la criatura.

—Cielos —dijo Macon.

—Cuando Rose lo oyó, le dijo a Porter que iba. De todas formas, no creía que los muchachos, Porter y Charles, estuviesen alimentándose bien; y además, hay una grieta en un lado de la casa y ella quiere hacerla componer antes de que se agrande.

—¿Qué clase de grieta? —preguntó Macon.

—No sé, una pequeña grieta en la albañilería. Dice Rose que cuando la lluvia cae con una cierta inclinación, el agua se filtra hasta encima del techo de la cocina; dice que Porter y Charles querían arreglarla pero no se ponían de acuerdo en cuál era el procedimiento mejor.

Macon se quitó los zapatos y subió los pies a la cama.

—Así que Julian está viviendo solo, ¿no?

—Sí, pero ella le lleva los platos cocinados —dijo Sarah. Entonces añadió—: ¿Has pensado en ello, Macon?

El corazón le dio otro vuelco.

—¿Si he pensado en qué?

—En lo de usar yo la casa.

—Ah. Bueno, a mí no me importa, pero me parece que no te das cuenta de la magnitud de los daños.

—Pero eso lo tendríamos que arreglar de todos modos, si fuésemos a vender la casa. Mira, lo que he pensado es lo siguiente: yo podría pagar las reparaciones —todo lo que no esté incluido en el seguro— con lo que normalmente pagaría de alquiler. ¿Te parece razonable?

—Sí, claro que sí —dijo Macon.

—Y quizás haga limpiar la tapicería —dijo ella.

—Sí.

—Y las alfombras.

—Sí.

Después de tantos años, Macon sabía cuándo ella preparaba el terreno para algo. Reconoció aquel tono distraído que significaba que estaba haciendo acopio de ánimos para lo que de verdad quería decir.

—Por cierto —dijo Sarah—, me han llegado los papeles del abogado.

—Ah.

—Los arreglos finales, ya sabes. Cosas que he de firmar.

—Sí.

—En cierto modo fue un choque.

Él no dijo nada.

—Claro, yo sabía que los iba a recibir, desde luego; ya hace casi un año. De hecho, el abogado me llamó por teléfono para anunciármelo, pero cuando los tuve delante, en letra de molde, me pareció una cosa tan expeditiva... No tomaban en consideración los sentimientos involucrados en la cuestión. Creo que eso me cogió por sorpresa.

Macon intuyó que se le aproximaba algún peligro, que algo se le iba de las manos.

—¡Ah! ¡Sí, claro! —dijo—. ¡Desde luego! Es una reacción natural. En

fin, que tengas buena suerte con la casa, Sarah.

Colgó rápidamente.

* * *

Su compañera de asiento en el vuelo a Edmonton era una mujer que les tenía miedo a los aviones. Macon lo supo antes de que el avión despegase, antes incluso se miró en dirección a ella. Estaba mirando por la ventanilla, reservado y silencioso como de costumbre, y la oyó tragar saliva repetidamente. Todo el rato apretaba y aflojaba las manos en los brazos del asiento, y esto Macon también lo notaba. Al final se volvió para ver quién había a su lado. Su mirada se encontró con la de un par de ojos rodeados de bolsas. Una mujer muy vieja, flácida, con un vestido floreado, lo estaba mirando fijamente con gran intensidad, como si con ello hubiese querido obligarle a volverse.

—Cree usted que este avión es seguro —dijo en tono monocorde, no exactamente preguntándolo.

—Es completamente seguro —le dijo él.

—Entonces por qué ponen todas estas señales. Oxígeno. Chalecos salvavidas. Salidas de emergencia. Sin duda temen lo peor.

—Son sólo normas federales —dijo Macon.

Entonces se quedó pensando en la palabra «federales». En el Canadá, ¿sería aplicable? Le frunció el ceño al asiento que tenía delante, meditando. Al final dijo: «Normas *gubernamentales*». Al echar una ojeada a la expresión de la mujer para ver si esto tenía más sentido para ella, descubrió que debía de haber estado mirándole fijamente todo ese rato. Su cara, grisácea y desesperada, arremetió contra él. Macon empezó a sentirse preocupado por ella.

—¿Quiere usted un vaso de jerez? —le preguntó.

—No nos dan jerez hasta que estamos en vuelo. Para entonces ya es demasiado tarde.

—Un momentito —dijo él.

Se inclinó para abrir la cremallera de su bolsa, y del estuche de los avíos de afeitar sacó un frasco achatado de plástico. Siempre lo llevaba consigo cuando viajaba, por si acaso no lograba dormir por las noches. Sin embargo, nunca lo había usado, y no porque no hubiese pasado noches de insomnio, sino porque había seguido reservándolo para alguna ocasión aún peor que aquella por la que en ese momento estuviese atravesando, para algo que nunca acababa de llegar del todo.

Como sus otras provisiones de urgencia (el pequeño estuche de costura, la diminuta pastilla blanca de Lomotil), este frasco se guardaba para la urgencia *de verdad*. De hecho, el tapón de metal se había oxidado por dentro, como pudo comprobar al desenroscarlo. «Me temo que esto se haya... pasado un poco, o lo que sea que haga el jerez», le dijo a la anciana. Ella no contestó; continuó mirándole fijamente a los ojos. Macon virtió el jerez en el tapón, que hacía también las veces de vaso. Mientras tanto el avión chirrió y empezó a circular por la pista. La mujer se bebió el jerez y le alargó el vaso. Macon vio que no se lo devolvía definitivamente y lo volvió a llenar. La mujer bebió esta vez más despacio y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento.

—¿Mejor? —le preguntó él.

—Soy la señora Bunn —le dijo ella.

Él pensó que ésa era su forma de decirle que ya volvía a ser ella misma, la persona seria y formal de siempre.

—Cómo está usted —dijo él—. Yo me llamo Macon Leary.

—Sé que es una tontería, señor Leary, pero beber algo da la sensación de que al menos está haciendo una algo por dominar la situación, ¿no le parece?

—Absolutamente —dijo Macon.

Pero no estaba muy convencido de que su interlocutora la estuviese dominando. Al tiempo que el avión ganaba velocidad, la mano que tenía libre cogió con fuerza el brazo del asiento. La otra mano —la más cercana a él, la que agarraba el vaso— se puso blanca alrededor de las uñas. De repente el vaso se escurrió de su apretón y saltó verticalmente por los aires. Macon lo

atrapó diestramente, dijo «¡Hop-la!» y lo enroscó en el frasco. Luego volvió a meter el frasco en su bolsa.

—Una vez hayamos despegado... —empezó a decir.

Pero al mirarla se interrumpió. La mujer volvía a tragar saliva. En este momento el avión empezaba a elevarse —el morro se estaba alzando— y la mujer estaba prensada contra el respaldo de su asiento. Parecía haberse aplanado.

—¿Señora Bunn? —dijo Macon. Tenía miedo de que le estuviese dando un ataque al corazón.

En vez de contestar, se volvió hacia él y se desplomó sobre su hombro. Macon le pasó un brazo alrededor.

—No es nada —dijo él—. Caramba. No le pasará nada, no es nada.

El avión continuó inclinándose hacia atrás. Cuando retrajo sus ruedas de aterrizaje, con un gruñido característico, Macon notó el escalofrío que recorrió a la señora Bunn. Su cabello olía a manteles recién planchados. Su espalda era amplia a amorfa, una forma redondeada como el lomo de una ballena.

Le impresionó que una persona tan vieja tuviese tantas ganas de vivir.

Entonces el avión se enderezó y ella se sobrepuso: irguiéndose, apartándose de él, enjugándose las lágrimas que tenía en los pliegues bajo los ojos. Estaba llena de pliegues, anchos, lisos, combados, pero llevaba animosamente dos botones de perla en sus lóbulos alargados y esponjosos, y una capa de carmín rojo en una boca tan arrugada que ni siquiera tenía un contorno claro.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Macon.

—Sí, y le pido mil perdones —dijo ella, pasándose la mano por el broche que llevaba al cuello.

Cuando pasó el carro de bebidas, Macon pidió para ella otro jerez, que insistió en pagar, y también uno para sí mismo, aunque no pensaba beberlo. Pensó que podía hacer falta para la señora Bunn. Resultó estar en lo cierto, porque el vuelo fue inusitadamente movido. La señal de abrocharse los

cinturones estuvo encendida todo el rato, y el avión botaba y rechinaba como si rodase sobre grava. De tanto en tanto caía bruscamente y la señora Bunn hacía una mueca de dolor, pero continuo tomando sorbitos de jerez.

—Esto no es nada —le dijo Macon—. He hecho viajes mucho peores que éste. —Le explicó cómo capear las turbulencias—. Es como viajar en barco. O como ir sobre ruedas, con patines. Aflojas las rodillas. Te doblas. ¿Entiende lo que le digo? Es cuestión de dejarse llevar por el movimiento, de ir con él.

La señora Bunn le aseguró que lo intentaría.

No sólo la atmósfera estaba inestable, sino que en el interior del avión ocurrían continuamente pequeños percances. Cada vez que la azafata soltaba el carro de las bebidas, éste se ponía a rodar pasillo abajo. La bandeja de la señora Bunn cayó dos veces de improviso sobre su falda. A cada nuevo contratiempo Macon se reía y decía: «Vaya por Dios», y agitaba la cabeza. «Otra vez», decía. La señora Bunn tenía los ojos clavados en su rostro, como si Macon fuese su única esperanza.

Una vez se oyó un golpe y ella se sobresaltó; la puerta de la carlinga se había abierto sola. «¿Qué? ¿Qué pasa?», dijo ella, pero Macon le señaló que ahora podía ver por sí misma lo tranquilo que estaba el piloto. Estaban lo bastante cerca de la parte delantera para poder incluso oír de qué hablaba. Le estaba preguntando algo a gritos al copiloto, le decía que por qué una niña de diez años que tuviese dos dedos de frente iba a llevar unos aparatos dentales dentro de una sauna cuando sólo tenía que usarlos para dormir.

—¿Llama usted a eso un hombre preocupado? —le dijo Macon a la señora Bunn—. ¿Cree usted que un hombre a punto de saltar del avión en paracaídas estaría hablando de ortodoncia?

—¡Saltar del avión! —exclamó la señora Bunn—. ¡Oh, no habían pensado en eso!

Macon volvió a reír.

Se acordó de una vez en que, siendo muchacho, había hecho un viaje solo, recorriendo universidades. Ebrio con la sensación de independencia, nueva para él, le había mentado al pasajero sentado a su lado, diciéndole que había nacido en Kenya, donde su padre organizaba safaris. Del mismo modo

le estaba mintiendo ahora a la señora Bunn, presentándose ante ella como una persona alegre y tolerante.

Pero una vez hubieron aterrizado (cosa que apenas arredró a la señora Bunn, entonada con tanto jerez), y ella se hubo marchado con su hija, un niño muy pequeño que correteaba chocó de cabeza contra las rodillas de Macon. Lo seguía otra criatura, y otra, todas más o menos del mismo tamaño —algún parvulario, pensó Macon, de excursión visitando el aeropuerto—, y cada una, como incapaz de desviarse del curso trazado por la primera, carenaba en las rótulas de Macon y decía «¡Au!». El grito se fue repitiendo fila abajo como reclamos de pajaritos —"¡Au!" «¡Au!» «¡Au!»— mientras que, detrás de los niños, una mujer de aspecto atribulado se llevaba una mano a la mejilla. «Perdone», le dijo a Macon, y éste dijo: «No tiene importancia».

Sólo más tarde, al pasar frente a un espejo y ver reflejada en él la sonrisa de su rostro, pensó que, de hecho, quizá no le hubiese mentido a la señora Bunn después de todo.

* * *

—Dice el fontanero que no será difícil de arreglar —le dijo Sarah—. Dice que parece muy aparatoso pero que sólo hay una cañería rota.

—Vaya, mejor —dijo Macon.

Esta vez su llamada no le había sorprendido tanto, claro, pero de todas formas le producía cierta sensación de desconcierto el estar en una habitación de un hotel de Edmonton, la tarde de un día laborable, escuchando la voz de Sarah al otro extremo del hilo telefónico.

—Esta mañana he ido a poner un poco de orden —dijo ella—. Está todo tan desorganizado...

—¿Desorganizado?

—¿Por qué están cosidas por la mitad algunas sábanas? Y la tostadora de maíz está en el dormitorio. ¿Comías palomitas en el dormitorio?

—Pues supongo que sí.

Estaba de pie, cerca de una ventana abierta por la que se veía un paisaje de extraña belleza: una extensión de matemática llanura con edificios de líneas rectas levantándose a lo lejos, como los tarugos de juguete de un niño encima de una alfombra. Resultaba difícil, en aquel ambiente, recordar por qué había tenido la tostadora de maíz en el dormitorio.

—Y ahí, ¿qué tiempo hace? —preguntó Sarah.

—Más bien gris.

—Aquí hace sol. Sol y humedad.

—Pues aquí desde luego no hay humedad ninguna. El aire es tan seco que la lluvia se esfuma antes de llegar al suelo.

—¿De verdad? Entonces, ¿cómo sabes que está lloviendo?

—Porque se ve la lluvia sobre las llanuras —dijo él—. Parecen franjas que se desvanecen a medio camino desde el cielo.

—Ojalá estuviera ahí viéndolo contigo —dijo Sarah.

Macon tragó saliva.

Mirando por la ventana, se acordó de cuando Ethan era muy pequeño. Ethan solía llorar cuando no estaba bien arropado con una manta; el pediatra les había explicado que los recién nacidos tienen miedo a desintegrarse. Macon no había podido imaginárselo en aquel entonces, pero ahora no tenía dificultad alguna. Se veía a sí mismo separándose, haciéndose pedazos, su cabeza flotando cada vez más lejos a una velocidad aterradora en la misteriosa atmósfera verde de Alberta.

* * *

En Vancouver le preguntó si allí la lluvia también se esfumaba.

—No —dijo él.

—¿No?

—No, en Vancouver llueve.

Llovía en ese momento una apacible lluvia nocturna. Macon la oía pero no la veía, salvo por el cono de gotas iluminadas que se derramaban bajo un farol callejero, justo enfrente de la ventana de su habitación. Casi podía suponerse que era el farol mismo el que llovía.

—Bueno, pues yo ya me he vuelto a instalar en la casa —dijo ella—. Me estoy arriba, sobre todo. La gata y yo. Acampamos en el dormitorio y bajamos sólo para comer.

—¿Qué gata es ésa?

—Helen.

—Ah, sí.

—Fui a buscarla a casa de Rose. Necesitaba compañía. No puedes imaginarte lo solitario que está esto.

Sí, podía imaginárselo, le hubiese podido decir. Pero no lo hizo.

Así que volvían a estar en la misma situación de antaño, le hubiese podido decir. Él había logrado captar la atención de ella sólo replegándose. No se sorprendió al oírle decir:

—Macon... ¿Piensas...? ¿Cómo se llama? ¿La persona con la que vives?

—Muriel.

Cosa que ella sabía antes de preguntarlo, sospechó él.

—¿Piensas quedarte a vivir con Muriel para siempre?

—La verdad es que no sabría decírtelo.

Le llamó la atención lo raro que sonaba el nombre en este anticuado cuarto de hotel. Muriel. Qué sonido tan extraño. Y tan desconocido, de repente.

* * *

En el vuelo de regreso, su compañera de asiento era una atractiva mujer joven vestida con un traje chaqueta. Esparció el contenido de su cartera sobre la bandeja plegable, y empezó a hojear páginas impresas de computadora con unas manos de manicura perfecta. Entonces le preguntó a Macon si tenía una pluma que dejarle. Esto le divirtió. Le pareció que la naturaleza verdadera de la chica asomaba por debajo de su exterior de mujer de negocios. Sin embargo, la última pluma que llevaba era una estilográfica que no le gustaba prestar, así que dijo que no. Ella pareció aliviada, y volvió a guardar con buen humor todo lo que había sacado de la cartera.

—Hubiese jurado que mangué un bolígrafo del último hotel —dijo—, pero quizá haya sido en el anterior a éste. Ya sabes cómo al final se confunden todos en la memoria.

—Debes de viajar mucho —dijo cónortesmente Macon.

—¡Cómo te lo diría! Algunas mañanas, cuando me levanto, tengo que mirar el papel de cartas del hotel para saber en qué ciudad estoy.

—Qué horror.

—Ah, a mí me gusta —dijo ella, inclinándose para poner la cartera debajo del asiento—. Ya sólo estoy relajada cuando viajo. Cuando voy a casa no puedo estarme quieta, estoy nerviosa. Prefiero ser un... blanco móvil, por así decirlo.

Macon se acordó de una cosa que había leído una vez sobre la heroína, en el sentido de que no es realmente un placer, pero altera tan completamente la química corporal de los usuarios, que éstos se ven obligados a continuar una vez han empezado.

Rechazó las bebidas y la cena, cosa que también hizo su compañera de asiento. Después ella se arrolló hábilmente la chaqueta en forma de almohada y se puso a dormir. Macon sacó *Miss MacIntosh* y se quedó mirando una página durante un rato. La primera línea empezaba con *cejas hirsutas, el pelo veteado de blanco*. Examinó las palabras tanto rato que al final casi se preguntaba si eran realmente palabras. Toda la lengua inglesa se le aparecía

como amazacotada y quebradiza a la vez. «Señoras y señores», dijeron los por los altavoces, «iniciaremos el descenso...», y la palabra «descenso» le pareció un invento, algún nuevo eufemismo pergeñado por las líneas aéreas.

Después de aterrizar en Baltimore, tomó el autobús del aeropuerto hasta la zona de aparcamiento y recogió su coche. Aquí empezaba a atardecer, y el cielo estaba pálido y resplandeciente sobre la ciudad. Mientras conducía seguía viendo las palabras de *Miss MacIntosh* y seguía escuchando la voz ligada de la azafata: *obsequiaremos con bebidas en nombre del capitán y bandejas en posición vertical*. Pensó en poner la radio pero no sabía en qué emisora estaba sintonizada. Quizá lo estaba en la de Muriel, la de música country. Esta posibilidad le hizo sentir fatiga; tenía la sensación de que no tendría fuerzas para apretar los botones, y siguió conduciendo en silencio.

Llegó a la calle Singleton y puso el intermitente, pero no giró. Al cabo de un poco el intermitente se apagó solo. Siguió conduciendo a través de la ciudad, calle Charles arriba, hasta su antiguo barrio. Aparcó, paró el motor y se quedó sentado, mirando su casa. Las ventanas de abajo estaban a oscuras. Las de arriba brillaban con voz suave. Evidentemente, había vuelto a casa.

Macon y Sarah tenían que comprar un sofá nuevo. Destinaron a ello un sábado; medio sábado en realidad, porque Sarah tenía una clase por la tarde. Durante el desayuno, estuvo hojeando un libro de decoración para ganar tiempo y tener una idea de lo que comprarían.

—Estoy empezando a pensar en la posibilidad de algún estampado de flores —le dijo a Macon—. Nunca hemos tenido un sofá floreado. ¿O resultaría demasiado chillón?

—Bueno, no sé. Pero pienso en el invierno.

—¿El invierno?

—Quiero decir que ahora, en pleno junio, un sofá floreado queda bien, pero quizá parezca fuera de lugar en diciembre.

—Entonces prefieres una tela lisa —dijo Sarah.

—Bueno, no sé.

—O a rayas.

—No estoy seguro.

—Sé que no te gustan los cuadros.

—No.

—¿Qué te parece algo tipo tweed?

—Tweed... —dijo Macon, pensándolo.

Sarah le pasó el libro y empezó a llenar el lavavajillas.

Macon examinó fotografías de sofás modernos y angulosos, de acogedores sofás tapizados de zaraza, de sofás clásicos de distintos estilos...

Llevó el libro a la sala de estar y echó un vistazo al sitio donde iría el sofá nuevo. El viejo había resultado estar demasiado empapado para poderse salvar, y se lo habían llevado, junto con ambos sillones. Ahora sólo había un trozo largo de pared desnuda, y el techo recién pintado reverberando encima. Macon advirtió que una habitación sin muebles daba la sensación de algo utilitario, como si fuese un mero receptáculo. O un vehículo. Sí, un vehículo. Se vio a sí mismo, allí de pie, transportado a toda velocidad a través del universo.

Mientras Sarah se vestía, Macon sacó a pasear el perro. Era una mañana cálida y dorada. Los vecinos cortaban el césped y escardaban los macizos de flores. Al pasar Macon, lo saludaban con la cabeza. Hacía demasiado poco que había regresado para que se encontrasen ya cómodos con él; había algo un poco demasiado ceremonioso en los saludos que le dirigían. O tal vez eran imaginaciones suyas. Hizo un esfuerzo para recordarles cuántos años habían vivido aquí: «¡Siempre me han gustado esos tulipanes suyos!» y «¡Ya veo que aún tiene ese cortacésped tan práctico!». Edward marchaba a su lado meneando el trasero.

En películas y demás, las personas que hacían cambios importantes en su vida los llevaban a cabo y a otra cosa. Se marchaban y no volvían nunca, o se casaban y vivían felices por siempre más. En la vida real, las cosas no quedaban tan nítidamente definidas. Macon, por ejemplo, había tenido que ir a casa de Muriel a buscar el perro, una vez hubo decidido volver a su casa. Había tenido que recoger su ropa y su máquina de escribir mientras Muriel lo miraba en silencio con ojos acusadores, llenos de reproches. Luego hubo toda una serie de pertenencias que descubrió demasiado tarde que había olvidado: ropa que en aquel momento estaba en la lavandería, y su diccionario favorito, y la taza grande de cerámica en la que le gustaba tomarse el café. Pero no podía volver a por ellas, claro. Tuvo que abandonar las molestas hebras sueltas de sí mismo que obstruían su despedida.

Para cuando él y Edward volvieron del paseo, Sarah estaba esperando en el patio delantero. Llevaba un vestido amarillo que realzaba su bronceado. Estaba muy bonita.

—Estaba pensando en las azaleas —le dijo a Macon—. ¿No teníamos que haberlas abonado en primavera?

—Pues probablemente —dijo Macon—, pero yo las veo bien.

—En abril, creo —dijo ella—. O en mayo. Pero no hubo aquí nadie para hacerlo.

Macon soslayó esa cuestión. Prefería aparentar que sus vidas habían seguido su curso habitual.

—Da lo mismo —dijo—. Rose tiene sacos enteros de abono. Ahora al salir podemos ir a que nos dé un poco.

—Y tampoco hubo nadie que sembrara el césped.

—El césped tiene buen aspecto —dijo él, más enérgicamente de lo que hubiera deseado.

Metieron a Edward en casa y subieron al coche de Macon. Sarah llevaba consigo un periódico porque había varios anuncios de tiendas de muebles.

—La Casa Moderna —leyó—. Pero eso está un poco lejos, en la calle Pratt.

—Probémoslo de todos modos —dijo Macon.

La calle Pratt era una de las pocas calles que encontraba con facilidad.

Después de salir de aquella zona, con sus árboles formando un arco sobre las calles, empezó a hacer calor en el coche y Macon bajó la ventanilla. Sarah levantó su rostro al sol.

—Es un buen día para ir a la piscina —dijo.

—Pues sí, si tenemos tiempo. Pensaba invitarte a comer.

—Ah, ¿dónde?

—Donde tu quieras. Tú eliges.

—Qué amable eres.

El coche de Macon rebasó a dos hombres sin afeitar que hablaban parados en una esquina. Sarah se puso el seguro de la puerta. Macon imaginó lo que estarían diciendo los dos hombres: «¿Qué hay, colega?». «Nada de

particular».

Las aceras iban estando más y más concurridas. Las mujeres iban cargadas con bolsas de la compra, un viejo arrastraba un carrito y una muchacha que llevaba un vestido descolorido apoyaba la cabeza en el poste de una parada de autobús.

En La Casa Moderna, las ventanas de láminas de cristal estaban tapadas por unas gigantescas banderas de papel que rezaban: *¡VENTA ESPECIAL DÍA DEL PADRE!* Sarah no había mencionado que se tratase de unas ventas rebajadas por ser el Día del Padre. Macon, para mostrar que aquello no le incomodaba, quiso mencionarlo expresamente. Cogiéndola del brazo al entrar, dijo:

—Típico. ¡El Día del Padre! Sacan partido de lo que sea.

Sarah, mirando hacia otro lado, dijo:

—Parece que sólo tienen camas.

—Supongo que la cosa empezó con los sillones reclinables —dijo Macon—. Una poltrona para papá, y a la que te has dado cuenta ya es un comedor entero.

—¿Podemos ver los sofás? —le preguntó Sarah con tono decidido a un vendedor.

Los sofás eran todos del tipo danés, con respaldo recto, lo cual a Macon ya le pareció bien. No le importaba demasiado. Sarah le dijo:

—¿Qué te parece? ¿Con patas? ¿O a ras de suelo?

—Me da lo mismo —dijo él, y se sentó pesadamente en algo tapizado en cuero.

Sarah escogió un sofá bajo y alargado que se convertía en una amplia cama de matrimonio.

—Macon, ¿qué te parece? —le preguntó—. ¿Te gusta más ése en el que estás sentado?

—No, no —dijo él.

—Pues, ¿qué te parece éste?

—Está bien.

—¿No tienes ninguna opinión?

—Te la acabo de dar, Sarah.

Sarah suspiró y le preguntó al vendedor si hacían entregas a domicilio en el mismo día.

Habían sido tan eficientes escogiendo el sofá, que les quedó tiempo para hacer otros recados. Primero fueron a Hutzler's a comprar sábanas para la cama. Luego pasaron por la sección de muebles para ver los sillones; aquí también hacían el descuento del Día del Padre. «A lo mejor estamos de buena racha», le dijo Sarah a Macon. Pero con los sillones no tuvieron tanta suerte; nada les parecía a propósito. Al menos, a Macon. Al final renunció a intentarlo y se puso a mirar, de pie, un programa infantil en una hilera de televisores.

Al salir de Hutzler's fueron a pedirle el abono a Rose, pero Macon frenó por el camino diciendo: «¡Espera! Ahí está el banco». Inesperadamente se había topado con la sucursal donde tenía en alquiler una caja en la cámara acorazada. «Necesito el pasaporte para el viaje a Francia», le dijo a Sarah. «Aprovecharé para recogerlo ahora que estoy aquí».

Sarah le dijo que esperaría en el coche.

Macon tuvo que hacer cola; delante de él había dos mujeres de edad. Imaginó que irían a sacar sus joyas para salir el sábado por la noche. O a recortar sus cupones, que ni siquiera sabía muy bien lo que eran. Estando allí, notaba continuamente la presencia de alguien detrás de él. Por alguna razón no quería volverse y ver de quién se trataba. Se limitaba a mirar al frente, y de vez en cuando echaba una rápida ojeada a su reloj de muñeca. Aquella persona respiraba muy suavemente y olía a flores, a flores de verdad, amargas, no las de los frascos de perfume. Pero cuando al final enderezó los hombros y miró a su alrededor, sólo encontró a otra extraña esperando sus joyas.

No era cierto que Muriel le hubiese mirado hacer la maleta en silencio. De hecho, había hablado. Había dicho: «Macon... ¿De verdad estás haciendo

esto? ¿Me estás diciendo que se puede usar a una persona y luego dejarla atrás como si nada? ¿Crees que soy una especie de... frasco de algo que ahora ya no necesitas? ¿Es así como me ves, Macon?».».

Le había llegado el turno para ir a la cámara acorazada, y siguió a una chica con minifalda por una zona alfombrada hasta el cubículo sin ventanas cuyas paredes estaban recubiertas de cajones.

—No necesito llevar la caja a la otra habitación —le dijo a la chica—. Sólo quiero sacar una cosa.

Ella le dio a firmar su tarjeta y tomó la llave que él le entregó. Cuando hubo abierto la caja dio unos pasos atrás y se examinó las uñas, mientras él buscaba el pasaporte entre varios papeles. Entonces se volvió hacia ella para decirle que ya había terminado, pero de pronto se sintió conmovido por el tacto de ella al mirar hacia otro lado, por la delicadeza que las personas eran capaces de mostrar por propia iniciativa (pues ciertamente eso no estaría escrito en las instrucciones del banco)... Bueno, debía de estar chocheando. Era el tiempo, o la época del año o algo por el estilo. No dormía bien últimamente. Dijo: «Muchas gracias», recogió su llave y se marchó.

En casa de su abuelo, Rose estaba podando el seto frente a la casa. Su atuendo de jardinera era una enorme camisa gris que había heredado de Charles. Cuando vio llegar el coche, se irguió y les saludó con la mano. Después siguió podando mientras la consultaban acerca de los abonos.

—A ver, para las azaleas y... qué más tenéis... andrómedas... plantas que necesitan un suelo ácido... —rumió.

—¿Dónde están hoy los niños? —preguntó Sarah.

—¿Los niños?

—Tu sobrino y tus sobrinas.

—Ah, han vuelto a casa, con su madre.

—Es que he supuesto que, como tú no has vuelto con Julian... —dijo Sarah.

—Bueno, todavía no, claro —dijo Rose.

Macon, deseoso de proteger la intimidad de su hermana, murmuró: «No, claro», casi al mismo tiempo, pero Sara preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué te retiene aquí?

—Sarah, no te puedes imaginar cómo encontré a los muchachos cuando vine —dijo Rose—. Llevaban siempre puesto el pijama para no tener mucha ropa que lavar. Tomaban frupán para cenar.

—Ni siquiera voy a pregunta qué es frupán —dijo Sarah.

—Es una mezcla de germen de trigo, nueces y...

—Pero Rose, ¿y tu piso? ¿Y Julian? —la interrumpió Sarah.

—Bueno, es que perdía aquel piso cada vez que me daba la vuelta —dijo vagamente Rose—. Salía para ir al colmado y andaba una manzana al este, luego una hacia el oeste para volver, y siempre me equivocaba, siempre. Parecía que el bloque de pisos se hubiese trasladado hacia el este, no sé cómo.

Hubo un silencio. Al final, Macon dijo:

—Bueno, si pudieras darnos un poco de ese abono, Rose...

—Claro que sí —dijo ella. Y se alejó hacia el cobertizo de las herramientas.

* * *

Comieron en el restaurante Old Bay. La idea de ir allí fue de Sarah.

—¿Estás segura? —le dijo Macon.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Pero siempre dices que es aburrido.

—He decidido que hay cosas peores que el aburrimiento.

A Macon eso no le pareció una gran recomendación, pero estuvo de

acuerdo en ir.

Aunque apenas era mediodía, el restaurante estaba lleno y tuvieron que esperar unos minutos. Macon, de pie junto al podio de la recepcionista, se iba acostumbrando a la penumbra. Miró a los demás comensales y vio algo raro en ellos. No eran el público usual del Old Bay —un público de mediana edad, todos los rostros más o menos parecidos— sino un surtido de individuos particulares e insólitos. Vio a un sacerdote ofreciéndole un brindis a una mujer con traje de tenis, y a una mujer elegantemente vestida acompañada de un joven que llevaba una túnica de gasa naranja, y a dos alegres colegialas que vaciaron todas sus patatas fritas en el plato de un niño pequeño. Desde donde estaba, Macon no oía lo que decían todas estas personas; tenía que adivinarlo.

—A lo mejor esa señora quiere entrar en un convento —le dijo a Sarah— y el sacerdote intenta disuadirla.

—¿Cómo dices?

—Le está indicando que aparejar los calcetines de su marido puede ser igualmente... cómo lo diría él... igualmente santo. Y el joven de la túnica, bueno...

—El joven de la túnica es Ashley Demming —dijo Sarah—. Lo conoces. Es el hijo de Peter y Lindy Demming. Caramba, ha envejecido a su madre veinte años en los últimos seis meses, ¿verdad? Me parece que esto no lo superarán nunca.

—En fin... —dijo Macon.

Entonces les condujeron a una mesa.

Sarah pidió algo llamado un White Lady y Macon pidió un jerez. Con la comida tomaron una botella de vino. Macon no estaba acostumbrado a beber durante el día y el alcohol le atontó un poco. Por lo visto a Sarah también, porque dejó inacabada una frase sobre telas para tapizados. Tocó la mano de Macon, que éste tenía encima del mantel.

—Tenemos que hacer esto más a menudo —dijo Sarah.

—Sí, es verdad.

—¿Sabes lo que eché más de menos durante la separación? Las cosas pequeñas, habituales. Los recados del sábado. Ir a Eddie's a comprar café. Hasta las cosas que me molestaban, como lo mucho que tardabas siempre en la ferretería.

Cuando Macon le dobló la mano, el puño que se formó era redondo, como un pájaro. No tenía ángulos agudos.

—No sé si lo sabes —dijo ella—, pero durante un tiempo estuve saliendo con otro hombre.

—Bueno, vale; lo que sea. Cómete la ensalada.

—No, quiero decírtelo, Macon. Su mujer había muerto y él estaba empezando a superarlo, y como yo también tenía cosas que superar, pues... Bueno, empezamos muy despacio, como amigos, pero luego empezó a hablar de casarnos algún día, después de darnos un tiempo, claro... Creo que me quería de verdad. Tuvo un disgusto cuando le dije que habías vuelto a casa.

Miró a Macon directamente al decir esto último, y hubo un súbito destello en sus ojos azules. Él asintió con la cabeza.

—Pero tenía cosas que me incomodaban —dijo ella—. Quiero decir, cosas buenas; cualidades que yo siempre había buscado. Por ejemplo, era un conductor muy lanzado. No imprudente, pero lanzado. Al principio eso me gustó. Luego poco a poco empezó a parecerme mal. Tenía ganas de decirle: «¡Mira el espejo retrovisor un par de veces! ¡Ponte el cinturón de seguridad! ¡Cuando sales de una señal de STOP avanza despacio, como mi marido!». En los restaurantes, nunca repasaba la cuenta antes de pagarla... ¡ni siquiera cogía el recibo de su tarjeta de crédito cuando se levantaba de la mesa!... Y yo pensaba en todas las veces que me consumía mientras tú sumabas hasta la última menudencia. Pensaba: «¿Por qué echo de menos esas cosas? ¡Es perverso!».

Como «er cétera», pensó Macon. Como cuando Muriel decía «er cétera» y Macon no podía evitar una mueca de dolor. Y el vacío que sentía ahora cuando lo oía pronunciar correctamente.

Acarició las cimas con hoyuelos que eran los nudillos de Sarah.

—Macon, creo que a partir de cierta edad las personas ya no tienen

opción —dijo Sarah—. Tú eres mi pareja. Es demasiado tarde para que pueda cambiar. Llevo vivida una parte demasiado larga de mi vida.

¿Me estás diciendo que se puede usar a una persona y luego dejarla atrás?, le había preguntado Muriel.

Evidentemente, ésa era la respuesta. Pues, incluso si se hubiese quedado con Muriel, ¿no hubiese entonces dejado atrás a Sarah?

—A partir de cierta edad —le dijo a Sarah—, me parece que a una sólo le cabe elegir qué perder.

—¿Qué? —dijo ella.

—Quiero decir que, hagas lo que hagas, habrá algo a lo que tendrás que renunciar.

—Ah, claro.

Macon supuso que ella siempre lo había sabido.

Acabaron de comer pero no pidieron café porque se les estaba haciendo tarde. Sarah tenía una clase; los sábados estudiaba con un escultor. Macon pidió la cuenta y pagó, después de comprobar la suma con cierta incomodidad. Luego salieron al sol.

—Qué día tan bonito —dijo Sarah—. Me dan ganas de hacer novillos.

—¿Y por qué no? —le preguntó Macon. Si ella no iba a clase, él no tendría que ponerse a trabajar en la guía.

Pero ella dijo:

—No quiero decepcionar al señor Armistead.

Fueron a casa, y ella se puso un chándal y se volvió a marchar. Macon entró el abono, que Rose había echado dentro de un cubo. Era una sustancia hilachada que no tenía olor, o sólo un acerbo olor a química, en nada parecido al de las carretadas de estiércol que su abuela se hacía llevar a casa para sus camelias. Lo dejó en el suelo de la despensa y sacó a pasear el perro. Después se hizo una taza de té para despejarse. Se la bebió de pie junto al fregadero de

la cocina, contemplando el patio. La gata, ronroneando, se frotó contra sus tobillos. Se oía el monótono tic tac del reloj que había sobre la cocina. No se oía nada más.

Cuando sonó el teléfono, Macon se alegró. Antes de contestar, lo dejó sonar dos veces para no parecer anhelante en exceso. Luego cogió el auricular.

—¿Diga?

—¿El señor Leary?

—¡Sí!

—Le habla la señora Morton, de Aparatos Eléctricos Merkle. ¿Sabe usted que la póliza de mantenimiento de su calentador eléctrico vence a final de mes?

—No, no me había dado cuenta.

—Tenía usted una póliza por dos años a un coste de treinta y nueve con ochenta y ocho. Renovarla ahora durante dos años más le costaría un poco más, claro, porque el calentador es más viejo.

—Bueno, eso tiene su lógica —dijo Macon—. ¡Caray! ¿Cuánto hace que tenemos el aparato ese?

—Veamos. Lo compró usted... hará tres años en julio.

—Pues me gustaría seguir con la póliza de mantenimiento, desde luego.

—Estupendo. Le enviaré un nuevo contrato, señor Leary, y gracias por...

—¿Y seguiría incluyendo el repuesto del depósito? —preguntó.

—Sí, sí. Todo está cubierto.

—Y seguirían haciendo las revisiones anuales.

—Sí, claro.

—Eso siempre me ha gustado. Muchos otros establecimientos no

ofrecen ese servicio. Lo recuerdo de cuando estuve en varios, antes de comprar el calentador.

—Entonces le enviaré el contrato, señor...

—Pero he de disponer la cuestión de la revisión yo mismo, si no recuerdo mal.

—Sí, el cliente fija la fecha de la revisión.

—Quizá podría fijarla ahora. ¿Es posible?

—Eso es otra sección distinta, señor Leary. Le enviaré el contrato por correo y podrá leerlo todo al respecto. Buenas tardes.

Y colgó.

Macon también colgó. Se quedó un rato pensando.

Tenía ganas de seguir hablando; cualquiera serviría. Pero no se le ocurría nadie a quien llamar. Al final llamó a la información horaria. Una voz femenina le contestó antes de que el primer telefonazo hubiese acabado de sonar. (A *esa* no le preocupaba el parecer anhelante en exceso). «Cuando oiga la señal», dijo, «serán las trece horas... cuarenta y nueve minutos. Y diez segundos». Qué voz. Melodiosa, bien modulada. «Cuando oiga la señal serán las trece horas... cuarenta y nueve minutos. Y veinte segundos».

Macon escuchó durante un minuto, al cabo del cual se cortó la comunicación y se oyó de nuevo el tono para marcar. Esto le hizo sentirse desairado, aunque sabía que era absurdo. Se inclinó para acariciar a la gata. El animal lo permitió brevemente y luego se alejó.

No había más remedio que sentarse a la máquina.

Iba retrasado con el trabajo de la guía. Se suponía que a la semana siguiente tenía que empezar Francia, y todavía no había acabado la conclusión del libro de Canadá. Macon le echaba la culpa a la época del año. ¿Quién era capaz de estarse encerrado, solo, cuando fuera todo estaba floreciendo? *Los viajeros han de estar prevenidos*, mecanografió, pero entonces se quedó embelesado mirando una ramita de azaleas blancas que temblaba en el alféizar de la ventana. Una abeja zumbaba entre las flores. No sabía que ya hubiese

abejas. ¿Lo sabría Muriel? ¿Se acordaría de lo que una sola abeja podía producirle a Alexander?

... *han de estar prevenidos*, releyó, pero la concentración se le había ido al traste.

Era tan alocada, tan irreflexiva, ¿cómo había podido aguantarla? Aquella costumbre tan poco higiénica que tenía de lamerse el dedo antes de pasar la página de una revista, su tendencia a emplear la palabra «enormidad» como si se refiriese al tamaño. No había la menor posibilidad de que se acordase de las picaduras de abeja.

Alargó el brazo hasta el teléfono de su escritorio y marcó el número.

—¿Muriel?

—¿Qué? —dijo ella secamente.

—Soy Macon.

—Sí, ya lo sé.

Después de hacer una pausa, él dijo:

—Mmm, estamos en la época de las abejas, Muriel.

—¿Y qué?

—No estaba seguro de que lo supieras. El verano se echa encima casi sin notarlo, yo lo sé muy bien, y me estaba preguntando si te acordarías de las inyecciones de Alexander.

—¿Pero te crees que ni siquiera soy capaz de eso? —chilló ella.

—Ah. Bueno...

—¿Qué te piensas que soy, una tonta del bote? ¿Que no sé ni la cosa más simple, más elemental?

—Bueno, es que no estaba seguro de...

—¡Menudo eres tú! ¡Dejas a ese niño en la estacada sin decirle ni adiós

y luego llamas por teléfono a ver si lo estoy criando bien!

—Yo sólo quería...

—¡Criticar, criticar! ¡Decirme que Oodles de Noodles no es una comida equilibrada, y luego lo abandonas y encima tienes la cara de llamarme para decirme que no soy una buena madre!

—No, Muriel, espera...

—Dominick se ha muerto —dijo ella.

—¿Qué?

—No es que a ti te vaya a importar. Murió.

Macon notó que en la habitación todos los ruidos habían cesado.

—¿Dominick Saddler? —preguntó.

—La otra noche le tocaba a él coger el coche. Fue a una fiesta en Cockeysville y al volver a casa chocó contra una valla de contención.

—No...

—La chica que iba con él no se hizo ni un rasguño.

—Y Dominick... —dijo Macon, porque aún no se lo creía.

—Dominick murió en el acto.

—Dios mío.

Vio a Dominick sentado en el sofá de Alexander, sosteniendo en alto un bote de engrudo de cera.

—¿Y quieres oír una cosa horrible? Mi coche quedará perfecto —dijo Muriel—. Sólo hay que arreglar la parte delantera y tirará como siempre.

Macon apoyó la cabeza en una mano.

—Ahora tengo que ir a la funeraria a hacerle compañía a la señora

Saddler —dijo Muriel.

—¿Puedo hacer algo?

—No —dijo ella, y luego, con rencor, añadió—: ¿Cómo ibas a ser *tú* una ayuda?

—Quizá podría quedarme con Alexander.

—Alexander tiene a gente de la nuestra que se quedará con él.

Sonó el timbre de la puerta y Edward empezó a ladrar. Macon lo oyó en el recibidor.

—Bueno, pues me voy a despedir —dijo Muriel—. Parece que tienes compañía.

—No importa.

—Te dejaré volver a tus asuntos, no faltaría más —dijo ella—. Adiós.

Macon se quedó un momento con el auricular pegado al oído, pero Muriel había colgado.

Salió al recibidor y le hizo a Edward la señal de tenderse. «¡Abajo!», le dijo. Edward se echó, con la joroba aún erizada. Macon abrió la puerta y se encontró frente a un chico que llevaba una tablilla en la mano.

—La Casa Moderna —le dijo el chico.

—Ah. El sofá.

Mientras descargaban el sofá, Macon encerró a Edward en la cocina. Después volvió al recibidor y vio cómo el sofá avanzaba hacia él pesadamente, llevado a cuestas por el primer chico y por otro, un poco mayor, que llevaba un águila tatuada en el antebrazo. Macon pensó en los brazos cordados y musculosos de Dominick Saddler aprisionados bajo el capó del coche de Muriel. El primer chico escupió al aproximarse a la casa, pero Macon vio lo joven y benigno que era su rostro. «Vaya, hombre», dijo el segundo, al tropezar en el peldaño del umbral.

Macon dijo: «No ha sido nada», y les dio un billete de cinco dólares a cada uno cuando hubieron puesto el sofá donde les indicó.

Cuando se hubieron ido, se sentó en el sofá, aún cubierto por una especie de celofán. Se frotó las manos contra las rodillas. Edward ladró en la cocina. Helen entró sin hacer ruido, se paró en seco, contempló el sofá y siguió atravesando la habitación con aire ofendido. Macon continuó sentado.

Cuando Ethan murió, la policía le pidió a Macon que identificase el cadáver. Pero a Sarah le sugirieron que podía esperar fuera, si así lo prefería. Sí, había dicho Sarah, esperaría. Y había tomado asiento en una silla moldurada del pasillo. Luego, alzando la vista hacia Macon, le había preguntado: «¿Lo podrás hacer?». «Sí», le había dicho él, sin alterarse. Tenía la sensación de respirar apenas; se mantenía muy calmado, con los pulmones casi vacíos de aire.

Siguió a un hombre y entraron en un cuarto. No fue tan penoso como hubiese podido serlo porque habían colocado una toalla doblada detrás de la cabeza de Ethan para ocultar el daño. Además, no era Ethan. No lo era realmente. Qué curioso lo claro que de pronto se veía, cuando una persona estaba muerta, que el cuerpo era lo de menos en ella. Aquello era simplemente una concha desocupada, aunque guardaba un lejano parecido con Ethan: el mismo surco encima del labio superior, el mismo mechón sobre la frente. Macon experimentó una sensación parecida a apretarse contra una pared blanca deseando con todo su ser un imposible: *Por favor, por favor vuelve dentro*. Pero al final dijo: «Sí. Éste es mi hijo».

Había regresado junto a Sarah y le había hecho una señal afirmativa con la cabeza. Sarah, levantándose, lo había abrazado. Más tarde, en el motel, le preguntó qué había visto. «No gran cosa, mi vida», le había dicho él. Ella había insistido. ¿Estaba Ethan... bueno, con la cara de haber sufrido? ¿Estaba asustado? Él dijo:

—No, no estaba nada. —Y añadió—: Voy a prepararte un té.

—¡No quiero té, quiero saberlo! —había dicho ella—. ¿Qué me estás ocultando?

Tuvo la impresión de que ella le culpaba por algo. Durante las semanas que siguieron pareció como si lo hiciese responsable de lo ocurrido, como a un portador de malas noticias: él era el único que podía aseverar a ciencia cierta

que Ethan había muerto. Se refirió varias veces a la frialdad de Macon, a su espantosa calma de aquella noche en el depósito de cadáveres del hospital. Dos veces manifestó alguna duda respecto a si él era realmente capaz de distinguir a Ethan de algún chico parecido. De hecho, a lo mejor aquel chico no era Ethan. Quizás el que había muerto era algún otro. Debía haberse cerciorado ella misma. Después de todo, ella era la madre; conocía a su hijo mucho mejor. ¿Qué sabía Macon?

Macon le dijo:

—Sarah. Escucha. Te diré todo lo que pueda. Estaba muy pálido y muy quieto. No te imaginas lo quieto que estaba. No tenía ninguna expresión. Tenía los ojos cerrados. No había nada sangriento ni horrible, sólo una sensación de... inutilidad. Quiero decir que me pregunté cuál había sido el objeto. Tenía los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y me acordé de la primavera pasada, cuando empezó a levantar pesos. Pensé: «¿En esto acaba todo? Levantas pesos y tomas vitaminas y te haces fuerte y luego... ¿nada?».

No había estado preparado para la reacción de Sarah.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. Como al final nos morimos, ¿para qué molestarse en vivir? ¿Es esto lo que estás diciendo?

—No... —dijo él.

—¿Se reduce todo a una cuestión de economía?

—No, Sarah. Espera.

Recordando ahora aquella conversación, empezó a pensar que las personas sí podrían ser utilizadas, que podían utilizarse y consumirse mutuamente, que podían no ser capaces de ayudarse mutuamente y quizá incluso podían hacerse daño mutuamente. Empezó a creer que lo que uno sea cuando está con otra persona tal vez importe más que el hecho de amarla o no.

Estuvo allí sentado quién sabe cuánto rato.

Edward había estado ladrando en la cocina durante todo este espacio de tiempo, pero ahora fue presa de un frenesí. Debían de haber llamado a la puerta. Macon se levantó y fue a la entrada, donde encontró a Julian, de pie en el porche, con una carpeta en la mano.

—Ah, eres tú —dijo Macon.

—¿Qué son esos ladridos?

—No te preocupes, está encerrado en la cocina. Adelante.

Abrió la puerta de rejilla y Julian entró.

—He pensado traerte el material de París —dijo Julian.

—Ya —dijo Macon. Pero sospechó que había venido por alguna otra razón. Seguramente con la esperanza de acelerar el libro del Canadá—. Bueno, precisamente ahora estaba retocando la conclusión —dijo, yendo hacia la sala de estar, delante de Julian. Y añadió apresuradamente—: Hay algunos detalles aquí y allá que no me acaban de gustar. Quizá tarde un poco todavía...

Julian no parecía escucharle. Se sentó encima del celofán que tapaba el sofá. Echó a un lado la carpeta y dijo:

—¿Has visto a Rose últimamente?

—Sí, hemos estado allá esta mañana.

—¿Tú crees que no va a volver?

Macon no había esperado que fuese tan directo. En realidad, la situación de Rose empezaba a parecerse a una de esas irregularidades permanentes que las parejas nunca mencionan.

—Oh, bueno —le dijo a Julian—, ya sabes... Está preocupada por los muchachos. Comen frután o no sé qué.

—No son muchachos, Macon. Son hombres cuarentones.

Macon se acarició la barbilla.

—Me temo que me ha dejado —dijo Julian.

—Uff... no puedes estar seguro de eso.

—¡Y ni siquiera por una razón medio buena! —dijo Julian—. No, sin

razón alguna. Porque nuestro matrimonio funcionaba bien; de eso puedo dar fe. Pero ella se había fabricado una especie de surco en aquella casa suya, y no ha podido evitar el volver a meterse en él. Al menos, no se me ocurre ninguna otra explicación.

—Bueno, ésta es muy plausible.

—Anteayer fui a verla, pero había salido. Y estando yo en el patio preguntándome dónde habría ido, adivina quién pasó conduciendo por delante de la casa con el coche repleto de viejecitas. Todas las ventanas atestadas de caritas arrugadas y sombreros de plumas. Yo la llamé a gritos, le dije: «¡Rose! ¡Espera!», pero ella no me oyó y siguió conduciendo. Entonces, justo en el último momento me vio, y se volvió y se me quedó mirando, y tuve una sensación extrañísima... como si el coche la estuviese llevando *a ella*, como si pasase y se alejase completamente impotente, sin poder hacer más que enviarme una mirada antes de desaparecer.

—¿Por qué no le ofreces un empleo, Julian?

—¿Un empleo?

—Por qué no le enseñas tu oficina. Aquel sistema de archivar que aún no has empezado a usar, la secretaria aquella que masca chicle y se olvida de quién tiene una cita y cuándo. ¿No crees que Rose podría hacerse cargo de todo eso?

—Pues sí, claro, pero...

—Llámalala y dile que tu negocio se está viniendo abajo. Pregúntale si puede ir a la oficina para organizar un poco las cosas, para conseguir que estén bajo control. Plantéaselo así. Emplea estas palabras: que las cosas estén bajo control. Después siéntate a esperar.

Julian se quedó meditando.

—Pero claro, yo qué sé —dijo Macon.

—No, tienes razón.

—Ahora veamos tu carpeta.

—Tienes toda la razón —dijo Julian.

—¡Mira esto! —dijo Macon, sosteniendo en alto la carta que estaba encima de todo—. ¿Por qué me molestas con estas cosas? *Les escribo para notificarles un hotelito estupendo en...* ¿Tú crees que uno que dice *notificarnos un hotel* reconocería un buen hotel aunque lo viese?

—Macon —dijo Julian.

—Están haciendo una carnicería con el maldito idioma.

—Macon, ya sé que me consideras un poco bruto.

Macon tardó unos segundos en contestar, en parte solamente porque primero entendió de poco bulto.

—Oh —dijo—, no, no, Julian, en abso...

—Pero quiero decirte una cosa, Macon. Tu hermana me importa más que nada en el mundo. No es sólo Rose, es todo su modo de vida, aquella casa y las cenas con pavo y el jugar a cartas por la noche. Y tú también me importas, Macon. ¡Si eres mi mejor amigo! Al menos, eso espero.

—Oh, bueno, ah... —dijo Macon.

Julian se levantó, le estrechó la mano magullándole todos los huesos y, tras darle una palmada en el hombro, se marchó.

* * *

Sarah llegó a casa a las cinco y media. Encontró a Macon de pie junto al fregadero de la cocina, con otra taza de café en la mano.

—¿Ha llegado ya el sofá? —le preguntó.

—Sano y salvo.

—Qué bien. Vamos a verlo.

Fue a la sala de estar, dejando a su paso rastros de un polvillo gris que

Macon supuso que sería arcilla o granito. Llevaba polvo hasta en el cabello. Le echó un vistazo al sofá y dijo:

—¿Qué te parece?

—A mí bien.

—No sé lo que te pasa, Macon, en serio; antes eras francamente melindroso.

—Es bonito, Sarah. Queda muy bien.

Sarah arrancó el celofán y dio unos pasos atrás con los brazos llenos del brillo crepitante del papel.

—Probemos de abrirlo —dijo.

Mientras ella metía el celofán dentro de la papelera, Macon accionó el mecanismo que convertía el sofá en una cama. El gesto de tirar de la correa de lona le hizo pensar en la casa de Muriel. El conocido tacto de la granilla le recordó todas las veces que la hermana de Muriel había dormido en aquella casa, y cuando el colchón se deslizó hacia adelante vio el destello del pelo rubio y enredado de Claire.

—Quizá deberíamos probar las sábanas, ahora que lo tenemos abierto —dijo Sarah.

Fue a buscar el paquete de ropa blanca al recibidor. Macon se puso al otro lado del sofá y ella extendió una sábana sobre el colchón y luego, moviéndose arriba y abajo, guarneció la cama. Macon la ayudaba, pero no era tan rápido como ella. Observó que el polvo de la arcilla o lo que fuese se le había metido a Sarah hasta en las arrugas de los nudillos. Había algo atractivo en sus manos pequeñas, morenas y arrugadas contra el percal blanco.

—Por qué no probamos la cama —dijo él.

Al principio Sarah no entendió. Levantó la vista de lo que estaba haciendo —desplegar la segunda sábana— y dijo:

—¿Probarla?

Pero dejó que Macon le apartase la sábana de las manos y le quitase la camiseta por la cabeza.

Hacerle el amor a Sarah fue cómodo y tranquilizador. Después de tantos años juntos, conocía su cuerpo tan bien que no siempre podía distinguir lo que sentía él y lo que sentía ella. Pero ¿no era triste que no tuviesen la menor inquietud por que alguien pudiese entrar en la habitación y sorprenderles?

Qué solos estaban. Macon hundió la cara en el cuello cálido y polvoriento de Sarah y se preguntó si ella compartía también aquella sensación, si notaba todo aquel espacio vacío en la casa. Pero no se lo preguntaría nunca.

* * *

Mientras Sarah se duchaba, él se afeitó. Iban a cenar a casa de Bob y Sue Carney. Cuando él salió del cuarto de baño, Sarah estaba de pie frente a la cómoda, enroscándose unos pequeños pendientes de oro. (Era la única mujer que conocía Macon que no tenía las orejas agujereadas). Pensó que Renoir podía haberla pintado: Sarah en combinación, la cabeza ligeramente inclinada a un lado, los redondeados y morenos brazos el alto.

—La verdad es que no me apetece mucho salir —dijo ella.

—A mí tampoco —dijo Macon, abriendo el armario.

—No me importaría nada quedarme en casa leyendo.

Él cogió una camisa colgada en una percha.

—Macon —dijo ella.

—Mmm.

—Nunca me has preguntado si me acosté con alguien mientras estuvimos separados.

Macon, a medio ponerse la camisa, hizo una pausa.

—¿No quieres saberlo? —le preguntó ella.

—No —dijo él.

Acabó de ponerse la camisa y se abrochó los puños.

—Pensé que te lo preguntaría.

—Pues no me lo he preguntado.

—A ti lo que te pasa, Macon...

El acceso de ira que le embargó en un instante fue asombroso.

—Sarah —la interrumpió—, no empieces siquiera. Demonios, eso que has dicho resume todo lo malo que hay en el matrimonio. «Lo que a ti te pasa, Macon, es...» y «Yo te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo, Macon...».

—A ti lo que te pasa —continuó ella imperturbable— es que piensas que las personas deben quedarse dentro de sus envases precintados. No crees en el abrirse a otros, en franquearse, en intercambiar.

—No creo en eso, ciertamente —dijo Macon, abrochándose la pechera.

—¿Sabes qué me recuerdas? El telegrama que Harpo Marx envió a sus hermanos: *Nada que comunicar. Harpo.*

Esto le hizo sonreír. Sarah dijo:

—Y lo encuentras gracioso, claro.

—¿No lo es?

—¡No, no lo es en absoluto! ¡Es triste! ¡Da rabia! ¡Te daría rabia ir a la puerta de tu casa, firmar el recibo del telegrama, abrirlo y no encontrar ningún mensaje!

Él tomó una corbata del armario.

—Para que lo sepas —dijo ella—, te diré que no me he acostado con nadie durante todo este tiempo.

Macon tuvo la sensación de que ella había ganado una especie de concurso. Fingió que no la había oído.

* * *

Bob y Sue habían invitado sólo a algunos vecinos: a los Bidwells y a un matrimonio joven recién llegado que Macon aún no conocía. Macon estuvo sobre todo con el matrimonio joven porque, con ellos, no tenía historia.

Cuando le preguntaron si tenía hijos, dijo:

—No.

Él les preguntó si ellos tenían.

—No —dijo Brad Frederick.

—Ah.

La mujer de Brad estaba haciendo la transición de adolescente a mujer. Llevaba un tieso vestido azul marino y grandes zapatos blancos como si fuesen de su madre. El propio Brad era un muchacho. Cuando salieron todos al jardín de atrás para mirar la barbacoa, Brad encontró un disco volador entre los arbustos y se lo lanzó a la pequeña Delilah Carney. El polo blanco se le salió de los pantalones. Dominick Saddler se le vino a la memoria a Macon como un puñetazo fuerte y hondo. Recordó cómo, después de morir su abuelo, se le llenaban los ojos de lágrimas sólo con ver una persona mayor. Cielos, si no tenía cuidado iba a acabar compadeciéndose de todo el género humano. «Tírame eso», le dijo enérgicamente a Delilah y, dejando a un lado el jerez que tenía en la mano, la extendió para recoger el disco. Al cabo de poco, estaban enzarzados en una partida de verdad, y se unieron a ella todos los invitados menos la mujer de Brad, que estaba aún demasiado cerca de la infancia como para correr el riesgo de quedarse atascada en ella si le hacía una visita.

A la hora de cenar, Sue Carney sentó a Macon a su derecha. Le puso un mano encima de la suya y dijo que era estupendo que él y Sarah hubiesen podido resolver las cosas.

—Vaya, gracias —dijo Macon—. Caray, preparas la ensalada realmente bien, Sue.

—Todos tenemos nuestros altibajos —dijo ella, y por un momento él pensó que se refería a que sus ensaladas no siempre rayaban a la misma altura—. Te seré franca —siguió diciendo ella—, algunas veces me he preguntado si Bob y yo lo lograríamos. A veces me parece que estamos ahí colgados, ¿sabes lo que quiero decir? Le digo: «Hola, cariño, ¿cómo te ha ido hoy?», pero por dentro me siento como una madre que se ha ganado la banda de honor.

Macon giró el pie de su copa e intentó colegir qué paso de la lógica de ella. Se había perdido.

—Como alguien que ha sufrido una pérdida en una guerra —dijo ella— y después tiene que seguir apoyándola para siempre; tiene que apoyarla más que los demás, porque si no estaría reconociendo que la pérdida fue inútil.

—Emmm...

—Pero es sólo un estado de ánimo pasajero —dijo ella.

—Sí, claro —dijo Macon.

* * *

Él y Sarah volvieron a casa a pie; el aire estaba tan pesado como agua. Eran las once, y los adolescentes que tenían como límite esta hora volvían a casa. Eran los más jóvenes, la mayoría demasiado jóvenes para conducir, de modo que eran acompañados por personas mayores. Se apeaban de los coches de un salto gritando: «¡Hasta la vista! ¡Gracias! Llámame mañana, ¿oyes?». Se oía el tintineo de las llaves. Las puertas de las casas se abrían un momento y volvían a cerrarse en seguida. Los coches reanudaban su marcha.

La falda de Sarah producía el mismo rumor que el aspersor de césped de los Tucker, que todavía giraba lentamente en una extensión de hiedra.

Cuando llegaron a la casa, Macon dejó salir a Edward para la última corrida. Intentó hacer entrar a la gata, pero ésta se quedó sentada donde estaba,

encorvada en el alféizar de la ventana de la cocina, mirándole terca y ferozmente con ojos de búho; así que la dejó estar. Se movió por la casa apagando luces. Para cuando subió al piso de arriba, Sarah ya estaba en la cama, apoyada en la cabecera, con un vaso de agua de seltz. «Toma un poco», le dijo, extendiendo el vaso hacia él. Pero Macon le dijo que no, que estaba cansado; y, desvistiéndose, se metió en cama.

El tintineo de los cubitos de hielo del vaso de Sarah cobró algún significado en su mente. Con cada tintineo, le parecía caer más y más profundamente. Al final abrió una puerta, recorrió un pasillo y se metió en la tribuna de los testigos. Le hicieron unas preguntas muy sencillas. «¿De qué color eran las ruedas?». «¿Quién llevó el pan?». «Las contraventanas, ¿estaban abiertas o cerradas?». Pero él no se acordaba. Lo intentó, pero no se acordaba. Lo llevaron al escenario del crimen: un camino serpenteante, como los de los cuentos de hadas. «Dinos todo lo que sepas», le dijeron. Él no sabía nada. Ahora ya estaba claro por sus caras que él no era sólo un testigo; sospechaban de él. De manera que hizo memoria con todas sus fuerzas, pero así y todo estaba en blanco.

—¡Tenéis que ver mi punto de vista en esta cuestión! ¡Yo me lo borré de la memoria y me costó mucho trabajo hacerlo! Ahora, aunque quiera, no me puedo acordar.

—¿Ni siquiera para defenderte? —le preguntaron.

Abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras, y Sarah respiraba suavemente a su lado. En el radio-reloj eran las doce. El grupo de jóvenes cuyo toque de queda era a medianoche volvía a sus casas. Sonaron risas y bocinazos, las ruedas de un coche chirriaron al doblar una esquina, y se oyó el relincho de una correa de ventilador mientras alguien aparcaba esforzadamente. Luego, poco a poco, se hizo el silencio. Macon sabía que duraría hasta que volviese el grupo de la una de la madrugada. Primero le llegarían tenues filamentos de músicas, y luego oiría más risas, los portazos de los coches, los portazos de las casas. Las luces de los porches irían apagándose a lo largo de la calle, oscureciendo gradualmente el techo que Macon contemplaba. Al final, él sería el único en quedar despierto.

El avión que lo llevó a Nueva York parecía un pajarito, pero el de París era un monstruo que más parecía un edificio que un avión. Dentro, un tropel de gente atestaba de abrigos y bolsas los compartimientos de lo alto, metía maletas bajo los asientos, discutía, llamaba a las azafatas. Las criaturas lloraban y las madres contestaban bruscamente a sus hijos. Seguro que viajar en el entrepuente no era peor que esto, pensó Macon.

Ocupó su sitio al lado de una ventana y casi inmediatamente se unió a él un matrimonio de edad que hablaba en francés. El hombre se sentó al lado de Macon y, sin sonreír, le dirigió una profunda inclinación de cabeza. Después le dijo algo a su mujer y ella le pasó una bolsa de lona. Él abrió la cremallera y se puso a arreglar el contenido de la bolsa. Una baraja, una lata entera de tiritas, una grapadora, un martillo, una bombilla... Macon quedó fascinado. No hacía más que mirar de reojo intentando ver más. Cuando salió una ratonera de madera, empezó a preguntarse si el hombre sería algún lunático; pero, claro, incluso una ratonera podía tener su explicación, si se pensaba un poco. Sí, lo que estaba presenciando, concluyó Macon, era simplemente una respuesta al eterno dilema del viajero: ¿Qué era mejor? ¿Llevar todo lo que se posee y esforzarse por transportarlo? ¿O viajar ligero y pasarse la mitad del viaje buscando las tiendas donde comprar lo que uno se ha dejado? Cualquiera de las dos soluciones tenía sus desventajas.

Levantó los ojos al pasillo, por donde iban llegando más pasajeros. Un japonés enguirnaldado de máquinas fotográficas, una monja, una chica joven con trenzas. Una mujer con un pequeño neceser de belleza rojo, el cabello una tienda de campaña oscura, la cara un triángulo delgado.

Muriel.

Primero notó que le recorría una especie de sonrojo, esa oleada de calor que surge cuando, entre una muchedumbre de gente extraña, aparece un conocido. Y luego: «*Oh, Dios mío*», pensó, y hasta miró a su alrededor buscando una escapatoria.

Ella caminó hacia él de un modo airoso y cuidadoso a la vez, mirándose

los pies, y cuando llegó donde estaba Macon, levantó los ojos y éste vio que había sabido de antemano que él estaba allí. Llevaba un traje blanco que la convertía en una de aquellas mujeres en blanco, negro y rojo que había admirado en las pantallas de cine siendo niño.

—Me voy a Francia —le dijo ella.

—¡No puede ser! —exclamó él.

El matrimonio francés lo miró con curiosidad, la mujer adelantándose ligeramente en el asiento para verlo mejor.

Detrás de Muriel llegaron más pasajeros. Se pusieron a murmurar y a estirar el cuello, intentando abrirse paso. Ella, de pie en el pasillo, dijo:

—Voy a pasearme a lo largo del Sena.

La francesa formó una pequeña O con los labios. Entonces Muriel se percató de la gente que tenía detrás y siguió avanzando. Macon ni siquiera estaba seguro de que fuese posible caminar a lo largo del Sena.

En cuanto el pasillo se hubo despejado, se puso medio en pie y miró hacia atrás, por encima del respaldo de su asiento, pero Muriel había desaparecido. El matrimonio francés se volvió hacia él con los ojos llenos de expectación. Macon volvió a sentarse.

Sarah se enteraría de esto. Seguro que de algún modo llegaría a enterarse. Siempre había dicho que él no tenía sentimientos y esto —el hecho de que pudiese despedirse de ella afectuosamente y luego largarse a París con Muriel— lo confirmaría.

Bueno, pues él no había tenido nada que ver y maldita sea si iba a asumir la culpa.

Para cuando hubo oscurecido ya viajaban por el aire, y dentro del avión se había establecido cierto orden. Era uno de esos vuelos tan programados como un día en un jardín de infancia. Película sobre normas de seguridad, bebidas, auriculares, cena, película de largo metraje. Macon rechazó todo lo que le ofrecieron y ocupó el tiempo estudiando el contenido de la carpeta de Julian. La mayor parte del material era ridículo. Hotel de Sam y Joe, vaya, vaya... Se preguntó si Julian se lo habría inventado para tomarle el pelo.

Pasó una mujer vestida de blanco y él la miró a hurtadillas, pero era una desconocida.

Poco antes del final de la película, Macon sacó su estuche con los avíos de afeitar y se dirigió a uno de los lavabos de la parte trasera. Desgraciadamente, otros habían tenido la misma idea. Las puertas de ambos lavabos estaban cerradas por dentro, y tuvo que esperar en el pasillo. Notó que alguien llegaba junto a él. Miró y ahí estaba Muriel.

—Muriel, ¡qué demo...! —le dijo.

—¡Este avión no es tuyo! —le dijo ella.

Algunas cabezas se volvieron hacia ellos.

—Y París tampoco.

Estaba muy cerca de él, frente a frente. Emanaba de ella un olor que no acababa de identificar; no era sólo el olor de su perfume, no, sino el de su casa. Sí, eso era: el olor del interior de su armario, el perturbador aroma de las pertenencias de otros. Macon se apretó la sien izquierda.

—No entiendo nada de esto —dijo—. Ni siquiera sé cómo supiste qué vuelo tomar.

—Llamé a tu agente de viajes.

—¿A Becky? ¿Llamaste a Becky? ¿Qué habrá pensado?

—Pensó que yo era alguien de la editorial.

—¿Y cómo has podido pagarte el billete?

—Ah, Bernice me ha prestado una parte, y mi hermana también me ha podido prestar algo, tenía un dinero que ganó en... y he cogido todo lo más económico... he ido a Nueva York en tren en vez de en avión...

—Pues has hecho mal —la interrumpió Macon—. Probablemente te ha costado lo mismo, a la larga, o incluso más.

—No, porque lo que he hecho ha sido...

—Pero la cuestión es, ¿por qué, Muriel? ¿Por qué haces esto?

Ella levantó la barbilla. (Qué afilada se le ponía la barbilla, a veces).

—Porque me apetece.

—¿Te apetece pasar cinco días sola en un hotel de París? Porque eso es lo que va a ser, Muriel.

—Necesitas tenerme contigo —dijo ella.

—¡Necesitarte!

—Te estabas desmoronando cuando me conociste.

Se oyó el clic de un pestillo y un hombre salió de uno de los lavabos. Macon entró y cerró rápidamente tras él.

Deseó poder desaparecer. Si hubiese tenido una ventana, de verdad creía que la hubiese forzado y que hubiese saltado por ella; no porque quisiera llevar a cabo un acto tan definitivo como el suicidio, sino porque quería borrarlo todo. Ay, Dios, sólo poder volver atrás y borrar todas las cosas que había hecho de cualquier manera, sin reflexionar, a lo largo de su vida.

Si ella hubiese leído tan sólo una de sus guías, hubiese sabido que no hay que viajar de blanco.

Cuando salió, ya no estaba. Macon volvió a su asiento. El matrimonio francés encogió las rodillas para dejarlo pasar; estaban absortos mirando la pantalla, donde una rubia que no llevaba más que una toalla de baño aporreaba la puerta de una casa. Macon sacó *Miss MacIntosh* sólo para tener algo en que ocupar la mente. Sin embargo, no funcionó. Las palabras fluían sin sentido frente a su campo de visión como un riachuelo transparente. Sólo era consciente de que Muriel estaba en algún sitio detrás de él. Se sentía conectado a ella. Se encontró a sí mismo preguntándose qué pensaría ella de todo aquello: el avión casi a oscuras, el invisible océano bajo ella, el murmullo de voces medio irreales a su alrededor. Cuando apagó su luz de leer y cerró los ojos, imaginó que la notaba aún despierta. Era una sensación que estaba en el aire: una cosa alerta, tensa, que casi vibraba.

* * *

Por la mañana estaba decidido. Utilizó otro lavabo, uno de delante. Por una vez se alegró de estar en medio de tanta gente. Cuando aterrizaron, fue casi el primero en bajar del avión, pasó rápidamente por Inmigración y cruzó el aeropuerto como un dardo. El aeropuerto era el Charles de Gaulle, con sus hileras de asientos de la era espacial. Muriel se perdería completamente. Cambió el dinero de prisa. Muriel aún debía estar recuperando el equipaje. Estaba seguro de que llevaría mucho.

No era cuestión de esperar el autobús. Llamó a un taxi y emprendieron velozmente la marcha; Macon se sintió de pronto maravillosamente ligero. La maraña de carreteras plateadas le pareció hasta agradable. La ciudad de París, cuando entró en ella, era tan amplia, pálida y luminosa como la mirada tranquila de unos ojos grises, y admiró la neblina que pendía sobre ella. El taxi recorrió raudamente unos bulevares brumosos, dobló para meterse en una calle empedrada y se paró con una sacudida. Macon manipuló los sobres del dinero.

Hasta el momento de entrar en el hotel, no recordó que su agente de viajes sabía exactamente dónde se alojaba.

No era un hotel muy lujoso; era un sitio pequeño, marrón, en el que las cosas mecánicas tendían a estar estropeadas, como Macon había descubierto en visitas anteriores. Esta vez, según advertía un letrero en el vestíbulo, uno de los dos ascensores no funcionaba. El botones le condujo al otro, y luego hasta el tercer piso y a lo largo de un pasillo alfombrado. Abrió de golpe una puerta profiriendo grandes exclamaciones en francés, como abrumado por una tal magnificencia. (Una cama, una cómoda, una silla, un televisor antiguo). Macon hurgó en uno de sus sobres. «Gracias», dijo, ofreciendo una propina.

Al quedarse solo, deshizo la maleta y colgó la americana. Después fue a la ventana y contempló un panorama de tejados; el polvo del cristal los hacía parecer lejanos en el tiempo, como pertenecientes a otra época.

¿Cómo se las arreglaría sola en un sitio tan desacostumbrado?

Pensó en su modo de recorrer una hilera de tiendas de baratillo, en su modo de andar por la calle, hábil y resuelto, saludando a los transeúntes por su nombre. Y en los recados a los que acompañaba a sus vecinos con el coche: al señor Manion al reflexólogo que le disolvía los cálculos del riñón haciéndole

masaje en los pies; al señor Runkle al astrólogo que le pronosticaba cuándo ganaría millones en la lotería; a la señora Carpaccio a una pequeña tienda de ultramarinos cerca de John Hopkins donde las salchichas colgaban del techo como tiras de papel matamoscas. ¡Los sitios que conocía Muriel!

Pero no conocía París. Y estaba completamente sola. Ni siquiera tenía una tarjeta de crédito, seguramente llevaba muy poco dinero, no se le habría ocurrido cambiar en francos lo que llevaba. Quizá vagaba por las calles indefensa y sin dinero, sin saber una sola palabra de francés.

Para cuando la oyó llamar a la puerta, se sintió tan aliviado que corrió a abrirla.

—Tu habitación es más grande que la mía —dijo ella. Pasó a su lado y fue hasta la ventana—. Pero yo tengo mejor vista. ¡Imagínate, estamos en París! El conductor del autobús me dijo que a lo mejor llovía, pero yo le dije que no me importaba. Con lluvia o con sol, París es París.

—¿Cómo has sabido qué autobús coger? —le preguntó él.

—Me he traído tu guía —y se dio una palmadita en el bolsillo—. ¿Quieres que vayamos a desayunar a Chez Billy? —le preguntó—. Es lo que recomiendas en el libro.

—No, no quiero. No puedo. Es mejor que te vayas, Muriel.

—Ah. Vale —dijo ella, y se marchó.

A veces hacía eso. Presionaba hasta que él se sentía atrapado, y entonces, de pronto, se echaba hacia atrás. Era como un tira y afloja en que la otra persona de repente deja caer la cuerda, se dijo Macon. Te caes al suelo de bruces porque no te lo esperas. Y te quedas como vacío por dentro.

* * *

Decidió llamar a Sarah. En casa apenas estaría amaneciendo, pero le parecía importante ponerse en contacto con ella. Fue al teléfono que había sobre la cómoda y levantó el auricular. No había línea. Apretó varias veces el botón. Típico. Se puso la llave de la habitación en el bolsillo y bajó al

vestíbulo.

El teléfono del vestíbulo estaba alojado en el interior de una elegante cabina antigua de madera. Había un banco de cuero rojizo donde sentarse. Macon se aposentó y, encorvado, oyó sonar los timbres al otro extremo de la línea, muy lejos.

—¿Diga? —dijo Sarah.

—¿Sarah?

—¿Quién es?

—Soy Macon.

Tardó unos segundos en registrar eso.

—Macon, ¿dónde estás? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Es sólo que he tenido ganas de hablar contigo.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—Ya sé que es muy pronto y perdona que te haya despertado, pero quería oír tu voz.

—Hay algunas interferencias en la línea —dijo ella.

—Por este extremo se oye bien.

—Se te oye la voz muy apagada.

—Es porque es una llamada transoceánica. ¿Qué tiempo hace ahí?

—¿Qué hace quién?

—¡El tiempo! ¿Hace sol?

—No lo sé. Las persianas están bajadas. Me parece que aún no hay nada de luz.

—¿Hoy saldrás a trabajar en el jardín?

—¿Qué?

—¡Si trabajarás en el jardín!

—Pues no lo sé. Depende de si hace sol o no.

—Ojalá estuviese allí —dijo él—. Podría ayudarte.

—¡Si no te gusta nada trabajar en el jardín!

—No, pero...

—Macon, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —dijo él.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Ah, el vuelo... ¡Dios mío! Bueno, no sé; creo que estaba tan enfrascado en la lectura que apenas me he enterado.

—¿Estuviste leyendo? —dijo ella, y añadió—: A lo mejor es que acusas la diferencia horaria.

—Sí, a lo mejor sí —le dijo él.

* * *

Huevos fritos, huevos revueltos, huevos escalfados, tortillas. Andaba casi a ciegas por las aceras, garrapateando en los márgenes de su guía. No se acercó para nada a Chez Billy. *Es curioso*, escribió, *que los franceses sean tan tiernos para preparar la comida y tan toscos para servirla*. En el escaparate de un restaurante, una gata negra lo miró y cerró los ojos. Parecía estar refocilándose. Qué a gusto estaba en casa, qué segura de su sitio.

Despliegues de terciopelo arrugado, salpicado de cadenas de oro macizo y relojes tan delgados como fichas de póker. Mujeres vestidas como para un escenario: peinados rebuscados, maquillajes llamativos, pantalones de formas raras que no tenían nada que ver con la anatomía humana. Señoras mayores

con volantes fruncidos y pantalones ajustados blancos y sandalias con tiritas. Macon bajó las escaleras del metro; ostentosamente echó su billete usado en un pequeño receptáculo donde ponía PAPIERS. Después se volvió hacia todos los que tiraban los billetes al suelo para lanzarles una mirada feroz, y al volverse creyó ver a Muriel, el brillo tenue de su cara blanca entre la multitud, pero debió de haberse equivocado.

Al atardecer volvió al hotel con los pies cansados y los músculos de las piernas doloridos, y se desplomó encima de la cama. No habían pasado dos minutos cuando oyó llamar a la puerta. Con un gemido, se levantó a abrir. Era Muriel, con un montón de ropa en los brazos.

—Mira —le dijo, empujándole a un lado para entrar—. Mira todo lo que he comprado.

Descargó la ropa en la cama y le enseñó las piezas una por una: un brillante chubasquero negro, unos pantalones de equitación marrones, un vestido de noche de tul rojo salpicado de discos de cristal de diferentes tamaños, como los reflectantes de las bicicletas.

—¿Te has vuelto loca? —le dijo Macon—. ¿Qué te habrá costado todo esto?

—¡Nada! O casi nada —dijo ella—. He encontrado un sitio que es como el abuelito de todas las tiendas de segunda mano. ¡Una ciudad entera de tiendas de baratillo! Me lo ha dicho una chica francesa que he conocido donde he ido a desayunar. Le he elogiado el sombrero y me ha dicho dónde lo compró. Para ir he cogido el metro; tu libro es de mucha ayuda para los metros. Y sí, sí, ha resultado que allí tienen de todo. Herramientas y chismes también, Macon. Viejas baterías de coche, cajas de fusibles... y si les dices que algo es demasiado caro, bajan el precio hasta que es lo suficientemente barato. He visto un abrigo de cuero por el que hubiera podido matar, pero no me lo han rebajado lo suficiente; aquel hombre quería treinta y cinco francos.

—¡Treinta y cinco francos! —exclamó Macon—. Pues no sé cómo lo hubieras podido conseguir más barato. Treinta y cinco francos son unos cuatro dólares.

—¿En serio? Yo creía que francos y dólares eran más o menos lo mismo.

—Cielos, no.

—Pues entonces estas cosas eran supergangas —dijo Muriel—. A lo mejor pruebo otra vez mañana.

—¿Pero cómo podrás meterlo todo en el avión de vuelta?

—Ah, ya pensaré en algo. Ahora voy a llevármelo a mi habitación para que podamos ir a cenar.

Él se puso tenso. Dijo:

—No, no puedo.

—¿Qué tendría de malo que cenases conmigo, Macon? ¡Soy alguien de casa! ¡Te has tropezado conmigo en París! ¿No podemos tomar un bocado juntos?

Poniéndolo de esta manera, parecía muy sencillo. Fueron al Burger King de los Campos Elíseos; Macon quería volver a visitar el establecimiento de todas formas. Pidió dos «Woppaires».

—Cuidado —advirtió a Muriel—, que éstos no son los Whoppers a los que estás acostumbrada. Tendrás que raspar el encurtido y la cebolla que les ponen aquí.

Pero Muriel, después de probar el suyo, dijo que le gustaba tal cual. Estaba sentada a su lado en un asiento pequeño y duro, y se chupaba los dedos. El hombro de ella tocaba el de él. Le asombró, de pronto, que ella estuviese realmente allí.

—¿Quién cuida a Alexander? —le preguntó.

—Ah, varias personas.

—¿Qué personas? Espero que no lo hayas dejado aparcado en algún sitio, Muriel. Ya sabes lo inseguro que puede sentirse un niño a esa ed...

—No te preocupes. Está bien. Durante el día Claire está con él, y luego llega Bernice y hace la cena. Cuando Claire ha de salir con el General se queda con las gemelas, o si las gemelas no pueden entonces el General ha

dicho que Alexander puede...

La calle Singleton apareció ante los ojos de Macon con todo su colorido y confusión.

Después de la cena, Muriel propuso dar un paseo, pero Macon dijo que estaba cansado. De hecho, estaba agotado. Volvieron al hotel. En el ascensor Muriel preguntó:

—¿Puedo venir un rato a tu habitación? En mi tele sólo se ve nieve.

—Es mejor que nos demos las buenas noches —le dijo él.

—¿No puedo venir sólo a hacerte compañía?

—No, Muriel.

—No tendríamos que *hacer* nada —dijo ella.

El ascensor se detuvo en el piso de Macon, y éste dijo:

—Muriel, ¿no entiendes mi situación? Estoy casado con ella desde hace muchísimos años. Casi tantos como los que tienes tú. No puedo cambiar ahora. ¿No lo ves?

Ella se limitó a permanecer en su rincón del ascensor mirando a Macon a la cara. Se le había borrado todo el maquillaje y parecía joven, triste e indefensa.

—Buenas noches —dijo él.

Salió del ascensor, y la puerta se cerró suavemente.

Se acostó en seguida pero, como no podía dormir, acabó poniendo la televisión. Ponían una película americana del Oeste, doblada. Cowboys de piernas largas hablaban con fluidez un intrincado francés. Los desastres se sucedían: tornados, indios, sequías, estampidas. Pero el héroe no cejaba. Mucho tiempo antes, Macon se había percatado de que todas las películas de aventuras tenían la misma moraleja: la perseverancia tiene su premio. Sólo por una vez le gustaría ver a un héroe parecido a él mismo: no un cobarde, pero sí un hombre que afrontaba los hechos y renunciaba con inteligencia cuando

empecinarse era una tontería.

Se levantó y apagó el televisor. Estuvo mucho rato dando vueltas en la cama antes de dormirse.

* * *

Hoteles grandes, hoteles pequeños, hoteles sombríos con el papel de las paredes cayéndose a trozos, hoteles modernizados con camas americanas de tamaño extra y cómodas americanas rematadas de formica. Sombríos ventanales de café tras de los cuales los dueños se exponen como maniqués, con las manos cogidas a la espalda y balanceándose sobre las puntas de los pies. *No se dejen engañar por el prix fixe. La obligación de comer todos esos platos es como tener una madre al lado que nos dice, «Come, come...».*

Al atardecer Macon se dirigió cansadamente a su hotel. Estaba cruzando la última intersección cuando vio a Muriel más adelante. Iba cargada de paquetes, con el pelo suelo y despeinado, triscando por la acera con sus tacones altos y delgados. «¡Muriel!», llamó. Ella se volvió y él corrió hasta alcanzarla.

—Macon, ha sido un día estupendo —dijo ella—. He conocido a una gente de Dijon y al final hemos comido juntos, y me han hablado de... Toma, ¿puedes coger algo de esto? Me parece que he comprado demasiado.

Macon tomó varios de los paquetes: bolsas arrugadas, de aspecto usado, repletas de telas. La ayudó a llevarlos al hotel y hasta su habitación, que parecía aún más pequeña de lo que era por los montones de ropa que había por todo. Muriel dejó caer su carga encima de la cama y dijo:

—Te voy a enseñar una cosa... a ver, dónde está...

—¿Qué es esto? —preguntó Macon. Se refería a una botella de refresco de forma extraña que había sobre la cómoda.

—Ah, eso estaba en la nevera —dijo ella—. En el cuarto de baño ponen una neverita, Macon, y está llena de refrescos, y también hay vino y licores.

—Muriel, ¿no sabes que todo eso cuesta un riñón? Te lo cargarán en la

cuenta, ¿lo sabías? Mira, esa nevera se llama un mini-bar, y te diré para qué la puedes usar: por la mañana, cuando traen el desayuno continental, por alguna misteriosa razón traen un jarro de leche caliente; pues lo coges y lo metes en el mini-bar, para que más tarde puedas beber un vaso de leche. Si no, vete a saber cómo obtendrías el calcio en este país. Y no te comas los panecillos; eso lo sabes, ¿no? No empieces el día tomando hidratos de carbono, sobre todo estando con la tensión de viajar. Es mejor tomarse la molestia de ir a algún café donde sirvan huevos.

—Huevos, uf —dijo Muriel. Estaba quitándose la falda y probándose otra, una con fleco en el bajo que se acababa de comprar—. Los panecillos me gustan —dijo—. Y los refrescos también.

—Pues no sé cómo te pueden gustar —dijo él, y tomó la botella—. Mira el nombre que tiene: Psiss. Es de lo más sospechoso... Y hay otro que se llama Asca, Esca, o algo así...

—Es el que me gusta más. Esos ya me los he terminado —dijo Muriel. Se estaba recogiendo el pelo en la coronilla—. ¿Dónde iremos a cenar hoy?

—Pues no lo sé. Supongo que ya toca probar un sitio de lujo.

—¡Qué bien!

Macon apartó lo que parecía ser una mañanita de raso de otra época y se sentó a mirarla mientras se pintaba los labios.

* * *

Fueron a un restaurante que estaba iluminado con velas, aunque todavía no había oscurecido del todo, y les dieron una mesa junto a unos ventanales con cortinas. Los únicos otros comensales eran cuatro americanos con aspecto de hombres de negocios que estaban claramente disfrutando de cuatro grandes fuentes de caracoles. (A veces Macon se preguntaba si había realmente necesidad de sus guías).

—A ver, ¿qué quiero? —dijo Muriel, examinando la carta—. Si les pregunto lo que es algún plato en inglés, ¿tú crees que me lo sabrán decir?

—Ah, no hace falta que te molestes —dijo Macon—. Pide Salade Niçoise.

—¿El qué?

—¡Creía que habías leído mi guía! Salade Niçoise. Es el único plato seguro. He recorrido toda Francia comiendo eso, un día sí y otro también.

—Pues suena un poco monótono.

—No, no. En algunos sitios le ponen judías verdes, en otros no. Y al menos es baja en colesterol, lo cual no se puede decir de...

—Me parece que voy a preguntarle al camarero —le dijo Muriel, dejando la carta a un lado—. ¿Tú crees que aquí en Francia llaman también ventanas francesas, como hacemos nosotros, a estas que llegan hasta abajo?

—¿Qué? Pues no tengo la menor idea —dijo Macon.

Miró hacia el ventanal, que tenía gruesos cristales de tono verdoso. Fuera, en un patio lleno de vegetación descuidada, un querubín de piedra cabriolaba en una fuente.

El camarero hablaba inglés mejor de lo que Macon había esperado. Recomendó a Muriel una crema de acedera y una clase especial de pescado. Macon decidió pedir también la crema en vez de estar sin hacer nada mientras Muriel tomaba la suya.

—¿Ves? —dijo Muriel—. ¿A que ha sido simpático?

—Es una rara excepción —dijo Macon.

Ella se golpeó el dobladillo de la falda con una mano.

—¡Mecachis con el fleco! Todo el rato me parece que algo me sube por la pierna —dijo—. ¿Adónde vas mañana, Macon?

—Mañana salgo de París. Empiezo a visitar las otras ciudades.

—¿Y me dejas aquí sola?

—Éste es un viaje relámpago, Muriel, no un viaje de placer. Me levantaré de madrugada.

—Llévame contigo de todas formas.

—No puedo.

—No duermo muy bien. Tengo pesadillas.

—Razón de más para no andar de la ceca a la meca.

—Anoche soñé con Dominick —dijo ella. Con una mancha de color en cada pómulos, se inclinó hacia él encima de la mesa—. Soñé que estaba enfadado conmigo.

—¿Enfadado?

—No quería hablarme. Ni me miraba siquiera. Todo el rato le daba patadas a algo en la acera. Al final resultó que estaba enfadado porque yo ya no le dejaba coger el coche. Le dije: «Dommie, estás muerto. *No puedes* coger el coche. Te lo dejaría si pudiese, créeme».

—Bueno, no te preocupes. Ha sido un sueño propio de los viajes.

—Tengo miedo de que signifique que está enfadado de verdad. Donde sea que esté.

—No está enfadado —le dijo Macon—. Él no se enfadaría.

—Tengo miedo de que sí.

—Está más contento que unas pascuas.

—¿De verdad lo crees?

—¡Claro! Está en una especie de cielo motorizado, sacándole brillo a un coche que es todo suyo. Y siempre es primavera y siempre hace sol y siempre hay alguna rubia ligera de ropa ayudándole a lustrarlo.

—¿En serio crees que eso podría ser verdad? —le preguntó Muriel.

—Sí, lo creo —dijo él.

Y lo curioso era que, en aquel momento, sí lo creía. Tuvo una visión muy vívida de Dominick en un prado bañado por el sol, con una gamuza en la mano y una sonrisa amplia y satisfecha en el rostro.

* * *

Al final de la velada ella dijo que ojalá él pudiera ir a su habitación —¿no podía? ¿para guardarla de los malos sueños?—, y él dijo que no y le dio las buenas noches. Y entonces notó cómo ella tiraba de algo muy profundo en él cuando el ascensor, crujiendo, se la llevó hacia arriba.

En sueños concibió un plan para llevarla consigo al día siguiente. ¿Qué mal podía haber en ello? Era sólo una excursión de un día. Una y otra vez a lo largo de un sueño disperso y sobresaltado cogía el teléfono y marcaba el número de su habitación. Cuando se despertó por la mañana, fue una sorpresa descubrir que aún no la había invitado.

Se incorporó en la cama, alargó el brazo para coger el teléfono, y sólo entonces recordó —con el auricular mudo pegado a la oreja— que el teléfono estaba averiado y que se había olvidado de dar aviso. Se preguntó si sería algo que pudiese arreglar él mismo, un cable desconectado o algo así. Se levantó y miró detrás de la cómoda. Se inclinó para buscar algún tipo de interruptor.

Y le falló la espalda.

No había duda... ¡era aquel pellizco en un músculo a la izquierda de la columna! El dolor fue tan agudo que le cortó la respiración. Luego disminuyó hasta desaparecer. Quizá ya no volviese. Se incorporó con un movimiento mínimo. Pero fue suficiente para traer de nuevo el calambre del dolor.

Se bajó hasta la cama centímetro a centímetro. Lo más difícil fue levantar los pies hasta ella, pero apretó la mandíbula y también lo consiguió. Entonces se quedó echado, meditando qué hacer a continuación.

En una ocasión en que le pasó esto, el dolor desapareció al cabo de cinco minutos y no volvió. Fue una cosa rara, como un calambre en un pie. Pero otra vez tuvo que estar echado en cama dos semanas y luego durante un mes se movió por la casa como un anciano.

Se puso a reorganizar mentalmente su programa de trabajo. Si anulaba un viaje y aplazaba otro... Sí, posiblemente lo que había planeado para los tres días siguientes pudiese comprimirse en dos, siempre y cuando pudiese ya andar al día siguiente.

Debió de quedarse dormido otra vez. No sabía cuánto rato. Se despertó al oír que llamaban a la puerta y pensó que era el desayuno, aunque había dado instrucciones de que no se lo subiesen ese día. Pero entonces oyó a Muriel: «Macon, ¿estás ahí?». Tenía la esperanza de que no hubiese salido aún de París y venía a rogarle otra vez que la llevase. Estaba tan seguro de ello como si Muriel lo hubiese proclamado. Ahora agradeció el espasmo que lo sacudió cuando volvió la cabeza para no oírlo. De alguna manera, aquel breve sueño lo había despejado, y vio que había estado peligrosamente cerca de juntarse con ella otra vez. *Juntarse con ella*: así lo expresaba para sus adentros. Qué suerte que su espalda se lo hubiese impedido. Un minuto más—unos pocos segundos más— y quizá hubiese estado perdido.

Se quedó dormido tan de repente que ni siquiera la oyó alejarse por el pasillo.

Cuando volvió a despertar tuvo la sensación de que era mucho más tarde, aunque no quiso llevar a cabo las contorsiones necesarias para poder mirar el reloj. Pasó un carrito por delante de su cuarto y oyó voces—probablemente de empleadas del hotel— riendo en el pasillo. Qué a gusto debían de estar aquí; seguramente se conocían muy bien entre ellas. Llamaron a la puerta con los nudillos y luego se oyó un manojito de llaves. Una camarera menuda y pálida asomó la cabeza y dijo: «*Pardon, monsieur*». Empezaba a retirarse cuando se detuvo y le preguntó algo en francés, y Macon señaló su espalda haciendo una mueca de dolor. «Ah», dijo ella, entrando, y dijo algo más muy deprisa. (Quizá le decía algo de su propia espalda). Macon dijo: «Si pudiera ayudarme a levantarme, por favor», pues había decidido que no le quedaba más remedio que ir a llamar a Julian. Ella pareció entenderle y se acercó a la cama. Él se puso boca abajo y luego se levantó con esfuerzo apoyándose en un brazo; ésta era la única manera de levantarse sin que el dolor fuese insoportable. La camarera le cogió por el otro brazo y le hizo de apoyo al ponerse en pie. Era mucho más baja que él, y bonita con un estilo frágil y sumiso. Macon tuvo conciencia de estar sin afeitado y con el pijama arrugado. «Mi chaqueta», le dijo, y con pasos vacilantes fueron hasta la silla de la que colgaba su americana. Ella se la echó por los hombros. Entonces él dijo: «¿Abajo? ¿Al teléfono?». Ella miró hacia el teléfono de la cómoda, pero

él hizo un gesto de negación con la palma de la mano, gesto que le costó caro. Hizo una mueca. Ella chasqueó la lengua y lo condujo hacia el pasillo.

Andar no le fue especialmente difícil; apenas notaba alguna punzada. Pero las sacudidas del ascensor fueron un tormento, y no había modo de preverlas. La camarera emitía suaves sonidos de condolencia. Cuando llegaron al vestíbulo lo condujo a la cabina del teléfono y se dispuso a sentarlo, pero él dijo: «No, no, mejor de pie. Gracias». Ella se retiró, dejándolo allí. La vio hablando con el empleado de recepción, meneando la cabeza compasivamente; el recepcionista meneó la cabeza también.

A Macon le preocupaba que Julian aún no hubiese llegado a la oficina; no sabía el número de su casa. Pero contestaron al teléfono a la primera llamada. «Editora del Hombre de Negocios». Era una voz femenina, desconcertantemente familiar, la que llegó hasta él como un hilo por debajo del zumbido de la conferencia.

—Emmm —dijo él—. Soy Macon Leary. Con quién...

—Ah, Macon.

—¿Rose?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces tú ahí?

—Ahora trabajo aquí.

—Ah...

—Estoy poniendo un poco de orden. No te puedes imaginar cómo está esto.

—Rose, me ha fallado la espalda —dijo Macon.

—¿Qué dices! ¡Precisamente ahora! ¿Estás aún en París?

—Sí, pero estaba a punto de empezar los viajes de un día y ahora he de cambiar una serie de planes —citas, reservas y tal— y no tengo teléfono en la habitación. He pensado que quizá lo podría hacer Julian desde ahí. Podría

pedirle a Becky las reservas y...

—Yo misma me cuidaré de hacerlo —dijo Rose—. Tú no te preocupes por nada.

—Dile que no sé cuándo podré ir a las otras ciudades. No tengo idea de cuándo estaré...

—Ya lo solucionaremos. ¿Te ha visto un médico?

—Los médicos no sirven de nada. Sólo ayuda el reposo en cama.

—Entonces descansa, Macon.

Él le dio el nombre de su hotel y ella, después de repetirlo, le dijo que se volviese a la cama.

Cuando salió de la cabina, la camarera lo esperaba acompañada de un botones, y entre los dos lo llevaron a su habitación sin demasiadas dificultades. Estuvieron muy atentos con él. Parecía preocuparles la idea de dejarlo solo, pero él les aseguró que estaría bien.

Durante toda la tarde estuvo en cama. Se levantó dos veces para ir al cuarto de baño y una vez para beber algo de leche del mini-bar. No tenía mucha hambre. Estuvo mirando las flores marrones del papel pintado; pensó que nunca había conocido una habitación de hotel tan a fondo. El lado de la cómoda que daba a la cama tenía una veta oscura que parecía un hombre flaco con sombrero.

A la hora de la cena cogió una botellita de vino del mini-bar y centímetro a centímetro se sentó en el sillón para bebérsela. Hasta el gesto de llevarse la botella a los labios le causaba dolor, pero pensó que el vino le ayudaría a dormir. Estando allí sentado, la camarera llamó a la puerta, entró, y sin duda le preguntó si quería algo de comer, pero él le dio las gracias y dijo que no. La chica debía de marcharse ya a su casa; llevaba un bolsito ajado.

Más tarde se oyó otro golpe con los nudillos —cuando él ya se había arrastrado de vuelta a la cama— y Muriel llamó: «¡Macon! ¡Macon!». Él guardó un silencio absoluto. Ella se marchó.

El aire se volvió borroso y luego oscuro. El hombre de la madera de la

cómoda se desvaneció. Unos pasos cruzaron el suelo de arriba.

A menudo se había preguntado cuántas personas se morían en hoteles. Según la ley de probabilidades, algunas debían de morir, ¿no? Y algunas de entre ellas no tendrían familiares próximos (por ejemplo, alguno de sus lectores, un viajante de comercio sin familia)... Bueno, ¿qué se hacía con esta gente? ¿Habría algún campo de alfarero para viajeros desconocidos?

Podía estar echado sólo en dos posturas —sobre el lado izquierdo o de espaldas— y cambiar de la una a la otra suponía despertarse, tomar la decisión de acometer la dura prueba, planear la estrategia... Luego volvía a sumirse en un inquieto estado de semiinconsciencia.

Soñó que estaba en un avión, sentado al lado de una mujer toda vestida de gris, una mujer muy seca y estirada, de labios delgados, y él procuraba estar muy quieto porque intuía que ella desaprobaba el movimiento. Era una norma de ella; de alguna forma él lo sabía. Pero cada vez se encontraba más incómodo, así que decidió encararse con ella. Dijo: «¿Señora?». Ella volvió los ojos a él, unos ojos mansos y lúgubres bajo cejas finamente arqueadas. «¡Señorita MacIntosh!», exclamó él. Se despertó con un espasmo de dolor. Notó como si una mano diminuta y cruel le hubiese agarrado parte de la espalda y se la hubiese retorcido.

* * *

Cuando por la mañana el camarero le trajo el desayuno, venía acompañado por la camarera. Debe de tener un horario muy duro, pensó Macon. Pero se alegró de verla. Ella y el camarero lo atendieron con mimo, mezclándole la leche caliente con el café, y el camarero lo acompañó al cuarto de baño mientras la camarera cambiaba las sábanas de la cama. Les dio las gracias una y otra vez. «*Merci*», decía con torpeza. Hubiese querido saber cómo se decía en francés «no sé por qué son ustedes tan amables». Cuando se fueron se comió todos los panecillos, que la previsora camarera había untado con mantequilla y mermelada de fresa. Luego puso la televisión para que le hiciese compañía y se volvió a la cama.

Sintió haber encendido el televisor cuando oyó el golpe de nudillos en la puerta, porque pensó que era Muriel y que lo oiría. Pero era algo temprano para que Muriel estuviese despierta. Y entonces una llave giró en la cerradura

y Sarah entró en la habitación.

—¡Sarah! —dijo él.

Llevaba un traje beige y venía con dos piezas de equipaje que hacían juego entre sí. Traía consigo una especie de brisa de eficiencia.

—Bueno, todo está arreglado —le dijo—. Yo haré los desplazamientos en tu lugar.

Dejó las maletas en el suelo, le besó en la frente y cogió un vaso de la bandeja del desayuno. Yendo hacia el cuarto de baño añadió:

—Hemos cambiado las fechas de los viajes a las otras ciudades y mañana empiezo con ellos.

—¿Pero cómo has podido llegar tan pronto? —preguntó él.

Sarah salió del cuarto de baño; el vaso estaba lleno de agua.

—Eso tienes que agradecerse a Rose —dijo, apagando el televisor—. Rose es genial. Ha renovado completamente aquella oficina. Ésta pastilla me la ha dado para ti el doctor Levitt.

—Ya sabes que no tomo pastillas.

—Esta vez sí —le dijo ella, y lo ayudó a incorporarse sobre un codo—. Vas a dormir todo lo que puedas, para que así la espalda se te cure antes. Traga.

La pastilla era diminuta y muy amarga. Macon seguía notando el gusto aun después de volverse a echar.

—¿Te duele mucho? —le preguntó ella.

—Algo.

—¿Cómo lo has hecho para comer?

—Bueno, me traen el desayuno, claro. No he comido nada más.

—Voy a preguntar si sirven comidas en las habitaciones —le dijo ella,

levantando el auricular—. Como yo no estaré... ¿Qué le pasa al teléfono?

—No funciona.

—Voy a avisar en recepción. ¿Quieres que te traiga algo ahora que salgo?

—No, gracias.

Cuando se fue, Macon casi se preguntó si no se la habría imaginado. Pero ahí estaban sus maletas al lado de la cama, pulcras y cremosas, las mismas que guardaba en el altillo del armario de casa.

Se puso a pensar en Muriel, en lo que pasaría si llamase ahora a la puerta. Entonces se acordó de que dos noches atrás, o quizá tres, había venido a la habitación con todas sus compras. Se preguntó si habría dejado algún rastro. ¿Un cinturón caído debajo de la cama, un disco de cristal desprendido de su vestido de noche? Empezó a preocuparse seriamente. Le parecía casi inevitable; claro que se había dejado algo. La cuestión era qué. Y dónde.

Con un gemido, se puso boca abajo y se incorporó sobre los brazos. Logró salir de la cama y se dejó caer de rodillas para mirar bajo ella. Allí no había nada. Se puso de pie e inclinó un poco el sillón para palpar alrededor del almohadón del asiento. Allí tampoco había nada. De hecho, Muriel no se había acercado para nada al sillón, que él recordase; y tampoco había ido a la cómoda, pero aun así abrió los cajones uno por uno para asegurarse. Sus propias pertenencias —un puñado de cosas— ocupaban un cajón. Los demás estaban vacíos, pero en el segundo empezando por arriba había una salpicadura de polvos de maquillaje color de rosa. No eran de Muriel, claro, pero lo parecían. Decidió deshacerse de ellos. Fue bamboleándose al cuarto de baño, humedeció una toalla y regresó a limpiar el cajón. Luego vio que la toalla había quedado con una gran mancha rosa, como si una mujer demasiado maquillada se hubiese limpiado la cara con ella. Dobló la toalla de modo que la mancha quedase escondida y la dejó al fondo del cajón. No, demasiado comprometedor. La volvió a sacar y la ocultó debajo del almohadón del sillón. Pero esto tampoco parecía lo adecuado. Al final fue al cuarto de baño y lavó la toalla a mano, frotándola con una pastilla de jabón hasta que la mancha hubo desaparecido por completo. La espalda le dolía continuamente y tenía la frente perlada de sudor. En un momento dado decidió que estaba actuando de manera muy peculiar; seguro que era la píldora; y tiró la toalla mojada hecha un bulto al suelo y se arrastró hasta su cama. Se quedó dormido

inmediatamente. No era un sueño normal; era una especie de entierro.

Supo que Sarah había entrado en la habitación pero no pudo despertarse para saludarla. Y supo que había vuelto a marcharse. Oyó llamar a la puerta, oyó que le traían la comida, oyó a la camarera susurrar: «¿*Monsieur?*». Él seguía sumido en el sopor. El dolor era menos agudo pero persistía; estaba como tapado, pensó él; la píldora actuaba como esos ambientadores de mala calidad que no hacen más que enmascarar los malos olores. Después Sarah volvió por segunda vez y él abrió los ojos. Estaba inclinándose sobre la cama con un vaso de agua en la mano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien —dijo él.

—Aquí tienes otra pastilla.

—Sarah, esas pastillas son mortíferas.

—Alivian, ¿no?

—Me hacen perder el conocimiento —dijo él, pero se tomó la pastilla.

Sarah se sentó con cuidado en el borde del colchón. Aún llevaba el mismo traje y parecía recién arreglada, aunque ahora debía de estar agotada.

—Macon —le dijo en voz baja.

—Mmm...

—He visto a esa mujer amiga tuya.

Se puso tenso y la espalda se le agarrotó.

—Ella también me ha visto —continuó ella—. Pareció muy sorprendida.

—Sarah, esto no es lo que parece.

—¿Qué es entonces, Macon? Me gustaría saberlo.

—Ha venido por su cuenta. ¡Yo ni siquiera lo sabía hasta justo antes de despegar el avión, te lo juro! Luego me siguió. Le dije que no quería que

viniese conmigo. Le dije que era inútil.

Sarah no dejaba de mirarlo.

—No lo sabías hasta justo antes de despegar el avión.

—Te lo juro.

Deseó no haberse tomado la pastilla. Tenía la impresión de no estar en plena posesión de sus facultades.

—¿Me crees? —le preguntó.

—Sí, te creo —dijo ella y, levantándose, empezó a destapar las fuentes del almuerzo de Macon.

* * *

Pasó la tarde sumido en otro sopor, pero tuvo conciencia de que la camarera pasó a verle dos veces, y estaba casi despierto del todo cuando Sarah entró con una bolsa con comestibles.

—He pensado que yo misma te prepararé la cena —le dijo—, a base de fruta fresca y otras cosas. Siempre te quejas de no comer bastante fruta cuando viajas.

—Eres muy amable, Sarah.

Hizo varios movimientos hasta que quedó medio incorporado, apoyado contra una almohada. Sarah estaba desenvolviendo quesos.

—El teléfono ya está arreglado —le dijo—. Podrás pedir las comidas o lo que sea cuando yo no estoy. Y sabes, he pensado que cuando acabe los desplazamientos, si estás mejor de la espalda, quizá podríamos hacer un poco de turismo por nuestra cuenta. Tomarnos unos días para nosotros, ya que estamos aquí. Ver algunos museos y tal.

—Muy bien —dijo él.

—Como una segunda luna de miel.

—Estupendo.

La miró poner los quesos encima de una bolsa de papel aplastada.

—Cambiaremos la fecha de tu billete de avión para más tarde. Tienes reserva para volver mañana por la mañana; no hay ninguna posibilidad de que puedas. Y mi billete es abierto. Julian me aconsejó que lo cogiera así. ¿Te he dicho dónde está viviendo Julian?

—No, ¿dónde?

—Se ha ido a vivir con Rose y tus hermanos.

—¿Qué?

—Llevé a Edward a casa de Rose para que lo tuviera durante mi ausencia, y allí estaba Julian. Duerme en la habitación de Rose; ha empezado a jugar a la vacuna todas las noches después de cenar.

—Será posible...

—Toma un poco de queso.

Aceptó una tajada, moviéndose lo menos posible.

—Es curioso, a veces Rose me recuerda a un lenguado —dijo Sarah—. No físicamente, claro... Ha estado tendida en el suelo del océano tanto tiempo que un ojo se le ha pasado al otro lado de la cabeza.

Macon dejó de masticar y se la quedó mirando. Sarah estaba llenando dos vasos de un líquido turbio y marrón.

—Es sidra —le dijo ella—. He pensado que, con esas pastillas, es mejor que no tomes vino.

—Ah, claro.

Sarah le pasó un vaso.

—Brindemos por nuestra segunda luna de miel —dijo.

—Por nuestra segunda luna de miel —repitió él.

—Veintiún años más juntos.

—¡Veintiuno! —exclamó él. La cifra sonaba a muy elevada.

—O dirías que son veinte.

—No, no, son veintiuno. Nos casamos en mil novecien...

—Quiero decir... por habernos saltado este último año.

—Ah —dijo él—. No, siguen siendo veintiuno.

—¿Lo crees así?

—Considero el año pasado como una etapa más en nuestro matrimonio. No te preocupes: son veintiuno.

Ella hizo chocar su vaso contra el de él.

El plato principal era una carne en conserva que Sarah esparció encima de pan francés, y de postre tomaron fruta. Sarah lavó la fruta en el lavabo, y regresó con las manos llenas de melocotones y fresas; y mientras tanto, mantenía una charla acogedora e intrascendente que le hacía sentirse como en casa.

—¿Te he dicho que hemos recibido carta de los Avery? A lo mejor pasan por Baltimore hacia el final del verano. Ah, y ha venido el hombre de las termitas.

—Ah.

—Dijo que no encontraba nada anormal.

—Vaya, es un alivio.

—Y yo casi he terminado la escultura y el señor Armistead dice que es lo mejor que he hecho.

—Te felicito —dijo Macon.

—Ah —dijo ella, doblando la última bolsa de papel— ya sé que no das importancia a mis esculturas, pero...

—¿Quién dice que no?

—Ya sé que piensas que soy una señora de mediana edad jugando a ser artista...

—¿Quién dice eso?

—¡Ah, sé lo que piensas! No tienes que fingir conmigo.

Macon empezó a dejarse caer contra la almohada, pero el espasmo de un músculo lo detuvo en seco. Sarah cortó un melocotón en trozos, y luego, sentándose en la cama, le pasó uno de ellos.

—Macon. Dime una cosa. ¿Fue el chiquillo lo que te atrajo?

—¿Eh?

—¿Fue el hecho de que tuviese un niño lo que te atrajo a esa mujer?

—Sarah, te puedo jurar que no tenía idea de que ella iba a seguirme hasta aquí.

—Sí, lo sé —dijo ella—, pero estaba pensando en la cuestión de los niños.

—¿Qué cuestión de los niños?

—Me estaba acordando de cuando dijiste que deberíamos tener otro niño.

—Oh, bueno, eso fue sólo... No sé lo que fue —dijo él.

Le devolvió el melocotón. Ya no tenía hambre.

—Estaba pensando que quizá tenías razón —dijo Sarah.

—¿Qué? No, Sarah. Cielos, fue una idea malísima.

—Ah, ya sé que asusta un poco. Reconozco que me daría miedo tener

otro hijo.

—Exacto —dijo Macon—. Somos demasiado viejos.

—No, me refiero a... Bueno, al mundo al que lo traeríamos, lleno de maldad y de peligros. Reconozco que me pondría frenética cada vez que saliese solo a la calle.

A Macon le apareció la calle Singleton delante de los ojos, pequeña y lejana como el mapa verde de Hawaii de Julian, y llena de alegres dibujos de personas fregando sus escaleras, reparando sus coches, refrescándose bajo los chorros de las bocas de incendios.

—Bueno, sí, tienes razón —dijo él—. Aunque no deja de ser alentador ver que la mayoría de los seres humanos hacen lo que pueden, ¿verdad?, que intentan ser tan responsables y bondadosos como les es posible.

—¿Estás diciendo que sí, que podemos tener un niño? —preguntó Sarah.

Macon tragó saliva.

—Bueno... no —dijo—. Me parece que ya nos ha pasado la edad, Sarah.

—Así que el chiquillo no era la razón —dijo ella.

—Mira, eso pasó. ¿No podríamos poner punto final? Yo no te interrogo a ti, ¿verdad?

—¡Pero a mí no me sigue alguien a París! —exclamó ella.

—¿Y si te siguieran? ¿Crees que yo te consideraría culpable si alguien subiese a un avión sin tú saberlo?

—Antes de que despegase —dijo ella.

—¿Qué? ¡Hombre, desde luego!

—Antes de que despegase, tú la viste. Podías haberla abordado y decirle: «No. Vete. Bájate inmediatamente. No quiero tener nada que ver

contigo y no quiero verte más».

—¿Crees que soy dueño de las líneas aéreas, Sarah?

—Hubieses podido detenerla si realmente lo hubieses querido hacer —dijo Sarah—. Habrías dado los pasos necesarios.

Entonces se levantó y empezó a recoger las cosas de la cena.

* * *

Sarah le dio la pastilla que le tocaba tomar a continuación, pero él se la dejó un rato dentro del puño porque no quería arriesgarse a hacer un mal movimiento. Estaba echado con los ojos cerrados, oyendo desnudarse a Sarah. La oyó abrir y cerrar grifos en el cuarto de baño, poner el pasador en la puerta, apagar las luces. Cuando se metió en la cama, a pesar de que lo hizo con cuidado, Macon notó un pinchazo en la espalda, pero no dio señal alguna. Oyó cómo la respiración de ella se hacía más lenta casi de inmediato. Debía de haber estado agotada.

Macon reflexionó que, bien pensado, no había dado pasos muy a menudo a lo largo de su vida. Nunca, en realidad. Su matrimonio, sus dos empleos, su etapa con Muriel, su regreso a Sarah... Todas esas cosas parecían haberle acontecido, simplemente. No lograba recordar un solo acto de importancia que hubiese emprendido por propia iniciativa. ¿Era demasiado tarde para empezar ahora? ¿Había manera de aprender a hacer las cosas de otro modo?

Abrió la mano y dejó caer la pastilla entre las sábanas. Aquélla iba a ser una noche intranquila y desvelada, pero cualquier cosa era preferible a caer otra vez en aquel sopor.

* * *

Por la mañana negoció el trayecto de la cama al cuarto de baño. Se afeitó y se vistió, empleando largos minutos en cada tarea. Despacio y laboriosamente, preparó su bolsa de viaje. El objeto más pesado que metió en

ella fue *Miss MacIntosh, cariño mío*, y, después de pensarlo un poco, volvió a sacarlo y lo dejó encima de la cómoda. Sarah dijo:

—¿Macon?

—Sarah. Me alegro de que estés despierta —dijo él.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparo el equipaje para marcharme.

Sarah se sentó en la cama. Tenía una mejilla marcada con una raya.

—Pero ¿y tu espalda? ¡Y yo tengo todas aquellas citas! ¡Y pensábamos pasar una segunda luna de miel!

—Cariño —dijo él.

Con mucho cuidado se fue bajando hasta quedar sentado en la cama. C cogió la mano de Sarah, que quedó inerte en la suya mientras ella lo miraba.

—Vuelves con esa mujer —dijo ella.

—Sí, así es —dijo él.

—¿Por qué, Macon?

—Lo acabo de decidir, Sarah. He estado pensando en ello casi toda la noche. No ha sido fácil. No es la solución fácil, créeme.

Ella seguía mirándole, con la cara vacía de expresión.

—Bueno, no quiero perder el avión —dijo él.

Centímetro a centímetro se puso de pie y fue cojeando al cuarto de baño a buscar sus avíos de afeitarse.

—¿Sabes lo que es esto? ¡Es todo cosa de la pastilla! —llamó Sarah tras él—. ¡Tú mismo dijiste que te deja aturdido!

—No tomé la pastilla.

Hubo un silencio. Después ella preguntó:

—Macon... ¿Haces esto para desquitarte por la vez que te dejé?

Él volvió con el estuche y dijo:

—No, cariño.

—Supongo que te das cuenta de cómo va a ser tu vida —dijo ella. Bajó de la cama y, de pie a su lado, se cogió con ambas manos los brazos desnudos—. Seréis una de esas parejas incongruentes que nadie invita a las fiestas. La gente no se explicará cómo estáis juntos. Al conoceros se preguntarán: «Dios mío, ¿qué es lo que ve en ella? ¿Por qué ha elegido a una persona tan inadecuada? Es grotesco; ¿cómo puede aguantarla?». Y sin duda los amigos de ella se harán las mismas preguntas con respecto a ti.

—Eso probablemente es cierto —dijo Macon.

Notó un asomo de interés; ahora veía cómo llegaba a formarse este tipo de parejas. No eran, como siempre había supuesto, el resultado de una lastimosa falta de perspicacia, sino que se habían unido por razones que el resto del mundo no adivinaría jamás.

Cerró la cremallera de su bolsa de viaje.

—Lo siento, Sarah. Yo no quería tomar esta decisión.

Penosamente, puso un brazo alrededor de Sarah y, al cabo de un poco, ella apoyó la cabeza contra el hombro de él. A Macon se le ocurrió que incluso este momento era sólo una etapa más en su matrimonio. Probablemente habría aún otras, a los treinta, a los cuarenta años de haberse casado para siempre, por distintos que fuesen los caminos que uno y otro siguiesen.

* * *

No cogió el ascensor; le pareció que no podría soportar las inevitables sacudidas. Bajó por las escaleras y pasó por la puerta principal empujándola tiesamente con la espalda.

En la calle, encontró el movimiento habitual de una mañana laborable: dependientas que pasaban aprisa, hombres empuñando maletines. No había un taxi a la vista. Se dirigió a la manzana de al lado, donde le sería más fácil encontrar uno. Andar era relativamente fácil pero llevar la bolsa era una tortura. Aunque pesaba poco, le desplazaba la columna. Probó de llevarla con la mano izquierda, luego con la derecha. Y, después de todo, ¿qué había dentro? El pijama, una muda de ropa interior, artículos de emergencia que nunca usaba... Se acercó a un edificio de oficinas, quizá un Banco, rodeado por un bordillo de piedra. Dejó la bolsa encima del bordillo y reanudó la marcha. Un poco más allá vio un taxi del que se estaba apeando un chico, pero descubrió demasiado tarde que llamarlo iba a ser un problema. Levantar cualquiera de los dos brazos era imposible, de modo que se vio obligado a correr de una forma ridícula y apresurada al tiempo que gritaba retazos de frases en francés que nunca antes había dicho en voz alta: «*Attendez! Attendez, monsieur!*».

El taxi ya estaba empezando a alejarse y el chico se metía la cartera en el bolsillo de los tejanos, pero entonces levantó la vista y vio a Macon. Reaccionó con rapidez; se dio la vuelta y gritó algo, y el taxi frenó. «*Merci beaucoup*», dijo Macon, jadeante, y el muchacho, que tenía un rostro dulce y puro y una espesa cabellera rubia, abrió la puerta del taxi y lo ayudó a subir despacio. «¡Uf!», dijo Macon, asido por un espasmo. El chico cerró la puerta y luego, para sorpresa de Macon, levantó la mano en un gesto de despedida. El taxi emprendió la marcha. Macon le dijo al taxista adónde iba y se reclinó en el asiento. Se palpó el bolsillo interior, asegurándose se que llevaba el pasaporte, el billete de avión. Desdobló su pañuelo y se enjugó la frente.

Por lo visto su sentido de la orientación le había fallado, como de costumbre. El taxista estaba dando media vuelta y regresaba al lugar de donde Macon había venido. Pasaron de nuevo al lado del muchacho. Tenía un andar desenvuelto, pero de piernas rígidas, que le resultaba familiar.

Si Ethan no hubiese muerto, pensó Macon, ¿se habría convertido en una persona así?

Se hubiera girado para mirar otra vez al chico, sólo que no podía hacer ese movimiento.

El taxi saltaba sobre el empedrado. El conductor silbaba una tonada entre dientes. Macon descubrió que si se apoyaba en un brazo la espalda le

quedaba algo más protegida del traqueteo. De vez en cuando, sin embargo, un bache le cogía desprevenido.

Y si los muertos envejeciesen, ¿no sería eso un consuelo? Pensar en Ethan haciéndose mayor en el cielo —con catorce años ahora en vez de doce— mitigaba un poco la pena. Ah, era su inmunidad al paso del tiempo lo que daba tanta congoja de los muertos. (Toma, por ejemplo, al marido que muere joven y la esposa que envejece sin él; qué tristeza, imaginar al marido que regresa y la encuentra tan cambiada). Macon miró por la ventanilla, meditando la idea. Sintió una especie de impulso interior, como una corriente hacia adelante. La verdadera aventura, pensó, es el fluir del tiempo; hay en ello tanta aventura como se pueda desear. Y si imaginaba a Ethan formando parte de ese fluir —en algún otro lugar, por inalcanzable que fuese—, creía poder ser capaz de soportarlo, después de todo.

El taxi pasó por delante del hotel de Macon, marrón y pulcro, extrañamente casero. Un hombre salía por la puerta llevando un perrito inquieto en el brazo. Y allí en el borde de la acera estaba Muriel, rodeada de maletas, bolsas y cajas de cartón rebosantes de terciopelo rojo. Estaba haciendo señas frenéticamente a los taxis, primero a uno de delante, luego al del propio Macon.

—*Arrêtez!*” —le gritó Macon al conductor. El taxi se paró en seco. Una repentina ráfaga de sol dio en el parabrisas, y el cristal se llenó de lentejuelas volanderas. Las lentejuelas eran gotas de agua seca, o quizá las marcas de hojas, pero por un momento Macon las vio como otra cosa. Eran tan luminosas y festivas que por un momento pensó que eran confetti.

* * * * *



ANNE TYLER. Escritora estadounidense. Nació en Minneapolis, Minnesota, el 25 de octubre de 1941. Se crió con sus padres en una constante mudanza (vivieron, entre otros lugares, en una comuna cuáquera, hasta establecerse en Raleigh, Carolina del Norte, y se licenció la Universidad de Durham de Carolina del Norte (donde conoció al autor Reynolds Price, quien la ayudaría más tarde a iniciar su carrera de escritora), realizando estudios de posgrado de Filología Rusa en la Universidad de Columbia de Nueva York. En 1963 se casó con el psiquiatra y novelista iraní Mohammad Modarressi (fallecido en 1997) con quien tuvo dos hijas. Lleva escribiendo desde que tenía siete años.

Su decimoprimer novela, *Breathing Lessons (Ejercicios respiratorios)*, obtuvo el *Premio Pulitzer* en 1989. Su obra *The Accidental Tourist (El turista accidental)* fue adaptada al cine en 1988, y obtuvo la *National Critics Circle Award* y fue finalista del *Pullitzer*, al igual que su novela *Dinner at the Homesick Restaurant (Reunión en el restaurante Nostalgia)*. La mayoría de sus novelas se desarrollan en Baltimore, Maryland, su lugar de residencia. Al contrario que muchos escritores de su generación, Tyler prefiere centrarse en la crónica de lo cotidiano, describiendo relaciones interfamiliares de manera detallada y absorbente. Es miembro de la *Academia Americana de las Artes y las Letras*.

Es famosa por no realizar apariciones públicas ni conceder entrevistas en persona, ya que considera que éstas sólo sirven para interrumpir su trabajo, la escritura.